

ERIN KELLY



**ÉL DICE.**  
**ELLA DICE**

¿A quién creerás?

HarperCollins  
*Thriller*

ERIN KELLY

**ÉL DICE.**  
ELLA DICE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

Título español: Él dice. Ella dice  
Título original: He Said, She Said  
© 2017 by ES Moylan Limited  
© 2019, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.  
© De la traducción del inglés, Victoria Horrillo

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta es una obra de ficción.

Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Diseño Gráfico

Imagen de cubierta: Arcangel

ISBN: 978-84-9139-338-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Primer contacto](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[Segundo contacto](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[Totalidad](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[Tercer contacto](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[60](#)

[61](#)

[Cuarto contacto](#)

62

63

64

65

66

Agradecimientos

*Para mi hermana Shona*

Un eclipse total de sol consta de cinco fases.

Primer contacto: la sombra de la luna se hace visible sobre el disco solar. Se diría que al sol le falta un pedazo.

Segundo contacto: la luna tapa casi por completo el sol. La última luz solar se cuela por los intersticios de los cráteres lunares y el solapamiento de los dos cuerpos celestes semeja un anillo de diamantes.

Totalidad: la luna cubre por completo el sol. Es la fase más llamativa e inquietante de un eclipse solar. El cielo se oscurece, baja la temperatura y los pájaros y demás animales enmudecen momentáneamente.

Tercer contacto: la sombra de la luna comienza a retirarse y reaparece el sol.

Cuarto contacto: la luna deja de superponerse al sol. El eclipse llega a su fin.



Estamos una junto a la otra delante del espejo lleno de salpicaduras. Nuestros reflejos evitan mirarse a los ojos. Al igual que yo, ella viste de negro y sus ropas, como las mías, han sido elegidas con cuidado y consideración. Ninguna de las dos va a ser juzgada, al menos oficialmente, pero ambas sabemos que en casos como este siempre se juzga a la mujer.

A nuestra espalda, los cubículos están vacíos, con las puertas entornadas. En un juzgado no hay más privacidad que esta. El estrado de los testigos no es el único lugar donde una tiene que vigilar cada palabra.

Carraspeo y el ruido rebota en las paredes alicatadas, que reproducen a escala menor la acústica perfecta del vestíbulo. Aquí todo retumba. En los pasillos resuena el estrépito institucional de puertas que se abren y se cierran y el chirrido de los carritos cargados con sumarios demasiado pesados para llevarlos en brazos. Los techos altos recogen las palabras y las devuelven, deformadas.

El juzgado, con sus amplias estancias y sus salas desmesuradas, trastoca las escalas. Está diseñado así a propósito, para recordarle a uno su propia insignificancia respecto al poderío de la maquinaria judicial y sofocar la energía, peligrosa y deslumbrante, de la palabra pronunciada bajo juramento.

También el tiempo y el dinero se distorsionan. La justicia deglute oro. Asegurar la libertad de un hombre cuesta decenas de miles de libras. En la tribuna del público, Sally Balcombe luce joyas cuyo precio equivaldría al de un pisito londinense. Hasta el sillón de cuero del juez apesta a dinero. Casi se huele desde aquí.

Los aseos, sin embargo, aquí como en todas partes, son excelentes niveladores. Aquí, en el aseo de señoras, la cisterna aún está rota, en el dispensador sigue sin haber jabón y los pestillos de las puertas no funcionan como es debido. El chorreo de las cisternas defectuosas hace tanto ruido, que es

imposible hablar en voz baja. Si quisiera decir algo, tendría que gritar.

La miro de hito en hito en el espejo. El vestido holgado oculta sus curvas. Me he recogido el pelo (la larga melena lustrada que fue lo primero que atrajo a Kit de mí, la cabellera que, según decía, era visible en la oscuridad) en un moño de institutriz, a la altura de la nuca. Las dos tenemos un aspecto... recatado. Supongo que podría calificarse así, aunque a mí nadie me haya aplicado nunca ese adjetivo. Las chicas del festival, las que se pintaban el cuerpo y la cara de oro para bailar y aullar a la luz de la luna, están irreconocibles. Esas muchachas ya no existen: ambas han muerto, cada una a su modo.

Fuera se cierra una puerta de golpe y las dos nos sobresaltamos. Me doy cuenta de que está tan nerviosa como yo. Nuestras miradas se cruzan por fin en el espejo y, en silencio, cada una formula a la otra preguntas tan importantes — tan peligrosas— que no pueden pronunciarse en voz alta.

¿Cómo hemos llegado a esto?

¿Por qué estamos aquí?

¿Cómo acabará todo?

# PRIMER CONTACTO



**LAURA**

18 de marzo de 2015

Londres es la ciudad con más contaminación lumínica del Reino Unido, pero incluso aquí, en los barrios residenciales del norte, pueden verse las estrellas a las cuatro de la mañana. Con la buhardilla a oscuras, no me hace falta el telescopio de Kit para ver Venus: la luna creciente lo lleva colgado como un pendiente de color azul claro.

La ciudad queda a mi espalda. Desde aquí solo se ven azoteas suburbanas, dominadas por Alexandra Palace. De día es una monstruosidad victoriana de hierro forjado, cristal y ladrillo, pero de madrugada se destaca como un pico en el cielo, con su antena rematada por un punto rojo brillante. Un autobús nocturno del mismo tono atraviesa la calle vacía que bordea el parque. Esta parte de Londres es más genuinamente noctámbula que el West End. No bien cierra el último kebab turco, la panadería polaca comienza su reparto. Yo no elegí vivir aquí, pero ahora me encanta. En el bullicio hay anonimato.

Dos aviones se cruzan parpadeando. En el piso de abajo, Kit duerme. Es él quien se marcha y sin embargo es a mí a quien impiden pegar ojo los nervios del viaje. Hace mucho tiempo que no duermo toda la noche de un tirón, pero mi insomnio de ahora nada tiene que ver con los bebés que llevo en la barriga y que me despiertan bailando claqué sobre mi vejiga o dándome pataditas. Kit describió una vez la vida real como el periodo de hastío entre eclipses, pero para mí es un refugio. Beth ha cruzado el mundo dos veces, buscándonos. Solo somos visibles cuando viajamos. Hace un par de años, contraté a un detective privado y le reté a encontrarnos sirviéndose únicamente del rastro de documentación que

dejaron nuestras vidas anteriores. No consiguió dar con nosotros. Y si él no pudo, nadie puede. Ni Beth, desde luego, ni un hombre con los recursos de Jamie. Han pasado catorce años desde que me llegó una de sus cartas.

Este eclipse total será el primero que ve Kit sin mí desde que era un adolescente. Hasta los que tuvo que perderse, se los perdió conmigo, por mi culpa. No es buena idea viajar en mi estado, y me alegro tanto de estar en este estado que no me importa perderme el eclipse, a pesar de que estoy muerta de miedo por Kit. Beth me conoce. Nos conoce. Sabe que hacerle daño a él equivale a destruirme.

Veo desplazarse a la luna en su lenta parábola. Seguir su curso es un acto deliberado de concienciación, la terapia de anclaje en el presente que ha de detener mis ataques de ansiedad antes de que me dominen. El primer síntoma ya se ha declarado: ese sutil erizarse de todo el vello de mi piel, la sensación de que alguien me pasa un pañuelo de gasa por los antebrazos. Somatización, lo llaman, la manifestación física de una dolencia psicológica. Se supone que la concienciación debe ayudarme a separar el soma de la psique. Juego a unir los puntos de las constelaciones. Ahí está Orión, una de las pocas constelaciones que cualquiera puede identificar y, un poco más al norte, las Siete Hermanas que dan su nombre al barrio de aquí al lado.

Me mezo apoyándome sucesivamente en los talones y en las puntas de los pies, concentrándome en los hilos de la moqueta bajo mis dedos desnudos. No puedo dejar que Kit me vea angustiada. A corto plazo, eso arruinaría su viaje, y además Kit me sugerirá que retome la psicoterapia, y yo ya la he llevado hasta donde podía. Cuando guardas un secreto como el mío, solo puedes avanzar hasta cierto punto. Los psicólogos dicen siempre que las sesiones son confidenciales, como si su sofá de Ikea fuera un confesionario sagrado. Pero lo que tengo que confesar yo es un delito, y no hay en este país —ni en mi fuero interno— plazo alguno por el que prescriba.

Cuando se regula mi respiración, me aparto de la ventana. Hay la luz justa para ver el mapa de Kit. El original no, claro, ese fue destruido, sino una copia minuciosa. Es un enorme mapamundi en relieve surcado de curvas de hilo rojo y dorado medido al milímetro y pegado con la precisión que le es característica. Las curvas doradas señalan los eclipses que ya ha visto; las rojas, los que podremos ver a lo largo de nuestras vidas. Sustituir los hilos rojos por hilos dorados al volver a casa después de un viaje forma parte del ritual. (Kit, como es propio de él, ha calculado su esperanza de vida sirviéndose de su historia familiar y de diversos parámetros de estilo de vida y longevidad. Teniendo en

cuenta que la vejez le impida viajar a partir de los noventa, deberíamos ver nuestro último eclipse en 2066).

Hace años, Beth pasó los dedos por el mapa original y fue entonces cuando le hablé de nuestros planes.

Me pregunto en qué parte del planeta estará ahora. A veces dudo de que esté viva. Nunca le he deseado la muerte (a pesar de todo lo que nos ha hecho pasar, ella también es una víctima), pero a menudo he deseado que... desapareciera; supongo que es la palabra adecuada. No hay forma de averiguarlo. Prueba a buscar «Elizabeth Taylor», a ver hasta dónde llegas sin que la actriz o la novelista conviertan tu búsqueda en un ejercicio absurdo. Usar el diminutivo, Beth, no ayuda gran cosa. Parece haberse esfumado tan eficazmente como nosotros.

A Jamie hace años que no lo busco. Resulta demasiado incómodo, después del papel que desempeñé en el asunto. Su ofensiva publicitaria dio fruto y ahora, si buscas su nombre, aparece el caso pero únicamente en un contexto cuidadosamente acotado. Los primeros resultados de la búsqueda se refieren a su campaña mediática y al apoyo que brinda a hombres acusados erróneamente y también a quienes son acusados con toda justicia, exigiendo su anonimato hasta el momento de su condena en firme. Nunca consigo pasar de los primeros renglones; después, empiezo a ponerme enferma. Pero, como sigo teniendo que mantenerme informada, sorteo el problema usando una alerta de Google que vincula su nombre al único término que de verdad importa. Mezclar su nombre y el de Beth en una búsqueda no tiene sentido: ella tiene garantizado el anonimato de por vida. Es lo que dicta la ley, sea cual sea el resultado de este tipo de juicios. Supongo que fue una suerte para ella (para todos, en cierto modo) que en el momento del juicio no existieran aún las redes sociales, ni los sabuesos del teclado cuyo deporte favorito es la búsqueda de identidades.

La luz del descansillo me dice que Kit está despierto. Respiro hondo, exhalo con un largo soplo y me siento en calma. He vencido este ataque. Me remango la sudadera que llevo puesta. Es de Kit y no me favorece nada, pero me sirve, y por lo visto, desde hace ya años, estoy en la fase en la que solo me pongo ropa cómoda. Ya antes de quedarme embarazada, eché caderas y pechos por primera vez en mi vida gracias a los esteroides, y todavía no he aprendido a vestirme con tanta curva.

Bajo las escaleras sin hacer ruido y paso junto a los colchones embalados del descansillo. Cuando vuelva Kit, tendremos que convertir el cuarto de Juno y Piper del fondo de la casa en la habitación de los bebés. He estado

posponiéndolo, por superstición y por reticencia a hacer nada hasta que Kit haya sobrevivido a este viaje.

Me lo encuentro sentado en la cama, mirando el pronóstico del tiempo en su teléfono, con el pelo de color cobrizo claro alborotado. Las palabras «No te vayas» tratan de abrirse paso por la fuerza hasta mi boca. Pero saber que, si se lo pido, se quedará, basta para que le deje marcharse.

**KIT**

18 de marzo de 2015

Me quedo en la cama unos segundos, oyendo los pasos de Laura encima de mí y paladeando el sabor de la mañana navideña. Nunca disminuye la emoción cuando las fechas abstractas del calendario cobran forma por fin convirtiéndose en días. Sé desde hace años que el 20 de marzo de 2015 la luna tapaná el sol, dibujando un disco negro en el cielo. Los eclipses totales de sol son hitos en el eje temporal de mi vida desde que estuve por primera vez bajo la sombra de la luna. El de Chile de 1991 fue el gran eclipse del siglo pasado: siete minutos y veintiún segundos de pura totalidad. Yo tenía doce años y en aquel momento supe que dedicaría el resto de mi vida a revivir esa experiencia. Nada puede compararse al hecho de presenciar un eclipse solar total bajo un cielo despejado. Hasta que conocí a Laura, fue lo más cerca que estuve de entender la religión.

Las sábanas de su lado de la cama se han enfriado. Cuando llega, su barriga entra en la habitación un instante antes que ella. Tiene las mejillas hundidas de cansancio. Se ha recogido el pelo y se le ven las raíces: un milímetro de color castaño que parece negro en contraste con el rubio platino de su melena. Lleva puesta una sudadera mía de las más viejas, arremangada hasta los codos. Está más guapa que nunca. Cuando empezamos a intentar tener un hijo, me preocupaba echar de menos ese desgabo ectomorfo que siempre me ha encantado, pero la verdad es que me enorgullece ver cambiar su cuerpo porque ahí dentro hay algo mío.

—Vuelve a la cama —le digo—. No te viene bien andar brincando por ahí.

—Bueno, ya estoy despierta. Volveré a acostarme cuando te vayas.

En la ducha, repaso el itinerario de hoy una vez más deteniéndome en los detalles más nimios de mi magnífico plan. Cogeré el metro de las 5:26 en la estación de Turnpike Lane y luego el tren de las 6:30 de King's Cross a Newcastle, donde me encontraré con Richard a las 9:42. Desde allí, un minibús alquilado nos trasladará al puerto de Newcastle, donde en torno a las once de la mañana embarcaremos tranquilamente en el Princess Celeste, un crucero de seiscientos camarotes en el que atravesaremos el mar del Norte dejando atrás Escocia hasta las islas Feroe, a medio camino de Islandia. El eclipse del viernes se verá sobre todo en el mar, pero el mar no se está quieto ni cuando está en calma, y las mejores fotografías se hacen en tierra. Tuve que optar entre las Feroe y Svalbard, al norte del Círculo Polar Ártico. (Fue Laura quien quiso que fuera a las Feroe. En Tórshavn, en Stremoy, la mayor de las islas, es donde se concentrará más gente, y cree que así correré menos peligro). Dentro de dos días, a las 8:29 de la mañana, la luna comenzará a deslizarse sobre la superficie del sol y poco a poco se producirá un eclipse total de dos minutos y medio de duración.

Me seco con la toalla la barba que Laura se empeñó en que me dejara crecer para el viaje y me pongo con todo cuidado la ropa que saqué anoche. Mi ropa de trabajo (no un uniforme, aunque bien podría serlo) cuelga bien ordenada en el armario, agujoneando mi mala conciencia. Por más que me apetezca pasar cinco días fuera del laboratorio óptico, no puedo evitar sentirme culpable por haberme tomado unos días de vacaciones cuando podría haberlos descontado de mi baja por paternidad. Luego me acuerdo de los productos químicos que llevo respirando tanto tiempo que me han dejado marcas en los pulmones, y en mi cuello agarrotado por pasarme el año entero mirando lentes y que por fin voy a poder estirar para mirar el cielo, y pienso «Que le den». Tengo el resto de mi vida para ejercer de padre y sostén de la familia. ¿Qué son cinco días, en términos generales?

Me pongo una camiseta térmica de manga larga y, encima, mi camiseta de la suerte, recuerdo de mi primer eclipse. Pone *Chile'91* (los países siempre reivindicaban el eclipse como propio, hasta cuando la sombra abarca tres continentes) y tiene los colores de la bandera chilena. El círculo negro y desigual de su centro representa el sol cubierto, rodeado por los destellos de una corona. Cuando mi padre se la compró a un vendedor ambulante, prácticamente me quedaba como un vestido. Mac se negó a ponerse la suya, pero yo no me la quitaba ni para lavarla. Ahora es de mi talla, aunque dentro de unos años dejará de servirme como no siga el ejemplo de Mac y empieza a ir al gimnasio. Tiene una quemadura en el cuello, de cuando Mac me tiró un porro encendido en

Aruba, en 1998, durante una discusión. Encima de esas dos capas de ropa me pongo el espléndido toque final, una obra de arte hecha de gruesa lana blanca y negra. Hace ya meses, Richard y yo compramos por internet sendos jerséis a juego de las islas Feroe. Nos estamos pasando por el forro el impacto ecológico llevándolos de vuelta al país donde pastaron las ovejas y donde se hiló y se tejió su lana.

Vuelvo a mirar mi teléfono por si acaso las condiciones meteorológicas han variado en los últimos diez minutos, pero el pronóstico sigue siendo malo. Un espeso manto de nubes cubre todo el archipiélago. «Cazador de eclipses» es un término que parece poco apropiado, y con el paso de los años he aprendido a defenderlo. ¿Cómo se puede dar caza a un fenómeno natural cuando tú eres el que se mueve y el fenómeno permanece inmóvil? En primer lugar, un eclipse nunca es estático: el oscurecimiento se produce a más de mil seiscientos kilómetros por hora. Es cierto, eso sí, que las coordenadas son inamovibles: la sombra caerá donde tenga que caer, siguiendo un patrón fijado cuando todavía formábamos parte de la sopa primordial. Las nubes, en cambio, no son tan previsibles, ni mucho menos. Un cúmulo inesperado puede frustrar las esperanzas de una muchedumbre de miles de personas que apenas unos minutos antes se hallaban tranquilamente al sol. La emoción está en ganarle la partida al mal tiempo. El mejor recuerdo que guardo de mi padre es del eclipse del 94, en Brasil, cuando Mac y yo fuimos montados en la parte de atrás del Volkswagen, sin cinturón, circulando a toda velocidad por una carretera llena de baches, hasta que encontramos una franja de cielo azul. (Pensándolo bien, mi padre conducía borracho, pero procuro no detenerme mucho en ese detalle).

Ahora, claro, hay aplicaciones. Se pueden localizar brechas en las nubes con mucha más precisión, y no es raro que un autobús entero no sepa cuál es su destino hasta cinco minutos antes del primer contacto. Pongo el móvil con la pantalla hacia abajo. Voy a volverme loco si sigo pensando en el tiempo. Por suerte siempre se me ha dado bien acallar las ideas que me distraen o me alteran. Cuando me permito pensar en el pasado, lo que no sucede muy a menudo (solo aflora al primer plano de mi conciencia cuando se aproxima un eclipse y Laura empieza a subirse por las paredes), en esas raras ocasiones tengo la impresión de haber vivido bajo un fluorescente averiado desde lo que pasó en Lizard. Un parpadeo, una vibración sutil pero constante con la que aprendes a convivir, aunque sepas que algún día te causará un ataque o un aneurisma.

El olor a café recién hecho sube por la escalera. Laura está en la cocina, cinco escalones más abajo, al fondo de la casa. Nuestro asilvestrado jardincito trasero

está a oscuras. Laura me ha llenado una taza y está envolviendo un sándwich en papel de aluminio. La beso detrás de la oreja derecha y aspiro su olor cremoso.

—Por fin, la esposa servil que siempre he querido. Debería dejarte sola más a menudo.

Noto que la piel de su cuello se tensa cuando sonrío.

—Es por las hormonas —dice—. No te acostumbres.

—Prométeme que vas a volver a acostarte cuando me vaya.

—Prometido —responde, pero yo conozco a Laura.

Confiaba en que con el embarazo se tranquilizara un poco, pero los esteroides la han acelerado aún más, si cabe, así que sé que no parará en todo el día, hasta que en torno a las nueve de la noche se caiga de cansancio. Limpia la encimera con una bayeta y tira las cápsulas de café vacías a la basura. De espaldas a mí, ejecuta un pequeño gesto que solo yo entiendo y que hace que se me encoja el estómago: se pasa las manos por los antebrazos desnudos dos veces, como si se limpiara telarañas imaginarias. Hace meses, incluso años, que no la veo hacer ese gesto, y siempre significa que está pensando en Beth. Lamento por enésima vez que no sea tan disciplinada como yo respecto al pasado o, mejor dicho, respecto a cómo el pasado puede afectar a nuestro futuro. ¿Para qué malgastar energías anticipándose a algo que tal vez no suceda nunca? Se pone así cada vez que hay un eclipse, a pesar de que hace nueve años que no tenemos noticias de Beth. Se vuelve con una sonrisa exagerada, poniendo literalmente al mal tiempo buena cara por mí. No sabe que la he visto frotarse los brazos. Puede que ni siquiera sepa que lo ha hecho.

—¿Qué tienes previsto para hoy? —le pregunto, por calibrar su estado de ánimo, más que nada.

—Tengo que llamar a un cliente a primera hora —contesta—. Y luego, esta tarde, tenía pensado ponerme con el IVA. ¿Y tú? ¿Tienes algún plan?

Su broma me tranquiliza. Cuando está a punto de derrumbarse, lo primero que pierde es el sentido del humor.

Hace tres días que tengo la mochila hecha. Pesa bastante, principalmente porque llevo todo el equipo de la cámara: objetivos, cargadores, el trípode, baterías, impermeables y repuestos para todo. La cámara, demasiado valiosa para dejarla en el portaequipajes, va en su propia bolsa. El teléfono lo llevo en el bolsillo de la pechera del cortavientos naranja.

—Qué elegante —comenta Laura con ironía—. ¿Llevas todo lo necesario?

Me guardo el sándwich en el otro bolsillo, compruebo que tengo a mano el abono transporte y me cuelgo la mochila. Pesa tanto que casi me caigo hacia

atrás.

De repente, a Laura se le borra la sonrisa y se frota los brazos dos veces, rápidamente. Esta vez nos miramos, y negarlo resulta tan inútil como dar una explicación. Lo único que puedo hacer es intentar tranquilizarla.

—He mirado la lista de pasajeros —le digo—. Y no hay ninguna Beth Taylor. Ningún Taylor, ni ninguna Elizabeth. Y tampoco ninguna mujer cuyo nombre empiece por B o por E.

—Tú sabes que eso no quiere decir nada.

En efecto, lo sé. Laura está convencida de que Beth se ha cambiado de nombre. Yo no estoy de acuerdo: es un reflejo de su paranoia. Con un nombre como ese, puedes esconderte a plena luz del día. A fin de cuentas, con ese mismo criterio elegimos nosotros nuestro nuevo nombre. ¿Para qué esconder una aguja en un pajar si puedes esconder una brizna de heno?

—Y aunque sea así —insiste Laura—, lo único que significa es que no va en tu barco. ¿Y si está en tierra?

Contesto con premeditada lentitud.

—Si está allí, buscará un festival. Esperará encontrarnos donde haya altavoces y bongós a mansalva. Y yo viajo con un montón de americanos jubilados. Y, aunque no sea así, Tórshavn es un sitio grande y estará lleno de turistas. Once mil personas. —Me aliso la barba—. Además, llevo este disfraz tan ingenioso. Y estaré atento. Iré por ahí con un periscopio, asomándome a todas las esquinas antes de ir a cualquier parte. —Hago el gesto de mirar entre los dedos, pero Laura no se ríe—. Mac vive en la calle de al lado, Ling dos calles más allá, mi madre a una hora de distancia y con tu padre puedes hablar por teléfono en cuanto lo necesites.

—No puedo evitarlo, Kit.

Noto, por cómo se muerde el labio, que se enfada consigo misma por ponerse a llorar. La atraigo hacia mí y, con el otro brazo, le deshago el moño mal hecho y le paso los dedos por el pelo como a ella le gusta. Una lágrima rueda por el tejido impermeable de mi chaqueta. Respiro hondo y digo lo único que Laura necesita oír:

—Si quieres que me quede, me quedo.

Se aparta de mí y, durante unos segundos, pienso horrorizado que lo hace para que me descargue la mochila. Pero coge la bolsa de la cámara y me la cuelga del cuello con aire solemne, como si fuera una medalla olímpica. Así es como me da su bendición, y noto lo mucho que le cuesta.

—Cuídate mucho —dice.

—Tú también. A los tres —puntualizo y, sin pensar en las consecuencias, me agacho para besarle la tripa. Noto un pinchazo en los muslos al incorporarme otra vez—. Podría ser peor —añado—. Podría irme a Svalbard. En Svalbard, un oso polar atacó a una persona la semana pasada.

—Ja —dice desganadamente.

Para ella, Beth Taylor es más aterradora que un oso hambriento. Sé lo que está pensando: que la primera vez que Beth reaccionó violentamente con propósito de venganza, ella misma confesó que solo se detuvo porque la sorprendieron en el acto. Incluso reconoció que habría sido mucho peor si, en lugar de atentar contra una propiedad privada, hubiera agredido a su propietaria.

Fuera aún no ha amanecido y la calle resplandece, anaranjada, a trozos. Hay dos peldaños de piedra desde la puerta de nuestra casa a la calle. En la acera, me vuelvo para mirar a Laura, que se ha bajado las mangas hasta las muñecas y apoya las manos en la barriga. Experimento lo que Mac llamaría un instante de lucidez. Estoy a punto de dejar a mi mujer en avanzado estado de gestación, ansiosa y atiborrada de fármacos, para cruzar el mar hasta otro país donde es muy posible que me esté esperando la mujer que estuvo a punto de acabar con nosotros.

—No voy —digo, y no es un farol.

Laura frunce el ceño.

—Claro que vas a ir —contesta—. Este viaje ha costado más de mil libras. Vete. —Me hace señas de que me aleje—. Pásatelo en grande. Haz muchas fotos. Y vuelve con un montón de historias bonitas que contarles a nuestros hijos.

Echo un último vistazo a mis zapatos. Aquí las aceras son ya de por sí bastante traicioneras sin necesidad de añadirles un cordón desatado.

—Hay muy pocas probabilidades de que me encuentre —afirmo, pero Laura ya ha cerrado la puerta, y me doy cuenta de que de todas formas estaba hablando solo.

Desde nuestra casa en Wilbraham Road a la estación de metro de Turnpike Lane hay solo cinco minutos andando, menos si atajas por Haringay Passage, un pasadizo práctico pero de aires más bien dickensianos que parte por la mitad nuestra cuadrícula de calles. Cruzo Duckett's Common rodeando los columpios y toboganes donde juegan los hijos de nuestros amigos. Bajo mis pies crujen cristales rotos.

Ya estoy sudando, y el sudor se me enfría en la barba. Los labios me saben a sal, pero no es eso, sino la mentira, lo que me produce un regusto amargo. Es imposible que haya mirado la lista de pasajeros. Esas cosas no son de dominio público. Me cuesta creer que Laura no se haya dado cuenta. Cuando se pone ansiosa, tiene superpoderes. La paranoia la alerta hasta de las alteraciones más insignificantes de mi lenguaje corporal, y siempre se percata si faltó mínimamente a la verdad.

Solo le oculto cosas que sé que van a angustiarse.

Cuando llego, la estación de Turnpike Lane todavía está cerrada. Los rótulos horrendos de las tiendas y las vallas publicitarias deterioradas desdoran su esplendor *art déco*. Exactamente a las 5:20, un empleado de TfL cubierto con un forro polar de color azul rey abre de par en par las rejas de hierro forjado. Solo hay un pasajero más: una mujer negra de aspecto cansado, vestida con un tabardo, que probablemente va a limpiar alguna oficina del centro.

Bajo por la escalera mecánica, ensimismado. Es improbable que Beth vaya en mi barco, pero cabe la posibilidad de que esté en las Feroe. Me alegro de viajar solo y de no tener que preocuparme por la seguridad de Laura. Llevo mucho tiempo protegiendo a mi mujer de las consecuencias de lo que pasó en Lizard Point. Y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por que las cosas sigan así.



## LAURA

10 de agosto de 1999

El autocar de National Express estaba parado en la A303, frente a Stonehenge. Parecía que medio mundo iba camino del West Country para ver el eclipse. El cielo tenía el mismo color gris que los menhires, el reloj ancestral colocado sobre el verde suave del promontorio. Si tenía que quedarme atrapada en un atasco, aquel parecía ser el lugar más indicado; la gente no suele saber que Stonehenge se usaba para predecir eclipses, además de marcar el solsticio de verano. Pero después de pasarme una hora mirando el círculo sagrado, hasta a mí me costaba mantener el interés.

Cada vez que daban el pronóstico del tiempo por la radio, un hombre que estaba sentado en la parte delantera del autocar, flaco como un espárrago y con una barba de druida desgreñada, se levantaba, daba unas palmadas y nos ponía al corriente de la situación. Era muy probable que estuviera nublado. Los otros pasajeros que, como yo, iban al festival de Cornualles, se ponían a vitorear y a dar vivas de todos modos, mostrando una versión más fresca y juvenil del famoso estoicismo británico que permitió a nuestros abuelos soportar la *Blitzkrieg* y a nuestros padres las vacaciones en caravana. Daba la impresión de que para ellos el eclipse no era más que una excusa para ir a un festival. Si lo veían, tanto mejor, y, si no, de todos modos habría música. A Kit, en cambio, le interesaba muchísimo el eclipse, y yo sabía que se pondría de mal humor.

Kit, Mac y Ling ya llevaban dos días en el recinto del festival, montando el puesto de té que, con un poco de suerte, daría algún beneficio. Yo no había comido nada desde mi entrevista con el tipo de la agencia de colocación a la

hora del desayuno, y me había cambiado en los aseos de la estación Victoria. Llevaba en la mochila la ropa que me había puesto para ir a la entrevista de trabajo. Hice como que pisaba un acelerador, presionando hacia abajo con las botas militares, y dudé de que fuera a llegar a Lizard Point antes de que anocheciera.

Por fin, el autocar dejó atrás el atasco, causado no por obras en la carretera, sino por los conductores que se quedaban mirando los restos de un choque múltiple. Al poco rato, Wiltshire dio paso a Dorset y a sus caballos de yeso. A la hora de comer estábamos en Somerset. El váter químico se atascó en algún punto de Devon. Cuando entramos en Cornualles, se oyeron vivas sinceros. Las chimeneas de las minas de estaño abandonadas parecieron surgir de los cerros casi tan pronto como cruzamos la divisoria condal, y aquí y allá la bandera del condado, la característica enseña negra con su cruz blanca, ondeaba orgullosa. Sentí la acometida del mar a ambos lados a medida que Inglaterra se adelgazaba hasta formar una península y el palpito de emoción que iba creciendo dentro de mí al saber que, en el cabo más meridional del condado, me esperaba Kit.

En aquel momento llevábamos seis meses juntos. No fue tanto un periodo de luna de miel como un estado de fuga que podría haber dado al traste con nuestros exámenes finales de no ser porque Kit cosechó los frutos de toda una vida de estudio y de su memoria fotográfica, y yo salí del paso gracias a una pregunta sobre el único texto que me había estudiado y una buena dosis de sulfato de anfetamina. Kit insiste en que fue amor a primera vista. Yo creo que tardó unas doce horas. En eso no nos ponemos de acuerdo.

Ling y yo estábamos en tercero, en el King's College de Londres, cuando ella empezó a salir con un estudiante de ciencias de la comunicación llamado Mac McCall (ni siquiera su madre le llamaba por su verdadero nombre, Jonathan). Mac me caía bien hasta cierto punto: era bien parecido, tirando a pelirrojo, divertido, carismático y generoso con las drogas, pero tenía tendencia a acaparar el espacio en el que estuviera, y yo le guardaba cierto rencor por haberse interpuesto en mi amistad con Ling. No tenía ninguna prisa por conocer a su hermano gemelo, que estudiaba astrofísica en Oxford. «Seguro que son como la noche y el día», pensé, y tenía razón. Mac es el típico extrovertido que extrae su energía de la gente y las muchedumbres, mientras que Kit es un introvertido de manual. Las conversaciones le agotan; las ideas, en cambio, le recargan las pilas.

Nos unieron, en cierto modo, los eclipses. Yo era muy joven y estaba, por

tanto, ávida de experiencias pretendidamente auténticas o alternativas a la cultura popular de la que solía mofarme con una mueca de desdén. Solo me gustaban las discotecas astrosas y los grupos molones de los que nadie había oído hablar, y salía con un montón de chicos que se daban un aire a Jesucristo. Creía que esperar en un campo para ver desaparecer una estrella sería el perfecto colofón para una *rave* de ensueño, un efecto fuera del alcance de la imaginación y el presupuesto de cualquier promotor de discoteca. Cuando Ling me contó que Mac y ella habían encontrado la manera de ver el eclipse total en Cornualles y que además les pagaban por ello, me apunté enseguida.

Mac vivía en Kennington, en un antiguo piso de protección oficial con el techo bajo y las paredes cubiertas de carteles vertiginosos con fractales fluorescentes. Al entrar, cruzabas un suelo abonado con paquetes rotos de papel de fumar marca Rizla. La bombilla del cuarto de estar se había fundido y la habitación estaba iluminada por velas colocadas en tarros de mermelada. Kit, que había venido de Oxford a pasar el fin de semana, estaba acurrucado en un rincón en penumbra, con la cara oculta detrás de un flequillo lacio de color rubio rojizo y las mangas del jersey de lana negro tapándole las muñecas. Parecía más pálido que Mac en todos los sentidos.

—Queridos míos —comenzó a decir Mac, con las manos ocupadas por una china de hachís y un mechero (era capaz de hablar y liarse un porro con la misma facilidad con que la mayoría de nosotros puede hablar y pestañear al mismo tiempo)—, nos hemos reunido aquí hoy para encontrar la manera de ir a un festival sin tener que apoquinar por ello. Lo más provechoso que se me ocurre es vender bebidas calientes, té y cafés, y, si trabajamos por turnos, puede que obtengamos pingües beneficios.

Mac tenía un carácter sorprendentemente emprendedor para ser un anarquista declarado. Llevaba camisetas de Amnistía y predicaba paz y amor, pero solo hacia aquellos que compartían sus mismos valores. Saludaba haciendo el signo de la paz, pero no le importaba tener a sus vecinos despiertos toda la noche poniendo música tecno a todo volumen.

—Bueno —dijo al encender el porro. La llama del mechero me permitió ver un instante la cara de Kit: cejas rectas como reglas, nariz afilada como una flecha y boca firme—. Hay como unos diez festivales en el West Country esa semana. Todos están en preparación, pero he reunido toda la información que he podido para ayudarnos a decidir cuál encaja mejor con nuestro talante.

Intenté que Ling me mirara para compartir con ella una sonrisa de complicidad ante la pedantería de Mac, pero ella lo miraba extasiada. Sentí,

como de costumbre, el escozor de saberme excluida.

—El principal festival del eclipse es en Turquía, pero para eso no nos alcanza el presupuesto —continuó él—. Además, ¿con qué frecuencia pasa esto en nuestro suelo patrio?

—Menos de una vez en el transcurso de una vida —respondió Kit desde su rincón. Hablaba con el acento culto de los Home Counties: como Mac, pero sin su deje falsamente proletario—. Para que haya un eclipse total, tiene que darse una alineación *verdaderamente* precisa. Es difícil de calcular, pero el último que hubo aquí fue en 1927 y el siguiente no será hasta 2090. Y entre 1724 y 1925 no tuvimos un solo eclipse total.

—Muy bien, Rain Man —dijo Mac retomando su listado.

Descartó tres festivales porque la música era «demasiado horterera» y otro más porque su financiación era «excesivamente empresarial». Ling, que manejaba las previsiones de número de asistentes, eliminó otro por ser tan pequeño que no merecía la pena. Quedaban un festival en el norte de Devon y otro en la península de Lizard, en Cornualles.

—La cosa está muy igualada —comentó Ling.

—¿Hermano? —dijo Mac.

Kit se levantó sin apoyarse en las manos. «Es más alto que yo», pensé. Comparar la estatura de un hombre con mi metro setenta y cinco de altura era a menudo el primer indicio de que me sentía atraída por él. Sacó de una estantería de contrachapado torcida un manojito de hojas impresas por ordenador.

—Lo bueno que tiene Cornualles, dentro del West Country, es que hay unos cuantos microclimas. Las condiciones meteorológicas pueden variar de kilómetro en kilómetro. Así que he cotejado la luz solar y las precipitaciones medias de la ubicación de todos los festivales y he comparado el resultado con la trayectoria de la totalidad del eclipse. En mi opinión, donde tenemos mayores posibilidades de ver el sol es aquí. —Desplegó un mapa oficial de Cornualles muy manoseado y señaló la península de Lizard.

—El Festival de Lizard Point, entonces —concluyó Mac, y la sonrisa indecisa de Kit se hizo más amplia—. Creo que esto merece una celebración.

La celebración consistió en una botella de Jack Daniel's que nos fuimos pasando mientras él hacía de pinchadiscos y Kit revolvía sus papeles. Yo estaba acostumbrada a los arrumacos que se hacían Ling y Mac en público y daba por sentado que Kit también lo estaba, pero, cuando empezaron a darse el lote en el sofá, se vio a las claras que estaba azorado: se puso como un pimiento y miraba a todas partes, menos a mí. Pasado un rato se metió en la cocina. Yo carraspeé

con fuerza.

—Perdón —dijo Mac alisándose la camiseta—. Nos vamos a la otra habitación.

—¿Y cómo vuelvo yo a casa?

Había una larga y oscura caminata hasta nuestro pisito de Stockwell, y el último autobús ya había salido. No había bebido lo suficiente como para atreverme a hacer el camino yo sola, y en aquel entonces no se me habría ocurrido coger un taxi.

—Que te acompañe Kit —dijo Ling, y se tambaleó al levantarse. Ya tenía el sujetador desabrochado. Me guiñó un ojo por encima del hombro—. Pero no te enrolles con él. Si no, sería una lata en Cornualles.

Si no hubiera sopesado ya la idea, habría decidido tirarme a Kit solo para fastidiarla.

—Ah —dijo él cuando volvió y me encontró sola.

Luego se retiró a su rincón, donde se sentó con las piernas cruzadas y se puso a tamborilear con los dedos siguiendo el ritmo de la música.

—Es muy ingenioso lo que has hecho con esos diagramas —comenté al cabo de un rato para romper el silencio.

—Solo son matemáticas —contestó encogiéndose de hombros, pero sus dedos se detuvieron.

—A mí nunca se me han dado bien las matemáticas —dije—. En secundaria, tuve una profe de geometría que un día estaba dibujando formas en el encerado, se paró, se agarró los pechos y dijo: «Naturalmente, la forma más bella de todas es el círculo». Y yo me sentí excluida de ese secreto. De toda esa historia.

Kit ladeó la cabeza como si mirándome oblicuamente pudiera sondearme mejor.

—Es mejor excusa que las que suele poner la gente —dijo—. La gente se enorgullece de que se le den mal las mates, es una especie de esnobismo inverso, y una enorme falta de *respeto*. No sé si es un mecanismo de defensa o qué, pero a mí me saca de quicio. No se dan cuenta de lo bellas que son las matemáticas. Por ejemplo, escucha esta melodía.

Traté de concentrarme en la música, pero me costaba trabajo oyendo el chirrido desacompañado de la cama de la otra habitación.

—Llevan juntos... ¿cuánto? ¿Seis meses ya? —preguntó Kit, clavando los ojos en la pared de la que procedían aquellos ruidos—. Espero que con esta no la cague como suele hacer.

Yo me despejé de repente.

—Espera, ¿qué? —Ling y yo estábamos acostumbradas a batirnos el cobre la una por la otra—. No la estará engañando, ¿verdad?

—¡No, por Dios! —contestó Kit reculando torpemente. Mac poseía un encanto nato; en cambio el pobre Kit apenas manejaba el tacto más elemental—. Es solo que... No tiene muy buen historial. Ya sabes, con las chicas. Con las *mujeres*. Pero seguro que con esta le va bien. Con Ling.

Se acercó la botella a los labios y la inclinó, pero se llevó un chasco al encontrarla vacía.

—Ya veo quién se llevó toda la fibra moral en el vientre materno —comenté yo para tranquilizarlo.

—Qué va. Mac es quien va a todas las manifestaciones y esas cosas.

—Así es como quiere mostrarse ante los demás. ¿No crees que es más importante cómo tratas a la persona que tienes al lado? —pregunté.

En la sonrisa con que respondió a mi pregunta distinguí una integridad serena, muy distinta a la de los chicos que le precedieron, cuyas convicciones políticas eran tan mudables como las camisetas en las que las llevaban impresas.

—Bueno, yo... —Le interrumpió un gruñido procedente de la habitación de al lado que podía pertenecer tanto a Mac como a Ling.

—En fin —dije, ansiosa por sofocar aquel ruido—, ibas a decirme qué tiene que ver esta melodía con las matemáticas.

Aproveché la ocasión para subir la música. Un *riff* de sitar bailoteaba en torno al martilleo sostenido de un bajo. Kit arrugó el entrecejo, muy concentrado.

—Leibniz dijo que la música se da cuando la mente cuenta sin ser consciente de que está contando. Un eclipse es matemáticas. Las matemáticas más bellas que existen.

Sin saber qué decir ante tanto apasionamiento, hice un gesto con el que confiaba en animarle a seguir hablando.

—La luna tiene un diámetro cuatrocientas veces menor que el sol, pero está cuatrocientas veces más cerca de la Tierra, de ahí que parezcan del mismo tamaño.

Tuve la sensación de que iba a necesitar un gráfico animado para comprender aquello, pero me parecía importante no quedar como una ignorante delante de él.

—¿Cuántos eclipses has visto? —pregunté por bajar la conversación, si no a la Tierra, sí más cerca de mi órbita, y ya no hubo forma de pararle.

Me habló de cómo había recorrido América entera con su padre, en coche, y de cuando, estando en la India, vio desaparecer el sol junto a su padre, su hermano «y un montón de cabras atolondradas» mientras bordeaba la tapia de un

templo en ruinas. Me habló de Aruba, donde la arena estaba tan caliente que el plástico se derretía y desde donde vieron Venus y Júpiter «redondos y nítidos como chinchetas en un tablón de corcho». Me contó cómo salen y dejan de esconderse los planetas y las estrellas, como si ellos tampoco quisieran perderse el eclipse.

—Cuando lo ves, cuando estás debajo, no piensas en la ciencia. Te olvidas de todo eso.

Se puso colorado y volvió a lanzarse a una explicación técnica. Me describió las fases de un eclipse, me explicó qué era el anillo de fuego llamado corona que rodeaba el sol, y que el eclipse de 1919 aportó pruebas que respaldaban la teoría de la relatividad de Einstein al demostrar que la masa del sol desviaba la luz de estrellas lejanas. Yo, en parte, escuchaba con interés sus explicaciones, pero también le observaba hablar: observaba cómo cambiaba por completo su cara cuando se entusiasmaba y cómo desviaba la mirada cuando le entraba la timidez o se acordaba de algo. Intenté imaginarme a Mac hablando largo y tendido de un tema que no fuera él mismo y sonreí al pensarlo.

—Ah, te estoy aburriendo —dijo Kit.

—No, qué va.

—Mac dice que soy un pesado. ¿Qué me cuentas de ti? Estás en clase de Ling, ¿no? ¿Qué vas a hacer cuando te gradúes?

Le hablé de mi plan maestro: trabajar unos cuantos años en la City hasta que tuviera currículum suficiente para desertar y pasarme al sector de las organizaciones asistenciales. Había visto a demasiadas amigas de mi padre, mujeres muy formales e incompetentes, invirtiendo el día entero en sacudir una lata de colecta para recaudar un puñado de calderilla.

—Solo hay un modo de cambiar la vida de la gente, y es con dinero. Y si lo que quieres es dinero, tienes que ir adonde lo hay a montones.

—¿Como Robin Hood, pero con hojas de cálculo y gestores de fondos de inversión?

—Es una forma estupenda de expresarlo.

Mientras se consumían las velas, intercambiamos biografías en conserva, como hace uno cuando es joven y, aparte de su colección de discos y su plan de estudios, solo puede hablar de la gente con la que ha crecido. Aquella noche, con Kit, daba la sensación de que aquel era un tema clave. «Mira dónde te estás metiendo», parecíamos decirnos. ¿Todavía quieres seguir adelante?

Me enteré entonces de que sus padres, Adele y Lachlan, vivían en Bedfordshire, y que habían tenido tres casas en otros tantos años. Primero se

trasladaron a una más pequeña cuando Lachlan se quedó en paro, y de nuevo cuando se fundió en bebida el resto de su indemnización. Adele enseñaba corte y confección en un instituto de secundaria mientras esperaba a que falleciera su marido. Lachlan McCall —me contó Kit— había sido lo que se denominaba un alcohólico funcional, y posteriormente un alcohólico en paro, hasta que un día, un par de años antes, su hígado colapsó por fin. No quisieron ponerle en la lista de trasplantes mientras no dejara de beber. Y seguía dándole al frasco.

—Mac nunca ha dicho nada —dije yo.

—Bueno, es lógico, ¿no? Ya has visto cómo es. Quiero decir que a mí me gusta tomar una copa de vez en cuando, pero lo suyo es otra cosa. Y no creo que vaya a parar ni cuando se muera mi padre.

Le tembló fugazmente el mentón. Cuando le hablé de la muerte de mi madre, dijo con sencillez:

—Ah, Laura, cuánto lo siento. La pena no tiene edad.

De pronto había en el suelo, entre nosotros, dos tumbas: una llena y cubierta de hierba; la otra, vacía y a la espera. Me puse a escuchar la música de fondo y pasamos largo rato sin hablar. Cuando terminó el cedé que estaba sonando, Kit tragó saliva un par de veces como si se preparara para dar un gran discurso y masculló para el cuello de su camisa:

—Me gusta tu pelo.

(«Me gusta tu pelo», o una variación sobre ese tema, era lo primero que solía decirme la gente en aquella época. Cuando llegué a la universidad lo llevaba recogido en una trenza de color castaño ceniza, hasta la cintura. Ansiosa por reinventarme, me lo decoloré en el cuarto de baño del colegio mayor la primera noche que pasé lejos de casa, convirtiéndolo en una madeja de seda de un blanco radiante. Lo llevo así desde entonces. Me tiño las raíces cada tres semanas, lo que dicho así suena muy caro de mantener, pero lo cierto es que nunca me maquillo ni me interesa la moda. Y cuando tu vanidad se conforma con tan poco, creo que tienes derecho a satisfacerla).

Kit estiró el brazo y cogió un mechón de mi pelo. Parecía brillar a la luz de las velas.

—Podría distinguirme entre una multitud, incluso a oscuras —dijo.

Cuando me puso la mano en la mejilla, sentí cómo le latía el corazón en la palma.

Hicimos el amor torpemente en medio de aquella penumbra, al calor tenue de un calefactor eléctrico, y los dos nos llevamos una decepción. Fue por culpa de los nervios; de los nervios, y del convencimiento tácito de lo mucho que

importaba ya. Pero las noches de enero son largas, y por la mañana nuestros temores se habían disipado y había surgido algo nuevo. Yo me sentía barrida y limpia, como reescrita por Kit; incluso me costaba creer que hubiera estado con otros hombres. Nunca hablamos de ese tema. Yo fui uniendo los puntos entre las anécdotas que contaba él y llegué a la conclusión de que, antes de conocerme a mí, su vida amorosa había consistido en una serie de comienzos fallidos. Y si Kit hizo lo mismo conmigo (extrapolar los datos, como habría dicho él, a partir de las historias cuidadosamente expurgadas que yo le contaba), debió comprender que ninguna de mis relaciones anteriores podía compararse, ni de lejos, con lo que había entre nosotros. Por lo que me dijo, comprendí enseguida que nadie, aparte de su familia, se había fijado nunca en él como no fuera por aprobar un examen, y sentí lástima por todas aquellas personas que le habían ignorado o que no habían intentado ver más allá de su aparente torpeza. Se estaban perdiendo todo un mundo. Para mí era un honor, un orgullo, que me dejara acercarme a él. Me hice cargo de su corazón y tan a pecho me tomé esa responsabilidad, que todas las noches me juraba a mí misma no defraudar su ideal de perfección.

Solo una mujer muy joven pensaría así.

El ansiado «Te quiero» llegó con otras palabras, pronunciadas de madrugada en la cama de Kit en Oxford.

—Laura.

Mi nombre interrumpió mi sueño en tono perentorio.

—Laura.

—¿Qué pasa? ¿Ocurre algo?

Traté de escudriñar su cara bajo el haz de luz débil que entraba del descansillo, pero solo distinguí una silueta confusa. Entrelazó sus dedos con los míos como si quisiera impedirme la huida.

—Perdona, no podía dormir. Necesito saberlo. —Parecía al borde de las lágrimas cuando cogió mis manos calientes con las suyas, tan frías—. Esto. Lo nuestro. ¿Para ti es lo mismo que para mí? Porque si no...

Estaba temblando. Concluí la frase por él para mis adentros. Porque, si no, no creo que pueda soportarlo. Porque, si no, prefiero que se acabe ahora. La sencilla belleza de todo aquello me dio ganas de reír, pero era consciente del valor que había tenido que reunir para preguntármelo.

—Para mí es igual que para ti —contesté—. Te lo prometo. Es lo mismo.

Aquella conversación fue nuestra proposición de matrimonio. A partir del día siguiente, empezamos a hablar sin sonrojo de cuando nos casáramos, de nuestros futuros hijos y de la casa en la que viviríamos cuando fuéramos mayores, y

cuando Kit se refería a los eclipses que iría a ver diez, veinte o treinta años después, ambos dábamos por sentado que yo estaría a su lado, dándole la mano bajo la sombra del sol.



## **LAURA**

18 de marzo de 2015

Un amanecer anaranjado rompe suavemente sobre Alexandra Palace, un delicado telón de fondo para mi devolución del IVA. Sin conectarme a internet, voy rellenando una hoja de cálculo en el estudio de la buhardilla, y es un alivio que la monotonía lógica de mi tarea me sirva de distracción. La paranoia de anoche no se ha disipado junto con la oscuridad. En todo caso va a peor a medida que se acerca la hora de que Kit suba al barco. Es uno de esos días en que lamento no trabajar en una oficina; de ese modo podría desahogar mi ansiedad charlando sobre los programas de la tele de anoche o sobre a quién le toca traer los sobrecitos de té. Pero no: solo estamos yo y un teléfono rojo que parece brillar como una amenaza.

Hace un par de semanas, me descuidé en una conferencia y aparecí en una fotografía promocional. Las encargadas de la casa de acogida para mujeres donde trabajo a veces posan sosteniendo uno de esos cheques gigantescos junto a sus patrocinadores. Como yo había sido la encargada de cerrar el acuerdo, también estaba allí, al fondo. El refugio ha colgado la foto en su página web y tengo que pedirles que la quiten, o que me recorten, o incluso que me recorten con Photoshop. Por lo menos no han publicado mi nombre. Cuando las redes sociales estaban aún en pañales, Kit y yo decidimos no dejar ninguna huella digital de nuestras vidas. En estos tiempos en los que puedes encontrar a cualquiera con un solo clic de ratón, tenemos que esforzarnos más que nunca por no dejar ningún rastro. Echo mano a mi recurso de siempre cuando tengo que hacer una llamada que me incomoda: escribo un listado de lo que quiero decir,

punto por punto. Cuando formo a nuevos recaudadores de fondos, les digo que lo más importante de todo —incluso más importante que creer en la causa que uno defiende— es tener un guion. No hagas nunca una llamada sin tener un esquema preparado. Si no puedes resumir lo que quieres decir en cuatro puntos, nunca conseguirás tu objetivo. Es un recurso que normalmente nunca me falla, y sin embargo hoy me quedo atascada después del primer punto.

- *No puedo dejar que publiquen mi fotografía en internet.*

El año pasado oí en Radio 4 que puedes comprarte un programa de reconocimiento facial, de modo que lo único que tienes que hacer es cargar una fotografía (escaneada, eso sí) y la aplicación busca imágenes en internet hasta dar con una que coincida. Me sonó a una de esas novelas de ciencia ficción que tanto le gustan a Kit, pero antes también me sonaba así toda la tecnología que ahora damos por descontada. Sabemos que Beth tiene una fotografía nuestra, como mínimo, y, como entonces no sabíamos lo taimada que podía ser, teníamos muchas fotos desperdigadas por el piso. Podría haber hecho una copia de cualquiera de ellas y haberla devuelto a su sitio sin que nos diéramos cuenta. Debo de ser una de las escasas mujeres que *desean* tener papada y patas de gallo, pero Kit asegura que he envejecido bien. No sé si es un halago o si se debe a que, como apenas hemos pasado una noche separados en estos últimos quince años, es incapaz de ver los cambios: la concavidad de debajo de los ojos y los acentos oblicuos, graves y agudos, que se han grabado en mi piel, entre las cejas. O puede que los vea y solo intente ser amable.

Son solo las ocho y media, la oficina no está abierta todavía, y me doy cuenta de que hay un modo cobarde de solventar esta situación. Llamo al refugio sabiendo que saltará el contestador, dejo un mensaje pidiéndoles que por favor retiren mi fotografía por motivos personales y confío en que, con la vergüenza, no hagan más indagaciones. Tengo suerte por ganarme bien la vida haciendo algo que me encanta y en lo que creo, pero está claro que mi negativa a publicitarme junto con las organizaciones para las que recaudo dinero ha supuesto un impedimento para mi carrera. Todavía recibo una o dos ofertas de trabajo al año, pero mi respuesta es siempre la misma: debo mantener un perfil bajo.

Supe desde el principio que había cierta dosis de locura en los arrebatos de Beth. Pero hasta lo de Zambia no entendí que, a su manera, era tan obstinada como Jamie. A veces me pregunto si vive, como yo, con nuestra historia

bullendo constantemente de fondo y rebosando únicamente cuando va a haber un eclipse. No se puede vivir con ese nivel de estrés casi quince años. Tiene que darse en oleadas, como me ocurre a mí. O como debe de ocurrirle a Jamie, cuya cruzada no se rige por el alineamiento de los planetas, sino por mecanismos legales.

Tengo todo el cuerpo agarrotado después de pasar varias horas en la silla y cuando me levanto noto un latigazo en los riñones. Me siento en la taza del váter por cuarta vez esta mañana y luego recoloco las revistas del cuarto de baño en dos montones: *New Scientist*, *New Humanist* y *The Sky at Night* para Kit; y *New Statesman*, *The Fundraiser* y *Pregnancy and Birth* para mí. Para mantener el equilibrio, subo las escaleras de lado como un cangrejo y aprovecho para enderezar los cuadros de las paredes. Son una serie de fotografías de eclipses: negros círculos satinados circundados por lenguas de fuego blanco que, más que un fenómeno natural, parecen obras de arte abstracto. Están en orden cronológico y sin fechar a propósito, porque, aunque se me ocurriera cambiarlas de orden, Kit sabría decir exactamente cuándo y dónde se tomó cada una.

En la mesita auxiliar que tenemos junto a la puerta está nuestra foto de bodas, en un marco pequeño, de plata. Es una imagen agridulce: dos críos asustados vestidos con ropa ajena en la escalinata del ayuntamiento de Lambeth. A Kit le habían quitado los vendajes el día anterior.

Se oye un golpe sordo cuando los albañiles de al lado empiezan su jornada de trabajo. Hasta hace un par de años, en la casa contigua a la nuestra por el lado izquierdo vivían apretujadas dos familias. El año pasado la compraron Ronni y Sean, que ahora están reconvirtiendo los pisos en una casa con espacio suficiente para sus tres hijos. Como todos los que se mudan a este barrio últimamente, están rabiosos por haber tenido que marcharse de Crouch End por lo cara que está la vivienda. A nuestro barrio se lo conoce como Harringay Ladder, «la Escalerilla de Harringay», porque vistas en un mapa las calles que hay entre Wightman Road y Green Lanes parecen los dieciocho peldaños de una escalera. Wilbraham Road es el sexto peldaño empezando por abajo. Cuando les dijimos a Ronni y a Sean que vivíamos aquí desde 2001, Sean dio un silbido y dijo: «Debéis de tener un *capitalazo*». Tal vez lo hubiéramos tenido si todo hubiera ido conforme a lo previsto, pero Kit no gana tanto como pensábamos que iba a ganar, y mantener una casa eduardiana no sale precisamente barato. Si no hubiéramos arreglado el tejado, veríamos las estrellas desde la cama, quisiéramos o no. Y eso sin contar la fecundación *in vitro*. Después del tercer intento fallido, quedó claro que nuestra única opción era rehipotecar la casa.

Kit odia a Ronni por una cosa que me dijo unas semanas después. Estaba embarazada, con una tripa enorme, y llevaba a su otro hijo en un carrito, y cuando la ayudé a subir los escalones de su puerta me dijo: «Estaréis a vuestras anchas en casa, sin hijos. ¡Deberíamos cambiarnos! Nuestro piso tiene el tamaño justo para dos personas».

Aguanté el tipo hasta que entró en su casa, luego corrí a la mía y me choqué con Kit con tanta fuerza que tuve la marca de uno de sus dientes grabada en la frente el resto del día. Me tiré en el sofá y me puse a llorar mientras Kit la llamaba zorra maleducada, bruta e insensible, y amenazaba con llamar a su puerta y decirle cuatro cosas. (Siempre me defiende con mucho más ímpetu a mí que a sí mismo). Tuve que suplicarle que no lo hiciera.

Tengo en el pasillo una maleta de emergencia, con mis notas de embarazo metidas en el bolsillito lateral. Todo el mundo, desde mi comadrona a mi suegra, opina que no voy a necesitarla, pero no tener la bolsa preparada es tentar al destino. No me inquieta el parto. Está previsto que me hagan la cesárea en la semana treinta y siete. Lo que de verdad me preocupa es tener que afrontar tres relaciones nuevas de la noche a la mañana: ser madre por partida doble y, además, coeducadora. Creo que no me imagino cómo va a ser lo de tener que compartir a Kit. Siempre he tenido a mi lado a una sola persona: primero a mi madre, luego a mi padre, después a sucesivas amigas íntimas a lo largo de mis años escolares, posteriormente a Ling y ahora a Kit. Supongo que durante una temporada Beth vivió prácticamente con nosotros. Lo cual fue culpa mía, como no dejo de recordarme cada vez que veo o toco la cicatriz de Kit, el valle de carne reluciente con sus laderas de tejido cicatricial a cada lado.

Suena el timbre y me levanto de un salto. Casi no hay día que el cartero no traiga un paquete. Como trabajo aquí, nuestra casa sirve de portería a la mitad de Wilbraham Road. A mí no me importa, o al menos no me importa ahora que estoy embarazada. Tampoco me molesta que sean cosas voluminosas. Ni siquiera me importó que los muebles del jardín de los vecinos del número 32 estuvieran en mi pasillo casi una semana. Lo que me dolía eran las cosas de bebé, los paquetes de Mothercare, de Jojo Maman Bébé o Petit Bateau que llegaban para Ronni. Los paquetes de ropita parecían mofarse de mí y una vocecilla en mi cabeza me gritaba: «Sácala, sácala, sácala».

La entrada es una de las cosas que más me gustan de la casa. Las baldosas del suelo son Minton, con flores de lis y complicadas florituras (se venden por miles de libras en eBay), y la puerta de la calle es la original, de estilo Arts and Crafts, con cuatro paneles de vidrio emplomado. Veo a través del cristal coloreado que

no es el cartero, sino Mac: tiene un perfil inconfundible. Adoptó tempranamente la barba que ahora se ve por todas partes y, con esa enorme barba rojiza, se da un aire a D. H. Lawrence. A su lado, la de Kit es tan birriosa que da la impresión de que, más que dejarse crecer la barba, le hace falta un afeitado de media tarde.

—¿A qué debo este placer? —pregunto al desenganchar la cadena y abrir la puerta de par en par.

Calza botas con clavos y viste pantalones de *tweed* con tirantes y una camisa de manga corta. No me sorprendería ver un velocípedo aparcado a su espalda. Lleva en las manos una bolsa de papel marrón grande, de esas en las que los americanos llevan la compra en las películas, solo que esta lleva impreso el logotipo de Bean/Bone. (Lo de la barra ortográfica fue idea mía).

—Descafeinado con leche para el calcio, un poco de pan de masa madre y un par de magdalenas con salvado para después. Y hemos hecho zumo.

Saca cuatro vasos de plástico con un agujero en la tapa, para la pajita: morado, amarillo, naranja, y uno verde que, por su aspecto, podría contener gas metano.

—¿Qué coño es esto? ¿Ectoplasma?

—Cáñamo y germinado de trigo. —Coloca los vasos en fila sobre la encimera de la cocina—. Y el plato fuerte.

O sea, el caldo de huesos que da nombre y fama a su emporio: un aguachirle con ínfulas, huesos y despojos hervidos. Pero a la gente de por aquí le chifla.

—No puedo cuidarte tan bien como Kit, pero por lo menos puedo darte de comer —dice.

—No deberías haberte molestado —le digo, pero se me hace la boca agua contra mi voluntad y me doy cuenta de que todavía no he comido nada—. ¿Pasas?

—No, tengo que irme —contesta—. Pero vendré a traerte el almuerzo todos los días mientras Kit esté fuera, y a comprobar que estás bien. Y si necesitas cualquier cosa, solo tienes que avisarme. ¿Cómo te encuentras?

—Esta mañana, justo después de que se marchara Kit, creía que iba a darme un ataque de ansiedad, pero he conseguido controlarme —respondo.

Mac da un paso atrás.

—¿Quieres que llame a Ling?

Sus palabras no dejan lugar a error: cualquier complicación de salud, cualquier cosa que tenga que ver con los niños y lo dejará todo enseguida para venir a verme. Los problemas emocionales, en cambio, son cosa de mujeres. Mac no se ha ablandado completamente.

—No, no —digo.

Ling es trabajadora social. A estas horas estará llamando a la puerta metálica de algún piso de mala muerte, puede que acompañada por un intérprete o quizá por la policía. Tendría que estar desesperada para interrumpirla mientras trabaja.

—Vale, entonces mejor me voy. —Se inclina y me da un beso torpe en la mejilla—. Esta noche tengo a las niñas, así que nos vemos mañana.

Ling y Mac no son pareja desde que éramos unos críos. Rompieron, casi literalmente, más o menos cuando pasó lo nuestro, pero funcionan mejor separados que juntos, hasta el punto de que, cuando a Ling le entraron ganas de tener más hijos, Mac volvió a dejarla embarazada. Sus hijas, Juno y Piper, viven entre dos casas, ambas en la Escalerilla, separadas por cuatro calles. En tres casas si se cuenta también la nuestra, donde tienen su propio cuarto, al menos de momento.

Tiro el caldo por el desagüe del fregadero y vuelvo a mis quehaceres. La lámpara de la mesita de la entrada es un globo terráqueo con luz, un juguete antiguo del que me enamoré en una chamarilería. Trazo la ruta del barco de Kit pasando las yemas de los dedos por el turbulento mar del Norte. Puedo abarcar con el pulgar la trayectoria de la totalidad, allí donde la sombra del eclipse caerá de lleno. Las islas Feroe son tan minúsculas que hasta con el meñique las tapo. Parecen demasiado pequeñas para esconderse. Noto que se me erizan los brazos. Beth es una trampilla; solo con pensar en ella, pierdo pie y caigo. Me bajo las mangas y hago girar el globo hasta que los océanos y las tierras emergidas se confunden en una sola masa azul y verde, y la sombra lo cubre todo.

**LAURA**

10 de agosto de 1999

El autocar llegó por fin a destino en algún punto al sur de Helston. La policía local, con sus chaquetas fluorescentes, nos miró de arriba abajo. Al borde de la carretera, Ling estaba apoyada en la caravana y, con la cabeza ladeada, intentaba tomar el sol, que brillaba a duras penas entre las nubes tenues. Apoyado a su lado había un letrero pintado a mano que decía: *¿Te pesa la tienda? Portes a Lizard Point, 2 libras.*

Al oír mi voz abrió los ojos y sonrió.

—No esperaba servicio de chófer —dije.

—Los autobuses solo llegan hasta aquí y el recinto del festival está a varios kilómetros. Además, es una forma de ganar un dinerillo.

Extendió la mano para que la gente que hacía cola depositara las monedas correspondientes, abrió la puerta de la caravana y el variopinto pasaje subió a bordo. A finales del siglo pasado, las tribus juveniles se estaban desdibujando y, además de góticos y perroflautas, había chicas *bacalas* con alas de hada y pijitos de Essex con vaqueros de diseño. En un rincón había un saco de dormir enrollado, rojo y muy sucio, y el olor a hachís se mascaba en el aire. Los que no encontraron asiento se acomodaron en el suelo aceitoso, cruzados de piernas, visiblemente aliviados por poder repantingarse y fumar a sus anchas, con total impunidad.

Yo me senté delante con Ling y puse los pies en el salpicadero.

—¿Kit está mosqueado por el tiempo? —pregunté.

Ella puso cara de fastidio.

—Está que echa chispas. Mac y yo no paramos de decirle que de todos modos va a haber un eclipse y que el festival sigue en marcha. Puede decidir si participa o no.

—Quiere que todo sea perfecto —dije yo.

—No creo que nada vaya a ser perfecto. No va a venir mucha gente con este tiempo —repuso Ling—. Calculaban que vendrían veinte mil personas. Rory, el agricultor dueño de las tierras, dice que necesita que vengan unas quince mil solo para cubrir gastos, y no creo que haya más de cinco mil. Incluso contando con que llegue gente a última hora, es una cagada.

Suspiré.

—¿Alguna buena noticia?

Ling arrugó la nariz, pensativa.

—Bueno, como hace frío a la gente le apetece beber algo caliente. Pero todavía estamos teniendo pérdidas. Puede incluso que cerremos el chiringuito un día antes de lo previsto y nos dediquemos a disfrutar de los bafles... ¡Joder, ya me he pasado!

Dio un frenazo. Yo me sujeté tensando las piernas, pero los que iban en la parte trasera se llevaron un buen zarandeo.

—¡Perdón! —gritó Ling mirando hacia atrás.

Dio marcha atrás con cuidado, doblando un recodo bordeado por espesos matorrales, cambió de sentido y finalmente se metió por un camino sin asfaltar.

—Otra razón por la que no ha venido nadie —comentó mientras avanzábamos dando brincos entre pedruscos—. A los paisanos de por aquí no les hace ninguna gracia el festival y han empezado a esconder los indicadores. No solo los que se han hecho para el festival, sino los oficiales, los que indican cómo llegar a los pueblos y tal. A mí todas las pistas de tierra me parecen iguales.

—Es lo que tiene el campo —dije yo mientras entrábamos en un túnel de árboles: las sombras verdes de las hojas cruzaban el parabrisas nadando como peces—. Que no hay puntos de referencia como Dios manda. Tendría que haber un buen McDonald's en medio de una rotonda o algo así.

Al salir del túnel de árboles, nos topamos con una enorme valla de paneles de aluminio. En la entrada había más policías; incluso había uno a caballo. Dos hombres fornidos vestidos con chalecos fluorescentes registraron minuciosamente la furgoneta en busca de polizones y, ya que estaban, también de drogas. Se intercambiaron entradas de papel por pulseras. Ling y yo seguimos adelante solas: la pegatina de hostelería pegada en nuestra ventanilla nos permitía cruzar los campos. La furgoneta avanzó por terreno desigual, dejando

atrás una feria y una enorme carpa azul decorada con banderines dorados. La parafernalia de un festival al completo: estandartes, tambores, un puesto de *falafel*, atracciones de feria y un hombre en zancos con el pecho desnudo pintado de añil. Pero, a falta de una muchedumbre, todo aquello parecían vestigios de una catástrofe humanitaria. Había, literalmente, arbustos rodadores cruzando los campos amarillos.

Ling aparcó la furgoneta junto a nuestras tiendas: una redonda, pequeña y roja para ellos, y otra verde, picuda, más grande para Kit y para mí. Abrí la cremallera de la nuestra, ese ruido que me resultaba tan familiar, de las vacaciones en *campings* y de otros festivales, y vi dos sacos de dormir limpios colocados uno junto al otro, bien estirados, sobre un colchón inflable doble. Una toalla puesta a secar despedía un leve olor a jabón.

Nuestro puesto —una carpa ancha de color azul marino, con la parte delantera abierta— estaba montado debajo de un roble. Mac estaba de pie junto a una tetera industrial burbujeante. La bola de discoteca que giraba por encima de él arrojaba sobre su cara diamantes de luz, y noté el suave aroma a canela del *chai*, el té especiado que bebíamos todos en aquel entonces. Los carillones de viento que colgaban de las ramas tintineaban, pero había tantos que su sonido no resultaba tranquilizador.

—Todavía hay tiempo para que se corra la voz —comentó llevándose una taza a la boca.

Pero quedaban menos de veinte horas para el eclipse.

Kit surgió de la misteriosa trastienda llevando una bolsa de basura. No se había afeitado desde la última vez que nos habíamos visto y los pelos de su barba destacaban como chispas sobre la piel.

—Hola —dije en voz baja.

Estaba tan mohíno que tardó una fracción de segundo en fijarse en mí. Luego, una sonrisa transformó su cara, y sentí el orgullo de siempre al saber que era la única capaz de sacarlo de su mal humor. Soltó la bolsa y, cuando nos besamos, sentí que me desmadejaba.

—Hueles mejor de lo que esperaba —le dije.

—Rory ha abierto su casa, puedes pagar para darte una ducha caliente —contestó.

—Sí —bufó Mac con desdén—. Llevamos aquí dos días y los *hippies* domingueros ya han descubierto los límites de su higiene personal.

Lo dijo como si refocilarte en tu propia mugre fuera algo de lo que estar orgulloso.

—No le hagas caso —dijo Kit—. Son las cuatro libras mejor gastadas de mi vida. —Se volvió hacia su hermano—. Y no se lo reproches a Rory. Nosotros no somos los únicos que estamos perdiendo dinero este fin de semana. —Me puso un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Qué tal ha ido la entrevista?

—Bien, creo. Ya veremos.

—Seguro que has estado estupenda —contestó distraídamente, y levantó la vista cuando una gran nube gris surcó el cielo.

—A lo mejor se despejan las nubes —dije yo—. Nunca se sabe, los meteorólogos se equivocan constantemente.

Pero mi intento de tranquilizarle no surtió efecto; se puso a refunfuñar sobre nublados y chaparrones hasta que otra cosa captó su atención.

—¿Qué pasa aquí? —Giró una rueda de la tetera industrial—. Ha vuelto a joderse, hay una junta suelta en la parte de atrás. Tú quédate aquí y tómate algo mientras lo arreglo.

Me dio un beso en la coronilla y desapareció en la parte de atrás de la tienda.

Mac encendió un porro largo y fino. Le di una buena calada para olvidarme de Londres y ponerme a tono y se lo pasé a Ling. En aquellos tiempos era capaz de tomar drogas o dejarlas, a mi gusto; me enorgullecía de ello. La adicción ya había clavado profundamente sus colmillos en Lachlan. Yo la veía agazapada, a la espera de hacer presa en Mac, y me consideraba afortunada por no padecer ese mal. Entonces no era consciente, claro está, de que llevaba dentro mi propio veneno: sustancias químicas que mi cerebro era capaz de fabricar instantáneamente, al sonar un portazo o encenderse una cerilla. Las hormonas del estrés, la adrenalina y el cortisol, superan a todo cuanto se pueda fumar o ingerir cuando se segregan en cantidad suficiente. Un año después del festival de Lizard, envidiaría a quienes podían desintoxicarse con solo acudir a rehabilitación. Cuando sufres de ansiedad, llevas contigo un suministro inagotable.

Aun así, seguía estando agradablemente emporrada cuando volvió Kit tras ganar su batalla con un manguito problemático. Mac le pasó el porro por debajo de la nariz.

—Venga, Kit. No seas muermo.

—Quiero tener la cabeza despejada para el eclipse —contestó Kit altivamente.

—Pero si no es hasta mañana —repuso Ling.

—No te preocupes —dijo Mac, que siempre se ofendía cuando alguien rechazaba su hospitalidad—. Si se incorpora a las drogas tan tarde como se incorporó al sexo y el rocanrol, seguramente no se tomará el primer éxtasis hasta

cumplir los cuarenta.

Yo esperaba que Kit se lo tomara a broma —habíamos tenido nuestras noches de desparrame—, pero frunció el ceño. Solo Mac podía hacerle rabiar así. En algún momento de su relación, seguramente durante los diez minutos transcurridos entre su nacimiento y el de Kit, o quizá dentro del vientre materno, parecía haberse decidido que Mac tuviera la sartén por el mango. Hasta se había apropiado de su apellido a manera de apodo, lo que a nadie le parecía extraño, excepto a mí. No era que siempre tuviera que llevar razón, aunque más de una vez vi a Kit simplificar una discusión para zanjarla cuanto antes. Era sencillamente que sus opiniones tenían más peso que las de Kit.

—Voy a ir a deshacer la maleta —dije, y crucé el descampado sabiendo que Kit me seguiría.

No deshicimos la maleta, nos metimos en la cama, o en el saco de dormir, mejor dicho. El sexo, en aquella época, era el balasto con que allanábamos el camino antes de ponernos a hacer cualquier otra cosa. Después, nos quedamos tendidos a la luz verdosa de la tienda, yo con las bragas dibujando un ocho alrededor de mi tobillo.

—¿A qué distancia estamos del mar? —pregunté.

—A unos veinte minutos. Pero si te apetece más dar un paseo por el campo, podríamos ir a Goonhilly Downs. Es desde donde se emitió la primera señal por satélite. Tienen unas antenas parabólicas enormes, del tamaño de rascacielos.

—No es el paseo romántico que yo tenía en mente.

—Sí que lo es, a su modo —repuso él—. Justo en medio de toda esa tecnología, hay un montón de menhires. Megalitos desperdigados por ahí. ¡Joder, y construyeron una estación de control de satélites ahí en medio! Ahora está en desuso.

—Te quiero —dije—. Pero no pienso ir a ver un montón de antenas parabólicas cuando la costa de Cornualles está allí mismo.

Enseñamos nuestras pulseras para escapar del festival y tomamos la carretera del mar hacia Lizard Point. El pueblecito, que obviamente vivía recostado en los laureles de su ubicación geográfica, no tenía gran cosa que ofrecer. Estaba repleto de caravanas y rancheras, y los turistas hacían cola para tomar té con crema en la cafetería destartalada. Una callejuela se estrechaba hasta formar una vereda escarpada. Visto de lejos, el mar era como plomo fundido. Luego, de pronto, nos hallamos al borde del acantilado, mirando las charcas de color aguamarina que se formaban entre las rocas.

—No me extraña que naufragaran las barcas de los contrabandistas —comenté

cuando se retiró una gran ola dejando al descubierto las rocas negras y dentadas como la mandíbula de un dinosaurio.

—Yo sería un buen filibustero, el saqueador de los mares —dijo Kit, y nos reímos porque costaba imaginar a un hombre con menos pinta de pirata—. Me arrojaría sobre ti con los calzones tiesos por el salitre y un alfanje entre los dientes.

—Y yo escondería mis rubíes entre las enaguas.

—¡Roaar! —gritó, y yo intenté apartarlo. Metió las manos entre mi pelo y me atrajo hacia sí—. Solo quiero que lo de mañana sea perfecto —dijo.

—La perfección no existe.

—Lo nuestro es perfecto.

—No seas bobo.

Sonrió y soltó mi pelo.

Kit sigue creyendo que las cosas empezaron a ir de mal en peor por lo que pasó ese fin de semana. Que, si yo hubiera torcido a la izquierda en vez de torcer a la derecha durante los instantes que siguieron al eclipse, habríamos seguido navegando en aquella corriente dorada y perfecta. Pero se equivoca. Éramos jóvenes y dichosos, pero no inmunes a la misma mierda que afecta a todo el mundo. Incluso una buena relación sexual es insostenible (quizás más que cualquier otra). Con el tiempo y los sinsabores de la vida, ese esplendor habría acabado por deslustrarse. Si ahora somos tan fuertes es, en todo caso, gracias al trauma que nos forjó. Pero Kit no se deja persuadir. A pesar de la teoría de las vidas paralelas de la que habla continuamente, según la cual hay universos infinitos en los que tienen lugar todos los actos posibles, no se puede vivir dos veces la misma vida, retroceder en el tiempo y hacer las cosas de otra manera. Nunca sabremos cómo habría sido nuestra relación de no haber tenido que afrontar aquella prueba. Es la que es.



**KIT**

18 de marzo de 2015

Inglaterra pasa del gris al verde a medida que mi tren abandona Londres rumbo al norte y yo me voy tranquilizando kilómetro a kilómetro. Es, de hecho, un proceso fisiológico: noto cómo se van aflojando mis vértebras una por una. Al principio lo achaqué al alivio que me producía haber cumplido mi horario al pie de la letra, sin contratiempos causados por fallos de señalización o problemas con el pasaje, pero cuando desenvuelvo el sándwich que me ha preparado Laura y me acuerdo de ella, siento cierta opresión en el pecho y comprendo que se trata de algo mucho más profundo. Lo que me produce alivio —me digo con horrible sobresalto— es estar *lejos* de mi esposa. Cuatro días alejado de sus cambios de humor y su paranoia, lejos de conjeturas infinitas y horripilantes. Cuatro días en los que solo tengo que cuidar de mí mismo.

Pensar en Laura en esos términos me quita el apetito. Tiene ansiedad, no puede remediarlo. Sé que para ella es una tortura. Me hace polvo verla llorar y debatirse, verla consumida por la angustia. Le he preguntado si no puede volver a ir al psicólogo (ya encontraríamos la manera de pagarlo), a ver si hay algún modo de que aprenda a archivar el pasado como se archiva un documento obsoleto que seguramente no volverá a hacerte falta, pero que tienes que conservar por si acaso. Ella no quiere ni oír hablar del asunto. Su cerebro no es de ese tipo, suele decirme. Y cuando la veo arañarse los brazos o respirar cuidadosamente al compás de algún mantra íntimo, me alegro de no tener una imaginación como la suya. Es lógico que me alegre de que uno de los dos sea capaz de conservar la calma. Pero esos sentimientos van acompañados por una

oleada de mala conciencia, una emoción pueril, y me obligo a pensar en otra cosa.

El tren cruza velozmente Nottinghamshire, el condado en el que nació Beth. Las torretas eléctricas tienden sus cables sobre colinas suaves. Siempre he pensado que las torretas eléctricas eran el paradigma perfecto de la capacidad de adaptación del ser humano. Hay gigantescos monstruos de acero cruzando nuestra campiña y no solo no huimos despavoridos, sino que ni siquiera reparamos en ellos.

Nos detenemos cerca de Newark sin motivo aparente. El silencio del tren hace aflorar un susurro que suena, redundante, en mi cabeza: «No deberías ir». Mi conciencia tiene la voz y los ademanes de mi mujer, y también la mayoría de sus convicciones.

Echo un vistazo al teléfono. No tengo ningún mensaje de Laura; espero que eso signifique que se ha vuelto a la cama. Voy pasando pantallas. Ayer añadí tres páginas de iconos nuevos, atajos para llegar a todos los blogs, foros y chats de cazadores de eclipses que he encontrado en internet. Quiero poder comparar los partes meteorológicos oficiales con los rumores que circulan por ahí.

Luego, tras echar una mirada por encima del hombro empujado por pura costumbre, abro la página secreta de Facebook que he ocultado en el mosaico de «herramientas», detrás de una docena de aplicaciones que no usaré nunca. Laura me mataría si lo supiera, pero no hay como Facebook para averiguar qué está pasando, y he ocultado mi identidad lo mejor posible: un nombre falso, una fotografía de perfil que no muestra mi cara y todos los parámetros de ubicación desactivados. Solo entro a través del teléfono o de mi ordenador del estudio, nunca desde una tableta compartida. Hace un par de años me llevé un buen susto cuando una mujer que se hacía llamar ShadyLady (supongo que no soy el único que usa nombres falsos) y cuya foto era una silueta esbelta recortada sobre un sol en cuarto creciente, me envió un mensaje privado preguntándome: *¿Eres Kit McCall?* La bloqueé, mantuve la cuenta inactiva doce meses y no ha vuelto a molestarme desde que volví.

En el muro del grupo, el estado de ánimo fluctúa entre el optimismo precavido y la aflicción incontrolable. Nuevas preocupaciones nublan las antiguas, y para cuando mi tren entra en la estación de Newcastle ya solo pienso en el cielo.

—¡Chris!

Tardo medio segundo en captar la señal, como me sucede siempre que alguien me llama por mi nombre oficial.

—¡Richard!

Está debajo del reloj, resplandeciente con su jersey de las Feroe. Su mochila es más pequeña que la mía y lleva en la mano una caja pequeña de cerveza Newcastle Brown Ale. Me saluda agitándola y nos damos la mano. No somos tan amigos como para abrazarnos, aunque quizás eso cambie después de pasar cuatro días compartiendo litera. Richard trabajó en mi laboratorio hace unos años y, al descubrir que ambos éramos aficionados a la literatura de kiosco, empezamos a salir de vez en cuando a tomar una copa después del trabajo. A él le interesa más la observación astronómica que los eclipses, pero cuando quedó claro que Laura no podría venir a Tórshavn, se lo propuse, no solo por tener compañía, sino para que pagara su parte de los gastos: ahora tenemos que contar cada penique. Richard ignora que alguna vez fui Kit McCall, y desde luego no sabe nada de Beth. Laura me preguntó una vez si correría algún peligro por acompañarme en este viaje, pero ¿qué peligro iba a correr?

—Es naranja brillante —dice, mirando pasmado mi barba.

Echamos a andar hacia el punto de recogida, donde un minibús nos espera con el motor en marcha.

Ya sentados, la conversación adquiere tintes meteorológicos y mientras, como dos cerebritos, desentrañamos las complejidades de los frentes atmosféricos y el alineamiento planetario, siento como si me sumergiera poco a poco en un baño caliente. No hace falta que ninguno de los dos haga un alto para explicar una teoría o un fenómeno físico. A Laura le ha picado el gusanillo de los eclipses, pero es incapaz de asimilar datos científicos sin que se le ponga la mirada vidriosa. Se conforma con quedarse de pie y observar maravillada. Es algo que no entenderé nunca, aunque haya aprendido a respetarlo. Esto que siento ahora, al hablar de mecánica celestial a mi mismo nivel con otra persona, solo puedo compararlo con lo que debe de sentirse al vivir en un país donde nadie habla tu lengua materna. Puedes desenvolverte en el idioma nativo, puedes comunicarte, pero el placer de conversar con quienes comprenden cada matiz y cada sutileza de tu lengua debe de dar ganas de llorar de pura alegría. Los nuestros son, además, debates objetivos. Y en un matrimonio, por bien avenido que esté, la conversación nunca es neutra: lo que se dice acarrea el lastre de todas las conversaciones anteriores. La ciencia pura supone un alivio precisamente porque los hechos carecen de moralidad intrínseca. Todo lo que le digo a Laura es diseccionado y examinado en busca de un sentido ético que a menudo me desconcierta. En cambio, con el conocimiento científico, con los datos cuantificables, uno pisa terreno seguro. Las opiniones, por el contrario, son cambiantes e infundadas. A veces pienso que no tengo una verdadera opinión

sobre nada, aparte de Laura.

—Tengo una aplicación de geolocalización alucinante en mi tableta —me dice Richard mientras me enseña una pantalla con estadísticas sobreimpresas en un mapamundi—. Total, parcial, anular, está todo aquí.

Reprimo una punzada de irritación: se supone que soy yo quien tiene que introducirle en esta experiencia.

—Vosotros sí que sabéis, chicos —comenta un señor de mediana edad sentado delante de nosotros—. ¿Alguna vez habéis hecho esto?

No puedo evitar sacar pecho.

—Este es mi doceavo eclipse total.

Todos ponen cara de sorpresa al unísono y yo me siento como un dios entre mortales.

—Yo soy virgen en cuestión de eclipses —responde Richard jovialmente.

—Nosotros también —dice el señor señalando a su mujer.

—Bueno, yo hace mucho tiempo que no soy virgen —añade ella, y se oyen risas en derredor.

Llamo a Mac para asegurarme de que no piensa alejarse mucho de nuestro barrio mientras estoy fuera. Si surge una emergencia, quiero saber que va a ser él quien lleve a Laura al hospital. Quiero que esté con la familia. Ling no siempre tiene un horario de trabajo fijo, mi madre se pondría tan nerviosa que no sabría qué hacer y su padre no llegaría a tiempo.

—Te doy mi palabra —me dice Mac—. No saldré de la Escalerilla hasta que vuelvas. Descuida, yo cuido de ella.

—Procura mantenerte sobrio —contesto.

Es broma, claro. Hace ya catorce años que no bebe. Pero no han sido la abstinencia ni la paternidad lo que ha suavizado su carácter, sino el éxito. Laura y yo hemos llegado a la conclusión de que, si estaba tan amargado, era por el hecho de mantener a su capitalista interior sofocado bajo un manto de liberalismo *hippy*. Se describe a sí mismo como un «emprendedor descalzo», lo que le hace parecer un gilipollas, y yo he cambiado en el sentido de que ahora soy capaz de decírselo.

El paisaje cambia a medida que nos acercamos a los muelles. Los contenedores forman montones tan altos como torres y las grúas, semejantes a bases de lanzamiento de cohetes, atraviesan las nubes bajas. Reconozco el Princess Celeste por el folleto y siento la congoja de la claustrofobia al ver lo pequeñas que son las ventanas.

En la terminal del puerto se llevan nuestro equipaje asegurándonos que nos

estará esperando en los camarotes. Richard y yo, con nuestros jerséis a juego, esperamos al pie de la pasarela de embarque. Hay cientos de personas a nuestro alrededor. Pero, a pesar de lo que le he dicho a Laura, me sorprendo buscando con la mirada un cabello oscuro que se enrosca como el humo, y con el oído atento al sonido de mi antiguo nombre.



## LAURA

11 de agosto de 1999

El día del eclipse amaneció frío y destemplado. Nos levantamos a las ocho, aunque habíamos estado trabajando hasta medianoche y después nos habíamos ido a bailar. Una chica que tenía un bote de pintura corporal dorada nos hizo a Ling y a mí una rebaja, dos por uno, y lucíamos sendos soles radiantes en los brazos desnudos a pesar de que hacía tanto frío que nuestros cuerpos despedían vaho. Encontramos una carpa en la que ponían *trance* y nos volvimos locas. La mayor parte de la pintura estaba ya en mis manos y en el saco de dormir, pero seguramente aquel borrón dorado sería el único sol que íbamos a ver.

Cuando Kit asomó la cabeza fuera de la tienda, pensé que iba a echarse a llorar.

—Es la primera vez que me pasa esto, el cielo todo nublado —dijo—. Sé que son cosas que pasan, la probabilidad es de uno entre seis, pero no creo que vaya a ser lo mismo.

Una hora antes del primer contacto, metí algunas cosas en una bolsita y Kit revisó su cámara por enésima vez. Dejamos atrás el carrusel y la noria y cruzamos los árboles para llegar al tenderete. Como no había clientes, Mac y Ling estaban en la zona de relax, riéndose histéricamente.

—¡Hey! —nos saludó Mac.

Los observé como un agente de la brigada antivicio: tenían los ojos como cabezas de alfiler, de modo que no era hachís, y la mandíbula quieta, de modo que tampoco era éxtasis; así que tenía que ser ácido. O sea, que estaban incapacitados para el resto del día.

—Esto es el colmo —dijo Kit.

Yo sabía que no era gazmoñería, ni siquiera enfado por que estuviéramos perdiendo dinero, sino más bien rabia por la falta de respeto que demostraba Mac hacia el eclipse.

—Déjalos a su bola —me dijo—. Ahora mismo me da igual que ganemos dinero o no.

Ni siquiera se dieron cuenta de que nos íbamos.

El escenario principal estaba más concurrido que nunca. La gente se apiñaba en el descampado moviendo la cabeza al ritmo de la suave música *trance* y guiñando los ojos para mirar, expectante, el cielo blanquecino. Muchos llevaban gafas protectoras con montura de cartón y lentes de *mylar*, a pesar de que todavía faltaba un buen rato para que se viera algo. De vez en cuando se colaba un rayo de luz y se oían vítores y silbidos dispersos que se apagaban en cuanto volvían a cerrarse las nubes. Kit observó el gentío con nerviosismo.

—Aquí no hay horizonte —dijo—. Si va a estar encapotado, más vale que por lo menos veamos todo el cielo que podamos.

Nos volvimos lentamente, describiendo un círculo.

—¿Qué hay al otro lado de esos árboles? —pregunté—. A lo mejor allí hay mejor vista.

Resultó que, al otro lado de aquellos árboles, había aparcadas un montón de caravanas y varios camiones de los que transportaban las atracciones de feria. Había un coche de choque abandonado, con los asientos rajados y el relleno medio fuera, y una pieza de maquinaria que parecía el brazo completo de una de esas atracciones en forma de pulpo. Resolví no montarme en ninguna atracción. Más allá de todo aquello, se alzaba, cortando el cielo, la valla de seis metros de alto que rodeaba el recinto.

—Aquí es todavía peor que en el escenario —gruñó Kit.

—Espera —dije.

Había un camión aparcado justo al lado de la valla cuyo techo quedaba a la altura de su extremo superior. Miré a Kit y luego miré el techo del camión.

—No podemos —dijo, pero fue a hacer un reconocimiento del vehículo.

Miró primero la cabina del conductor y luego se asomó por las ventanillas. Después, me hizo una seña levantando el pulgar. Se subió al camión de un salto, ágilmente. Yo trepé como un mono, agarrándome al retrovisor y apoyando los pies en la parte de abajo del parabrisas, hasta que Kit me aupó tirando de mí el último trecho.

Aunque el día estaba nublado, la vista componía un cuadro pintado solo para

nosotros. A lo lejos, las verdes colinas descendían suavemente hacia el mar. El día anterior habíamos tenido los acantilados para nosotros solos; ahora, en cambio, la hierba y los brezales estaban salpicados de turistas. Por algún efecto atmosférico, la música se oía mejor allá arriba que junto al escenario: el bajo machacón sonaba menos turbio; los agudos, más nítidos. Saqué las gafas especiales del bolsillo de mis vaqueros y limpié las lentes de plástico con el bajo del jersey. La noche anterior, un cliente nos había contado que había escasez de gafas en el festival; por lo visto, la gente las vendía hasta por cincuenta libras. Inspeccioné las mías (no eran más que una tira de cartulina y un trozo de plástico) y reflexioné acerca de con cuánta frecuencia un objeto que se considera valioso pierde por completo su valor de un momento para otro.

La melancolía de Kit había dado paso al nerviosismo. Me apretaba la mano tan fuerte que tuve que retirarla.

—Perdona —dijo, y frotó mis nudillos aplastados para desentumecerlos.

Entonces se levantó el viento.

Kit me había hablado del viento del eclipse, claro: un fenómeno prodigioso que puede variar entre una brisa suave y casi un huracán. Agitó mi pelo en mechones plateados que Kit alisó con las manos y que luego sujetó a la altura de mi nuca. Hacía un tiempo espectral, el preludio a un cuento de hadas.

—Ya llega —dijo Kit.

Sin el sol a la vista, la disolución de la luz fue suave y gradual; la oscuridad, solo reseñable por lo inquietante de la hora. Detrás de nosotros continuaba el festival; el *crescendo* de los agudos chirriantes y los bajos sucios se encaminaba hacia un delirio que la experiencia del eclipse no parecía garantizar. De vez en cuando alguien gritaba «¡Vamos, Sol!» como si estuviera animando a un inglés en la final de Wimbledon. Pero, a pesar del viento racheado, las nubes seguían formando una masa sólida.

—Allí.

Kit señaló con la cabeza a su izquierda y apuntó con la cámara. Seguí su mirada y me quedé sin respiración. Un muro de oscuridad avanzaba hacia nosotros desde el Atlántico, un velo negro arrastrado por el cielo. Sofoqué un gemido, como si fuera a caerme. En un árbol, un estornino solitario dio comienzo a un gorjeo frenético y, en el instante en que yo esperaba un silencio sobrecogedor, la música alcanzó un clímax estridente. (Tuve el sentimiento contrario unos años después, cuando viajamos a Tromsø para ver las auroras boreales; me sorprendió su silencio, que no emitieran una especie de silbido, que no restallaran como látigos al hendir el aire). En algún lugar del interior, muy a

lo lejos, sonaron fuegos artificiales.

—No sabía que la oscuridad podía ser tan hermosa —comentó Kit mientras dirigía su lente hacia el horizonte.

Como respondiendo a su llamada, en ese instante se abrió una grieta a lo largo de una nube y el sol se hizo visible en parte: un disco tiznado de negro, envuelto en un anillo de luz pura. La cámara de Kit disparó y volvió a cargarse junto a mi oído. En torno nuestro, los extraños vientos llevaban un grito de júbilo. No vi ninguno de los portentos que esperaba: ni la efímera corona ni el efecto de anillo de diamantes que creaban los rayos del sol al filtrarse por los cráteres de la luna, y todo acabó en unos pocos segundos, pero aun así me sentí transformada, como si una mano gigantesca hubiera bajado desde el cielo para tocarme. Me sentía dividida entre el deseo de que se acabase para poder hablar de ello y el ansia de que se prolongara indefinidamente. Pero se terminó: el velo se deslizó hacia el este y los colores volvieron a hacer acto de aparición.

De pronto, tras experimentar esa intimidad extraña y gloriosa, me sentí tímida con Kit.

—Ahora no sé qué hacer —dije.

Él volvió a enroscar con fuerza la tapa del objetivo.

—Pues yo tengo una erección descomunal —repuso él.

Me reí y dejé que me ayudara a bajar del camión. Aterricé en sus brazos, con un golpe seco que casi le hizo caer. Estábamos tan entrelazados que solo podíamos caminar al mismo paso, como en una carrera de tres piernas. Yo iba mirando dónde pisaba; si no, no habría visto el bolsito. Era un monedero pequeño, con cremallera, hecho de lana de colores vivos con motivos aztecas. Me agaché a recogerlo. Dentro había tres billetes de cinco libras y algo de calderilla, pero ningún carné.

—A lo mejor deberíamos dejarlo aquí, por si vuelve su dueño —propuso Kit.

—Pero podría cogerlo cualquiera. Y puede que este sea todo el dinero que tenía su dueño. Todo lo que tenía para el resto del festival. O para volver a casa. Al lado de la entrada hay una de esas casetas portátiles de la policía. Deberíamos llevarlo allí si no vemos a nadie por el camino.

—Vale, si así te quedas más tranquila. —Kit puso cara de fastidio—. Voy a ir por allí, a ver si veo a alguien que tenga pinta de haber perdido el monedero.

—Gracias —contesté distraídamente.

Me había fijado en que había una moneda en el suelo a unos metros de allí y más allá otra más.

Nos soltamos de las manos y esa fue la última vez que todo fue perfecto.

Desde entonces he rememorado muchas veces ese momento. Si pudiera volver a estar allí, en Lizard, otra vez, ¿recogería el monedero? Hay una parte de mí que, con la arrogancia de las cosas vistas a toro pasado, insiste en que debería haberlo dejado en el suelo y haber vuelto con Kit. Pero aun sabiendo lo que ocurrió después, creo que no habría podido pasar de largo. Puede, sin embargo, que me hubiera aferrado a Kit un poco más fuerte, un instante más, para disfrutar de la perfección mientras aún la tenía en la mano.

**LAURA**

18 de marzo de 2015

Los insomnes saben que, cuando te levantas muy temprano, lo que para los demás es la hora del desayuno a ti te parece la de la comida. Aburrida, adelanto un par de horas la llamada que suelo hacerle a mi padre a media tarde.

No contesta, y la verdad es que no esperaba que lo hiciera. Estará aprovechando la hora punta de la mañana plantado en una esquina, tratando en vano de introducir folletos en los puños fuertemente cerrados de los transeúntes que se dirigen al trabajo.

Mando un mensaje a Ling.

*¿Puedes hablar?*

Responde enseguida:

*Estoy en una reunión.*

Y de esa forma agoto la lista de personas a las que puedo llamar para charlar un rato. No es que me preocupe tener tan pocos amigos, es que de vez en cuando reparo en ello. Pero eso cambiará con los niños. Ronni, la vecina de al lado, me dijo una vez que los niños eran un lubricante social más eficaz que el vino.

De pronto me doy cuenta de qué es lo que pasa. Estaba tan preocupada por el viaje de Kit que no le he dado los buenos días a mi madre. Cojo la fotografía en blanco y negro, con su deteriorado marco de madera, y beso el cristal.

En marzo de 1982, treinta mil mujeres unieron sus manos alrededor de la valla que rodeaba la base de la RAF en Greenham Common, Berkshire, para protestar contra el armamento nuclear. Yo era una de ellas. De hecho, salí en el periódico local: una sonrisa borrosa encima de un peto con rodilleras. *Venceremos: Laura*

*Langrishe, de cuatro años, fotografiada en el Campamento de Mujeres por la Paz de Greenham Common junto a su madre, Wendy.* Tengo una copia enmarcada de esa foto en mi escritorio. Mi padre todavía tiene el original amarillento en el suyo. Al lado, hay otra fotografía hecha esa misma semana, unos días después, una instantánea con el reborde blanco, no la original (que corrió la misma suerte que el primer mapa de Kit), sino una copia sacada de un negativo. En la fotografía, estoy frente a una tienda de campaña, envuelta en los brazos delgados de mi madre. Ella lleva en la cabeza un pañuelo de cachemir, pendientes de aro y un cigarrillo liado sujeto detrás de la oreja izquierda. Nos reímos las dos, cada una con su hoyuelo en la mejilla derecha. La mató un conductor borracho cuatro semanas después, en la tercera raya de un paso de cebra, cuando iba a recogerme al parvulario.

Mi padre, Steve, hablaba, habla todavía de Wendy constantemente. La muerte la cubrió de un barniz de perfección y mis primeros años parecen idílicos. Me gustaría recordar sus defectos, pero nunca me ha sido posible. No me di cuenta de ello hasta hace poco, desgraciadamente. Cuando le pregunto a mi padre de qué solían discutir, me dice: «De nada, en realidad, los dos enfocábamos la vida de la misma manera». Puede que de verdad fuera todo perfecto en aquella época temprana. Tal vez con el tiempo mi madre me habría castigado o habría vetado mi ropa o a mis amigos, o rechazado la música que escuchaba y los libros que leía o que no leía. Lo que sí sé es que de recién nacida me llevaba a todas partes en una bandolera, décadas antes de que se pusieran de moda, y que aprendí a hablar nombrando las flores silvestres que nos encontrábamos en nuestras excursiones por el campo. Mi padre habla con cariño de las galletas y los sellos de patata que hacíamos juntas en la mesa de la cocina, en nuestro piso de alquiler en Croydon. Ojalá me acordara aunque solo fuera de una de esas veces y tuviera la certeza de que es un recuerdo auténtico y no una leyenda interiorizada, pero lo único que conservo son asociaciones vagas, sensaciones que sirven de disparadero: una risa semejante al graznido de una bruja, el olor del tabaco de liar y del champú Timotei. Hay un solo recuerdo que sé que es mío: el de mi madre peinándome mientras me susurraba que tenía el pelo demasiado bonito para cortarlo; me cepillaba el pelo y me lo trenzaba, y recuerdo que yo ronroneaba como un gatito. Ese recuerdo, desde luego, no lo he sacado de mi padre, que me torturó durante años con coletas enmarañadas, torcidas y sujetas con gomas en la coronilla. Nunca le he preguntado si es un recuerdo cierto, por si resulta que no lo es, pero a Kit se lo conté la segunda noche que pasamos juntos mientras lloraba a moco tendido. Esa noche, él me cepilló el pelo cien

veces antes de dormir.

Puede que no haya aprendido de Wendy cómo ser madre, pero conservo algo de ella dentro de mí. Lo noto detrás de las costillas. Me gusta pensar que es todo el amor que no pudo darme. Un vacío no debería pesar, y yo me tambaleo bajo esa carga y no me sentiré completa hasta que haya traspasado todo ese amor. Adele, que tiene buenas intenciones pero es más bien torpona, dice que ella tiene cariño suficiente para dos abuelas. Lana tiene de sobra, eso sí. Su trabajo le viene que ni pintado, un batiburrillo de hilos y tela. A Adele nada le interesa; fuera de su hogar, no tiene opiniones sobre nada. Wendy y ella habrían sido las perfectas consuegras de teleserie: siempre a la greña.

Wendy era una feminista militante, casi un estereotipo: además de acampar en Greenham, estaba suscrita a *Spare Rib* y no llevaba sujetador, aunque como en mi caso (al menos hasta que tuve que someterme a tratamientos hormonales), tenía la figura de un niño de diez años y no le hacía ninguna falta. Mi padre es más bien un feminista accidental. Me educó sin hacer concesiones al género. Estaba tan atareado jugando a la política que no tenía tiempo de comprarme una Barbie. Trabajó como subdirector de varios periódicos locales y más tarde en Fleet Street, y estuvo muy metido en el movimiento sindicalista cuando yo era niña. Un recuerdo de infancia del que sí puedo fiarme es la aterradora sensación de agobio que viví en el piquete de Wapping cuando mi padre y sus amigos salieron a manifestarse en apoyo de los impresores en huelga. Mi padre hizo un montón de cosas mal: pasé, por ejemplo, mi noveno cumpleaños en la conferencia anual del Congreso de Sindicatos. Pero también hizo muchas cosas bien. Conoció a mi madre jugando al billar en su instituto politécnico, y cuando yo tenía diez años le supliqué que me enseñara a jugar. Me llevó al Círculo Obrero de Croydon a tomar una Coca Cola y una bolsa de patatas fritas. Al principio tenía que subirme a una caja de refrescos puesta del revés para llegar a la mesa. Pero cuando cumplí trece años ya era tan alta como papá y era capaz de dejar el tapete limpio en cinco minutos.

Desde que se jubiló, mi padre se ha metido de lleno en política. Justo antes de que yo conociera a Kit, me dijo que el sur estaba muerto y que la única esperanza para la izquierda estaba en el norte. Cambió el piso de Croydon por una casita de dos plantas en Toxteth, Liverpool, donde hace campaña por el TUSC, un partido obrero radical. La imposibilidad de que resulte elegido en un mundo gobernado por el mercado solo hace que le quiera aún más. Seguramente verá bien el eclipse del viernes. Cuanto más al norte, mayor es la sombra. En Toxteth, el oscurecimiento será más o menos del 90 por ciento. Aunque, como te

diría cualquier forfofo de los eclipses, lo que cuenta es la totalidad; lo demás no importa. Los eclipses parciales son interesantes, pero no te ponen los pelos de punta. Incluso un oscurecimiento del 98 por ciento es como estar *casi* embarazada.

Antes podíamos pasar semanas enteras sin hablar, pero ahora papá me llama casi todos los días, presuntamente para que le ayude con una pista del crucigrama del *Guardian*. Kit cree que hace el crucigrama entero en cinco minutos y que luego selecciona la pista que más le ha costado resolver y la utiliza como excusa para llamarme. A Kit le parece enternecedor. A mí también. A mi padre le encanta que todos los días le cuente cómo va el embarazo, aunque solo sea para decirle que bien. Se derrite como la mantequilla cuando oye hablar de los bebés.

Sabe lo del juicio de Jamie y sabe lo que ocurrió después, pero no que ambos hechos están relacionados.

No sabe que lo que sucedió la noche que estuvimos a punto de morir no fue un accidente, y menos aún que desde entonces vivimos atemorizados esperando un segundo ataque, esta vez con éxito.

Ignora que Beth es el motivo por el que cambiamos de nombre.

Kit y yo no nos sentamos a decidir que guardaríamos en secreto el intento de Beth de acabar con nosotros. Fue más bien un acuerdo tácito. Eludimos hablar de ello expresamente. Nos decíamos el uno al otro que no queríamos que nuestras familias se preocupasen, y es cierto que los McCall ya tenían bastantes quebraderos de cabeza. Ahora me doy cuenta de que mi padre, cuya tragedia quedaba ya muy atrás en el tiempo, habría podido ayudarme. A veces pienso que podría haberle contado una parte, pero es lo que tienen los secretos: que gotean. No puedes abrir una espita, contar lo poco que te conviene, sin que rezumen un millón de preguntas. Tienes que soldar herméticamente una parte de tu ser.

Para entender por qué Beth está tan rabiosa mi padre tendría que conocer el contexto, y todos los caminos conducen a mi mentira. Me lo jugué todo por ella. Sé, por mis sesiones con el terapeuta, que la ira tiene siempre un núcleo de dolor. Hasta la noche en que cuestioné a Beth, yo era la única que nunca había metido la pata. Mis dudas, por venir de mí, eran mucho peores que las de un extraño.

En lo que a ella respecta, la persona en la que más confiaba primero la traicionó y acto seguido desapareció del mapa. Al salvarnos, Kit y yo la despojamos del derecho de réplica. Mi psicoterapeuta diría sin duda que le impedimos zanjar la cuestión, pasar página.

En aquel momento nos pareció la última alternativa posible pero, en lugar de

apagar su fuego, solo ha servido para atizarlo.

El hecho de que yo tuviera razón no parece tener importancia. A esas alturas, la noción que tenía Beth del bien y del mal había quedado deformada a base de golpes. Incluso la mía, pensándolo bien, parece ahora muy distinta del inflexible código moral que me inculcó mi padre, y por el que mi marido y él creen que me he regido toda mi vida.

**LAURA**

11 de agosto de 1999

Kit se fue por otro lado mientras yo seguía el rastro de monedas de cobre hacia un grupo de caravanas cerradas. Apoyado en la más próxima, como si hubiera escapado al galope de su prisión giratoria hasta quedar exhausto, había un viejo caballo de tiovivo. Tenía pintado en el flanco, en un rollo de pergamino, el nombre de Eloise. Un poco más allá distinguí un ruido, un movimiento fugaz.

—Hola, ¿esto es tuyo? —pregunté, y dejé caer el monedero a mis pies.

La mujer estaba tumbada boca abajo y tenía la ropa —una falda larga, a primera vista— apartada hacia un lado. El hombre estaba encima de ella. Eso no tenía nada de raro: Kit y yo lo hacíamos constantemente. Pero la expresión de sus caras distaba mucho de cualquier emoción con la que yo pudiera identificarme. El hombre tenía la espalda arqueada como una cobra; sus ojos desenfocados formaban dos rendijas y de sus labios, contraídos en una mueca monstruosa, tan siniestra que me fue imposible reconocerla como deseo, colgaba un hilillo de baba. Aquella expresión dio sentido de golpe, aterradoramente, a la cara de la chica. Me miraba con fijeza: sus ojos frenéticos se clavaban en los míos. Tenía las mejillas manchadas de rímel. Arañaba la tierra con los dedos. Ese terror animal es algo que se reconoce a simple vista, sin necesidad de haberlo experimentado. Tenía mocos en uno de los agujeros de la nariz y, pegados a los mocos, trocitos de hojas, barro y ramitas, como si no solo se hubiera rozado la cara con la tierra, sino que se la hubieran hundido en el suelo con violencia. Comprendí lo que estaba viendo. La palabra resonó, alta y horrenda, dentro de mi cabeza. Nueve letras mayúsculas pintadas de rojo en una

pared, demasiado grandes para leerlas, demasiado terribles para decirlas en voz alta.

—Dios mío —dije.

La gente suele decir que se le hiela la sangre, pero la mía hirvió en ese instante hasta quemarme las venas.

—¿Estás bien? —pregunté patéticamente.

Al oírme, el hombre levantó la cabeza y por un instante volvió hacia mí aquella mueca horrenda. Retrocedí tambaleándome y ahogué un grito al sentir en la espalda la chapa fría y desigual de la pared de una caravana. No sé cuánto tiempo permanecimos paralizados en aquel cuadro. Puede que fueran treinta segundos. O puede que fueran tres. Lo que sí sé es que la brecha entre lo que estaba viendo y mi capacidad para asumirlo pareció ensancharse bruscamente, como por efecto de una detonación.

—Dios mío, lo siento —dijo él—. ¡Qué vergüenza! Está bien. ¿Verdad que estás bien?

La chica me miró pestañeando, pero no hizo intento de hablar, ni siquiera de limpiarse la cara. Él se incorporó y se apartó de ella. Un hilo lechoso y flexible se estiró entre la punta de su pene y las nalgas de ella y se rompió al ocultar él su erección ya marchita en la bragueta con una mueca de dolor. Se puso en pie. Todo en él, desde su anorak a sus vaqueros, parecía recién estrenado, premeditadamente informal. Nombres de marcas en letra grande le cruzaban el pecho y los brazos. Llevaba el pelo castaño claro peinado con esmero, formando pequeños picos. Solo sus rodillas y sus manos manchadas de barro le delataban.

—Qué corte —dijo con una risa nerviosa.

Cuando sonrió, me horrorizó darme cuenta de que era guapísimo.

La chica yacía inmóvil en el suelo. Tenía al aire la pierna y el glúteo izquierdos. Al principio pensé que tenía la falda rota, pero la tela no estaba desgarrada. Entonces vi que llevaba unos pantalones tailandeses, de esos largos y envolventes que llevábamos todos en aquel entonces. Extendidos sobre el suelo, parecían un hipercubo al que le hubieran agregado unas cintas: eran el santo y seña de la moda alternativa, un rompecabezas incomprendible para los no iniciados. Comparado con aquellos pantalones, ponerse un sari parecía tan sencillo como ponerse una camiseta, pero, una vez que aprendías a ponértelos, era fácil. No tenían goma, ni elástico. Para dejar al descubierto tanta carne, alguien tenía que haber tirado de ellos hacia un lado con fuerza.

Miré hacia atrás buscando a Kit, pero no estaba.

—¿Estás herida? —le pregunté a la chica—. ¿Te ha hecho daño?

Me miró parpadeando y me pregunté si estaría drogada.

—¿Qué has hecho? —le dije al hombre.

—Te estás equivocando —contestó, pero no me dio ninguna explicación. Se volvió hacia la chica y dijo en tono amable y zalamero—. Venga, nena.

Me acerqué a ella de puntillas y le tendí la mano para ayudarla a levantarse, pero no se movió.

—¿Cómo te llamas?

Retrocedió asustada y se hizo un ovillo junto a la rueda de una caravana. Pensé en tapparla con mi chaqueta, pero seguramente tenía restos de pelo mío y de Kit y podía contaminar el escenario del crimen. Incluso sin nombrar el delito, ya estaba pensando en términos forenses.

—Tranquila —dije sintiéndome perdida e impotente.

—¿Laura? —La voz de Kit se oyó clara y cercana—. No he encontrado nada.

Las paredes de las caravanas formaban un pasillo estrecho. El hombre, que había retrocedido de espaldas por aquel pasadizo, alejándose de mí y de su víctima, chocó con Kit.

—¡Hala! —exclamó Kit—. A ver si miras por dónde...

El grito que soltó el hombre, unido sin duda a la expresión de mi cara, le hicieron comprender de inmediato la gravedad de la situación.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Di un paso adelante y me interpose entre ellos y la chica.

—Hay una chica, creo que la han... —La palabra se me deshizo en los labios, derribadas sus letras como fichas de dominó—. Creo que la han agredido.

El hombre giró los ojos con expresión de fastidio.

—No pasa nada. —Lanzó a Kit una sonrisa de complicidad masculina—. Es solo que no esperábamos tener compañía. ¿Verdad?

La chica se limpió la nariz con el dorso de la mano y miró inexpresivamente su manga manchada de mocos.

—Lo que pasa es que le da vergüenza que la hayan pillado con las bragas bajadas, ¿verdad que sí? —Hablabla en tono ligero, pero tensaba la mandíbula entre frase y frase—. Yo tampoco estoy encantado, que digamos. Pero eso es lo único que pasa. Tu chica ha llegado a una conclusión equivocada.

—Ah —dijo Kit indeciso.

—Yo sé lo que he visto —afirmé.

El hombre comenzó a retroceder. Como la chica seguía callada y Kit desconcertado, comprendí que me tocaba actuar a mí.

—Creo que tenemos que avisar a la policía —dije con firmeza, sin que mi voz

delatara el terror que me bullía dentro.

—Lo que tienes que hacer es calmarte —replicó el hombre, que empezaba a perder el aplomo.

Me mantuve en mis trece.

—Si no has hecho nada malo, no tienes de qué preocuparte.

Se volvió hacia la chica.

—¿Te importaría decir algo de una puta vez para que podamos zanjar este asunto? —le espetó con violencia.

Para mí, aquello equivalía a una confesión, y la cara de Kit reflejó por fin la gravedad de la situación. El hombre se dio cuenta de que había perdido a su aliado.

—A la mierda. —Se alejó rápidamente y, dejando atrás los cachivaches de la feria, se internó entre los árboles.

—¡Kit, no dejes que se vaya! —exclamé—. ¡Ve tras él!

—¿Qué?

Parecía absolutamente horrorizado, pero obedeció. Mi Kit, tan amable y tímido, salió corriendo detrás de un hombre violento porque yo se lo pedí y porque aceptó mi convicción de que allí había sucedido algo terrible.

Me agaché junto a la chica.

—Ay, pobrecita —dije—. No te preocupes, todo se va a arreglar.

Nuestros brazos se rozaron; piel suave sobre piel aún más suave. Pude mirarla detenidamente: sus iris verdes quedaban casi eclipsados por las pupilas dilatadas. Dentro de su nube de cabello negro había una cara en forma de corazón, crispada pero bonita. Se parecía un poco a la Blancanieves de Disney, pero con el pelo más largo y sin corsé.

—¿Quién era ese? —le pregunté—. ¿Le conoces?

Abrió la boca para hablar, pero solo le salió un gruñido estrangulado. La larga cabellera negra le cubría la ropa. Cogió un mechón, se llevó la mano a la sien y apartó los dedos como si esperara ver sangre.

—¿Te ha tirado del pelo?

No respondió, pero dejó caer el mechón hasta el suelo.

—Santo Dios. Vale, tenemos que ir a buscar a la policía —dije—. Tienen una caseta a la entrada. ¿Podrás llegar hasta allí?

Esta vez consiguió negar con la cabeza.

—¿Puedes decirme tu nombre?

—Beth. —Asintió con un gesto, como si se alegrara de recordarlo.

—Muy bien, Beth, voy a llamarles.

Tenía el teléfono en el bolso, pero lo había apagado al llegar al festival. Pulsé el botón de encendido y esperé a que la pantallita se iluminara en verde. Tardaba tanto que me resigné a esperar a que volviera Kit para que fuera a buscar ayuda, y hasta confié en que se las arreglara de algún modo para llevar a aquel hombre ante la policía, aunque eso me costaba creerlo. Por primera vez sentí un escalofrío de miedo, por Kit. ¿Le atacaría aquel hombre? Por fin se encendió el teléfono. Pulsé la tecla de goma del nueve tres veces, pero no pasó nada. Eché un vistazo a la pantalla; no había cobertura. Moví el teléfono en el aire por si captaba la señal.

—Tengo que alejarme unos pasos para tener cobertura —le dije—. No voy a ir muy lejos.

Tuve que alejarme sus buenos veinte pasos, hasta el coche de choque roto, para que por fin se estableciera la conexión. De Beth, solo veía una playera gris que asomaba de la puerta de la caravana.

—Nueve, nueve, nueve, ¿en qué podemos ayudarle?

Era una voz de mujer, del West Country, joven. Se oía de fondo el runrún habitual de una oficina, y se me hizo raro pensar que, para la mujer que atendía la línea, aquello formaba parte de su rutina diaria. Que podía estar tomándose un té mientras hablábamos.

—Estoy en el festival de Lizard Point, cerca de Helston, y quiero denunciar... —La palabra se me atascó en la garganta y tuve que reponerme—. Quiero denunciar una violación. No se trata de mí, no. He encontrado a una chica y el hombre... Necesitamos que venga la policía.

Me puse a pellizcar el relleno de espuma que sobresalía del asiento roto del coche de choque.

—¿La víctima está consciente?

—Dios mío, sí, puede caminar, no tiene heridas ni nada, pero creo que está... está traumatizada, no puede articular palabra. Creo que necesita una ambulancia. ¿Podría venir una agente, una mujer? ¿Y una médica?

Estiré el cuello intentando ver qué sucedía más allá de la arboleda. Me pareció oír el murmullo de la muchedumbre en movimiento, pero no voces aisladas.

—Tendremos que enviarles a los agentes que estén disponibles —dijo la operadora—. Usted quédese con ella.

—El hombre que lo ha hecho, le he visto pero ha escapado.

El trozo de espuma que tenía en la mano parecía un trozo de algodón de azúcar. Lo dejé caer.

—¿Podría darnos una descripción?

—Se llama Beth, tiene el pelo negro y...

—Del agresor.

—Ah. Sí. —Todavía podía verle con claridad fotográfica—. Tiene el pelo corto, castaño y de punta, lleva una chaqueta Diesel de color azul marino, pantalones Levi's estrechos y unas Adidas blancas.

Tuve la sensación de que todo aquello era absurdo, surrealista, como si estuviera leyendo en voz alta un pie de foto de la sección de moda de una revista masculina. Casi se me cayó el teléfono cuando noté una mano sudorosa sobre mi hombro. Era Kit. Venía jadeando.

—Espere un momento —le dije a la operadora, y tapé el teléfono con la mano mientras Kit me decía algo en voz baja.

—Ha desaparecido entre la gente —dijo.

Le repetí aquellas palabras a la operadora, confirmé nuestra ubicación sirviéndome de una bandera de la ONG Water Aid como punto de referencia y colgué.

—Ya había cruzado medio descampado cuando he salido detrás de él —añadió Kit—. Lo siento mucho.

—Oye —dije—, has hecho todo lo que has podido.

—Qué mierda. —Señaló hacia la caravana—. ¿Ella está bien? ¿Ha dicho algo?

Negué con la cabeza.

—¿Crees que le cogerán?

—No lo sé. No puedo... —Extendió las manos y se miró las palmas vacías como si la respuesta pudiera estar allí. Luego se encogió de hombros con impotencia—. No tengo ni idea.

—Será mejor que le diga que vienen de camino.

Beth asintió con un gesto cuando le di la noticia y masculló:

—Gracias.

Me senté a su lado en el frío escalón metálico de la caravana y esperé diez minutos que se me hicieron eternos.

—Es mío —dijo de pronto.

—¿Perdona?

—El monedero. Es mío. Se me ha debido caer del bolsillo.

Bajé la mirada y me sorprendió un poco ver que aún tenía el monedero en la mano.

—Ten.

Tuve que cerrarle los dedos para que lo cogiera.

Por fin, Kit nos avisó con un grito de que llegaba la policía. Eran dos: un hombre bajo y fornido con la cabeza afeitada y una mujer enjuta, con el cabello rizado de color castaño claro.

—Está aquí —dije innecesariamente.

—Muy bien, cielo —dijo la agente, agachándose a nuestro lado—. Te llamas Beth, ¿verdad? ¿Es así?

Beth asintió con una inclinación de cabeza.

—Muy bien, Beth, no te preocupes. Ya estás a salvo. Vamos a llevarte a la comisaría, a una sala especial, para que el médico te eche un vistazo.

—¿Puede ser una doctora? —pregunté.

—Ya hemos pedido una —contestó, pero arrugó el entrecejo—. Beth, ¿necesitas que te acompañe alguien? —Me miró a mí, pero Beth ya estaba sacudiendo la cabeza.

—No nos conocemos —expliqué—. Me he tropezado con el asunto, nada más.

El agente carraspeó.

—Ya nos hacemos cargo nosotros —me dijo—. Otro compañero viene de camino para tomarles declaración.

Kit y yo nos sentamos en el coche de choque a esperar a que nos interrogaran. Yo me puse a pellizcar los asientos rotos mientras él daba vueltas a una brizna de hierba entre los dedos.

—¿Por qué habrá hecho una cosa así justo después de un eclipse?

Le miré pasmada.

—O en cualquier otro momento. Por Dios, Kit. No me puedo creer que hayas dicho eso.

A veces las cosas no parecían afectarle tanto como me afectaban a mí, aunque cuando le explicabas por qué estabas enfadada o disgustada, siempre lo entendía. Hay que decir en su honor que se avergonzó.

—Sí, perdona, no era eso lo que quería decir... Pero es que no entiendo por qué...

—Ya lo sé —contesté soltando un soplando—. Supongo que estamos los dos conmocionados. —Intenté sostener en equilibrio la nubecita de espuma que tenía en la palma, pero me temblaban demasiado las manos—. Si me hubiera dado más prisa...

—Puede que le hayas impedido hacer algo peor —repuso Kit.

Dejé que aquella idea calara en mí.

—¿Son ustedes los testigos?

Delante de nosotros apareció una mujer que parecía recién salida de las calles del Londres de los ochenta. Vestía un traje negro brillante y llevaba el pelo rubio cortado a cepillo, sin contemplaciones, y el maquillaje estridente que estaba de moda cuando tenía veinte años, como si no hubiera tenido tiempo ni ganas de cambiar de estilo desde entonces.

—Soy la sargento detective Carol Kent, de la Policía de Devon y Cornualles —dijo en un tono que nos hizo ponernos en pie—. Si me acompañan al puesto de policía del festival, les tomaré declaración.

Había dos casetas algo deterioradas cerca del escenario principal, colocadas una junto a la otra. En la mía había un perro policía, un alsaciano precioso, sentado al lado de su cuidador. Se puso nervioso y comenzó a olfatear el aire a mi alrededor y a tirar de la correa, y me puse colorada al darme cuenta de que seguramente estaba captando el tufillo de lo que había fumado el día anterior. Alguien me dio una taza de té flojo. Le conté con todo detalle a la sargento Kent lo que había visto, pero, cuando llegó el momento de describirle la expresión de la cara del hombre, me azoré y no conseguí expresarme con claridad. Me hicieron las mismas preguntas una y otra vez, como si estuvieran poniendo a prueba la coherencia de mi relato. Yo seguía repitiendo variaciones de la misma frase: «Si le hubieran visto... Si hubieran estado allí, lo entenderían».

En las pausas, mientras transcribían mis palabras, oía retazos de la declaración de Kit en la caseta de al lado. Le oí decir que no había visto la agresión, solo lo que había sucedido después, y comprendí que había entrado en modo científico. Observar, consignar los datos sin prejuicios. En ese momento deseé con todo mi corazón que hubiera visto lo que había visto yo detrás de las caravanas, aunque más adelante, cuando la locura se apoderó de mí, me alegré de que no lo hubiera presenciado.

Escribieron nuestras declaraciones y nos las leyeron en voz alta. Después de que les diéramos nuestras señas, nos dejaron marchar.

—¿Dónde está Beth? —pregunté—. ¿Qué va a pasar ahora?

—Está en lugar seguro —contestó Kent tajantemente.

Era última hora de la tarde cuando por fin firmamos nuestras declaraciones. Aunque quedaba otra noche de festival, la gente ya había empezado a desmontar las tiendas y a cargar las bacas. Cundían rumores entre el gentío. «Se ha muerto alguien de una sobredosis en el descampado de atrás». «No, por lo visto ha sido un atraco». «Yo he oído que ha habido una pelea». Nadie se acercaba a la verdad.

—Me vendría bien una copa —dijo Kit.

Como en la barra principal no se servía alcohol, tuvimos que conformarnos con lo más fuerte que encontramos, una sidra casera de la zona, tan fuerte que solo la vendían por medias pintas. Nos bebimos dos cada uno, a toda prisa, sentados en la hierba. No decíamos nada, pero ambos escudriñábamos la muchedumbre en busca del agresor de Beth.

A pesar de que hacía dos días que sonaba música *dance* sin parar, el ruido de una sirena sobresaltó a todo el mundo. La gente se apartó para dejar pasar a un coche patrulla. Venía de las casetas de la policía y avanzaba muy despacio. Todo el mundo miraba embobado las ventanillas de atrás, pero solo Kit y yo sabíamos quién era el pasajero, aunque no conociéramos aún su identidad. Daba la espalda al cristal, pero aun así reconocí su perfil, su pelo castaño, de punta, y su chaqueta azul marino. Si no hubiera estado sentada, me habría desplomado de alivio.

—Le han cogido —dije.

**KIT**

18 de marzo de 2015

—Qué acogedor —digo mientras, a través de un ojo de buey del tamaño de un disco compacto, el horizonte se inclina vertiginosamente.

El camarote es minúsculo. Hace una hora que zarpamos y el compartimento estanco ya empieza a producirme claustrofobia. Richard silba por la nariz cuando respira. Añoro a mi mujer patéticamente, como un niño. Incluso echo de menos su ansiedad, esa especie de apéndice de nuestra relación.

Richard está leyendo el folleto detenidamente.

—Hay un casino en el barco —dice perplejo, como si el Princess Celeste no fuera un crucero de línea, sino un navío fletado expresamente para astrónomos a los que esos pasatiempos tan prosaicos no pudieran interesar lo más mínimo, y esperara encontrar un observatorio completo junto a la sala de ocio.

También hay un salón de baile en el que esta noche habrá discoteca (vete a saber cómo será), un minicine y un salón de belleza. Antes de zarpar, no me veía poniendo el pie en ninguno de ellos. Ahora me doy cuenta de que, si la alternativa es quedarse en este cuartucho agobiante, hasta jugar a la petanca tiene cierto atractivo.

—Ya pasaron los tiempos en que podía abrir una de estas con los dientes —comenta Richard mientras intenta quitar con las manos la chapa de su botella de Newcastle Brown Ale—. Voy a despellejarme las palmas si no tengo cuidado. —Se da cuenta de lo que ha dicho y me mira las manos, que tengo cruzadas sobre el regazo—. Ah, Chris, perdona, se me ha escapado.

—No pasa nada —contesto, porque está más avergonzado que yo—. Hay una

navaja suiza en el bolsillo lateral de mi mochila. No, en el otro. Sí, ahí.

Se oye un chasquido reconfortante cuando consigue abrir una cerveza para cada uno. Vuelve a plegar el abridor de la navaja y, cuando me la tira, la cojo al vuelo con una mano. Luego me incorporo para recoger la botella.

—Vámonos a dar una vuelta —digo.

Fuera, los demás pasajeros también parecen decididos a dar un paseo vespertino, con las capuchas puestas para protegerse del viento salobre y cortante. A pesar de que llevan el pelo y la cara cubiertos, noto por sus andares que la mayoría son jubilados. Es la primera vez que me apunto a un viaje organizado para ver un eclipse (por razones obvias, Laura y yo siempre viajábamos por nuestra cuenta) y siento el desdén instintivo que siente el viajero experimentado por el simple turista. En cuanto cobro conciencia de esa actitud, me prometo a mí mismo superarla antes de que acabe el viaje. Un eclipse visto desde la cubierta de un barco o junto a un autocar es tan válido como uno visto desde una explanada llena de *hippies* tras un polvoriento trayecto en Jeep por el desierto, o a solas en la cumbre de una montaña. Tengo casi cuarenta años y estoy a punto de ser padre. Me congratulo de mi madurez. Acabo de caer en la cuenta (y no puedo creer que me haya llevado tanto tiempo reparar en ello) de que lo bueno que tiene el estar tan alejado del mundillo alternativo es que es muy poco probable que estén aquí las pocas personas que podrían reconocernos (y por más discretos que intentáramos ser, hubo al menos una ocasión en que no pudimos evitar llamar la atención). Esa abuela de ahí, por ejemplo, la de los zapatos ortopédicos, me apostaría mi (re)hipoteca a que no presencié lo de Zambia.

De pronto se pone en marcha el sistema de megafonía y todo el mundo se para en seco cuando una voz de hombre, melosa y extrañamente familiar, nos informa de que esta noche habrá cóctel, conferencia y («para los que aún tengan fuerzas») discoteca. Me da un vuelco el corazón. Si Beth está aquí, no cabe duda de que aprovechará ese momento para hacer acto de aparición. Sé por lo que pasó en Zambia que no le importa montar una escena. Noto de repente que la botella que sostengo pesa menos y me doy cuenta de que ya voy por la segunda.

Los altavoces vuelven a guardar silencio y, liberados de su hechizo, los pasajeros retoman su paseo. Richard y yo llegamos enseguida a la popa y nos apoyamos en la barandilla desde la que se domina un muro de botes salvavidas. A nuestra izquierda hay caída libre y la barandilla solo llega a la altura del pecho. Esto ahora está abarrotado, pero, si estuviera desierto, sería lo más fácil del mundo para cualquiera (para alguien frágil, para alguien impredecible, para

alguien que llevara quince años acumulando ira) acercarse corriendo desde atrás y tirarte al agua revuelta. Sí, no sería nada difícil.

Pasamos unos minutos viendo cómo baten las aguas del mar del Norte formando una espuma cremosa y gris a nuestro paso. Una atolondrada familia de focas que nada peligrosamente cerca del barco despierta en mí ideas sentimentales acerca de mi futura familia. Todos los caminos conducen a Laura.

—Primera foto del viaje —digo al poner el teléfono en modo *selfie*.

Lo sostengo estirando el brazo y consigo sacarnos a los dos sonriendo con nuestras botellas marrones de cerveza y el mar como un borrón azul de fondo. Cuando intento mandársela a Laura, no hay cobertura. Es el problema de estar en medio del mar del Norte: que no hay antenas de repetición.

—Hay wifi, pero solo en el vestíbulo, aunque al parecer se puede captar la señal en casi toda la cubierta superior —dice Richard, que para mantenerse informado de la evolución del tiempo hora a hora necesita saber estas cosas.

Con mi paso de marinero de agua dulce, subo al piso siguiente por una escalera pintada de blanco. Noto en la mano el frío de la barandilla metálica. Aquí arriba no hay nadie y no me sorprende. El viento sopla con tanta fuerza que consigue desorientarte. Me refugio detrás de una salida de aire que despidе vapor; aquí se está más tranquilo, y hace menos frío. Mi teléfono tarda un minuto en conectarse a la red wifi, y le mando la foto a Laura, a Londres.

*Los rodóriguez más frikis del mundo*, contesta. Sonrío, me guardo el teléfono y me doy la vuelta para reunirme con Richard.

Apoyada en la barandilla, de espaldas a mí, está Beth.

Lo primero que reconozco es el pelo, esa maraña que se retuerce al viento como algo vivo. Tengo su imagen tan grabada en la retina que reconozco el resto de su persona de golpe, en una fracción de segundo. Esa es su estatura, esas son sus curvas, y esos absurdos pantalones estampados que se agitan en torno a sus piernas son el tipo de ropa que se pondría Beth. Una amarga mezcla de compasión y temor vuelve a apoderarse de mí, más intensa que nunca. He aquí los *flashbacks* de siempre, imágenes entrecortadas de una película, desde el instante en que la conocimos hasta la última vez que supimos de ella: el descampado en penumbra, la sala del juzgado, la desconocida de nuestro piso, la figura en medio de la polvareda, la imagen movediza en una pantalla de ordenador. Y los créditos finales; Laura esta mañana en lo alto de los peldaños de nuestra puerta, frotándose los brazos para quitarse telarañas imaginarias antes de llevarse las manos a la tripa. Y, ahora, el último fotograma. No sé cómo termina la película. No tengo ningún plan. Llevo tanto tiempo esperando que ya

no estoy preparado.

**LAURA**

8 de mayo de 2000

Lachlan McCall murió el primero de mayo del nuevo milenio y fue enterrado tres días después. Durante el velatorio, Mac se pilló tal cogorza que le vomitó a Kit encima. Tuvimos que pasarnos por la tintorería a recoger el único traje de Kit antes de salir hacia Cornualles.

El juicio por violación contra Jamie Balcombe comenzó un lunes. Esa mañana, Kit y yo estábamos de espaldas al edificio del juzgado, observando desde arriba el pueblecito de Truro, el último municipio de Inglaterra. Detrás de nosotros, un altísimo viaducto victoriano se curvaba sobre el valle como un brazo protector. Allá abajo se alzaba la modesta catedral, rodeada por todas partes de tejados rojos, como esos que sobrevuela Papá Noel en su trineo. El juzgado se hallaba en lo alto de un cerro vertiginoso. Una fila de casitas de colores pastel parecía deslizarse por la pendiente hasta el río Kenwyn, cuyas aguas borboteaban sobre un estrecho dique. Sintiendo que, si me inclinaba un poco hacia delante me precipitaría por aquella pendiente, me agarré al brazo de Kit.

—Esta mañana no van a necesitarnos —dijo él apretándome—. Primero tienen que plantear el caso y escuchar la versión de Beth. No acabarán hasta mediodía, por lo menos.

Técnicamente, Kit tenía razón (como siempre, claro está). Era muy improbable que nos llamaran a declarar esa mañana. El servicio de atención a testigos nos había informado de que ese día la fiscalía se dedicaría a exponer el caso. Era posible que ni siquiera llamaran a declarar a Beth, y los testigos

secundarios tenían prohibido entrar en la sala hasta que ella hubiera concluido su declaración. Yo reconocía que era una medida sensata, aunque me indignara. Nada de lo que dijera Beth me haría variar mi declaración original. Yo sabía lo que había visto.

Era la primera vez que visitábamos Cornualles desde lo de Lizard y la segunda que salíamos de Londres. Ambos habíamos sido estudiantes aplicados, pero el reto de labrarnos una carrera profesional consumía todas nuestras energías. Yo tenía un trabajo temporal y Kit, que tras sacarse una doble licenciatura en Oxford había pasado directamente a hacer el doctorado en la UCL, seguía estudiando y ganaba algún dinero corrigiendo trabajos de estudiantes universitarios. Aquel maldito viaje era lo más parecido a unas vacaciones que íbamos a tener. Nuestra habitación de hotel estaba pagada hasta el jueves, y el viaje de regreso en tren reservado para el viernes por la mañana. También nos pagaban dietas que, aunque exiguas, nos venían muy bien. Habíamos llegado la tarde anterior y, tras pasar la noche en vela en un hotel muy hortera, con cuadros de contrabandistas en las paredes, seguíamos agotados por el largo viaje desde nuestro pisito en Clapham. Vivíamos solos. El plan original, compartir casa con Mac y Ling, se había venido abajo debido a Juno, el bebé que concibieron sin pretenderlo un par de semanas antes del eclipse de Cornualles y que ahora tenía dos meses y unos pulmones del tamaño de Londres.

Desde lo de Lizard, o más bien desde que sabíamos que el caso llegaría a juicio, nos habíamos empollado el procedimiento judicial. Mis nuevos conocimientos me hacían oscilar entre la esperanza y el abatimiento. Me consolaba, en parte, el saber que muchas violaciones nunca llegaban a juicio: para que la Fiscalía de la Corona admitiera un caso a trámite, este tenía que estar muy bien fundamentado. Luego, sin embargo, me acordaba de las tasas de condena y caía en el desánimo. Lo único constante era la imagen de una chica cubierta de mocos, boca abajo en el barro, siendo agredida y violada. En algún momento durante el tiempo transcurrido desde entonces había dejado de temer ese término, que ahora, en cambio, blandía como un arma.

—Seguramente nos dejarán marchar en cuanto nos personemos en el juzgado —dijo Kit mientras nos acercábamos a la puerta.

Miré las falsas columnas románicas recubiertas con tirolesa y pintadas de un feo color gris impermeabilizado. Supimos por el listado de juicios colgado en la fachada que la vista contra Balcombe tendría lugar en la sala uno, con el señor Nathaniel Polglase actuando como representante de la fiscalía, la señorita Fiona Price como abogada defensora y el juez Edmund Frenchay presidiendo la sala.

Todo pareció cobrar realidad de golpe.

—Creo que deberíamos quedarnos, de todos modos —dije—. Aunque no nos llamen.

—No sé si voy a poder estar mucho rato encerrado en un juzgado después de pasarme los últimos días entre tanatorios y salones de actos —comentó Kit.

—Ay, cariño...

Tenía que hacer un esfuerzo por recordar que él tenía otras preocupaciones, aparte del juicio. Saber que Lachlan tenía los días contados no había hecho más fácil su fallecimiento. Yo había confiado en que el juicio supusiera para Kit, si no un descanso, sí al menos un cambio de aires. Empezaba a darme cuenta de que reaccionaba ante cualquier dificultad encerrándose en sí mismo, hasta el punto de que solo permitía que su atención aflorara a ratos, momentáneamente, antes de volver a replegarse en el silencio.

—¿Entramos? —pregunté.

—Sí —dijo—. Venga, vamos...

Un grupo de personas trajeadas que caminaban en formación, como escoltas flanqueando a un presidente, estuvo a punto de arrollarnos. En medio de aquel pelotón iba Jamie Balcombe. Trajeado, con el pelo corto y bien afeitado, el cabello castaño lustroso y las pestañas formando una orla brillante en torno a sus pupilas azules y húmedas, parecía un niño pequeño vestido con la ropa de su padre. El aire de bravuconería que conocíamos había desaparecido: ahora caminaba con precisión milimétrica, como si le costara un enorme esfuerzo de concentración poner un pie delante del otro. Miraba al frente con extraña fijeza, lo que me hizo sospechar que nos había reconocido pese a que nos habíamos vestido discretamente de negro y yo me había hecho un moño bajo para no llamar la atención. Con el pelo recogido, parecía insignificante: una adolescente larguirucha y desgarbada.

Al llegar a la puerta, el grupo se adelgazó para formar una fila india y, al pasar por el detector de metales, se disgregó en individuos. Aquella señora semejante a un caballo de carreras, con el cabello gris engominado, no se parecía a nadie, pero el hombre de gruesa papada que lucía un sello en el dedo solo podía ser el padre de Jamie. Era fácil distinguir a su hermano y su hermana por el color del cabello. La mujer de cierta edad, bien peinada y con rubíes en las orejas, que apoyaba una mano elegante sobre el hombro de Jamie debía ser su madre, y la pelirroja pálida que agarraba su mano izquierda tenía que ser otra hermana, o su novia. Cuando la pelirroja se quitó el abrigo para pasarlo por el detector de metales, vi brillar un diamante en su dedo anular. De modo que no era

simplemente su novia, sino su prometida. La chica se quitó el anillo y se lo tendió al guardia de seguridad.

—No hace falta, guapa, déjeselo puesto —contestó él, pero la chica tenía las manos torpes y el anillo se le resbaló, cayó al suelo con un suave repiqueteo y pasó rodando por el arco.

—Antonia, por favor... —dijo Jamie.

El hermano se apresuró a recoger el anillo. A Antonia le temblaban tanto los dedos que la madre de Jamie tuvo que ayudarla a ponérselo.

Kit y yo esperamos a que acabaran de pasar los Balcombe. Luego, como no había ninguna otra puerta a la vista, los seguimos.

—Hola —le dije al guardia de seguridad—. Estamos buscando la entrada para testigos.

—Pues ya la habéis encontrado —repuso el guardia—. Todo el mundo tiene que entrar por aquí.

Tardé unos segundos en asimilar la noticia. Acabábamos de rozarnos con el hombre contra el que íbamos a testificar. ¿Y si había rencillas, intimidación, amenazas, ataques revanchistas?

—¿Y si fuera la mafia? —balbucí.

Kit me miró extrañado y el guardia de seguridad se rio afablemente.

—Esto no es precisamente *El padrino*, guapa. No puede pasar nada, habiendo tantos abogados pululando por aquí. ¿Llevas una cámara o alguna grabadora ahí dentro?

Abrí mi bolso para demostrarle que no llevaba nada, excepto unos Tampax y un cuaderno.

El interior del juzgado no consiguió tranquilizarme, ni mucho menos. El arquitecto debía de ser un sádico. Sin duda había pretendido dar a su diseño un aire de solemnidad sin que resultara apabullante. Pero el edificio semejava un dibujo de Escher, con su sucesión de columnas, arcadas y corredores que parecían volver sobre sí mismos sin previo aviso.

De pronto se me ocurrió una idea espantosa.

—¿Y las víctimas? —le pregunté a Kit—. Beth no tendrá que entrar también por esa puerta, ¿verdad?

Pareció horrorizado.

—Creo que sí, si es la única entrada de seguridad. Aunque no parece lo más indicado, ¿no?

—Es una puta farsa, joder.

Cruzamos un ajetreado vestíbulo, también de inspiración grecorromana, cuyas

columnas sustentaban un techo tan alto como el propio edificio. Una de las paredes estaba completamente cubierta por el follaje enmarañado de una planta inmensa, de unos seis metros de altura, que daba al recinto una atmósfera de invernadero. O, como dijo Kit, «Esto es como que te juzguen en un puto parque de atracciones». Agradecí su intento de hacerme reír, pero solo conseguí esbozar una sonrisa tenue.

Eran las nueve y media y la sala uno aún estaba cerrada. Kit trajo dos cafés y estuvimos un rato viendo entrar a la gente. Algunos miraban el techo maravillados, mientras que otros saludaban a los guardias por su nombre de pila. La mayoría de los que miraban el techo eran conducidos de inmediato a otro lugar, y eran tan numerosos que debían de ser los jurados. Carol Kent, la detective que me había tomado declaración, nos saludó con un gesto desde el otro lado del vestíbulo y una sonrisita de aliento suavizó fugazmente su vistoso maquillaje.

—Vamos a preguntarle qué tenemos que hacer —dijo Kit.

Kent nos saludó escuetamente. «Ella también está nerviosa», pensé.

—Voy a avisar al fiscal de que están aquí —dijo—. Tienen que permanecer fuera de la zona de paso hasta que hayan testificado. Hay una sala de testigos, pero la demandante ya está allí, de modo que no es lo ideal.

Pensé para mis adentros que a Beth le vendría bien ver una cara amiga, y estaba a punto de decirlo cuando Kit le dijo a la detective:

—¿Qué le parece si le doy mi número de teléfono y le prometemos quedarnos por aquí cerca?

La arruga vertical que Kent tenía en el entrecejo se hizo más profunda.

—Me parece bien, pero tengo que consultarlo.

Se alejó en dirección a la sala de testigos.

—Creo que debería ir a desearle buena suerte a Beth —dije—, o por lo menos a saludarla.

—¿No has oído lo que acaba de decir? —siseó Kit—. Eso no puede ser, está prohibido. Daría la impresión de que te estás confabulando con ella. Solo conseguirías perjudicarla. ¿Y si desestiman el caso por eso?

Tenía razón, otra vez.

A nuestro lado, una rubia oxigenada hablaba por teléfono.

—Sí, esta mañana es una violación —decía con el desapego de quien describe una cita rutinaria con el dentista. Una periodista, claro—. Potencialmente muy jugosa. El acusado es un chaval de colegio privado, muy guapo. Su padre es un pez gordo, consejero delegado de una empresa del FTSE 100, fue compañero de

clase del príncipe Carlos en Gordonstoun aunque no siguen en contacto, y es una lástima, porque eso sí que habría sido un notición. Mira, te llamo cuando acabe la vista y te cuento si la cosa tiene interés. Más vale que sí, la verdad, porque he dejado un doble asesinato en Liverpool por esto.

Bajó la voz cuando se acercó Carol Kent.

—El señor Polglase está de acuerdo —nos dijo la agente—. Mantengan el teléfono encendido y donde haya cobertura.

—Gracias. —Kit se levantó para que nos marcháramos.

La voz del sistema de megafonía tenía un acento tan típico de Cornualles como las minas de estaño y las empanadas: largas erres que desembocaban en oes aún más largas.

—La Corona contra Balcombe, sala número uno.

—Te dejo —dijo la periodista—. Luego hablamos.

Cerró bruscamente su teléfono plegable y cruzó la puerta de doble hoja en pos de los Balcombe. La siguió otra periodista con una media melena geométrica y una acreditación de la Asociación de Prensa colgada del cuello con una cinta.

Segundos después, el vestíbulo estaba desierto. Solo quedamos nosotros, un par de funcionarios y una mariposita azul que revoloteaba entre el follaje. El ujier nos miró y arrugó el ceño. De pronto me sentí vigilada. El vestíbulo pareció encogerse a nuestro alrededor.

—Vámonos de aquí —dije.

—Has cambiado de idea.

—¿Quieres irte o no?

—Vale, no te pongas así.

Era la primera vez que nos hablábamos en ese tono.

La zona bonita del casco viejo de Truro no es muy grande: pasada una hora ya habíamos recorrido todas sus callejuelas. Entramos en la catedral, en varias librerías y en una galería de arte. Había un museo, pero decidimos dejarlo para otro momento, por si llovía. Comimos en un *pub* al pie de la colina, patatas asadas, gambas nadando en mayonesa y media pinta por barba de una cerveza local llamada Bilgewater que sabía mejor de lo que cabía esperar por su nombre.

—Ojalá supiera lo que están diciendo en la sala —le dije a Kit mientras molía pimienta sobre mi plato.

—Bueno, no puedes saberlo. De eso se trata: de que tu testimonio sea completamente independiente de la versión del demandante. Si no, no sirve.

Aparté mi plato.

—Estoy tan nerviosa que no puedo comer. ¿Y si no basta con nuestro

testimonio para que le encierren?

—Te estás comportando como si todo dependiera de ti. Ya te lo he dicho: hay todo un equipo de gente que lleva meses instruyendo el sumario. Me gustaría saber qué pruebas tienen.

También habíamos hablado de eso otras veces. Tuve que hacer un esfuerzo para no levantar la voz.

—Puede que no haya pruebas materiales. Que todo dependa de a quién crea cada cual.

Kit negó con la cabeza.

—Las palabras son tan... endeables, ¿no crees? Tú siempre me estás diciendo que soy demasiado binario, que solo pienso en blanco y negro.

Asentí: era cierto.

—Pero en este caso le estamos pidiendo a *todo el mundo* que piense de esa manera y, aparte de las declaraciones, no hay ninguna prueba segura. ¿Cómo va a dictarse así una sentencia justa?

—¿Qué más hay? —pregunté.

No contestó, se quedó pensativo y bebió otro trago de cerveza.

—En el instituto hicimos un juicio simulado —dijo al cabo de un rato—. Yo tuve que presentar las pruebas. Era un caso hipotético de narcotráfico. Me cagué de miedo solo con ponerme en pie, y eso que era todo mentira y estábamos en la sala de estudiantes.

—¡No lo sabía!

Estábamos aún en una fase de nuestra relación en la que las anécdotas novedosas eran al mismo tiempo una delicia (¡todavía tengo tantas cosas que descubrir de ti!) y una afrenta (¿cómo es que no me había enterado de eso hasta ahora?).

—Me imagino que el imputado era Mac.

Se le iluminó la cara un momento al recordar algo y luego se echó a reír.

—La verdad es que era el juez.

—¡Joder, qué putada!

—Nuestra profe era muy bromista —explicó—. El caso es que en cuanto presté declaración se me pasaron los nervios, porque ya había dicho lo mío y no había nada más que hacer.

Yo sabía que tenía razón, pero aun así no conseguí aplacar mis nervios, que me quitaban el apetito pero me daban sed. Si no hubiéramos estado esperando a que sonara su teléfono, podría haberme bebido tres pintas. Gruesas gotas de lluvia apedreaban las ventanas.

—Al museo, entonces —dije.

Pero el museo cerraba por las tardes. Volvimos al *pub* y jugamos una partida de billar en una mesa desnivelada. (Gané yo, claro: a pesar de que llevaba meses enfrentándose a mí, Kit aún no había desentrañado las reglas matemáticas de la trayectoria y el rebote. Donde yo veía una diversión, él seguía viendo física vectorial aplicada. No sabía poner cara de póquer: un minuto antes de que cogiera el taco, ya sabía uno cuál iba a ser su siguiente movimiento).

Dejamos la partida cuando nos fue imposible seguir ignorando a los chavales del pueblo que miraban el tapete con añoranza.

—Son las tres —dije—. Seguramente ella ya estará en el estrado.

—Si nos necesitasen, ya nos habrían llamado. Vámonos al hotel.

Devolvimos nuestros tacos.

—¿Qué vamos a hacer toda la tarde en una habitación de hotel? —pregunté en tono quejumbroso mientras me ponía el abrigo.

Kit sonrió.

—Bueno, la cosa no pinta tan mal, ¿no?

No, claro, pero hasta media pinta de cerveza es mucho para un estómago vacío, así que me quedé allí tendida, haciendo los ruiditos habituales, mientras Kit ejecutaba desmañadamente los movimientos de siempre. Tardó el doble de tiempo en acabar y se quedó dormido en cuestión de segundos, como si la descarga del orgasmo fuera un narcótico que no dejara rastro. Yo sabía que tardaría al menos una hora en despertarse. Fuera había dejado de llover y los tejados de Truro relucían al sol.

El reloj marcaba las cuatro y cuarto. Se me ocurrió una idea y volví a vestirme antes de que me diera tiempo a cambiar de opinión, salí y me dirigí al juzgado de lo alto de la colina como atraída por un imán.

**LAURA**

8 de mayo de 2000

Cinco minutos después llegué al juzgado jadeando. Esta vez sabía a qué atenerme y, sin la aglomeración de la hora punta, crucé el control de seguridad en cuestión de segundos. Me compré un café para darme ánimos, pero no me había dado tiempo ni a soplarlo cuando las puertas de la sala se abrieron de repente y el vestíbulo volvió a llenarse de gente.

Los primeros en salir fueron los Balcombe, que se abalanzaron sobre Jamie en cuanto salió por una puerta lateral que —deduje— debía de dar directamente al banquillo de los acusados. La mujer de aspecto caballuno a la que había visto esa mañana resultó ser su abogada: vestía toga y llevaba puesta la peluca de letrada, pero no se dirigió a Jamie, sino a su padre. El eco de sus voces, acostumbradas a hacerse oír en los corredores del poder, siguió escuchándose mucho después de que se perdieran de vista. Por la puerta de doble hoja salió un hombre de aspecto agobiado, vestido con traje marrón. Llevaba en las manos una carpeta muy deteriorada, atada con una cinta roja. Caminaba casi de lado en sus prisas por alejarse de alguien que iba tras él. Pisándole los talones salió Carol Kent con los brazos cruzados y, detrás de ella, al fin, Beth. Me escondí instintivamente detrás de una columna blanca para poder observarla mejor. Estaba muy cambiada: había domeñado su cabellera rizada y su cuerpo curvilíneo embutiéndolos respectivamente en una trenza bien prieta y un traje sastre, y, si en nuestro primer encuentro se había mostrado casi muda, ahora hablaba con desparpajo.

—Joder, ¿se está quedando conmigo o qué? —preguntó.

No conseguí situar su acento. Se volvió hacia Carol.

—¿Puede hacer esto?

—Yo no he dicho que esté obligada —repuso el abogado—. He dicho que es lo más aconsejable.

Se esforzaba por parecer comprensivo, pero rebosaba condescendencia. Un hombre de cara colorada y una mujer de ojos enrojecidos se sumaron al grupo. Era evidente por el cabello moreno de él y por la figura de ella, de caderas y pechos prominentes, que eran los padres de Beth. Ella era regordeta y él, tosco. Parecían unos primos palurdos de los Balcombe, o los siervos que labraban sus tierras.

—¿Qué pasa, cielo? —preguntó el padre.

—Quieren que me vaya a casa porque ya he terminado de declarar —dijo Beth.

Se volvieron los tres hacia Kent.

—Lo siento, Beth, tu abogado tiene razón —dijo la agente de policía en tono amable—. Legalmente tienes derecho a permanecer en la zona reservada al público. Pero es verdad que a los miembros del jurado no les gusta. Sobre todo en casos como este, en los que es tu palabra contra la suya, puede dar la impresión de que quieres... vengarte.

—¡Pues claro que quiero vengarme, joder! ¡Quiero cortarle la polla! —Beth soltó una risa áspera, cínica.

Su padre parecía avergonzado. Carol Kent y el abogado la mandaron callar al unísono mientras su madre trataba de pasarle un brazo por el hombro con intención de reconfortarla. Beth se zafó bruscamente, bajó las manos como si empujara el aire, hizo un esfuerzo visible por calmarse y luego añadió en un tono normal:

—Acabo de tener que revivir lo que me hizo mientras él estaba ahí sentado mirando al jurado con cara de Bambi. ¿Y no puedo verle pasar por lo mismo?

—La entiendo perfectamente —dijo el abogado—. Y lo lamento. Es cierto que parece una injusticia y odio tener que darle ese consejo. Si de verdad quiere asistir, no puedo impedirselo. Pero estaría faltando a mi deber si no le dijera que tenemos más oportunidades de ganar el juicio si no está usted presente. Los jurados son así.

—¿Y por qué no me lo dijo antes?

Carol se volvió, quedando de espaldas a mí, y dijo algo que no entendí.

—¿Creía que me *distraería*? —Beth pareció desinflarse de repente—. Bueno, puede que tenga razón, a lo mejor...

Se interrumpió sin acabar la frase y se alejó con la espalda extrañamente

envarada. Reconocí en el movimiento espasmódico de sus hombros a una mujer orgullosa que se esforzaba por no llorar. Sus padres se apostaron junto a ella, uno a cada lado, y se la llevaron por uno de aquellos corredores misteriosos.

—Joder —le dijo Kent al abogado—. Nos ha salido el tiro por la culata. —Resopló sacando el labio inferior—. Ya lo arreglo yo.

Al otro lado del vestíbulo, casi escondida entre la espesura de las hojas, vi a la periodista rubia de aquella mañana marcando números en su teléfono. Aunque no había nadie mirando, rodeé el vestíbulo por completo y volví a esconderme detrás de una columna. La periodista apenas era visible entre dos helechos enormes.

—Hola, soy Ali. Buenas noticias. Esto prometo, no hay duda. Va a ser el típico juicio en el que él dice una cosa y ella la contraria, un caso de manual, y encima con jurado. La mitad de las integrantes del jurado ya están enamoradas de él. Mm, mmm. —Asintió mientras escuchaba—. Un poco llorosa, pero ha mantenido el tipo. Le ha mirado a los ojos, lo que no hacen todas, así que está claro que es peleona. Dice que él le entró la noche anterior, que ella le dio calabazas y que él no quiso aceptar un no por respuesta y blablablá.

Me dieron ganas de quitarle el maldito teléfono de un manotazo.

—Lo normal. Siempre suena convincente hasta que la defensa interroga a la víctima, y a esta la han hecho trizas.

Me imaginé el sufrimiento que había presenciado aquella tal Ali y, haciendo un esfuerzo físico, conseguí refrenar mi furia por el modo en que estaba reduciéndolo todo hasta convertirlo en una sopa gorda. Echó un vistazo a sus notas.

—Tiene antecedentes de depresión, y eso nunca es bueno. Sí. Casi lo único bueno que puede decirse de la pobrecilla es que, con ese tipo, no tiene pinta de ser muy promiscua. La defensa no ha podido sacarse del sombrero ni un solo ligue.

Al otro lado de la línea, su interlocutor formuló una pregunta.

—Bueno, eso lo sabremos cuando le toque declarar a él, ¿no? Pero ya sabes que he visto a violadores callejeros irse de rositas, así que... De todas formas, dile a la jefa que yo tengo trabajo aquí para toda la semana. Lo de la prometida del acusado es una perita en dulce. Si le exculpan, será una heroína que habrá apoyado a su hombre hasta el final. Y si le condenan, será una víctima más. En todo caso, nos favorece. Además, es muy guapa, guapa de revista. Asegúrate de que metan algunas buenas fotos de ella en la edición.

Yo bullía de indignación como un volcán. Para no entrar en erupción, me fui

al servicio a meter las muñecas debajo del grifo de agua fría, un truco que me había enseñado mi padre para refrenar mi mal genio. Allí los techos eran mucho más bajos. Los aseos del juzgado eran viejos y destartados. Uno de los cubículos estaba ocupado, pero el otro estaba vacío, con la puerta abierta de par en par. Empezaba a darme cuenta de que la gente prefiere no demorarse en los juzgados: se vacían tan rápidamente como se llenan. Metí la mano bajo el agua fría y esperé a que se aplacara mi ira.

La puerta del cubículo que había a mi espalda se abrió con un chirrido y de pronto me encontré mirando a Beth a los ojos.

Oí dentro de mí las voces de Kit y Carol Kent: no deberías estar aquí.

Lo más indicado era marcharse, pero Beth era un ser humano, una persona a la que acababan de «hacer trizas» en el estrado de los testigos. Una sonrisa era lo único que podía ofrecerle.

—Hola —dije en voz baja.

—Eres tú —contestó con nerviosismo, pero no sonrió.

Luego se puso seria, miró los retretes vacíos y echó un vistazo a la puerta.

—Esto va contra las normas —dijo en un tono que daba a entender que estaba poniendo en peligro su caso, más que creándole un conflicto moral.

La puerta del pasillo se abrió y las dos nos sobresaltamos, pero era solo la corriente.

—No pasa nada, sé que no podemos hablar del caso —contesté, y sentí un asomo de orgullo por portarme tan bien y por cómo reaccionaría Kit al saberlo —. Te he oído hablar con el abogado sobre esto de que no puedes venir mañana.

—¿Con quién? Ah. Ese no es el abogado, es el procurador, el correveidile del abogado.

Se quitó la chaqueta. Debajo llevaba un vestido negro sin mangas. Di un respingo de sorpresa. Sus brazos, que yo recordaba suaves y blancos, eran musculosos, y sus hombros tan anchos como los de Kit. No hacía falta tener un grado en estudios de género para darse cuenta de que aquello era una reacción provocada por la violación. Aquellos bíceps abultados eran tan condenatorios como cicatrices. La observé lavarse las manos enjabonándose las hasta por encima de las muñecas. Los músculos se retorcían como sogas bajo la piel. Me asaltó entonces una idea espantosa. «Espero que no se haya quitado la chaqueta para declarar. Es muy musculosa. No parece una víctima».

Ni siquiera había entrado en la sala del tribunal y ya estaba pensando como ellos.

—Seguramente es lo mejor. —Se aclaró las manos y las sacudió para

secárselas—. Así no tendré que verles la cara a él y a su puta familia todos los días. Han aparcado a nuestro lado en el aparcamiento. ¿Has visto el cochazo que tienen? Un Jaguar de la hostia. —Parecía hablarle a su reflejo en el espejo, en vez de a mí—. Y, además, Carol va a tenerme informada.

Se inclinó hacia delante como si se cayera y apoyó la frente y las manos en el espejo.

—No sé cómo voy a soportarlo estos próximos días, sin saber qué están diciendo de mí en el banquillo —dijo—. Va a levantarse y a mentir por todo el morro, y ellos van a creerle. Mírale. Parece que no ha roto un plato en su vida. Si le sueltan, creo que me muerdo.

Un impulso que no era del todo maternal ni del todo fraterno me brotó del corazón y embargó mi ser como una cálida oleada. Fue algo tan instintivo que no me di cuenta de que estaba tomando una decisión, y mucho menos de que me ponía en movimiento.

—Ay, Beth. —Le puse la mano en la espalda, a la altura de los riñones—. Vas a ganar tú, porque es culpable. Yo sé lo que vi.

Ella sonrió débilmente mirando su propio reflejo.

—Pero, si no ganas... —Noté que su espalda se ponía rígida bajo mi palma—. Sé que vas a ganar, pero, si no ganas y necesitas hablar con alguien que te crea, dame un toque.

Busqué en mi bolso algún papel en el que escribir y solo encontré una tarjeta del trabajo, una de esas tarjetas genéricas que te dan cuando eres una empleada temporal. Le anoté al dorso mi número de móvil.

Beth me puso las manos en los brazos y me dedicó una sonrisa llorosa. Noté por cómo le temblaban los labios que le estaba costando contener las lágrimas.

—Gracias —dijo casi sin emitir sonido. Respiró hondo y exhaló—. Bueno, me voy. Tengo que hablar con Carol y mis padres ya están en el aparcamiento. El viaje de vuelta a Nottingham es muy largo.

Después de que se marchara, apoyé un momento la frente en el espejo, sobre la marca que había dejado la suya. Lo había logrado. Me moría de ganas de saber qué había pasado en la sala, pero no había puesto a Beth en el aprieto de tener que contármelo. Kit estaría muy orgulloso de mí cuando se lo dijera.

Bajé la colina casi al trote y me solté el pelo al cruzar el puentecito del Kenwyn. No me sentía del todo ligera (a fin de cuentas, por la mañana me esperaba el banquillo de los testigos), pero sí menos agobiada. Pasara lo que pasase, Beth ya sabía que yo estaba de su parte. Y confiaba en que eso la reconfortara, al margen de cómo acabara el juicio.

Kit se estaba despertando cuando metí la llave en la cerradura. Tenía la mirada de sorpresa de quien despierta en pleno día, y los ojos y los labios hinchados. Retiré las mantas y me acosté a su lado, pegando mi ropa fría a su piel caliente.

—¿Dónde has ido?

No sé qué me impulsó a contestar:

—He salido a dar un paseo. Una vuelta por el río.

Era la primera vez que le mentía.



**KIT**

18 de marzo de 2015

Mi primer impulso es volver corriendo al camarote. Hacer lo que hace Laura, un listado de lo que tengo que decir. Por lo visto, no bastan quince años para prepararse para esta conversación. Necesito una hora más.

Debería huir. Y sin embargo me quedo paralizado como si se me hubieran pegado las botas a la cubierta, los ojos fijos en Beth. ¿Me ha visto? No es la primera vez que lo hace, mantenerse de espaldas a mí cuando sabe que la estoy observando. Y siempre concluyo que, cuando alguien te ha despojado de tanto poder, te las arreglas con lo poco que te queda.

No estoy lo bastante cerca para tocarla, pero veo las gotas de lluvia que descansan sobre su pelo como perlas minúsculas. «Muévet», me digo. Tomo aire justo cuando una ola enorme choca contra la proa del barco y aspiro una bocanada de salitre cuando el agua me da en la cara. Se me mete por la nariz y la garganta, y me pongo a toser. Beth se gira bruscamente para ver qué es ese ruido. Ella también está empapada, tiene el pelo de un lado de la cabeza pegado al cráneo. Tardo un segundo en darme cuenta de que no es ella, en absoluto. De espaldas parecía de mi edad, pero en realidad debe rondar los sesenta. Lleva el pelo teñido, ahora me doy cuenta: es tan mate como el betún. Tiene la cara flácida, y la nariz y la barbilla ganchudas. No se parece en nada a Beth, con sus labios curvos y sus cejas arqueadas.

—¡Es lo que pasa por ponerse tan cerca del borde! —dice riendo mientras escurre su cabellera empapada.

Le devuelvo una versión aguada de su sonrisa y levanto hacia ella mi botella

vacía. Haciendo un esfuerzo, me dispongo a ponerme a charlar cuando vuelve a sonar el sistema de megafonía. Esta vez la voz es distinta: femenina, nasal, más propia de unos grandes almacenes que de un barco lleno de astrónomos.

—Por favor, diríjense al salón de baile. Se va a servir un cóctel antes de que comiencen las actuaciones de esta noche.

—¡Esto no me lo pierdo! —exclama mi nueva amiga—. Aunque más vale que vaya a secarme primero.

Me despido de ella moviendo la mano, sabedor, después de llevar tantos años peinando a Laura, que las va a pasar moradas para deshacer esos nudos.

Cuando se marcha y me quedo de nuevo solo en la cubierta, miro hacia abajo y veo que tengo la navaja suiza en la mano, con la hoja más larga desplegada, casi como si alguien me la hubiera puesto allí sin yo saberlo. Empieza a temblarme en la mano. No recuerdo haberla sacado del bolsillo, y mucho menos haberla abierto.

Aprendí hace mucho tiempo que en cuanto empiezas a pensar en la logística de un acto (aunque solo estés fantaseando con cómo lo harías), ya has cruzado una línea. Esto, en cambio, es distinto. Esta vez, la acción ha precedido al pensamiento.

El corazón me late a mil por hora.

—¡Chris! —me llama Richard desde la cubierta de abajo.

Doblo la navaja con todo cuidado y vuelvo a guardármela en el bolsillo. La señora de pelo moreno no ha podido verla o no se habría mostrado tan amable. Habría salido corriendo despavorida.

—¡Ve tú, ahora te alcanzo! —respondo a voces.

No quiero perderme la charla introductoria, pero necesito calmarme, recuperar mi pulso normal antes de volver a mezclarme con la gente. Me paso la botella por la frente de un lado a otro, apretándola contra las sienes.

Llevo mi navaja suiza siempre que salgo de viaje, desde que tenía doce años, y acabo de darme cuenta de que es un arma, más que una herramienta. Lo que más me asusta es perder el control, la conciencia de mí mismo. Puede que siempre haya tenido un plan y no me haya atrevido a reconocerlo, ni siquiera en mi fuero interno. Con un gesto involuntario, he dado rienda suelta al miedo que me corroía desde que salí de Londres. Puede que lo que deba asustarme no sea Beth, sino lo que Beth puede desatar dentro de mí.

En la cubierta superior, miro mi teléfono hasta que aparece la señal wifi. Pulso los iconos uno por uno, buscando actualizaciones en los blogs y los foros. Mientras echo un vistazo a la página de Facebook, me pregunto qué estoy

haciendo. En realidad, no creo que Beth esté tan loca como para publicar algo en internet. Después del vapuleo que le dieron, es poco probable que busque publicidad, y para jugar al gato y al ratón ambas partes deben actuar con sigilo. Pero cabe la posibilidad de que aparezca accidentalmente al fondo de una fotografía. No sé qué estoy haciendo. Solo sé que me siento impelido a hacer algo.

ShadyLady ha escrito un comentario de tres palabras en Facebook, *Llegada a Tórshavn*, acompañado de una foto de la casa roja del puerto que no me sirve de nada. Seguramente no es Beth, pero ojalá publique algún *selfie* para que pueda olvidarme de ella de una vez.

El resto de los comentarios hablan del tiempo, y en ese sentido no hay novedades.

Sigo pasando páginas todo lo rápido que me permite la conexión. Por fin, en un blog tan insignificante que estuve a punto de no incluirlo en mi lista, me fijo en una fotografía.

*En las Feroe, brindando a los dioses del sol con amigos viejos y nuevos*, dice debajo de una imagen en la que aparece un grupo de seis hombres y mujeres bebiendo jarras de cerveza en un bar en penumbra. La parte de abajo de las jarras impide reconocerlos: seis círculos escarchados tapando otras tantas caras. Pero la mujer más joven, la del borde de la fotografía, tiene la piel clara y el cabello negro y rizado recogido en un moño en la coronilla.

Es imposible no dibujar el rostro de Beth en ese hueco en blanco.

En los comentarios, alguien anónimo ha escrito *¿Mañana por la noche en el mismo sitio y a la misma hora?*

La respuesta es un emoticono que representa un puño con el dedo pulgar levantado. Debajo, el bloguero ha escrito *¡Y todas las noches hasta la totalidad!*, seguido por una fila de pequeñas jarras de cerveza y soles caricaturizados.

Observo con atención el fondo de la fotografía. La pared y la chimenea tienen un revestimiento de piedra característico, y hay una acuarela enorme que representa una especie de reno. No es un interior que se vea con frecuencia.

«Podría buscar ese bar», me digo. Saber que, si quisiera, podría sentarme allí a esperarla, me produce un fuerte hormigueo, como si tocara una pila con la punta de la lengua. Cuando esa impresión se difumina, afloran las cuestiones prácticas. ¿De verdad quiero pasarme los próximos dos días rondando de bar en bar? Me estoy comportando como si la simple oportunidad, sumada a la ausencia de Laura, me obligara a enfrentarme a Beth. Agotado, cierro la foto, y los ojos.

**LAURA**

18 de marzo de 2015

El jugo de ectoplasma de Mac, de color verde chillón, sabe mejor de lo que huele. Me lo bebo con pajita, en la cocina, mientras escucho a la presentadora de la BBC de Londres recibiendo llamadas de los oyentes acerca de la gran hambruna de gafas del 2015. Ayer, en la ventana del kiosco de Green Lanes había un cartel que decía *NO VENDEMOS GAFAS PARA EL ECLIPSE. REVISTA SKY AT NIGHT, AGOTADA*. Si hiciera mejor tiempo, podría ganar algún dinero vendiendo las nuestras. Las tenemos por docenas y de todas clases: desde muestras gratuitas superendebles hasta protecciones de seguridad con cristal de policarbonato y montura de plástico grueso. Según dice la radio, los padres sobreprotectores temen que los niños de Londres vayan a quedarse ciegos, como en *El día de los trífidos*. Hay incluso un maestro que tiene a los pobres críos encerrados en el aula con las ventanas cerradas. Los oyentes echan pestes contra esta obsesión por la salud y la seguridad. No sé por qué la presentadora echa más leña al fuego. Seguro que sabe que va a estar nublado. Pero supongo que con eso no se monta un espectáculo. Rondo alrededor del iPad, que está conectado a internet, igual que Mac guarda una botella de *whisky* en casa para poner a prueba su abstinencia. A veces incluso la abre y la olfatea. La diferencia es que sin *whisky* se puede vivir, pero en Londres, en 2015, no se puede sobrevivir sin internet. Echo un vistazo al tiempo; sigue muy inestable. Todavía es posible que Kit vea su eclipse. Hay pronósticos más detallados, pero para leerlos tendría que abrir del todo internet, así que le doy la vuelta al iPad, no vaya a ser que me den tentaciones de seguir buscando. Un clic lleva a otro clic,

una imagen da paso a otra y, en cuanto empiezas a buscar algo relacionado con los eclipses, cabe la posibilidad de que *el vídeo* aparezca en pantalla.

*El vídeo* es la versión adulta de la peor pesadilla de un niño.

Cuando yo tenía más o menos siete años le cogí miedo, o fobia, mejor dicho, a una ilustración de un libro. Hay un capítulo en *Charlie y el gran ascensor de cristal*, de Roald Dahl, en el que uno de los abuelos envejece cientos de años en cuestión de segundos. El dibujo a lápiz y tinta china de su cara hundida y apergaminada me dio tanto miedo que la primera vez que lo vi me hice pis encima. No pude volver a leer el libro hasta que mi padre me compró otra edición con ilustraciones nuevas. Yo lo llamaba «el dibujo». Cuando tenía una pesadilla y mi padre acudía corriendo a mi cuarto en plena noche atraído por mis gritos, solo tenía que decirle que había soñado con «el dibujo». Incluso ahora, después de que las imágenes hayan desempeñado un papel tan importante en mi vida, sigue siendo el dibujo.

Lo mismo pasa con *el vídeo*. Lo conozco fotograma a fotograma. (He reflexionado mucho sobre la memoria a lo largo de estos años; sobre cómo ciertos hechos se graban claramente en ella sin difuminarse nunca, mientras que otros son ya borrosos en el momento de producirse. Las cartas que me mandó Jamie, por ejemplo. Aunque no las conservo, creo que podría recitarlas palabra por palabra). Podría, seguramente, dirigir una reconstrucción del vídeo, desde el malabarista tragafuegos con el que comienza la película hasta los planos panorámicos de un frondoso valle turco. Podría describir la música a la perfección, la clásica cadencia *trance* mezclada con alaridos salvajes en esa extraña atonalidad oriental que los acordes y el ritmo hacían hasta cierto punto accesible al oído occidental. Podría decirnos que, en el minuto diez y quince segundos, una chica de cabello oscuro con una fotografía en la mano (¿la que hizo Ling en nuestra fiesta de graduación? ¿O la que tomó la propia Beth, ese aviso que yo preferí ignorar?) aborda a doce personas obligándolas a apartar la mirada del cielo para posarla en la fotografía y les pregunta si han visto a esas personas, si las conocen, si pueden decirle dónde encontrarlas. Su intervención dura apenas veinte segundos y solo se la ve de fondo; luego, al producirse la totalidad del eclipse, el plano se abre para abarcar el cielo. Pero con eso es suficiente.

Todo esto lo sé. Es una secuencia perfecta que se repite en mis sueños. ¿Por qué, entonces, me da tanto miedo verla otra vez?

Creo conocer la respuesta. Mientras todo esté en mi cabeza, puedo fingir que solo existe ahí. Puedo archivarlo junto con los ataques de ansiedad y los demás

síntomas de paranoia; como un producto de mi imaginación ultrasensible e hiperactiva. Pero cuando veo *el vídeo*, es todo demasiado real. Sucedió.

¿Por qué no me di cuenta? Viéndola ahora, es evidente que lleva sus trastornos pintados en la cara. Se nota por cómo la miran los desconocidos. Gente que no la conocía de nada se apartaba de ella repelida por su vehemencia, así que ¿por qué, habiendo pasado tanto tiempo con ella, no me di cuenta hasta que ya era demasiado tarde?

**LAURA**

9 de mayo de 2000

La sala de testigos tenía un olor rancio y dulzón, un olor a té revenido y a galletas que llevaban más de un juicio en la lata. Estaba previsto que yo declarara en primer lugar; Kit, que no había presenciado el hecho, iría detrás. Aunque habíamos pasado juntos todas las noches desde el mes de agosto anterior, teníamos prohibido hablar del caso. Carol Kent nos había advertido que no habláramos en absoluto en el descanso entre mi declaración y la suya, así que nos cogimos de la mano y guardamos silencio mientras la agente que se ocupaba de los testigos, una señora mayor, muy vivaracha, llamada Zinnia, nos informaba de la importancia de las pelucas como augurios infalibles dentro del sistema judicial inglés.

—A mí solo me hace falta ver las pelucas para saber quién va a ganar —aseguraba—. Cualquiera diría que un abogado con éxito llevaría una peluca bonita, nueva y bien limpia, ¿no? —Hizo una pausa dramática y mantuvo en suspenso la frase hasta que asentimos—. ¡Pues no! —exclamó triunfante—. Los grandes abogados llevan pelucas astrosas, algunas de ellas tienen siglos de antigüedad. Es una marca de calidad. Yo no querría que me defendiera alguien con una peluca nuevecita.

A las diez y media, Zinnia me escoltó por un pasillo enmoquetado hasta la sala número uno. La moqueta mullida engullía mis pasos. La estancia se parecía más a un pequeño cine, con sus alfombras de color azul rey y sus butacas abatibles, que al típico tribunal forrado de paneles de madera que estaba acostumbrada a ver en televisión. En la mesa del secretario, un reloj digital

marcaba la hora, segundo a segundo. Pero lo que más me chocó fue la tribuna del público. Yo creía que sería una especie de galería elevada; pero no: la gente estaba allí mismo, detrás de una mesa alargada, en el rincón del fondo. No había cordones de separación, ni barreras, ni nada. Cualquier loco podía atravesar la sala en dos segundos. Jamie estaba tan cerca, detrás del cristal del banquillo de los acusados, que yo alcanzaba a distinguir las rayas de la corbata de su antiguo colegio.

Si la sala resultaba decepcionante, no podía decirse lo mismo del juez, que era la viva imagen del magistrado televisivo: un Rumpole de cara bermeja y arriscada bajo una peluca empolvada. Los miembros del jurado me miraron de arriba abajo. Eran todos blancos, a excepción de un sij. En la primera fila vi a un hombre de aire docto y severo, a una señora con aspecto de ama de casa que llevaba las gafas de leer colgadas al cuello con una cadenita de cuentas, y a un chico muy joven, vestido con la camiseta de la selección de fútbol británica, por cuyo cuello asomaban varios tatuajes.

Por inofensivos que parecieran, tenían una enorme ventaja sobre mí: habían visto testificar a Beth. Si había algún detalle revelador que hubiera contado en la sala y que yo pudiera utilizar para apuntalar mi relato de la violación de forma que nuestros testimonios conjuntos fueran irrefutables...

Me temblaban las piernas cuando me dirigí al estrado de los testigos y, aunque me ofrecieron un asiento, preferí quedarme en pie. El aire, denso e inmóvil, estaba cargado de una solemnidad que debía surtir el efecto de un suero de la verdad sobre los culpables. Sin duda Balcombe no podría seguir negando los hechos en un lugar como aquel. Miraba al juez y al jurado parpadeando como si ahuyentara las alegaciones con el batir de sus largas pestañas.

Nathaniel Polglase, el fiscal, rondaba los treinta y cinco años y su peluca de pelo de caballo parecía recién estrenada: cada uno de sus rizos era un prieto y lustroso tirabuzón. Detrás de él, el procurador vestía la misma ropa de la víspera. Yo sabía que técnicamente no eran los abogados de Beth, pero eran su única oportunidad y sentí una leve punzada de desilusión preventiva. Sentada a la izquierda del juez, Fiona Price, la abogada defensora de Jamie Balcombe, parecía dura y resbaladiza como el acero. Llevaba una peluca andrajosa pero bien puesta, y la toga le sentaba tan bien que no me la imaginaba vistiendo otra cosa. Me atreví a echar una ojeada a la tribuna del público. La familia de Jamie estaba sentada en la tercera fila. En el banco de la prensa estaban Ali, la reportera rubia, otra periodista, un chaval de unos dieciséis años con corbata de clip y un señor de mediana edad que parecía a punto de dar una cabezada.

Opté por el juramento laico (en opinión de Kit, el testimonio de cualquier persona que jurara sobre un libro sagrado quedaba invalidado automáticamente en razón de su estulticia suprema) y pronuncié la fórmula con los ojos fijos en el enorme escudo de armas que había en la pared, detrás del juez: labrados en oro mate, el león y el unicornio se disputaban la corona. ¿El tira y afloja de la guerra, o el del amor? Podía interpretarse de ambas maneras.

—Gracias por venir, señorita Langrishe —dijo Nathaniel Polglase. Tenía acento local y pronunció mi nombre como si rimara con *language*—. Me pregunto si, antes de empezar, podría darnos usted algunas referencias sobre su persona. Profesión, nivel educativo, ese tipo de cosas.

—Fui a un instituto de Croydon, en Surrey. Me saqué el título de bachillerato con tres sobresalientes —dije, y me sentí como una adolescente, como la última vez que había enumerado mis calificaciones académicas—. Y el año pasado me licencié en Sociología y Estudios de Género en el King's College de Londres. En estos momentos trabajo temporalmente como promotora de ventas en la City.

Obviamente, este currículum abreviado era lo único que interesaba a Polglase, que de inmediato procedió a hacerme una serie de preguntas con intención de extraer de mí una versión de los hechos que coincidía casi palabra por palabra con la declaración que había prestado ante la policía en agosto. Sonó anodina, extraña, ensayada, y así era, desde luego. Yo miraba continuamente a los jurados para calibrar su reacción. El joven de los tatuajes ni siquiera me miraba. No sé por qué, pero en la esterilidad de la sala del juzgado mis palabras no sonaban tan convincentes como en la caseta de la policía. Los miembros del jurado no parecían prestarme atención. «Le estoy fallando a Beth», pensé mientras me aproximaba a la parte en que recogí el monedero. «Estoy perdiendo al jurado y no puedo hacer nada al respecto». Cuando hube terminado, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano por no preguntar «¿No quiere nada más de mí?».

Esperaba que hubiera una especie de paréntesis entre el interrogatorio de la fiscalía y el de la defensa, pero la abogada de Jamie se puso en pie antes de que Polglase acabara de tomar asiento. Se ganó de inmediato el respeto del jurado. Y el mío también.

—Señorita Lang-*riish* —dijo, poniendo en evidencia el error de Polglase con su pronunciación impecable—, ¿en qué momento le dijo la demandante que había sido violada?

Al principio no entendí adónde quería ir a parar.

—No me lo dijo. No expresamente, pero...

—Ni expresamente ni de ninguna otra forma. ¿Quién fue la primera persona

que *sugirió* que había sido una violación?

Sentí que la sangre giraba en mis venas como un torbellino cuando por fin entendí lo que se proponía.

—Yo, supongo, aunque no fue una sugerencia. Me limité a enunciar lo que había visto.

—¿De modo que la señorita Taylor, la demandante, no dijo que fuera una violación ni que la hubieran forzado en ningún sentido antes de que ustedes avisaran a la policía?

—Bueno, es que en ese momento no hablaba.

—Entonces, ¿afirmó que la habían violado cuando llegó la policía?

Solo entonces, cuando su luz me dio de lleno en los ojos, comprendí que había tendido un cerco de reflectores a mi alrededor. ¿Cómo podían haberse torcido las cosas tan rápidamente?

—No, pero...

—La demandante no le dijo en ningún momento que hubiera sido violada. De hecho, llegó usted a esa conclusión por su cuenta.

Apoyé las manos en la madera del estrado.

—La verdad es que, en todo caso, fue él quien lo dijo primero. —Miré con furia el banquillo—. Dijo «No es lo que parece» cuando se estaba apartando de ella. Yo ni siquiera había abierto la boca todavía. Así que, si alguien se puso a la defensiva, fue él.

Fiona Price enganchó los pulgares bajo las solapas de su toga y miró al jurado levantando una de sus cejas finísimas.

—Entonces, ¿dijo que no era una violación, que no era lo que parecía?

—Porque sabía que lo era.

Me acaloré como si alguien estuviera girando un mando dentro de mí. Era una señal de advertencia, una aguja temblorosa en un medidor rojo.

—No ha contestado usted a mi pregunta. El acusado aseguró que era inocente, ¿no es así? «No es lo que parece». Esas fueron sus palabras según usted, ¿no es cierto?

—Pues... sí, pero...

Claro que habían sido sus palabras, iba a decir. Es lo que dice siempre la gente cuando les pillas con las manos en la masa. Lo que hacen los niños pequeños: negar que han asaltado la caja de galletas hasta cuando tienen la mano pegajosa y migas en los labios. Pero cuando por fin conseguí formular esta idea Price ya había pasado a su siguiente pregunta.

—De hecho, el acusado, el señor Balcombe, estaba diciendo la verdad,

aseverando su genuina inocencia al ver que, evidentemente, usted había malinterpretado la situación. Quería zanjar el malentendido antes de que pudiera tener consecuencias graves, ¿no es así?

—No. —Noté que tenía las axilas sudorosas y me alegré de llevar un vestido oscuro.

—Usted ya había llegado a una conclusión, ¿verdad?

—No se trata de eso. Es algo que uno reconoce cuando lo ve.

—Lo que interrumpió usted era un acto de sexo consentido, ¿no es cierto? Sexo vigoroso e intenso, sí, pero que se dio entre dos adultos que consintieron en ello y a los que usted vino a interrumpir.

—Yo sé lo que vi.

—Vio usted los instantes finales de una cópula, señorita Langrishe. ¿Estaba presente en el momento en que se produjo la penetración? ¿En el momento en que presuntamente se negó el consentimiento?

Notaba el nacimiento del pelo empapado. Levanté la mano para enjugarme la frente pero me lo pensé mejor y me pregunté si los miembros del jurado verían la gotita que, como resultado de ello, me bajaba por un lado de la cara. Fiona Price la veía, desde luego. Siguió su deslizamiento con una sonrisa sardónica.

—Ya sabe que no.

—Entonces, ¿admite que las únicas dos personas que pueden saber si hubo o no consentimiento son los participantes? ¿Que usted no puede saberlo?

Tal vez yo no tuviera formación ni experiencia jurídica, pero tenía la razón de mi parte.

—No, no lo admito. Usted no vio sus caras. Él estaba furioso. Y ella tenía barro alrededor de la boca porque había estado llorando y babeando, y tenía mocos por toda la cara.

—He de recordar, entonces, para futuros casos, que una nariz sucia es un indicio de violación.

Empecé a notar el escozor de las lágrimas, no solo porque me sintiera humillada personalmente, sino también por Beth. Si me estaban haciendo aquello a mí, ¿qué no le habrían hecho pasar a ella?

—¿De veras, señorita Price? —El toque de advertencia del juez dio casi en el blanco. La señora del jurado con aspecto de ama de casa sonrió, satisfecha.

—Señoría. —Fiona Price bajó la cabeza, compungida y la mantuvo así tres segundos. Cuando volvió a levantarla, sus ojos eran como rayos láser.

—Señorita Langrishe, ¿dio muestras la demandante de haberla visto en el primer instante, cuando los interrumpió usted?

Me acordé de la mirada perdida de Beth. ¿Cuánto tiempo había tardado en fijarse en mí? Era imposible saberlo. El tiempo parecía haberse dilatado mientras yo asimilaba la situación, como dicen que ocurre durante un accidente de tráfico.

—Tardó unos segundos.

Noté por la expresión de Price que había dado la respuesta equivocada.

—Estaba embelesada, ¿no es así? —preguntó la letrada con voz ronca.

El término «embelesada» no describía ni remotamente lo que yo había presenciado. Beth estaba bloqueada, encerrada en sí misma. Trataba de no estar allí. ¿Y cómo se atrevía Price a presentarlo como un ramalazo de placer? ¿Cómo podían permitirselo?

—Estaba, en todo caso, petrificada por el miedo. ¡Él le estaba haciendo daño! —exclamé con voz chillona.

—Señorita Langrishe —me interrumpió Price, pero yo seguí hablando sin querer.

Era casi como si viera salir las palabras de mi boca a borbotones; como si un guion se desplegara ante mí y tuviera que leerlo a pesar de que ignoraba lo que venía a continuación.

—Le tiraba del pelo y ella decía «No, por favor, no».

Nathaniel Polglase levantó la cabeza tan bruscamente que se le torció la peluca. El rollo de papel que se desplegaba ante mi imaginación se atascó de repente y se cerró sobre sí mismo, y mis palabras quedaron suspendidas en el aire a la vista de todos. Fiona Price pareció deslizarse hacia mí.

—Discúlpeme, no he oído bien su última frase. ¿Podría repetírmela, por favor?

Tuve la sensación de que algo inmenso se extinguía detrás de mí.

—Ella decía «No, por favor».

Lo dije con toda la rotundidad de que fui capaz, pero mi cuerpo me delataba. Tenía la cara empapada de sudor. No sé qué aspecto presentaba vista desde fuera, pero tenía la sensación de que alguien estaba escurriendo una esponja mojada y caliente sobre mi cabeza.

—Permítame un momento, señoría —dijo Fiona Price—. Quiero consultar la declaración original que la testigo hizo ante la policía.

Se puso sus gafas de leer y fingió que centraba toda su atención en el documento que tenía ante los ojos, como si lo leyera por primera vez, pero yo estaba segura de que lo había memorizado palabra por palabra y de que aquel paréntesis era en realidad un golpe de efecto.

—¿Recuerda usted si, al ser interrogada por mi colega del ministerio fiscal,

mencionó usted que la demandante había empleado la palabra «no»?

—No, no lo he mencionado.

«Me está humillando», pensé, pero al ver que alargaba el brazo para pasarme la declaración me di cuenta de que estaba en un error. Era demasiado lista para eso: iba a dejar que me humillara yo solita.

—¿Podría leer su declaración y decirle al jurado si menciona en algún momento que la demandante pronunciara la palabra «no»?

Deslicé ciegamente los ojos por la página, consciente de que no encontraría allí esas palabras.

—¿Es esa su declaración?

—Sí. —Sentí una especie de alivio al darle por fin la razón.

—¿Cuándo se tomó esa declaración?

—Justo después. En la caseta de la policía.

«Después de que la violara», quise decir, pero sabía que ello solo pondría en evidencia mi falta de objetividad, y ya había metido suficientemente la pata.

—En los momentos inmediatamente posteriores a la presunta violación —repuso Price—. Por favor, lea en voz alta la primera frase del tercer párrafo. Página ciento diez, señorita, tercer párrafo empezando desde arriba.

Mi voz sonó como la de una niña retrasada leyendo en voz alta en clase.

—«No dijo nada, era más bien como un gemido».

—¿«No dijo nada, era más bien como un gemido»? ¿Eso fue lo que le dijo a la policía justo después de los hechos?

—Sí. —El nudo que tenía en la garganta debía de verse desde la tribuna del público.

—Entre un gemido y una palabra articulada hay un abismo, ¿no le parece? —preguntó Fiona Price.

—Sí —contesté con un hilo de voz. Tenía los ojos anegados. Si no conseguía mantener la entereza, se me saltarían las lágrimas en cuanto pestañease.

—Interpretó usted mal un gemido de placer, ¿no es eso?

—No.

—Pero, si la demandante hubiera dicho algo, usted se lo habría contado a la policía, porque las palabras no son tan fáciles de malinterpretar, ni de olvidar, ¿verdad?

Sacudí la cabeza con menos firmeza de la que me hubiera gustado, por si acaso se me escapaba una lágrima.

—Y sin embargo acaba usted de declarar ante este tribunal que oyó claramente a la demandante decir «No, por favor». ¿Conviene usted en que solo

una de esas declaraciones puede ser cierta, señorita Langrishe?

Mis posibilidades de enmendar mi error eran casi nulas (como confiar en que todo mi cuerpo pudiera pender de un solo hilo), pero no tenía más remedio que intentarlo.

—Quiero decir que la oí gemir «No, por favor» —afirmé con una especie de gemido.

Las cejas de Fiona Price prácticamente desaparecieron bajo la peluca.

—Una chica lista como usted tenía que ser consciente de lo importantes que serían esas palabras en un caso como este, ¿y aun así las omitió en el momento de hacer su declaración ante la policía, transcurridas apenas unas horas de la presunta agresión?

Solo alcancé a encogerme de hombros. Con la vista fija en mis pies, comprendí por qué a veces se decía que uno deseaba que se lo tragara la tierra. «Vamos», pensé mirando la mullida moqueta azul. «Ábrete. Muéstrame el abismo. Sácame de este atolladero».

—¿Y tampoco se ha acordado de ello hace tan solo unos minutos, en ese mismo estrado? ¿Se le ha venido de pronto a la cabeza, cuando yo la estaba interrogando?

—Lo dijo, dijo «No, por favor».

«Muy bien podría haberlo dicho», pensé. Podría haberlo dicho. Ojalá lo hubiera dicho.

Price dejó que mis palabras permanecieran suspendidas en el aire unos segundos. Luego cambió de enfoque.

—¿Cómo describiría usted el ambiente que condujo a la presunta agresión?

Me serené un poco, aliviada por poder cambiar de tema, a pesar de que sabía que era un paréntesis temporal. Tragué saliva, deshaciendo el nudo que tenía en la garganta.

—¿Lo calificaría de disoluto? —preguntó Price—. ¿De hedonista?

—No. Era un ambiente muy muy tranquilo para un festival —contesté—. Pero también alegre. Pacífico.

«Esta vez no vas a pillarme», pensé.

—¿Todo valía? Acababan de ver un eclipse de sol, había música y las sensibilidades estaban exacerbadas, ¿no es así?

—Eso no justifica lo que hizo ese hombre.

Reprimí una sonrisa triunfal. Por lo menos me había anotado un tanto. O eso pensaba yo, hasta que Price prosiguió con su interrogatorio y me di cuenta de que se estaba refiriendo a mi estado mental, no al de Jamie.

—De hecho, según tengo entendido, el eclipse no llegó a verse del todo porque estaba nublado. ¿Usted lo vio?

—Sí. —Entonces no me di cuenta, pero estaba allanando el terreno para que me humillara de nuevo públicamente.

—Aquel día había escasa visibilidad. ¿Reinaba un ambiente de desilusión, después de la expectación que había levantado el eclipse?

—Sí. —Sin darme cuenta, puse otra piedra del camino.

Fiona Price se acarició la barbilla.

—¿Es usted propensa a fantasear, Laura?

—¿Qué?

—A dejarse llevar por su imaginación. ¿Le cuesta diferenciar entre la realidad y las cosas que imagina?

Me clavé las uñas en la palma de la mano, furiosa conmigo misma.

—No —respondí—. Solo le estoy diciendo lo que oí.

—Lo que oyó parece variar de un momento a otro. —Sonrió casi con pena, como si lamentara profundamente mi volubilidad—. Lo que vio fue a dos adultos haciendo el amor, ¿no es así?

Negué con la cabeza impetuosamente.

—Si hubiera visto lo que vi yo, le avergonzaría emplear esa expresión en este contexto. No estaban «haciendo el amor». Era una violación. Lo vi en sus caras.

Price me miró con expresión compasiva.

—¿Sabe usted lo que es una fabulación, señorita Langrishe?

La gota de sudor que se había ido deslizando por mi cara cayó sobre la repisa, delante de mí.

—Por supuesto que lo sé.

—Disculpe. Es usted una joven con un alto nivel educativo. Licenciada con excelentes calificaciones en Sociología y Estudios de Género, no lo olvidemos.

—Ladeó el cuerpo hacia el jurado—. Miembros del jurado, para aquellos que no estén familiarizados con ese término, y como recordatorio para aquellos que sí lo estén, una fabulación no es más que una palabra algo larga para referirse a una conclusión inventada. Es decir, cuando alguien se convence de algo por el simple hecho de que encaja con una teoría suya preconcebida. ¿Es usted feminista?

Contraataqué con el argumento más difícil de refutar.

—Creo en la igualdad entre hombres y mujeres.

—Mientras estudiaba, ¿leyó usted acerca de esas teorías según las cuales todos los hombres son violadores en potencia?

—Con todos mis respetos, eso es un poco tópico.

La hostilidad del jurado pareció chisporrotear en el aire. «No te pases de lista, Laura», me dije. Price, por su parte, no se inmutó.

—Pero ¿conoce esas teorías?

—Naturalmente —contesté, intentando insuflar cierta amabilidad a mi voz.

—Y dedujo usted que eso era lo que había pasado, ¿verdad?

—No. Vi a ese hombre violar a la demandante.

La imagen de lo que había visto había quedado grabada a fuego en mi memoria. Volvieron a acometerme las ganas de llorar, cada vez más fuertes, cuando Price se volvió hacia mí.

—Se convenció usted de que lo que estaba viendo era una violación, ¿no es cierto? Fue el producto de una imaginación hiperactiva, tan desbordada que ni siquiera es usted capaz de contar dos veces la misma historia.

—Vi sus caras —repetí, pero tuve que elegir entre hablar y llorar, y la voz me salió estrangulada.

De todas formas, el timbre diáfano y estridente de Fiona Price anunciando que no tenía más preguntas para la testigo habría ahogado mis palabras.

—Yo tampoco tengo más preguntas, señorita —dijo Polglase a regañadientes.

No fui capaz de mirarle. Había pasado de ser su testigo estrella a convertirme en una saboteadora en cuestión de... Miré el reloj y me quedé anonadada al descubrir que solo llevaba veinticinco minutos en el estrado.

Mientras me retiraba, oí decir al juez que se levantaba la sesión para comer, pero sus palabras me sonaron distorsionadas, como si estuviera hablando bajo el agua, entre un burbujeo. Seguramente tendría que haber esperado a Carol Kent en el pasillo, pero hui del juzgado antes de que el vestíbulo volviera a llenarse de gente. Casi temía que los agentes uniformados de la entrada me detuvieran por perjurio. Al salir a la calle, respiré hondo varias veces, llenándome de aire los pulmones, mientras la línea del horizonte de Truro se enfocaba y volvía a desenfocarse. Tenía ganas de lanzarme colina abajo, hasta el río. Fiona Price me había leído el pensamiento. Había intuido lo que me proponía mucho antes que yo. Lo había estropeado todo. Aquello era un desastre. Lo único bueno era que Kit no me había visto mentir ante el tribunal. Yo no era como él creía. Ni siquiera era como creía yo.

**LAURA**

9 de mayo de 2000

Ahora que ya había testificado, podía acceder a la tribuna del público. Pero durante aquella solitaria hora del almuerzo, mientras me paseaba por la plaza bajo una ligera llovizna, me planteé seriamente no volver al juzgado. Pero ¿cómo justificar mi ausencia ante Kit? Se daría cuenta enseguida de que algo iba mal. De modo que, a las dos en punto, entré en la sala número uno detrás de los Balcombe. Desde el estrado había tenido la clara impresión de que el séquito de Jamie ocupaba por completo la tribuna, pero aun así se las arreglaron para dejar vacíos los asientos contiguos al mío y el de enfrente. Su madre, que ese día lucía esmeraldas, parecía estremecerse cada vez que me movía, pero con ello solo consiguió que me sentara más derecha y que aumentara mi determinación. Dar la cara de ese modo podía hacerme ganar credibilidad ante el jurado. Era el farol ideal: ¿quién se atrevería a mentir ante un tribunal para acto seguido volver a someterse a su escrutinio?

Kit, naturalmente, eligió el juramento laico. Ocultaba su nerviosismo bajo una desenvoltura que, a ojos de un extraño, podía parecer aplomo, o incluso insolencia. Le presentaron, como a mí, sirviéndose de su expediente académico, y un par de miembros del jurado (entre ellos la señora con aspecto de ama de casa y el sij) asintieron complacidos al oír que tenía una doble licenciatura por Oxford. Después pasó a relatar, al igual que yo, lo ocurrido aquella mañana de agosto. Nathaniel Polglase no le hizo más preguntas. Fiona Price, en cambio, parecía ansiosa por interrogarle.

—¿Podría referir de nuevo, punto por punto, lo que ocurrió segundos antes de

que el señor Balcombe abandonara el lugar de los hechos?

Kit asintió con un gesto.

—Laura se había puesto delante de la chica para protegerla y se encaró con el acusado. Me refiero a Laura. Él intentaba bromear, quitarle hierro al asunto delante de mí, pero no resultaba muy convincente. Su risa parecía forzada. Solo se puso serio cuando Laura dijo que teníamos que avisar a la policía.

—¿Le dio usted ocasión de justificar su marcha del lugar de los hechos?

Price se dirigía a Kit en un tono distinto, exento de esa inflexión machacona, hostil, que había empleado al interrogarme a mí.

—No, pero él tampoco intentó explicarse.

—Leyendo su primera declaración no me queda claro a qué ritmo andaba el acusado. ¿Caminaba como si intentara escapar?

Kit reflexionó un momento.

—No corría, pero desde luego apretó el paso cuando vio que yo iba tras él, y luego desapareció entre el gentío. Intenté seguirle un rato. Después llegó todavía más gente y me di cuenta de que era absurdo seguir intentándolo.

Pareció apesadumbrado de nuevo al recordarlo.

La letrada cruzó los brazos bajo su toga.

—¿Qué pensaba hacer si le alcanzaba?

—¿Sinceramente? No lo sé. Fue todo muy inesperado. Supongo que pensaba efectuar un arresto ciudadano, aunque la verdad es que no tenía ni idea de cómo hacerlo.

—Bien, entonces... ¿No presenció usted el coito?

—No —su voz sonaba desapasionada, ajena, imbuida de autoridad.

—¿Apenas vio a la víctima?

—Así es.

Parecía tan sereno como si estuviera respondiendo a una encuesta. Yo había criticado otras veces su capacidad para disociar los hechos de las emociones. Ahora, en cambio, le envidiaba. «¿Por qué no puedo hacer yo lo mismo?», me pregunté en aquel momento. Después me di cuenta de que entre nosotros había una diferencia crucial: él estaba diciendo la verdad.

—¿Y no se molestó en preguntar al acusado por qué huía?

—No.

—De modo que, en resumidas cuentas, su testimonio es un apéndice del de su novia, ¿no es así? ¿Actuó usted basándose en lo que ella *decidió* que había hecho el acusado?

—Confío en el criterio de Laura —contestó Kit con firmeza, y a mí me

reconcomió la culpa por dentro como un gusano.

—¿Podría afirmar bajo juramento —insistió Fiona Price— que el acto sexual no fue consentido?

—Desde luego que no —repuso Kit—. No puede uno jurar que ha ocurrido algo que no ha presenciado con sus propios ojos.

Su sonrisa desarmó a Price, que arrugó la frente, preocupada, el primer gesto espontáneo que había visto en su semblante en todo el día.

Kit, sirviéndose de la verdad desnuda como contrapeso, había aprovechado la pregunta para socavar la posición de la abogada. Una oleada de exasperación recorrió las filas de los Balcombe, que, sentados a mi lado, cruzaron los brazos y sacudieron la cabeza con un tintineo de piedras preciosas y relojes caros. «Se le va a caer el pelo por esto», me dije.

Me quité el vestido en cuanto volvimos al hotel. Sentado en la cama con las piernas cruzadas, todavía con el traje puesto, Kit había desplegado un mapa turístico de Cornualles y miraba distraídamente la línea sinuosa de la costa.

—Me parece que no me he dado cuenta de que era un puto campo de minas hasta que he estado ahí arriba, en el estrado de los testigos —comentó.

No supe si se refería a los límites del consentimiento sexual, al sistema de justicia penal o a meterse en una discusión conmigo acerca de cualquiera de ambas cosas.

—Como cuando me han preguntado por cómo huyó... Ya sabes, ¿es culpable o inocente? Me alegro de que no tengamos que volver.

Me quedé parada con el vestido en las manos. Todavía nos quedaban tres días en Cornualles. Yo daba por sentado que seguiríamos asistiendo a las sesiones.

—Mañana podríamos ir a ver Goonhilly Downs —añadió—. Ese sitio del que te hablé en verano, ¿te acuerdas?, el de los menhires y las antenas parabólicas.

Me mantuve de espaldas a él mientras colgaba el vestido en el armario y lo alisaba en la percha.

—Vale, ya veo que no es lo bastante pintoresco para ti. ¿Y si comemos en St. Ives?

Seguí sin decir nada. Kit se tumbó en la cama y los muelles del colchón suspiraron al mismo tiempo que él.

—Quieres quedarte aquí y ver el resto del juicio.

Me volví para mirarle.

—Solo el tiempo justo para verle declarar. A Beth no pude verla, pero quiero

ver a Jamie pasar por eso. Quiero ver cómo lo niega y quiero estar ahí cuando se derrumbe.

Kit no parecía convencido. Intenté apelar a su carácter metódico.

—Mañana declaran la policía y el médico. A lo mejor te animas un poco si ves las pruebas forenses.

—Pero si tú misma dijiste que seguramente no serían decisivas.

Kit se aflojó los gemelos, unos ganchitos de plata que llevaban (reparé entonces en ello) las iniciales de su padre. No me imaginaba a Lachlan McCall trajeado. Kit se los pasó de una mano a otra como si fueran dados.

—¿Los indicios de resistencia física bastarían para demostrar que él sabía lo que estaba haciendo o ella tendría que haber dicho que no expresamente?

La siguiente pregunta era inevitable: ¿de verdad la oíste decir que no, Laura? Tuve que interrumpirle. No podía mentirle a la cara.

—¡Ya hemos hablado de ese tema! —respondí—. ¡El sexo no consentido es una violación, Kit! ¡Y se acabó!

Retrocedió, sorprendido.

—Sí, ya lo sé, pero...

—¿Tú la crees o no? —pregunté en el mismo tono de antes.

He repasado esta conversación una y otra vez, y creo que lo que de verdad quería preguntarle es si me creía a mí o no. Pero Kit no lo sabía, e hizo lo que hacía siempre cuando se sentía acorralado: refugiarse en la pedantería.

—Tú misma dijiste que después no abrió la boca. Fue cuando llegó la policía cuando empezó a hablar, ¿no? Así que, técnicamente, no puedo creer o dejar de creer a alguien que no se ha manifestado ni en un sentido ni en otro sobre el tema.

Tenía razón, desde luego, de ahí que mi siguiente estallido debiera de parecer aún más desconcertante.

—No sabía que fueras tan pedante, tan cínico y tan cabrón.

Era una proyección, por supuesto: estaba atacándole para aplacar mi mala conciencia y el desconcierto que me producía mi propia conducta. Pero en aquel momento no lo entendí. Torció el gesto, desconcertado por la virulencia de mi reproche, pero se mantuvo firme.

—No soy cínico —contestó dominándose—. Soy... un científico. No puedes dejarte llevar por tus emociones delante de un tribunal. Solo intento ver las cosas desde su perspectiva. He pensado que hablar de la mecánica del juicio podía ser de ayuda, así es como tú procesas las cosas. Pero no todos los debates tienen que ser un ataque personal contra tus valores. ¿Sabes cuál es tu problema? Que tienes

demasiada empatía. —Se había puesto a gritar—. No puedes ir por la vida haciendo tuyos los malos rollos de la gente. No tienes filtro.

Empecé a llorar mientras hablaba y repliqué escupiendo las palabras:

—¡Yo por lo menos tengo sentimientos que filtrar! ¡Por lo menos no soy un puto robot!

Kit pareció luchar por contener las lágrimas. Cerró el puño en el que sostenía los gemelos de su padre.

—Eso es injusto y lo sabes.

Oscilamos al borde de nuestra primera gran bronca hasta que Kit, ciñéndose a la costumbre de mantener siempre la paz, dio su brazo a torcer.

—De acuerdo —dijo—. Lo siento, no debería burlarme. Me doy cuenta de lo importante que es para ti. Lo que pasa es que vemos las cosas de manera distinta, eso es todo. —Me besó en la frente—. Podemos quedarnos a ver el resto del juicio si es lo que quieres. Pero solo dos días. No quiero perder más clases.

—Gracias —contesté, un poco irritada porque hubiera cedido tan fácilmente, a pesar de que era lo que quería—. Es que siento que se lo debo a Beth, ir a ver cómo acaba esto.

Si Kit había perdido mi respeto en parte, el que él sentía por mí tampoco había salido ileso.

Dobló el mapa con facilidad, sin hacerse un lío con los pliegues como les pasa a otras personas.

—Creo que ya has hecho más que suficiente por Beth —dijo mientras lo guardaba en la maleta.

Me puse tensa, pero no advertí doblez alguna en su tono, ninguna mirada significativa. Era mi propia paranoia la que estaba cargando sus palabras con un sentido que no tenían.

—Pero, en fin, vamos a dejarlo —dijo—. De todos modos, ella no va a enterarse. Carol Kent me ha dicho que ya se ha marchado de Cornualles. No volveremos a verla.



**KIT**

18 de marzo de 2015

El barco está diseñado para personas mayores. Hay barandillas en todas las paredes y la mitad de las sillas del bar son de esas de respaldo y lados altos, como las que se ven en las residencias de ancianos. He encontrado una desde la que se divisa toda la sala y que al mismo tiempo me oculta parcialmente, de modo que puedo observar sin ser visto. Calculo que como mínimo la mitad de los pasajeros son jubilados, y no hay ni un solo niño en todo el pasaje (no reparé en ello cuando hice la reserva). Estoy tan acostumbrado a que los espacios públicos estén infestados de niños que la parsimonia y el sosegado bullicio que reinan aquí me crispan los nervios. O puede simplemente que en estos momentos tenga tendencia a crisparme.

Una cerveza bien fría me calma un poco después del susto que me he llevado, aunque la mujer a la que he confundido con Beth parece estar en todas partes: cada vez que se acerca a la barra, ocupa mi campo de visión. Y lo que es peor: no para de sonreírme, y aunque mi razón me dice que no es Beth, cada vez que me sonrío, durante una fracción de segundo, un instinto primitivo me impulsa a cerrar los puños dispuesto a defenderme.

—¿Qué tal lleva Louise el embarazo?

Es la primera vez que Richard lo menciona.

—Laura —contesto—. Lo lleva bien. Sale de cuentas dentro de dos meses.

No me resisto a enseñarle en el teléfono la ecografía de nuestros gemelos en la semana veinte: dos cráneos redondos como la luna llena, las vértebras como patas de un ciempiés. Todavía no me creo que ese batiburrillo en blanco y negro

sean mis hijos.

—Quebraderos de cabeza por partida doble —comenta Richard tras echarle un breve vistazo—. Aunque es verdad que os lo habéis pensado mucho. Yo dejé embarazada a Nadia en la luna de miel.

La torpeza de su comentario me pone de mal humor. Ningún hombre que haya tenido que masturbarse en un vaso en una clínica y que haya visto cómo inyectaban y medicaban a su mujer, cómo la raspaban y la invadían, diría una cosa así. Ningún hombre al que su mujer haya rechazado porque no era el día idóneo, o que, el día indicado, la haya visto hacer una mueca de dolor mientras practicaban el sexo, diría algo semejante.

—Donde pongo el ojo, pongo la bala —continúa alegremente—. Nos dimos casi demasiada prisa si te digo la verdad, pero con el segundo fue igual. El primer mes que lo intentamos, di en el blanco.

Ya entiendo. Richard cree que fue él, que puede reclamar el mérito de lo que en realidad no es más que un azar de la biología. Es un poco tarde ya teniendo en cuenta que vamos a pasar cuatro días juntos, encerrados en una célula de metal flotante, pero de pronto caigo en la cuenta de que Richard no me cae muy bien.

—¿Sabes qué te digo? —dice en un tono de pretendida complicidad masculina—. Que aproveches ahora, mientras está preñada, porque luego te vas a pasar meses sin mojar. Puede que hacerlo con una mujer embarazada de siete meses te parezca complicado, pero eso no es nada comparado con tener un bebé metido en la cama, entre tú y ella.

—Dos bebés —puntualizo automáticamente.

—Mejor me lo pones —replica Richard—. Tu vida sexual se ha acabado. Espera a que tengan dieciocho años y luego pásate al intercambio de parejas.

Me río estentóreamente para disimular mi tristeza. La verdad es que creo que ya he perdido a Laura en ese sentido. Evidentemente, estos últimos años no han sido como al principio: no somos inmunes a la ley del rendimiento decreciente. Pero hasta el momento en que empezamos a intentar tener hijos, seguíamos deseándonos el uno al otro por puro placer. Siempre éramos capaces de invocar y de poner en juego el fantasma de nuestro yo más joven, un deleite realzado por la sorpresa, cada vez mayor, de que, a pesar de los años y el tiempo transcurridos, nuestros cuerpos siguieran amoldándose como si estuvieran hechos para ese único propósito.

Cuando intentas tener un hijo, los primeros meses son románticos. Es más, son excitantes: sexo en la fecha señalada y, si eso no funciona, a una hora precisa. Pero el sexo programado se convierte pronto en sexo impuesto y, en

cuanto intervino la medicina, algo se extinguió entre nosotros. Solo resurgió fugazmente: hubo una ráfaga de verdadero deseo creo que más o menos a comienzos del segundo trimestre, pero la mecánica era tan complicada («me duele, no me toques ahí, a lo mejor si me pongo un cojín debajo de las caderas, así no, por Dios, Kit, los estás espachurrando») que en realidad apenas contó.

A Richard no puedo explicarle nada de esto. No puedo contárselo a nadie.

Limpio con el pulgar las gotas de condensación de mi vaso.

—A partir de ahora todo se irá a pique —añade dejando el suyo sobre un posavasos con puntilla del Princess Celeste—. No hay nada más estresante que tener hijos.

Al oír esto, mi enfado se convierte en sorna porque, después de todo lo que hemos pasado Laura y yo, ¿qué mal pueden hacernos dos bebés tan deseados, tan buscados, que nos han costado tan caros y a los que ya queremos tanto?

—Seguro que se os hace muy raro tener críos después de haber pasado tanto tiempo solos —prosigue Richard—. Porque vosotros lleváis juntos desde que erais unos chavales, ¿no?

—Desde los veintiuno —contesto.

Richard esboza una sonrisilla que he visto multitud de veces en otras caras. Hay mucha gente que casi se compadece de mí por haber sentado la cabeza tan pronto, no solo porque no haya tenido ocasión de divertirme y ligar, sino porque se preguntan qué tenía yo que ofrecer a esa edad tan temprana. Eso es justamente lo que no entienden: que podía ofrecerle a Laura el resto de mi vida. Cuando veo a parejas que se han conocido pasados los treinta, me pregunto hasta qué punto puede ser profunda una relación como esa. Hay tanta vida no compartida que puede socavar el matrimonio, tanta historia en contra... El acontecimiento decisivo de mi vida es también el de la vida de Laura. No me explico cómo las parejas que no han pasado por algo así pueden permanecer unidas. Y si yo he perdido a la chica despreocupada a la que conocí antaño, ella también ha perdido al chico con un porvenir brillante y, pese a todo, ha hecho de él su presente. Sé que no soy lo que Laura esperaba de mí. Después del choque del meteorito Lizard I, me salí de mi órbita y nunca llegué a convertirme en lo que prometía ser.

Una máquina tragaperras empieza a escupir monedas cerca y su tintineo metálico, fuerte como el pedrisco, me devuelve a la sala. El bar se está vaciando y el salón de baile comienza a llenarse.

—Más vale que vayamos a por nuestras acreditaciones —digo—. La charla empieza dentro de un minuto.

Apuramos nuestros vasos y los dejamos en la barra.

La navaja me pesa en el bolsillo, lo que me recuerda lo cerca que he estado de cometer un error estúpido y potencialmente mortífero. El recuerdo de su brillo acerado plantea otro dilema en toda su crudeza: no tiene sentido quitar de en medio a Beth si Laura ignora que está a salvo. Si tuviera que servirme de la navaja (o de las manos, llegado el caso: sé lo que soy capaz de hacer para proteger a mi esposa), ¿se lo diría a Laura? ¿Podría decírselo? ¿Querría ella seguir viviendo conmigo? ¿No dejaría de quererme, aun sabiendo que solo lo he hecho por ella?

**LAURA**

10 de mayo de 2000

Después del calvario que supuso pasar por el estrado, el miércoles fue como una balsa de aceite. Ese día les tocaba declarar a los peritos. Nosotros ya habíamos cumplido con nuestro papel y nada de lo que pudiéramos hacer de allí en adelante afectaría al resultado del juicio. La idea de que tal vez ya lo hubiera saboteado era una banda de hierro que me ceñía el cráneo pero, ateniéndome a una moralidad muy elemental, no me sentía culpable. Mi mentira era un desvío hacia la verdad: era, por tanto, la verdad misma. Pensé en la actitud mecánica que había adoptado Kit en el estrado, en su adhesión acérrima a los hechos, y me di cuenta de que él nunca lo vería así.

Nos sentamos juntos en la tribuna del público por primera vez, cogidos de la mano y aislados entre los partidarios de Jamie que nos rodeaban por todas partes. La jornada empezó sin preámbulos ni recapitulaciones, como una función teatral tras el intermedio. Polglase se puso en pie y dijo:

—Llamo a declarar a la agente de la policía encargada del caso, la sargento detective Carol Kent, de la Policía de Devon y Cornualles.

Me sorprendió que Kent jurara sobre la Biblia, y no hizo falta que mirara a Kit para saber que había puesto cara de fastidio. Me pregunté por vez primera qué deducían los jurados del tipo de juramento que escogían los testigos. Si trabajara en un juzgado, si aquella fuera mi rutina cotidiana y no un suplicio espantoso que solo se daba una vez en la vida, jugaría a adivinar quién iba a optar por un juramento religioso y quién no.

El testimonio de Kent sirvió para rellenar varias lagunas: descubrimos que,

cuando el coche patrulla vino a recogerla, Beth se había recobrado lo suficiente para dar su nombre y su dirección, aunque aún tardaría horas en hacer un relato completo de lo ocurrido. Me enteré de que había conocido a Jamie la noche anterior, alrededor de una hoguera, y de que le había dado calabazas. Y supimos cómo había sido detenido Jamie. Su arresto no había sido resultado de una persecución policial, como imaginábamos. Al contrario: había sido el propio Jamie quien se había acercado a un policía de uniforme y le había explicado con toda calma que le habían acusado falsamente de una agresión sexual. «Eso no favorece a Beth», pensé yo. Pero todo eso no eran más que minucias comparado con la verdadera preocupación de la fiscalía: las pruebas materiales.

Eran en su mayor parte datos tediosos que parecían irrelevantes. Polglase pasó media hora interrogando a Kent acerca de Pip, el precioso perro policía que yo había visto. Mientras esto sucedía, caí en la cuenta de que aburrirse era mucho más cansado que estar atento e, incapaz de ver qué sentido tenía aquel interrogatorio, me pregunté si no sería una estratagema para cansar al jurado. Kit miraba continuamente el reloj digital que había sobre la mesa del secretario, cuyos dígitos cuadrados y rojos marcaban vertiginosamente el paso de los segundos, contradiciendo la penosa lentitud con que avanzaba el día.

Hubo una breve incursión en el terreno de las pruebas forenses cuando la sargento detective Kent se puso unos pantalones tailandeses. Polglase mantuvo su cara seria a pesar de que se oyeron risitas entre el jurado.

—Sargento detective Kent, si esos pantalones fueran suyos y quisiera usted mantener relaciones sexuales consentidas, consentidas y entusiastas, aunque fuera parcialmente vestida, ¿cómo cree que tendría que manipularlos para que se diera la penetración?

—Tendría que desatarlos —contestó Kent—. No hay forma, es físicamente imposible. No te los puedes subir por encima de las caderas. De otro modo, si alguien quisiera acceder a la zona genital de una mujer, tendría que usar la fuerza.

Me acordé como en un fogonazo de la pierna blanca de Beth manchada de barro. Creí que había conseguido reprimir el estremecimiento que sentí, pero Kit me apretó con fuerza la mano como si quisiera sostenerme.

Polglase enganchó los pulgares en las solapas de su toga. (Debe ser algo que se enseña en las facultades de Derecho).

—Gracias, sargento detective Kent. Creo que podemos mostrar al jurado los pantalones que llevaba puestos la demandante el día de la violación.

Un ujier sacó una bolsa de plástico para pruebas. Un miembro del jurado

exclamó «¡Uy!» y el juez le hizo callar frunciendo el ceño.

—Están muy embarrados, como era de esperar —comentó Kent—. Hay una zona deshilachada en el lado derecho, donde el lazo está unido a la prenda. Pudo ser resultado de un tirón fuerte.

«Está de parte de Beth», pensé. «Tiene tantas ganas como yo de que le condenen».

—Gracias, sargento detective Kent.

Fiona Price se lanzó en picado, como un águila.

—Estos pantalones son extremadamente baratos, cuestan unas pocas libras y se venden mucho en festivales como el de Lizard. ¿Puede afirmar categóricamente que este desgarró minúsculo no es simplemente el resultado de su mala calidad de fabricación? ¿O que no está producido por el uso normal?

Kent hizo una pausa deliberada: un instante eterno durante el que ambas mujeres se miraron fijamente. Fue la sargento quien pestañeó primero.

—No —respondió en un tono cargado de resignación.

Durante su turno de preguntas, Price rebatió uno por uno los argumentos de la fiscalía, que antes parecían tan convincentes. Era como intentar seguir con la vista una docena de volantes de bádminton, yendo y viniendo todos a la vez. No había duda de que los miembros del jurado acabarían mareados; y tampoco de que esa era la intención de la letrada. Tuve que cerrar los ojos y evocar el recuerdo de la cara de Jamie sobre la de Beth, y no me quedó más remedio que admitir que, si sabía lo que había ocurrido, era únicamente porque *lo sabía*.

Kit estaba deseando que testificara la doctora. Bueno, no, no es que lo deseara: en realidad, seguía sin querer estar allí. Tal vez sea más acertado decir que escuchó su testimonio con más atención. Yo conocía el motivo: por fin pisaba terreno firme. Hasta ese momento, el juicio había sido poco más que una escaramuza dialéctica. Ahora, en cambio, los hechos iban a exponerse de un modo que él consideraba fiable: observados a través de un microscopio y codificados como datos fehacientes. Me tocó entonces el turno de advertirle que no echase las campanas al vuelo.

—Lo que se está dilucidando en este caso es si hubo consentimiento o no. No se trata de identificar al culpable —le dije mientras esperábamos a que el juez volviera de almorzar—. Él reconoce que mantuvieron relaciones sexuales. Las pruebas científicas no son más que ruido de fondo.

Kit estaba a punto de contestar cuando el ujier ordenó «Todos en pie» y nos

levantamos de un salto, expectantes.

—La fiscalía llama a declarar a la doctora Irene Okenedo —dijo Polglase.

Irene Okenedo medía aproximadamente un metro cincuenta y dos centímetros; de ellos, cerca de un palmo era pelo, largas trenzas retorcidas en un moño encaramado sobre su coronilla. Parecía tener doce años, y se me ocurrió pensar que debería llevar puesta su bata blanca o un estetoscopio colgado del cuello, o algo que nos persuadiera de que de verdad era médico (una idea que taché de ridícula en cuanto esa imagen se formó en mi cabeza). Deseé fervientemente que su testimonio favoreciera a Beth, a pesar de que me daba cuenta, abochornada, de lo mucho que me habría indignado que se mostrara favorable a la defensa.

Juró por la Biblia («Ignoraba que hubiera tantos cristianos practicantes entre los peritos», masculló Kit en tono sarcástico) y se presentó como médica interina de urgencias especializada en el examen y tratamiento de víctimas de violación, vinculada al Proyecto Zafiro, la recién creada unidad de agresiones sexuales de la Policía Metropolitana. Su voz baja y reflexiva le confería la autoridad que su baja estatura parecía desmentir.

—Gracias, doctora Okenedo —dijo el señor Polglase—. Atendió usted a la señorita Taylor en la jefatura de policía de Helston. ¿En qué estado la encontró?

La doctora Okenedo se aclaró la voz.

—Físicamente estaba deshidratada y necesitaba comer, pero en líneas generales se encontraba bien nutrida y sana. Estaba sumamente cansada y sucia, y tenía barro en la ropa y debajo de las uñas.

Me acordé de Beth escarbando en la tierra. Examiné mis uñas limpias y me pregunté si tendría bajo ellas restos de Kit.

Polglase asintió despacio, con expresión claramente compasiva.

—¿Qué puede decirnos de su estado emocional y psicológico?

—Yo diría que estaba en un estado de *shock* postraumático. Se mostró muy retraída y apenas habló. Contestaba con monosílabos a mis preguntas. No quería que la examinara.

—Gracias, doctora Okenedo. Se ha anticipado usted en parte a mi siguiente pregunta. La policía le pidió que examinara a la demandante en busca de evidencias de una agresión sexual reciente. ¿Puede explicarnos, por favor, qué descubrió?

—Bueno, mi labor consiste en primer lugar en atender a la víctima, además de examinarla. Le ofrecí un analgésico y cinco miligramos de Diazepam, y ella aceptó ambas cosas. Comencé haciendo un examen externo. Tomé muestras de

ADN mediante una torunda bucal, así como muestras de restos de debajo de sus uñas, etcétera. La víctima cooperó, a pesar de su timidez. Las únicas heridas visibles eran una rodilla ensangrentada y pequeños cortes y arañazos en ambas piernas y en la parte inferior de las manos.

Observé al jurado en busca de algún síntoma de malestar. Solo el sij sacudió la cabeza. El ama de casa parecía atenta, como si estuviera viendo un episodio especialmente emocionante de su telenovela favorita. Me pregunté si aún se acordaba de su juventud. Y si tenía hijas.

—Sería de esperar que, incluso en el caso de que el sexo fuera enérgico pero consentido, la mujer cambiara de postura para evitar lastimarse las rodillas. ¿Podrían deberse esas pequeñas lesiones a que alguien la mantuvo sujeta contra su voluntad?

—Según mi experiencia, sí.

—Gracias, doctora Okenedo.

Polglase revolvió sus papeles, sin duda buscando un efecto teatral. A su lado, el ayudante de Fiona Price anotó algo con un lápiz chirriante y el juez hizo lo propio. Ardí en deseos de leer sus anotaciones.

—Usted no llegó hasta cuatro horas después de que tuviera lugar la violación.

—Así es.

—La señorita Taylor ha declarado ante esta sala que antes de que se produjera la penetración el acusado tiró violentamente de sus bragas para apartarlas. ¿Cabría esperar que ese tirón dejara algún tipo de señal en la piel en el periodo inmediatamente posterior a los hechos?

—Sí.

—Respecto a la fuerza empleada para tirar de la prenda íntima de la señorita Taylor, ¿es posible que las lesiones superficiales causadas por el roce de la tela contra la piel se hubieran difuminado en el momento en que usted la examinó?

—Sí —respondió la doctora encogiéndose de hombros casi imperceptiblemente—. Es posible.

—Estoy seguro de que sí. Cuatro horas es mucho tiempo en este contexto. — Polglase consultó sus notas frunciendo el ceño para evidenciar lo mucho que le desagradaba formular la siguiente pregunta—. ¿Qué puede decirnos del examen genital?

—Examiné la piel en torno a la vulva y el ano, aunque me llevó cierto tiempo porque la señorita Taylor se puso muy nerviosa ante la perspectiva de tener que tumbarse siquiera en el sofá. Cuando estuvo lista, comprobé que no tenía heridas visibles a simple vista. Pero cuando le pregunté si podía hacerle un examen

interno, se alteró aún más, se hizo un ovillo y repitió varias veces la palabra «No».

Aquello era un eco, prácticamente una corroboración de lo que había dicho yo. El corazón me dio un brinco de alegría y luego fue a posarse respetuosamente en la base de mi garganta.

—¿Se trata de una reacción que haya visto usted con anterioridad al examinar a una víctima en las horas inmediatamente posteriores a una presunta violación?

—Sí, así es.

La doctora Okenedo asintió solemnemente, y solo cuando Kit me miró extrañado caí en la cuenta de que yo también estaba asintiendo. Obligué a mi cabeza a estarse quieta, a pesar de que ningún miembro del jurado me estaba mirando.

—Sin duda comprende usted que es extremadamente traumático y a menudo físicamente doloroso para alguien que acaba de pasar por un calvario semejante —continuó la doctora—. Necesitamos el consentimiento de la víctima antes de realizar cualquier tipo de examen médico. La señorita Taylor accedió finalmente a que tomara muestras vaginales, después de mucha persuasión por mi parte.

Hice una mueca y junté las rodillas.

—¿Encontró usted rastros de semen al efectuar dicho examen?

Yo no había estado presente en el momento de la penetración, pero sí cuando Jamie Balcombe se retiró, asustado. Volví a ver aquel hilo plateado y delator al romperse. Kit se irguió y se inclinó hacia delante, absorto en la escena ahora que la ciencia había ocupado el primer plano.

—Sí, en efecto —contestó la doctora Okenedo.

Polglase miró enfáticamente al jurado, y hasta yo me di cuenta de adónde quería ir a parar.

—¿Se le ocurre alguna agresión sexual comparable que haya atendido usted, con lesiones parecidas?

La doctora Okenedo se quedó pensando un momento. Luego dijo en tono vacilante:

—Sí.

—¿Puede decirme cuánto tiempo invirtió en su examen? —Nathaniel Polglase estaba ahora en su elemento—. Dígame cuál es el tiempo mínimo que requiere el procedimiento. Suponiendo que la víctima se encuentre bien y con ánimo suficiente para no resistirse al examen.

El verbo «resistirse» evocaba correas y camisas de fuerza. No pude evitar imaginarme a Beth vestida únicamente con un camisón de hospital y con las

piernas abiertas por segunda vez ese día. Sentí una arcada.

—Puede hacerse en una hora y media, aproximadamente.

—¿Y cuántas horas estuvo usted con la señorita Taylor, contando el tiempo que tuvo que invertir en tranquilizar y persuadir a una persona tan traumatizada como ella?

—Estuve en la jefatura de policía ocho horas en total, desde mi llegada hasta el momento en que firmé el registro de salida. Calculo que pasé siete de ellas con la víctima.

—Gracias, doctora Okenedo. No tengo más preguntas, señorita.

Cuatro horas para que llegara la médica, más ocho horas de examen. Kit y yo estábamos durmiendo en nuestra tienda de campaña mientras Beth seguía siendo examinada por una desconocida. Debería haberme quedado con ella.

Fiona Price se levantó elegantemente.

—Si no hemos entendido mal, la demandante se negó a que le hiciera un examen interno. ¿Le explicó usted por qué quería hacerlo?

—Sí.

—¿Y aun así se negó?

—Sí.

«Pregúntale por qué se negó», pensé yo. «Que le diga al jurado en qué estado estaba Beth». Pero a Price no le convenía formular esa pregunta y no la formuló.

—De modo que, si bien no es posible concluir que no hubiera lesiones internas, tampoco puede afirmarse que las hubiera.

—Correcto.

Una sola trenza escapó del ovillo de su pelo y se sacudió como una antena antes de caer sobre los ojos de la doctora.

—Doctora Okenedo, ¿cuánto tiempo lleva usted ejerciendo la medicina?

—Me licencié en 1997 —contestó sujetándose una trenza detrás de la oreja.

—Enhorabuena —dijo Fiona Price como si felicitara a una *girl scout* por su nueva insignia—. ¿Hizo su especialización en la Policía Metropolitana?

—Sí.

—Desde que se trasladó a Cornualles, ¿en cuántos casos de agresión sexual ha sido usted la única doctora en examinar a la víctima?

—En siete, incluido este —contestó Okenedo con un ligero temblor en la mejilla.

—De modo que, antes de examinar a la señorita Taylor, ¿solamente había atendido seis casos de violación?

—Sí.

Price se puso a hojear unos papeles que tenía sobre la mesa, dejando que la falta de experiencia de la doctora pendiera en el aire enrarecido de la sala. Sacó de su carpeta una fotografía, un borrón de color beis desde nuestro sitio en la tribuna del público.

—Estos pequeños arañazos en las rodillas de la demandante... ¿Podrían ser simples marcas de presión? ¿Las marcas que le dejaría el peso de un hombre echado sobre ella durante una cópula vigorosa, pero consentida?

—Sí —contestó la doctora con cierta reticencia.

Fiona Price se apresuró a atajarla.

—¿Encontró algún hematoma en los brazos de la demandante, por ejemplo? ¿Algo que sugiriera que la habían sujetado contra su voluntad?

La banda que ceñía mi cráneo comenzó a presionarme de nuevo como si alguien estuviera apretando las tuercas.

—No. Pero la parálisis es una reacción muy común a la violación. Es posible que no presentara resistencia.

Observé a los miembros del jurado en busca de algún indicio de compasión. No vi ninguno, pero apenas les había dado tiempo a asimilar las palabras de la doctora cuando Price replicó:

—Está testificando usted como médico respecto a las lesiones físicas de la víctima, ¿no es así?

—Sí.

—¿No es usted una psicóloga experta en conducta?

—No.

—Entonces ciñámonos a su campo de estudio y a su experiencia, obtenida en sus... ¿cuántos? ¿Tres años de ejercicio de la medicina?

¿Cómo se atrevía Price a arremeter contra alguien que dedicaba su vida a ayudar a víctimas de violación? Comprendí que yo sería incapaz de hacer su trabajo.

—Para empujar a una mujer y tirarla al suelo, como asegura la señorita Taylor que ocurrió, hace falta una fuerza considerable, ¿no es así? —continuó la letrada.

—Sí —contestó Okenedo.

—Todos hemos visto a la señorita Taylor. Está en buena forma física y es una mujer enérgica, ¿no es cierto?

La señora con aspecto de ama de casa asintió enfáticamente con la cabeza: estaba claro que ser enérgica no era una cualidad que considerara atractiva en una mujer.

—Ni siquiera un joven en plenas facultades físicas hubiera podido derribarla

sin un intenso forcejeo. ¿Encontró usted algún hematoma que permita inferir que se produjo dicho forcejeo?

—No.

—Nos han dicho que los pantalones fueron apartados con cierta violencia. La demandante solo llevaba debajo un tanga muy fino. Mi docto colega ha dado a entender que cualquier lesión causada por un fuerte tirón de esa prenda ya habría desaparecido en el momento en que examinó usted a la señorita Taylor. Pero la violencia que ha descrito la señorita Taylor produciría heridas por abrasión, ¿no es así?

—Posiblemente.

Empezó a agotárseme la paciencia. Hasta yo había resultado más convincente que ella.

—Y una herida por abrasión no desaparece al cabo de cuatro horas, ¿verdad?

—No.

Irene Okenedo se inclinó hacia delante en el estrado, no para enfatizar su respuesta, sino buscando apoyo. «Incorpórate», le ordené en silencio. «Ponte derecha».

—¿Encontró marcas semejantes en el cuerpo de la demandante?

—No.

Nathaniel Polglase meneó la cabeza con expresión burlona. Su peluca perfecta se tambaleó precariamente.

—También examinó usted a mi cliente —prosiguió Price—. El examen médico demostró que había flujo vaginal de la demandante presente en sus genitales. Pero eso solo confirma lo que mi cliente ha sostenido desde el principio: que hubo relación sexual, ¿no es así?

—Sí.

La abogada había ido subiendo la voz poco a poco durante este diálogo.

—¿Su revisión física de la demandante arrojó alguna prueba concluyente de que fuera obligada a mantener relaciones sexuales? No hay ni una sola lesión física, ni externa ni interna, que permita afirmar que la relación no fue consentida, ¿no?

Esta vez obtuvo la respuesta que quería.

—No —contestó la doctora Okenedo—. No puedo afirmar que así fuera.

Parecía sentirse igual que yo: como si estuviera viendo una pelota que ella misma había lanzado volar hacia su propia portería.

—Gracias, doctora Okenedo. Señorita, no tengo más preguntas para la testigo.

Al sentarse Price, Polglase se puso en pie, un movimiento tan fluido como el

de dos niños en un balancín.

—Señoría —dijo en un tono que había perdido fuelle—, con esto la fiscalía da por concluido el interrogatorio de la testigo.

**LAURA**

11 de mayo de 2000

El día en que Jamie Balcombe subió al estrado, el cielo estaba despejado sobre Truro. Incluso azul. El imputado entró en el vestíbulo acompañado por su cortejo habitual y se puso a disposición del funcionario que debía conducirlo al estrado.

La periodista de la media melenita volvía a estar en el vestíbulo. Cuando el secretario judicial llamó a la sala uno a todas las partes del caso de la Corona contra Balcombe, Ali le hizo un guiño y susurró:

—Empieza el espectáculo.

Entramos en fila en la tribuna del público, y Kit y yo procuramos no rozar siquiera a ningún miembro del séquito de los Balcombe. Alguien llevaba un perfume floral cuyo olor mareante hizo resurgir mi jaqueca de la víspera; empezaron a palpitarme las sienas. Antonia, la prometida, se sentó en la fila de atrás. Su atuendo era calculadamente virginal, hasta tal punto que parecía una parodia con su diadema de terciopelo negro y su cuello con volantes: la vestimenta de una niña de tiempos pasados. Solo le faltaban unas medias a rayas para parecer la Alicia de Tenniel. Estiró el cuello para ver a Balcombe cuando subió al banquillo de los acusados. Al verla sentada en la fila de atrás, una expresión furiosa, desabrida, crispó su rostro tan fugazmente que no estuve del todo segura de haberla visto.

—¿Has visto la cara que ha puesto? —le pregunté a Kit en voz baja.

Miró a Jamie, que tenía un expresión solemne y respetuosa, y se encogió de hombros.

—Siempre está así, ¿no?

Vi que Jamie hacía un gesto brusco con la cabeza indicando los asientos vacíos de la primera fila. Antonia se levantó como si le hubieran tirado de un hilo. Dirigiendo al banquillo una disculpa muda, avanzó tímidamente, ocupó uno de los asientos de la fila delantera y comenzó a dar vueltas con nerviosismo a su anillo de compromiso.

—Eso sí lo habrás visto —le dije a Kit, pero estaba ocupado con su reloj, sincronizándolo con el de la sala.

El trayecto que tuvo que recorrer Balcombe entre el banquillo y el estrado de los testigos era de apenas diez o doce pasos. Se mostró extremadamente educado y complaciente, dio las gracias en voz alta al ujier que le sostuvo la puerta abierta y dijo «Claro, claro, gracias» cuando le indicaron el estrado.

—Puede sentarse, señor Balcombe —dijo el juez.

—Gracias, señoría —respondió Jamie con una inclinación de cabeza—. Pero prefiero estar de pie.

Ese día llevaba otro traje, ligeramente más ancho, que le hacía parecer un escolar el primer día de curso, con una chaqueta nueva comprada para que durase. Con todo el disimulo de que fui capaz, miré de soslayo al resto de los Balcombe, impecablemente vestidos y sentados en la tribuna, a mi lado. Costaba creer que aquel traje que le venía grande hubiera sido elegido con otro propósito que el de desarmar al jurado. Sus ojos parecían más azules que antes. ¿Se había puesto lentillas?

Juró por la Biblia. Cómo no.

Fiona Price sonrió calurosamente a su cliente.

—Gracias, Jamie —dijo como si el acusado tuviera elección, como si nos estuviera haciendo a todos un favor al honrarnos con su presencia—. Antes de pasar al día de autos, me gustaría que me hablaras un poco sobre tu educación —prosiguió.

—Gracias, señorita Price. Me eduqué en la Saxby Cathedral School, donde acabé el bachillerato con cuatro sobresalientes. Actualmente me estoy formando para ser arquitecto. Soy licenciado en Diseño Arquitectónico por la Universidad de Bath.

Su voz era como miel selecta chorreando de una cucharilla de plata.

—Son necesarios otros tres años de estudios y experiencia laboral para poder ingresar en el Real Colegio de Arquitectos. No creo equivocarme al afirmar que únicamente los cirujanos veterinarios tienen una formación más larga que la de un arquitecto. Tras obtener la licenciatura, pasas un año trabajando en el sector y luego vuelves otros dos años a la facultad para conseguir el Diploma de

Arquitecto. Después hay más prácticas, más estudios, más exámenes. —Esbozó una sonrisa—. Y después de todo eso tienes que solicitar el ingreso en el Colegio de Arquitectos y conseguir trabajo. Entonces es cuando empieza el verdadero esfuerzo.

Un miembro del jurado que vestía americana asintió con la cabeza mientras el chico tatuado torcía el gesto.

—¿Y este caso ha afectado de algún modo a su carrera?

Jamie se encorvó ligeramente.

—Para ser sincero, la ha destruido antes de que empezara. Ahora mismo debería estar haciendo mi año de prácticas. Tenía plaza en McPherson y Barr, un afamado estudio de arquitectura. Son los encargados de los nuevos barrios construidos con criterios ecológicos que se están levantando en antiguas zonas industriales de diversas ciudades del interior. Es una empresa muy prestigiosa. Solo aceptan un licenciado al año. Estaba a punto de empezar las prácticas cuando surgió esta denuncia y lamentablemente la empresa decidió dejar mi incorporación en suspenso hasta que hubiera un veredicto. De modo que actualmente estoy en una especie de limbo.

Aquella historia era una milonga de principio a fin. Intenté que me mirara a los ojos. «A mí no me la das», pensé. «Te conozco. He visto tu mala sangre».

Aquello dejó muy afectada a Fiona Price: durante unos segundos, bajó la cabeza, afligida por la mala suerte de aquel joven que había visto frustrada su carrera profesional. Después prosiguió:

—Su padre es un próspero constructor, ¿verdad? De hecho, no es exagerado afirmar que tiene un emporio inmobiliario que crece continuamente. No necesita usted cartas de recomendación para conseguir sus aspiraciones. ¿Por qué no ingresar sencillamente en el negocio familiar?

Los brillantes ojos azules de Jamie pestañearon.

—No quiero edificar mi carrera sobre la reputación de mi padre, para mí eso es fundamental. Además, el futuro del sector son las viviendas sostenibles y ecológicas. Eso es lo que me interesa. Supongo que podría decirse que no se trata solo de una profesión. Para mí también es una vocación.

De pronto me chocó, por irónico, que un hombre al que se estaba juzgando por violación pudiera ser tan persuasivo.

—Es usted un joven con mucho que perder —afirmó Price—. Ha de ser muy angustiante, por tanto, que su carrera haya quedado en suspenso.

—Señoría —intervino Polglase—, mi colega está intentando llevar la cuestión hacia las posibles consecuencias, no hacia los hechos probados.

Price replicó de inmediato:

—Para poder valorar cómo podría reaccionar mi cliente en una situación dada, hay que tener en cuenta qué se jugaría en dicha situación. Jamie, háblenos de cómo ha afectado este caso a su vida personal.

—Apenas he pegado ojo desde que me detuvieron —respondió—. Es un cansancio que dura ya mucho tiempo. Incluso ahora me cuesta creer que me esté pasando esto.

Fiona Price enderezó un lápiz de su mesa y cambió de tono.

—¿Está usted casado? ¿Tiene hijos?

—Estoy prometido. Mi novia, Antonia, está en la sala.

Sonrió a Antonia, que a su vez esbozó una sonrisilla ensayada. Me di cuenta entonces de que había estado presente en la sala desde el primer día de la vista, lo que significaba que no podía aparecer como testigo. ¿Por qué no la habían llamado a declarar? ¿Por qué no querían llamarla?

—¿Tiene hijos?

—Todavía no. Quiero hacer las cosas como es debido, pero me gustaría mucho tenerlos algún día.

Las mujeres del jurado se derritieron a ojos vista. Incluso a mí me costaba superponer la mueca desdeñosa del violador a la cara del colegial inocente que ocupaba el banquillo, delante de mí.

—Para que el jurado tenga constancia de ello, los presuntos hechos tuvieron lugar un jueves. Dígame cómo llegó al festival y cómo conoció a la demandante.

—Claro —asintió Jamie—. Por supuesto. Se suponía que iba a ir a Cornualles con Peter, un amigo del colegio, pero un par de días antes de la fecha prevista para el viaje se rompió la pierna haciendo rápel con los *scouts*.

«Claro, y qué más, joder», pensé yo. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Una digresión acerca de otra de las aficiones de Peter y Jamie, ayudar a ancianitas a cruzar calles con mucho tráfico?

—Así que me fui solo, en uno de los autocares que salían de Londres, y monté mi tienda. —Dibujó una media sonrisa, avergonzado—. No empecé el festival con muy buen pie. Me costó bastante montar la tienda yo solo. El *scout* era Peter. Él era el experto. Y la verdad es que después de montar la tienda me sentí un poco deprimido por estar allí solo. No soy una persona solitaria por naturaleza. Por eso esa noche salí a dar una vuelta por las hogueras, buscando gente con quien charlar. —Bajó los ojos y volvió a subirlos en una imitación perfecta de la princesa Diana—. Los corros que había alrededor de las hogueras eran bastante grandes en su mayoría, no es que hubiera que pedir permiso para unirse a ellos.

Ni siquiera me fijé mucho en dónde me sentaba, simplemente me senté en el primer sitio que vi. Al principio fue una charla de todo el grupo en general, sobre otros festivales en los que había estado la gente, sobre si mejoraría el tiempo para el eclipse, esas cosas.

—¿Y cómo trabó conversación con la señorita Taylor?

Se volvió ligeramente, de modo que pude verle de perfil. Me pregunté si su físico jugaría a su favor o en su contra.

—Bueno, cuando oscureció del todo la gente sacó las guitarras y ya solo se podía hablar con quien tenías al lado. Así que nos pusimos a hablar de esto y aquello. Ella había viajado mucho, había estado en un montón de festivales. Le dije que a mí me apetecía mucho, pero que a mi novia no le gustaban esas cosas.

Price hizo girar un bolígrafo entre sus dedos.

—Entonces, ¿la demandante sabía que tenía usted una relación de pareja?

—Bueno, la verdad es que me pareció que... que había chispa entre nosotros.

Puso una cara contrita, como si, a pesar de todo lo que le había hecho sufrir Beth, no quisiera hablar mal de ella. El ama de casa ladeó la cabeza.

—Me puso la mano en el muslo mientras hablábamos y me pareció que debía aclarárselo enseguida, para que la cosa no fuera más allá.

Price se enderezó innecesariamente la peluca.

—¿De modo que estuvieron hablando la noche anterior, la noche previa al eclipse?

Jamie asintió en silencio.

—¿Consumió usted algún tipo de droga en esa hoguera?

Kit y yo nos miramos. Aquello parecía más bien una pregunta propia de la acusación. Polglase no se inmutó.

Jamie miró hacia la tribuna del público y se mordió el labio.

—Jamie, debe contestar a la pregunta. ¿Tomó drogas en esa hoguera?

—Lo siento. Me cuesta responder delante de mi madre. —Exhaló un largo y hondo suspiro—. Sí. La gente se estaba pasando un porro y le di una calada, solo por no quedar mal, en realidad. Pensé que sería un modo de integrarme entre la gente que había alrededor de la fogata.

El joven tatuado hizo un gesto afirmativo con la cabeza, como diciendo «Normal, ¿y quién no?».

—Me dejé llevar por el ambiente general. Pero me dio la tos, no estoy acostumbrado a fumar y dije algo así como que aquello no era lo mío. Beth me quitó el porro, se rio y dijo: «No te preocupes, es un festival, aquí no se aplican las reglas normales».

—¿Y la señorita Taylor fumó de ese porro que se estaba pasando?

—Sí, sí, pero solo le dio una calada, creo.

—¿Les produjo un estado de embriaguez?

—No puedo hablar por la señorita Taylor, pero a mí no, desde luego.

No me di cuenta de que estaba tamborileando con los dedos hasta que Kit puso su mano sobre la mía para hacerme parar.

—¿Y cómo terminó la reunión?

—Bueno, creo que más o menos a medianoche (yo no llevaba reloj), ella se levantó para marcharse. Le pregunté dónde estaba su tienda y la acompañé hasta allí. Quería asegurarme de que llegaba sana y salva. Me quedé hasta que se metió dentro y cerró la cremallera.

Mantener el optimismo durante aquella actuación teatral era como tratar de retener agua con el puño.

Price se inclinó hacia delante apoyándose en los nudillos.

—¿Y no sintió usted la tentación de hacer un acercamiento en ese instante? ¿En la oscuridad, estando los dos solos?

Jamie se llevó la mano a los ojos y tardó un rato en contestar.

—Sí, me sentí tentado, de acuerdo. Habíamos conectado. Pero no hice nada.

Miré a Antonia. Su cara era una máscara. «¿Qué demonios se te está pasando por la cabeza?», me pregunté.

—De modo que, aun sabiendo que ella se encontraba indefensa y hallándose ambos bajo los efectos del cannabis, ¿dejó usted que se fuera a dormir sola?

—Por supuesto que sí —respondió Jamie como si cualquier otra posibilidad fuera impensable.

—Por supuesto. Y ahora llegamos a la mañana de la presunta agresión. ¿Cómo empezó usted el día?

—Se merece un puto Óscar —le dije a Kit en voz baja.

Me cogió de la mano y, acariciándola, me hizo abrir el puño, pero estaba tan fascinado por Jamie como todos los demás.

—Esa mañana era la del eclipse —contestó Jamie—. Se me ocurrió pasarme por la tienda de Beth para preguntarle si quería verlo conmigo. No estaba dentro, me la encontré cuando salía de la explanada principal y me dijo que iba a buscar un sitio tranquilo para ver el eclipse. La explanada estaba llena, había música y mucho alboroto, y a mí tampoco me apetecía estar allí, así que le dije que me iba con ella.

—¿Cuál fue su reacción?

—No puso ningún reparo —respondió Jamie con énfasis—. De lo contrario,

no la habría acompañado. Así que estuvimos dando vueltas hasta que de pronto nos paramos en un descampado lleno de cacharros de feria. Pensé: «Espera, espera», porque no era el mejor sitio para ver el eclipse, había un montón de camiones y cachivaches por el medio, pero entonces me di cuenta de que era un sitio muy aislado. Beth abrió un hueco entre la hierba, entre dos caravanas, y me senté a su lado.

—¿Fue de mutuo acuerdo?

Price se echó hacia delante. Los miembros del jurado hicieron lo mismo. Hasta los ocupantes de la tribuna del público y los bancos reservados a la prensa parecieron inclinarse, como si Jamie fuera un remolino que nos atraía a todos hacia su vórtice.

Escogió sus palabras con sumo cuidado.

—Yo diría que fue de mutuo acuerdo tácito —dijo—. Puede que fuera una ingenuidad por mi parte. Si hubiera sabido lo que iba a pasar... pero fue todo tan espontáneo. Miramos el cielo... Bueno, las nubes. Durante un rato no pasó nada. Luego, todo fue muy rápido. Solo vimos el cielo un momento, pero la forma en que se oscureció era impresionante. Es increíble compartir eso con alguien, increíblemente íntimo. Tienes un montón de gente alrededor, pero sientes que estás tú solo con esa otra persona, y entonces surge esa oscuridad así, de repente.

«No», me dije irracionalmente. Aquel hombre no podía ser sensible a la belleza y el poder de un eclipse. No lo podía permitir. Jamie carraspeó.

—Y entonces, cuando el cielo empezaba a aclararse otra vez, dije... Lo que quería decir era que había sido increíble o alucinante, pero tuve una especie de desliz freudiano y lo que dije en realidad fue: «Qué romántico, ¿no?». Y aunque sabía que no era una frase muy acertada, la verdad es que lo fue.

Lanzó una mirada suplicante a Antonia y bajó la voz por respeto a ella. El semblante de su prometida permaneció inescrutable, pero su mano derecha siguió dando vueltas al anillo de compromiso. No supe si sentir desprecio o piedad por ella.

—Así que nos dejamos llevar por el instante y, cuando empezamos a besarnos, todo se precipitó. Fue tan espontáneo que ni siquiera sabría decirle quién tomó la iniciativa.

Price adelantó una mano para detenerle.

—Esto es importante, señor Balcombe. ¿El beso fue mutuo? ¿Ella no intentó apartarle, no le pidió en ningún momento que parara?

—No, rotundamente no. Si hubiera malinterpretado la situación, habría parado enseguida.

—Llegamos ahora al momento del encuentro sexual propiamente dicho — prosiguió la señorita Price—. ¿Podría, por favor, aclarar a mi querido colega de la acusación su duda respecto a los pantalones de la señorita Taylor y cómo se los quitó?

—Se los aflojé, más que quitárselos —respondió Jamie—. Se abrían por un lado. Yo no habría sabido ni por dónde empezar. Y subió un poco las caderas hacia mí...

Se llevó un instante las manos a la cabeza para demostrar el calvario que estaba siendo aquello para él. Su padre asintió con la cabeza para darle ánimos.

—Yo le aparté las bragas y eso fue todo. No fue nada brutal, no le estaba haciendo daño, fue... Lo siento mucho, Antonia. —Hizo una pausa de unos segundos para recomponerse—. Fue solo... sexo, sexo excitante. Yo nunca había hecho nada parecido antes, ni después. Y entonces, de repente, apareció esa pareja, o más bien esa chica, y al momento siguiente me estaban acusando de ser un violador.

Levantó la voz al llegar a este punto y Price le lanzó una mirada de advertencia.

—Los testigos, la señorita Langrishe y el señor McCall.

Todos se volvieron a mirarnos. Todos, menos Antonia. El diamante de su anillo centelleaba con cada vuelta que le daba.

—¿Cómo reaccionó usted?

—Pues intenté que Beth les dijera lo que había pasado de verdad. Pero se quedó muda. Sé que fue una situación muy embarazosa, claro, y a mí tampoco me hizo ninguna gracia que me pillaran con las manos en la masa. Pero tiene usted que entender lo agresivos que se pusieron. Ellos, o ella, decidieron que yo había hecho algo malo. —Me miró directamente y confié en que el sudor que me brotó de repente en la cara no fuera visible para el jurado—. Fue surrealista, una especie de vodevil. Hasta pensé por un momento que estaban de broma. Luego, cuando dijeron que iban a llamar a la policía, me di cuenta de que aquello estaba pasando de verdad, de que iban en serio. No pensé ni por un segundo que fuera acabar en el juzgado. Esto es una pesadilla.

—Gracias, gracias. —Price cuadró un manojito de papeles para enfatizar sus palabras—. Pasemos ahora a otro momento de lo sucedido. Tras la acusación inicial que le lanzaron, abandonó usted el lugar de los hechos. ¿Por qué, si era inocente?

Jamie Balcombe suspiró profundamente.

—Llevaba un poco de cannabis en el bolsillo. Le había pedido a alguien que

me liara un porro, y se lo pagué.

Aquello era nuevo para mí y, evidentemente, también para el fiscal. Polglase le pasó una nota a Carol Kent y en mi pecho se agitó un destello de esperanza.

—¿No se le ocurrió decírselo a los demás? —preguntó Fiona Price—. A fin de cuentas, no estaban precisamente en una fiesta parroquial, ¿verdad?

Jamie abrió las manos de par en par.

—¡Una mujer a la que no había visto en mi vida me estaba acusando de violación! No era un ambiente muy relajado que digamos. Lo primero que pensé fue en llegar a algún sitio donde pudiera tirar el porro, porque no quería que me acusaran de posesión de drogas. Si de verdad hubiera violado a alguien, ¿cree usted que me habría preocupado tener un porro de nada en el bolsillo? Pero ese testigo me siguió, iba pisándome los talones. —Señaló con la cabeza a Kit, que se irguió en su asiento—. Si hubiera tirado algo, me habría visto. Así que, cuando vi toda aquella gente volviendo al escenario principal, me mezclé con ella y luego pensé: «Ya sé, hay un pequeño puesto de policía cerca de la entrada, iré allí y diré que hay una chica acusándome de algo horroroso y se aclarará todo». Estaba seguro de que, de todos modos, para entonces ya se habría tranquilizado.

—¿Cuánto tiempo tardó, después de la presunta agresión, en personarse ante la policía?

—Como una hora, creo. La verdad es que, después de deshacerme del porro, me tomé un rato para reflexionar —respondió Jamie—. Porque yo no violé a la demandante. No la violé, no podría haberla violado. Pero eso no significaba que no hubiera hecho algo malo. Había engañado a mi novia, a mi prometida. Fue un momento de locura, pero no como él lo pinta. —Indicó a Polglase con una inclinación de cabeza—. Dudé un poco porque pensé que, si la cosa trascendía, aunque me exculparan, era muy probable que Antonia se enterara de que había metido la pata hasta el fondo. Así que pasé como media hora en mi tienda dándole vueltas al asunto y entonces me di cuenta de que tenía que hacer lo correcto y acabar con el malentendido. Ni en un millón de años me habría imaginado que iban a juzgarme por violación.

—¿Qué motivos podría tener la demandante para acusarle de violarla?

Jamie tragó saliva con dificultad.

—Me imagino que lo hizo por vergüenza. A fin de cuentas, no era algo de lo que sentirse orgullosa.

Se estremeció como si le repugnara ser tan poco caballeroso. Dios mío, qué buen actor era.

—Pero creo que está claro por su comparecencia en el estrado que se convenció a sí misma de que estaba diciendo la verdad. Eso es lo peor de todo: que es una víctima, pero no de mí. Yo confiaba en que a estas alturas ya hubiera recibido la ayuda que, evidentemente, necesita.

**KIT**

18 de marzo de 2015

El salón de baile del Princess Celeste tiene toda la atmósfera de un centro comercial iluminado con luces de neón. En la charla preliminar sobre precauciones de salud y seguridad, un delegado de la agencia de viajes va marcando nombres en la lista de pasajeros a medida que recogemos las chapitas identificativas. Cuando llegamos Richard y yo, solo quedan por recoger unas cuantas.

Al subir al escenario el primer conferenciante, identifico por fin el origen de la voz incorpórea que he estado oyendo por los altavoces. El profesor Jeff Drake me dio clase durante tres años en Oxford. Va a encargarse de filmar y comentar el eclipse en vivo, y de «hacerle la autopsia», como él lo llama, en el viaje de vuelta. Le escucho solo a medias mientras me dirijo discretamente a la entrada de la sala, donde la lista de pasajeros ha quedado abandonada sobre la mesa de recepción. Tardo apenas unos segundos en echarle un vistazo y descartar la presencia de Beth. Luego, atendiendo a la teoría de Laura de que ella también ha cambiado de nombre, busco un lugar con buena visibilidad en medio del salón y escudriño metódicamente la cara de todas las mujeres, lo que no me lleva tanto tiempo como podría parecer: los hombres superan en número a las mujeres en una proporción aproximada de dos a uno, y las mujeres jóvenes son aún más escasas. Llego a la conclusión de que no se encuentra presente, y me tranquilizo pensando que he sido todo lo metódico que podía ser.

Beth no está en el barco.

Aun así, cabe la posibilidad de que esté en tierra. Si quisiera buscarla y

encontrarla antes de que ella me encuentre a mí, el lugar más probable sería ese bar. Durante el eclipse habrá miles de turistas dispersos por las colinas. No sabremos dónde vamos a situarnos para verlo hasta la misma mañana del eclipse, cuando salgan los oteadores a valorar hasta qué punto está cubierto el cielo sobre la isla. Pero durante las próximas veinte horas, hasta que atraquemos en el puerto de Tórshavn, no debo temer una confrontación con mi pasado.

Creo que me merezco otra copa.

Abordo a Jeff Drake en el bar. Se acuerda de mí enseguida.

—¡Christopher! —exclama (gracias a la chapita identificativa, ya he empezado a aguzar las orejas cada vez que oigo mi nombre completo, como cuando oigo que me llaman Kit en casa).

Su voz me traslada por los pasillos del tiempo hasta sus habitaciones con vistas al Isis. Casi tengo la sensación de que, si miro hacia abajo, veré las gastadas Adidas Gazelle que calzaba en aquel entonces.

—Me he preguntado muchas veces qué habría sido de ti —dice cuando acabamos de comentar lo pequeño que es el mundo—. Lo que ha perdido la universidad, lo habrá ganado la industria.

Hace ya mucho tiempo que no me avergüenzo de decirle a la gente a qué me dedico, y él se muestra amable e interesado cuando se lo cuento. En todo caso, me decepciona un poco que parezca tan poco desilusionado por que no acabara el doctorado. Pero Jeff es tan famoso por su discreción como por su inteligencia. Cuando nos interrumpe una señora canadiense para preguntarle, muy seria, cuál es la diferencia entre una estrella y un planeta, le contesta con el mismo respeto con que me trataba a mí cuando era un estudiante. Mi potencial desperdiciado es una piedra que me obstruye la garganta y que hago bajar con un trago de vino tinto.

Richard ha trabado conversación con un grupo de astrónomos galeses y pronto queda claro que entre ellos hay unos cuantos obsesos de los eclipses. Tansy, una mujer gruesa y rubicunda más o menos de la edad de mi madre, amenaza con enseñarnos sus bragas de la suerte.

—¡Nunca he tenido nublados cuando las llevo puestas! —asegura mientras me llena la copa hasta el borde.

—La tengo en el bote —le digo a Richard en voz baja.

Mientras intercambiamos anécdotas, surge una competición espontánea. Richard anota en el dorso de un folleto turístico los nombres de cada uno y los

eclipses que hemos visto en vivo. El ganador indiscutible es un californiano nonagenario que ha visto diecinueve eclipses, pero si se divide el número de eclipses por la edad que tiene cada cual (y no puedo resistirme a hacer ese cálculo), yo soy, de lejos, el que ha visto más.

El vino sigue corriendo. Sube la temperatura en el bar y yo me quito mi jersey de las Feroe dejando a la vista la camiseta de *Chile '91* que llevo debajo. Tansy reacciona como si Clark Kent acabara de arrancarse la ropa y apareciera de pronto su traje de Superman.

—¡1991! Pero si debías de ser un bebé...

Un poco más de vino y caigo en la cuenta de que he dejado de notar el balanceo del barco, lo que significa o bien que el mar está quieto como un embalse, o bien que el vaivén que noto en mi cerebro se halla en perfecta sincronía con el lento oscilar del navío. Richard reta a todos los presentes a batir el récord mundial del retrato colectivo de buscadores de eclipses con mayor número de experiencias a sus espaldas. Como él es un lego en la materia no puede participar, pero nos hace posar a todos ante su cámara. Sobre la mesa hay una gorra de recuerdo del Princess Celeste y, sin preguntar de quién es, me la calo sobre los ojos y me coloco al fondo. Soy una visera negra y una barba rojiza. Después de hacer la foto, Richard pasa el extremo de una pajita por su listado y va calculando en silencio mientras mueve los labios.

—Esta fotografía —dice blandiendo la imagen de su teléfono— representa un total de ciento tres avistamientos directos de eclipses totales.

—Eso sí que es un uso práctico de las matemáticas —digo yo, y todos se echan a reír.

Mac lleva toda la vida diciéndome que no tengo gracia, y ni siquiera Laura pillaba todas mis bromas, pero esta noche me doy cuenta de que lo que pasa es que hasta ahora no he tenido el público idóneo. Aquí, todos me adoran. Todo el mundo quiere escuchar anécdotas sobre mis experiencias como cazador de eclipses. Puedo hablar libremente de ellas por primera vez desde antes de que ocurriera lo de Cornualles, porque estas personas están tan versadas en sus sutilezas que puedo dejar a un lado todo lo accesorio (las interrupciones y los embrollos que arruinarían hasta las condiciones más óptimas) y aun así me escuchan con interés. Mis nuevos amigos están pendientes de cada una de mis palabras. Tansy se me arrima un poco más. Miro la copa de vino que tengo en la mano y solo entonces descubro que me he pasado al ron. Alguien saca un palo *selfie* y se hacen más fotos, y yo sigo con la gorra puesta. Me presentan a un hombre que también lleva una camiseta de *Chile '91*. Como es lógico, nos

abrazamos como dos hermanos que se reencontraran después de mucho tiempo. Advierto con satisfacción que, mientras que la suya se tensa sobre su orgullosa barriga cervecera, la mía cuelga más o menos recta desde mis hombros a mi cinturón. No me extraña que Tansy me encuentre tan irresistible. Las conversaciones con mis nuevos amigos se repiten, giran en círculos, se desdibujan. Tengo la impresión de que hay alguien cantando y en cierto momento creo contar una historia alucinante.

—Quizá deberías calmarte un poco —me dice Richard quitándome suavemente el vaso de la mano y dejándolo sobre la mesa.

Yo me indigno.

—Tansy y yo solo somos amigos.

—Venga ya, ¿de qué vas? Tu cama está a medio metro de la mía. No quiero despertarme con la cara llena de vómito.

Estoy tan borracho que no puedo dejar de beber, pero lo bastante sobrio para darme cuenta de que me hace falta tomar el aire. En la cubierta superior, me dejo caer en una tumbona y echo una cabezadita. Cuando me despierto, alguien me ha tapado con una manta. Por debajo de mí y a mi alrededor, las olas se estrellan contra los costados del barco. El viento ha echado las nubes a un lado y la luna es un grueso gajo menguante. Allá arriba hay más estrellas que negrura; galaxias de múltiples brazos giran ante mi vista, y pasan tantos meteoritos como autobuses en Londres. Desde lo de Zambia no veía un firmamento parecido. La ausencia de Laura es el único defecto de una noche perfecta. Ni siquiera recuerdo la última vez que me sentí tan a gusto.

**LAURA**

11 de mayo de 2000

—Si a mí me acusaran injustamente de un delito tan atroz como la violación, me quedaría a defender mi inocencia, pero usted huyó, ¿no es así? —preguntó Nathaniel Polglase.

Yo contuve la respiración mientras Jamie le sostenía la mirada.

—Como ya he dicho, solo quería deshacerme de la droga que llevaba en el bolsillo.

—No. Huyó usted porque le habían sorprendido violando a la demandante, la señorita Taylor, y confiaba en poder salir impune, ¿verdad?

—No.

—¿Recuerda usted el momento en que se personó ante la policía, en la caseta instalada en el festival?

Jamie no pudo disimular la mirada nerviosa que dirigió a su abogada. Fiona Price inclinó la cabeza en un gesto de asentimiento casi imperceptible. Me pregunté si Kit lo habría visto. Si el jurado se habría dado cuenta.

—Sí.

Polglase adoptó una expresión solemne.

—El jurado ya ha oído hablar a la sargento detective Kent de Pip, el perro especializado en la detección de estupefacientes, pero permítame recapitular en provecho de todos, señor Balcombe. Ese fin de semana hubo en todo momento dos perros policías en el recinto del festival, uno de ellos un alsaciano de cuatro años llamado Pip, un animal extremadamente bien adiestrado para su tarea y de olfato finísimo. Para él, hasta los restos residuales de una droga son tan

evidentes como un porro encendido para el ojo humano. ¿Dónde estaba Pip cuando le interrogaron, señor Balcombe?

—Estaba a mi lado —contestó Jamie.

Kit y yo nos pusimos en guardia.

—Estaba en un rincón de la habitación con su cuidador.

Polglase siguió adelante. Por fin parecía estar divirtiéndose en su turno de repreguntas.

—¿Se le acercó el perro?

El rostro de Jamie expresó los mismos sentimientos que me acometieron a mí cuando me vi arrinconada por Price.

—No se acuerda de Pip porque el perro no se le acercó, ¿no es así? No olió el cannabis del que usted, según afirma, quería librarse a toda costa.

—Ya no lo llevaba encima. Y además estaba metido dentro de una bolsita de plástico.

—Aun en ese caso, un olfato tan bien entrenado como el del perro habría podido detectarlo. Señor Balcombe —añadió Polglase sacando a relucir una hermosa voz de tenor, y todos los presentes en la sala se irguieron en sus asientos —, ese porro nunca existió, ¿me equivoco?

—¡Sí que existió! —Capté en su voz el gemido pueril que había empleado con Beth después de la agresión.

—Es una pantalla de humo ideada después de los hechos, una invención que se le ocurrió en el trayecto entre el festival y la jefatura de policía de Helston, ¿no es así?

—¡No!

—¿Cuánto fumó cuando estaba junto a la hoguera?

Jamie no dijo nada.

—Aquí está su declaración si la necesita —insistió Polglase.

Yo sabía por mi experiencia en el estrado de los testigos que, cuando un letrado te alarga tu declaración, te está entregando la soga que habrá de servir para colgarte. Me alegré de haber pasado por eso: me ayudó a entender el apuro en que se hallaba Jamie.

—Di solo una calada —reconoció.

—¿Le gustó?

—No mucho.

—¿Por qué, entonces, compró un poco?

Jamie alzó los ojos como si la respuesta correcta estuviera escrita en el techo. Los miembros del jurado estaban tan absortos que no habrían desentonado si

hubieran tenido a su lado vasos de refresco gigantes y cubos de palomitas.

—Es usted un joven muy astuto, ¿no es cierto? —preguntó Polglase.

—¿Qué?

—¿Acaso no es preferible que le censuremos por el delito menor de posesión de drogas a que nos centremos en su verdadera falta, la brutal violación de una mujer sola e indefensa?

Jamie se limitó a negar con la cabeza. Al otro lado del banco en el que yo estaba sentada, su madre hizo lo mismo. Los periodistas escribían frenéticamente en sus cuadernos. Yo no tuve que anotar nada; incluso ahora puedo recitar de memoria algunas de las intervenciones cruciales del caso. Empezaba a darme cuenta de que la memoria se comporta de manera completamente distinta cuando le prestas un poco de atención. Cuando sabes al principio de una jornada que cada palabra será decisiva, hasta los detalles más nimios se te graban indeleblemente en la conciencia. Es cuando los acontecimientos te pillan desprevenida cuando las cosas se enmarañan. Debería haber términos distintos para designar nuestras distintas maneras de recordar.

—Mintió usted en uno de los casos. ¿En cuál?

—No estoy mintiendo —respondió Jamie.

«Claro que estás mintiendo», pensé, «y se van a dar cuenta, igual que yo».

—En realidad casi no tiene importancia. Prosigamos —dijo Polglase—. Le remito al testimonio prestado por la señorita Taylor anteriormente. No son únicamente sus opiniones acerca de la violación las que están en conflicto. Los dos llegaron al festival el mismo día, es decir, el miércoles. Eso es lo único en lo que están de acuerdo. Repasemos el día previo a la violación, ¿quiere? Fue usted quien primero le tocó el muslo a la demandante, la señorita Taylor, ¿no es verdad?

Jamie pareció hallarse de nuevo en terreno seguro.

—Fue ella quien se me acercó.

Antonia dejó de dar vueltas a su anillo de compromiso. El diamante reflejó un rayo de sol que entraba de soslayo por la claraboya y proyectó un punto de luz blanca al otro lado de la sala.

—¿Quién propuso que la acompañara usted a su tienda?

—Yo. Me pareció que podía correr peligro.

—De hecho, insistió usted en acompañarla a pesar de que ella afirmó repetidamente que prefería que no lo hiciera, ¿no es así?

—No.

—Sus palabras literales a la entrada de la tienda fueron, según creo: «Ni en un

millón de años luz». —Polglase hizo una pausa para hacer una mueca teatral—. Uf —dijo con un mohín—. A nadie le gusta que le rechacen, pero eso tuvo que escocerle, ¿no?

—No —replicó Jamie—, porque no sucedió.

—Es humillante. Usted quería darle un escarmiento, ¿verdad?

—Eso no es cierto —afirmó Jamie, pero su voz había perdido todo su encanto, y confié en que aquello fuera un indicio de que estaba a punto de perder su aplomo.

«Déjales que te vean como eres de verdad», pensé. «Que vean lo que vi yo».

—La señorita Taylor afirma que permaneció despierta hasta que estuvo segura de que se había marchado. Que le daba miedo quedarse dormida mientras estuviera usted allí. ¿Cree que, después de reaccionar así, una mujer estaría dispuesta a mantener relaciones sexuales consentidas con usted al día siguiente?

—Miente porque la avergüenza que la pillaran —replicó Jamie en un tono a medio camino entre la paciencia y la lástima—. Puede que nunca hubiera hecho nada parecido, no lo sé. Para mí también fue algo nuevo. Surgió en el calor del momento. Estaba cambiando el cielo entero.

Polglase se volvió hacia el jurado.

—Al parecer, el señor Balcombe pretende ahora justificar sus actos recurriendo a la posición de los planetas. ¿Qué será lo siguiente? ¿Los signos zodiacales?

El joven tatuado ahogó una carcajada.

—Todo esto no es ninguna novedad para usted, ¿verdad, señor Balcombe?

—Es que yo no hice nada.

—Está usted acostumbrado a no parar hasta que consigue aquello a lo que se cree con derecho, al margen de cómo pueda eso perjudicar a otras personas, ¿verdad que sí?

—No tengo ni idea de a qué se refiere —contestó Jamie arrastrando las palabras como si le aburrieran hasta el punto de que le costaba pronunciarlas.

—¿Tuvo usted éxito la primera vez que solicitó plaza en McPherson y Barr? Kit y yo nos miramos perplejos.

—No —respondió Jamie, pero ya no parecía aburrido.

—¿Cómo consiguió hacerles cambiar de idea?

—Me acerqué a ellos en una gala benéfica y les convencí de que estaba ansioso por trabajar en su empresa.

Me lo imaginé maniobrando mientras tomaban copas y canapés, accionando sus privilegios como un juego de engranajes.

—¿Y qué me dice del otro candidato, del que fue elegido en primer lugar?

Jamie arrugó el ceño. Kit me miró enarcando las cejas. Yo asentí, pero no pude apartar los ojos del estrado.

—¿Qué fue exactamente lo que le dijo usted a Octavia Barr, la consejera delegada de la empresa? Le recuerdo que está bajo juramento.

—Le dije que el otro candidato había sido amonestado por una reyerta. Y que no creía que fuera el tipo de persona merecedora de un puesto de tanta responsabilidad. —Jamie apuntó directamente a Polglase con la barbilla con el claro propósito de subrayar cuán a pecho se tomaba sus deberes como ciudadano.

—¿De modo que denigró usted al candidato que había conseguido el puesto para ocupar su lugar?

—Dicho así parece mucho más retorcido de lo que fue en realidad.

Jamie no se puso colorado y su piel siguió siendo mate. Sometido a presión, no rompió a sudar de puro nerviosismo como me había pasado a mí, ni se desmoronó como la doctora Okenedo.

—Lo he expresado tal y como fue —replicó Polglase—. No acepta usted un no por respuesta, ¿verdad?

—Eso no es cierto.

—¿No es cierto que tiende a reaccionar con despecho cuando se siente rechazado?

—No es lo mismo en absoluto... ¿Puede hacer esto? —le preguntó a su abogada.

Nathaniel Polglase dirigió su respuesta al juez.

—Es relevante para hacernos una idea cabal de la personalidad del acusado, señoría.

—Continúe, señor Polglase —ordenó el juez.

Fiona Price esperó a que el juez no mirara para negar con la cabeza.

—¿No es verdad que abordó usted a la señorita Taylor en la hoguera, que se empeñó en acompañarla hasta su tienda y que la mañana del eclipse la siguió a pesar de que ella le pidió expresamente que no lo hiciera?

—No.

—Lejos de decidir de mutuo acuerdo ir a ver el eclipse desde el aparcamiento de las caravanas, la siguió usted y esperó su oportunidad hasta que la señorita Taylor se halló en un lugar tan apartado que pudo usted obtener sin permiso lo que deseaba desde la primera vez que se fijó en ella. ¿Verdad que sí, señor Balcombe?

—¡No!

Su negativa restalló como un latigazo en el aire enrarecido de la sala. Polglase esperó unos segundos para que los presentes captaran su resonancia mientras bebía un sorbo de agua. Jamie hizo lo mismo.

—Señor Balcombe, ¿le dijo expresamente la señorita Taylor que quería ver el eclipse con usted, con esas mismas palabras o con otras parecidas?

—No, pero no todo hay que decirlo, ¿no? —respondió Jamie a media voz.

—Yo diría que sí, señor Balcombe. Diría que el meollo mismo de este caso es el consentimiento expreso e inequívoco, pero pese al uso repetido de la palabra «no»...

Polglase hizo una pausa para que sus palabras resonaran en la sala y yo contuve la respiración: si el fiscal basaba su argumentación en la declaración de un testigo, Kit sabría que solo podía referirse a mí... y que yo no le habría ocultado una cosa semejante.

—Usted actuó en sentido contrario, ¿no es cierto?

Volví a salvarme por los pelos otra vez. Miré a Jamie.

—No —respondió cerrando los ojos.

—Violó usted a la señorita Taylor, ¿verdad?

Abrió los ojos bruscamente y miró a Polglase a la cara.

—¡NO!

No. No. No. No. La palabra retumbó en la sala hasta que Polglase, recogiendo su eco, añadió:

—No hay más preguntas, señorita.

La brusquedad con que dio por concluido el interrogatorio nos cogió a todos por sorpresa. Jamie Balcombe miró perplejo a sus padres. Le habían despojado de la oportunidad de responder. Sally Balcombe profirió un susurro tranquilizador que su hijo no podía oír.

A Fiona Price solo le quedaba un testigo más que llamar al estrado. Christobel Chase era una chica delgaducha con un vestido verde claro que hizo el juramento laico con voz clara y estridente y afirmó haber conocido a Jamie Balcombe la primera semana que pasó estudiando en la Universidad de Bath, en su calidad de novia formal de un antiguo compañero del equipo de remo de Jamie.

—Me gustaría que nos hablara de un incidente acaecido en el último trimestre de su primer curso en Bath, cuando el acusado, el señor Balcombe, acudió en su ayuda —dijo la señorita Price.

—Por supuesto —dijo Christobel—. Estábamos en el baile de Navidad y yo

estaba borracha como una cuba. Debía de haberme bebido unas dos botellas de vino en el curso de ocho o nueve horas. —Miró a Antonia y luego a Jamie, en el banquillo—. En algún momento me fui de la fiesta y acabé dando tumbos por el campus. No encontraba el camino para volver a casa. Jamie se dio cuenta de que ya no estaba en la mesa y salió a buscarme. Yo casi no me tenía en pie y él me acompañó a mi cuarto, me sujetó el pelo mientras yo vomitaba en el váter, lo que me dio muchísima vergüenza, me ayudó a acostarme y puso un cubo junto a la cama por si acaso volvía a vomitar por la noche.

Price asintió.

—¿Cómo calificaría usted su conducta?

—Se portó como un perfecto caballero —dijo Christobel—. Ojalá todos fueran así.

—Gracias, señorita Chase.

Nathaniel Polglase se rascó la cabeza por debajo de la peluca.

—Señorita Chase, en aquel momento salía usted con uno de los mejores amigos del señor Balcombe, ¿no es así?

—Sí, eso es, con Laurence. Todavía somos pareja.

—Si el señor Balcombe se hubiera aprovechado de usted, ello sin duda habría tenido repercusiones dentro de su círculo social, ¿verdad?

—Pues... sí. Pero él no habría hecho tal cosa.

—Hay un abismo, señores y señoras del jurado, entre abordar a una joven que se encuentra sola a muchos kilómetros de su hogar, en un festival remoto, y tratar con cariño a una mujer con quien ya se tiene una relación de amistad y por quien, podríamos decir, ya se siente respeto. Ningún pájaro ensucia su propio nido, como creo que afirma el dicho popular.

—¡Señor Polglase! —dijo el juez—. Esto roza peligrosamente el alegato. ¿Tiene usted alguna pregunta para la testigo?

—Mis disculpas, señoría.

Polglase cerró el archivador que tenía delante con un chasquido. Seguramente aquel gesto tenía como fin ocultar su irritación, pero solo consiguió ponerla más aún de manifiesto.

—Con eso doy por concluido mi turno de preguntas.

El juez Frenchay miró el reloj.

—Dejaremos los alegatos finales y mi recapitulación para mañana —anunció.

Yo ya me lo esperaba, pero aun así sentí un ápice de decepción: ni Kit ni yo estaríamos allí para verlo. Teníamos billetes reservados para volver a Londres a la mañana siguiente y apenas nos quedaba dinero para comer, y mucho menos

para pagar otros billetes de tren y otra noche de hotel.

Cuando nos pusimos en pie para acompañar la salida del juez, me estrujé el cerebro. Los alegatos del día siguiente seguramente harían alguna referencia a mi declaración. Fiona Price trataría de desacreditarme otra vez poniendo de relieve las incoherencias de mi testimonio. El juzgado de Truro era el último lugar del mundo donde me apetecía estar.

—Da miedo lo convincente que ha estado él —comenté mientras bajábamos por la cuesta.

Kit me cogió de la mano y me acarició la palma en círculos con el pulgar.

—¿Y si es verdad que lo hizo pero aun así se considera inocente? —preguntó—. ¿Y si ella pensó que era una violación y él no?

No estaba asumiendo el papel de abogado del diablo, sino más bien manifestando una especie de solidaridad masculina atávica. Me di cuenta por vez primera de que los hombres debían de temer aquella acusación en el mismo grado en que las mujeres temíamos el ataque.

—¿Crees que es posible? —añadió.

Hicimos un alto al llegar al puente. El Kenwyn fluía velozmente allá abajo y dos bolsas de plástico descoloridas se perseguían en la corriente.

—¿Sinceramente? —pregunté con la mirada fija en el agua. Las bolsas de plástico se separaron en una bifurcación de la corriente y desaparecieron bajo el puente—. Creo que hay hombres que sienten un odio tan hondo por las mujeres que ni siquiera son conscientes de ello. No creen estar violando nada porque ni siquiera consideran que sea necesario el consentimiento, y punto. Puede que Jamie Balcombe sea uno de ellos. No lo sé.

—Pero eso no es excusa, ¿verdad? —preguntó Kit.

—Santo cielo, no —respondí yo—. Eso lo hace aún peor.

El martes siguiente, al entrar en el piso, encontramos encendida la lucecita roja del contestador.

—Este mensaje es para Christopher McCall y Laura Langrishe —dijo una voz conocida y solícita—. Soy la sargento detective Carol Kent, de la Policía de Devon y Cornualles, y acaban de dar las tres del martes dieciséis de mayo. Tenemos ya el veredicto. Ha tardado casi todo el día, pero el jurado ha declarado culpable a Jamie Balcombe por una mayoría de diez a uno. El juez ha dictado sentencia hoy mismo, teniendo en cuenta que los comparecientes venían de muy lejos. Le ha condenado a cinco años de prisión, la pena máxima que podía dictar

en un caso de agresión como este. Ha querido dar ejemplo con su sentencia, en cierto modo. Quizá les agrade saber que Elizabeth estaba presente en el momento del veredicto y creo que está muy contenta. Nosotros, por nuestra parte, lo estamos. —Al llegar aquí, hizo una breve pausa—. Quería darles las gracias por su cooperación. Si le han mandado a prisión, ha sido en gran parte gracias a su testimonio.

Se apagó la lucecita y no había más mensajes. «El jurado le ha calado», pensé yo, y fue como si alguien aflojara un gigantesco tornillo que hasta entonces había permanecido tan apretado a la altura de mis hombros, que de pronto sentí los brazos como dislocados. Me dejé caer contra Kit.

—Se acabó —dije apoyada en su pecho, oyendo cómo le latía el corazón.

# **SEGUNDO CONTACTO**



**LAURA**

19 de marzo de 2015

El sol cruza muy poco a poco la luna robándole su luz. Kit está en la falda desierta de una montaña, los ojos fijos en el cielo. Beth se acerca a él sigilosamente, al amparo de la oscuridad. «Esto todavía no se ha acabado», repite una y otra vez. Empuña un trozo de cristal puntiagudo, pero son mis manos las que sangran, no la suya. Intento gritar para avisar a Kit, pero no me sale la voz: Jamie Balcombe me tapa la boca con la mano.

Me despierto de la pesadilla, pero la vívida escena tarda un minuto entero en disiparse. Me agarro la tripa y me tumbo de lado, con los ojos abiertos de par en par. Una farola arroja la luz sucia de Londres por las rendijas de la ventana y el reloj de la mesilla marca las 3:59 de la madrugada, más o menos la misma hora a la que me desvelé ayer. Me pongo con esfuerzo a cuatro patas y cojo la almohada de Kit. Intento concentrarme en el algodón fresco que tocan mis manos, pero esa imagen mental se ha grabado a fuego en mi conciencia, como el sol en una retina sobreexpuesta a su luz. Le mando un mensaje.

*¿Estás despierto?*

Lo que de verdad quiero saber es si está vivo.

Nada más hacerlo, me arrepiento de haberlo enviado. Una cosa es ser una histérica y una controladora en casa (soy yo quien lo dice, no él, aunque debe de pensarlo). Pero que le dé la lata a través de varias franjas horarias no tiene justificación.

Otra vez estoy perdiendo los nervios. Como no contesta pasado un minuto, el latido de mi corazón se vuelve audible. Uno de los bebés da un salto mortal

dentro de mí provocándome una horrible sensación de vértigo y así, sin más, caigo en caída libre. Cuando la ansiedad se apodera de mí, mi parte más desquiciada se aparta por completo de la racional. Mi yo lógico y capaz contempla horrorizado desde una orilla lejana cómo me debato en la corriente turbulenta que yo misma he creado. Así es como me siento ahora, mientras llamo al móvil de Kit. Salta el buzón de voz tres veces seguidas y me asalta una nueva imagen: Kit está apoyado en la barandilla del barco, Beth le pilla desprevenido, tira su teléfono por la borda y luego se dispone a empujarlo...

Un rato después, me descubro en el cuarto de estar a oscuras, tiritando bajo la bata, con las Uggs puestas y la barriga descansando sobre las piernas cruzadas. Al encender el iPad, su pantalla refleja mi cara un instante: un espectro de ojos hundidos, larga cabellera blanca y mejillas hundidas. La noche disuelve la disciplina propia del día y la doble O del logotipo de Google me devuelve mi mirada fija.

Mi pensamiento descontrolado se pone en acción. Voy a llamar al barco, a pedir al personal que vaya al camarote de Kit, o quizá, por si acaso eso les parece una locura (¡ja!), puedo preguntarles si tienen constancia de que todos los pasajeros del Princess Celeste se encuentran a bordo. Pero el único número que encuentro es el de la agencia de viajes y resulta que no contestan al teléfono a las cuatro y cinco de la madrugada.

Busco MUERE TURISTA APUÑALADO MUJER DESEQUILIBRADA ECLIPSE FEROCES CHRISTOPHER MCCALL BETH TAYLOR PRINCESS CELESTE MAR DEL NORTE en todas las agencias de noticias: en Press Association, en Reuters, en la BBC, en Sky News... Seguro que, si ha pasado algo, alguna habrá dado la primicia. La paz momentánea que siento al ver que mi búsqueda no da resultados queda invalidada de inmediato por la idea de que puede haber ocurrido algo espantoso y no haberse denunciado aún.

Busco los mismos términos en Google, por si acaso. «Basta», me ordena mi yo racional. «Te estás poniendo enferma. Estás inundando a tus niños con hormonas del estrés». La parte dominante de mi cerebro contesta haciendo una peineta y le doy a *intro*. Esta vez, internet me manda a YouTube y me pongo a mirar instintivamente entre los dedos, como una niña. Compruebo, a pesar del filtro de mis manos, que ninguno de estos vídeos es *el vídeo*. Son grabaciones de aficionados, pero recientes. Una de ellas es de esta misma tarde: una película de diez minutos en la que se ve la puesta de sol sobre el mar del Norte. Hago clic, indecisa. No hay música, solo una peliculita del atardecer grabada por alguien. La veo entera, fijándome únicamente en el fulgor de la luz cobriza sobre el agua

plateada. Oleada tras oleada, una respiración tras otra, recupero lentamente la calma. Ahora, llamar una y otra vez al número de Kit me parece, en el mejor de los casos, una ridiculez y, en el peor, una temeridad. Dará por sentado que ha surgido una emergencia. Vuelvo a coger el teléfono.

*Perdona no me hagas caso estoy bien solo es que he tenido una pesadilla. Los bebés, etc., todo bien.*

Cuando acaba el vídeo del ocaso, cambia la lista de vídeos de la barra lateral. Me preparo para ver un plano congelado del vídeo subiendo por la pantalla, pero por lo visto estoy a salvo. Son películas subidas por científicos, no por hedonistas. Los cazadores de eclipses que publican en internet suelen dividirse en dos tribus: los astrónomos aficionados serios entre los que se encuentra Kit y la tropa de los fiesteros *new age*. Los primeros superan con creces a los segundos, de modo que, si se quiere encontrar el vídeo, seguramente habría que incluir el término «festival» en la búsqueda.

El Princess Celeste solo aparece en el título de un vídeo más.

*Crucero para ver el eclipse. Un tío borracho soltando chorradas en el Princess Celeste. PARA PARTIRSE.*

El relojito de la esquina indica que son las cuatro y veinte. Noto que aún faltan horas para que me duerma. No me vendría mal reírme un poco. Selecciono el vídeo y le doy al *play*.

**LAURA**

16 de mayo de 2000

Nuestro apartamento en Clapham Common Southside era un cuarto sin ascensor con un balconcito que daba al parque. En invierno, las ramas desnudas dejaban a la vista las mansiones del lado norte, pero en verano el mundo de más allá se acababa en las copas de los árboles más próximos. Para llegar a nuestro piso había que subir ochenta y cinco escalones que zigzagueaban, bien apretados, entre descansillos sin ventanas. A los otros tres pisos se accedía por el callejón de atrás, de modo que, una vez cerrada la puerta, estábamos a nuestras anchas. No había otros vecinos por los que hubiera que limpiar la escalera. Nada nos impedía bajar a buscar el correo en cueros. Bromeábamos con la posibilidad de instalar una barra de bomberos para ahorrarnos unos segundos por las mañanas, en el trayecto al trabajo, un ritual del que todavía hablábamos con ese tono entre vergonzoso y engreído de los jovencitos que acaban de incorporarse al mundo laboral. El papel pintado de la escalera estaba decrepito y abombado, y aquí y allá se levantaba dejando ver una capa de pintura de color verde intenso que, según decía Kit, era probablemente de época victoriana y estaba, por tanto, contaminada con arsénico. Yo creía que lo decía en broma hasta que una vez amenacé con chupar la pared y se asustó tanto que me retiró de un tirón.

Solo había dos habitaciones propiamente dichas: nuestro dormitorio en la parte de atrás y un cuarto de estar largo y un poco inclinado, equipado con una cocinita. Los electrodomésticos tenían más años que nosotros, la puerta del dormitorio no cerraba bien, el extractor de aire de la ducha hacía tanto ruido que, cuando el baño estaba ocupado, no se oía la radio. No había suficientes tomas de

corriente para enchufar todos los aparatos de Kit y los cables negros se retorcían formando marañas junto a cada enchufe y debajo del teléfono.

El piso era minúsculo (teníamos la mitad de nuestras cosas metidas en cajas en el desván de Adele), pero era nuestro. Era de los dos.

El mapa de eclipses de Kit ocupaba un lugar de honor sobre un viejo futón que había sido de Adele. Una o dos veces por semana lo convertíamos de sofá en cama, cuando Mac salía casi a rastras de algún garito de mala muerte al sur del río o (lo que ocurría cada vez con más frecuencia) cuando Ling se negaba a abrirle la puerta. Me acostumbré a encontrarlo inconsciente en nuestro cuarto de estar, con un barreño para vomitar a su lado. Ya había perdido un molar y su cara empezaba a hundirse sobre sí misma, presagiando el aspecto que tendría Kit a los cincuenta. Solo tenía veintidós años.

Kit había convencido al kiosquero del barrio de que pidiera periódicos del West Country. No habría hecho falta: la prensa nacional también se hizo eco del veredicto del caso Balcombe. Kit volvió del kiosco con un ejemplar de *The Cornishman* bajo un brazo y media docena de tabloides y periódicos serios bajo el otro. Los leímos todos en nuestro balcón, con una tetera y un montón de tostadas en medio, inmersos en un silencio que solo por mi parte estaba cargado de nerviosismo. Kit empezó por los periódicos regionales. El *Cornish Times* traía una entrevista con el agricultor Rory Polzeath, al que lo sucedido en sus tierras no solo había dejado en la ruina, sino también con el ánimo por los suelos.

Me puse negros los dedos siguiendo los titulares como una loca, preguntándome en cuál de ellos, si es que había alguno, se descubriría mi mentira. *El violador del eclipse hallado culpable*, proclamaba *The Sun*. *El niño de papá se declara inocente*, decía el *Daily Mail* en un artículo que se centraba en cuánto había costado la casa de la familia de Jamie Balcombe, en el coste de su educación y en la vaporosa relación de su padre con el príncipe de Gales. De mi testimonio no decía nada y, aunque me dieron ganas de tirar el periódico contra la pared de puro asco, se lo pasé a Kit para ganar un poco de tiempo.

Una columnista del *Times* afirmaba que la violación era un ejemplo de todo aquello que fallaba en la «escena alternativa»: un aviso a navegantes para los padres cuyos hijos frecuentaban los festivales de música. Sentí que se me encogía todo el cuerpo. El *Telegraph* iba aún más lejos. El titular *El juez impone al violador del festival una sentencia ejemplarizante* daba paso a una elegía acerca de la malograda carrera profesional de Jamie.

—Pero ¿de qué lado están, joder? —le dije a Kit, olvidando por un momento el interés personal que tenía en los artículos—. ¿Es que se supone que tiene que darnos pena?

—Ay, Señor —respondió él, añadiendo el *Telegraph* a su montón de periódicos pendientes.

Al leer el *Daily Mirror*, clavé los ojos en una frase que me heló la sangre en las venas:

*Hubo varios momentos de tensión durante el juicio, entre ellos la comparecencia de un testigo crucial que dudó al prestar declaración.*

No me atreví a seguir leyendo estando Kit tan cerca que podía leer por encima de mi hombro. Escondí el *Mirror* entre las páginas de una sección de deportes que habíamos separado y que sabía que ninguno de los dos se molestaría en leer y más tarde lo tiré todo al cubo de reciclaje.

La periodista de la media melena, que yo creía que escribía para el *Guardian*, resultó ser del *Independent*. La fotografía de Georgie Becker que acompañaba al artículo tenía diez años de antigüedad como mínimo, pero sus palabras fueron las primeras con las que pude identificarme.

*LA REACCIÓN MÁS FRECUENTE A LA VIOLACIÓN ES LA PARÁLISIS.  
POR FIN UN JURADO LO RECONOCE.  
POR FIN UN JUEZ HABLA EN NOMBRE DE LAS VÍCTIMAS.*

*«Oír que se bajaba la bragueta fue como oír el chasquido del cañón de una pistola al encajar en su sitio. Eres mi rehén, límitate a hacer lo que te diga. No podía defenderme, me quedé paralizada. Solo quería que acabara de una vez». Son palabras de la víctima de veintinueve años de Jamie Balcombe, el joven que la semana pasada fue condenado por una violación cometida durante un festival de música celebrado en Cornualles con motivo del eclipse total de sol, en agosto del año pasado. El enérgico testimonio de la víctima hace añicos el discurso dominante según el cual la resistencia a una violación se manifiesta en una lucha a brazo partido, hasta tener la boca y las uñas llenas de sangre. Sin embargo, para la mayoría de las víctimas el miedo resulta paralizador.*

*Las agresiones sexuales en las que las partes ya se conocían previamente son, como es bien sabido, difíciles de encausar. Así pues, ¿qué es lo que ha salido bien en este caso? La acusación contra Balcombe presentaba características poco frecuentes: existían, en primer lugar, pruebas fehacientes que corroboraban los hechos (dado que en un tribunal no basta únicamente con la*

palabra de la víctima) y, en segundo lugar, la mujer agredida reconoció que posiblemente no habría acudido a la policía de no ser porque la agresión se vio interrumpida por la aparición accidental de dos personas cuyo testimonio resultó crucial a la hora de establecer la culpabilidad del acusado.

Al llegar a este punto sentí que se me helaba la sangre en las venas, pero el detalle que me inculpaba no aparecía mencionado. Sentí primero una oleada de alivio y un instante después me estremecí de asco al pensar que pudiera sentir alivio sabiendo que Beth había pasado por un calvario mucho peor que el mío. Seguí leyendo con los ojos empañados por las lágrimas.

*La víctima de Balcombe dio muestras de enorme entereza al prestar declaración y corroborar punto por punto sus declaraciones previas cuando fue interrogada por la abogada de la defensa, Fiona Price. Se vio obligada a exponer ante la sala del tribunal su historial sexual y a hacer recuento de todas sus parejas desde el momento en que perdió la virginidad hasta el día de autos. Mientras se veía sometida a este suplicio, tuvo que escuchar cómo la letrada se refería insistentemente a su violador empleando los términos «pareja sexual» y cómo afirmaba que la joven había sufrido durante el eclipse «un momento de enajenación» del que se avergonzaba. Era, por tanto, su propia falta de autodominio la que estaba en entredicho. En cierto momento la joven gritó: «¡Esto es peor que una violación!».*

*El magistrado que presidía la vista, el juez Frenchay, intervino en dos ocasiones para ordenar un descanso con el fin de que la víctima pudiera recobrase, lo que pone de manifiesto su simpatía hacia la víctima. El interrogatorio de la señorita Price no puede calificarse en modo alguno de ilegal. Por el contrario, es un rasgo característico de los juicios por violación en los que lo que se trata de dilucidar no es la identidad del agresor, sino si hubo consentimiento o no por parte de la víctima. El hecho de que la vida sexual de la joven agredida fuera una sucesión inofensiva de relaciones monógamas es (o debería ser) irrelevante. Lo importante es que el interrogatorio equivalió a un acto de guerra psicológica, a un intento de erosionar la escasa dignidad que conservaba la víctima.*

*Dentro de poco, sin embargo, cambiará el panorama: la llamada «Ley Escudo», la enmienda a la Sección 41 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal que entrará en vigor a finales de este año, acotará significativamente los límites del interrogatorio al que pueden ser sometidas las víctimas de violación en todo lo*

relativo a sus antecedentes y su conducta sexual.

Al dictar sentencia, el juez Frenchay se dirigió al acusado en los siguientes términos: «Es usted un oportunista que, llevado por la arrogancia, abordó premeditadamente a una mujer cuando se hallaba sola y, al verse rechazado, hizo todo lo posible por aislarla aún más, hasta que estuvo indefensa frente a su agresión. Hizo caso omiso de sus súplicas. Actuó deliberadamente y demostrando un desprecio absoluto hacia su integridad física y emocional. Así pues, la soberbia que ha demostrado y su percepción de las mujeres como simples objetos de uso me llevan a sentenciarle a la pena máxima prevista para este crimen».

El juez Frenchay y el jurado han dado un pequeño paso para que se efectúe un cambio duradero en favor de las víctimas de violación. Confiamos en que ello sea síntoma de que se avecinan cambios significativos.

—¿Y el *Mirror*? —Kit se removió a mi lado—. Creía que lo había comprado.

—Yo no lo he visto —contesté procurando no mirar el cubo de reciclaje.

—Qué raro. —Se rascó el cuello y abrió el *Express*—. Vaya, nuestra amiga del juzgado.

Ali (o Alison Larch, como firmaba sus artículos) había conseguido por fin su entrevista con Antonia Tranter. Era un artículo a doble página. La pelirroja me miraba con expresión suplicante desde debajo del titular, que rezaba: *JAMIE, TE ESPERARÉ*. Lo tiré al suelo.

—Te entiendo perfectamente —dijo Kit—. Yo ya he tenido suficiente. —Amontonó los periódicos con cuidado—. Acuérdate de que he quedado con Mac para tomar una cerveza antes de comer.

—¿Seguro que es buena idea?

—Si no puedes vencerlos, únete a ellos. Por lo menos así me enteraré de en qué anda metido. Si es que aparece, claro.

Hablaba con el aire de un soldado veterano dispuesto a entrar en batalla.

En el piso solo se oía el leve estrépito de sirenas y cláxones que llegaba de la calle. Era la primera vez que me quedaba sola desde hacía días y de pronto me pesó la soledad. Kit había salido con Mac, y Ling estaba atareada con el bebé, así que no tenía a nadie a quien llamar para ir a echar una partida de billar o dar una vuelta por el mercado de Brixton.

Por entretenerme en algo, calenté leche para hacerme un café y leí el artículo de Alison Larch en el *Express*. Antonia —decía— había perdonado a Jamie su «infidelidad» («¡Hay que joderse!», le grité a la página), pero estaba todavía

conmocionada por lo que ella consideraba un atropello judicial. La familia Balcombe, asesorada por su camarilla de abogados, estaba tan convencida de que el caso sería desestimado y, posteriormente, de que Jamie sería declarado inocente, que hasta le habían comprado un piso para que se instalara en él tras su puesta en libertad, un piso por el que ahora Antonia «vagaba» sola mientras el pobre Jamie se hallaba preso en un ala de la prisión poblada por violadores en serie y pederastas. A Beth no se la mencionaba por su nombre, desde luego, pero se hacía referencia a ella como la «persona que había acusado a Jamie», sin citar en ningún momento la palabra «víctima». Estaba intentando refrenarme para no hacer trizas el periódico cuando sonó mi móvil y vi que era un número desconocido. Puse a calentar el hervidor y cogí el teléfono.

—Soy Beth.

Me quedé muda de asombro. No estaba acostumbrada a leer sobre una persona en la prensa nacional y que acto seguido me llamara por teléfono. Había dado por hecho que, puesto que el veredicto la había favorecido, no volveríamos a tener noticias suyas.

Beth se tomó a mal mi silencio.

—Elizabeth Taylor —puntualizó, aunque creo que solo ahora, al volver a recordarlo, adquieren sus palabras un tono petulante—. Ya sabes, de Cornualles.

—Sí, perdona, sé quién eres, claro —dije—. Madre mía, qué alegría saber de ti. ¿Cómo estás? ¿Qué debería decirte? «Enhorabuena» no me parece muy adecuado.

—No lo sé —contestó—. Ahora mismo, siento sobre todo alivio. Estoy en casa de mis padres, en Gedling. Pero, si te digo la verdad, no sé muy bien qué hacer con mi vida.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que me estaba pidiendo consejo. Pero no podía darle ninguno: yo era la última persona a la que debía recurrir para que la aconsejara.

—El caso es que ya sé que dijiste que solo me pusiera en contacto contigo si las cosas se iban a la mierda, pero no quería despedirme sin darte las gracias. No solo por declarar en el juicio, sino por hacerte cargo de mí después de lo que pasó. No sé qué habría pasado si no hubierais aparecido. Seguramente no habría tenido huevos para hacer esto sola. Y el fiscal dijo que tu declaración había sido fundamental. Por cómo me habías defendido. Así que... en fin, te debo una.

Miré otra vez la foto de Antonia Tranter que traía el *Express* y confié en que Beth no hubiera visto la entrevista.

—Qué va, en absoluto —dije—. Cualquiera habría hecho lo mismo.

—No, nada de eso. —Su voz sonaba apremiante, excitada. Sé que no me estoy imaginando la vehemencia que se apoderó de ella en ese instante—. Creo que no sabes lo especial que eres. Y quiero que lo sepas. ¿Crees en el karma?

—Ojalá creyera —dije prudentemente.

—Pues yo sí, y creo que te mereces unos cuantos años de felicidad por esto. —Detecté una sonrisa en su voz. A mi espalda, el hervidor comenzó a gorgotear y el microondas emitió un pitido—. Bueno, te dejo, que seguramente estarás liada. Solo quería darte las gracias.

—De nada.

Acabé de leer la entrevista del *Express*, me tomé el café y me puse a pensar en Beth. Si nuestras vidas fueran otras, pensé, si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, podríamos haber sido buenas amigas.



**KIT**

19 de marzo de 2015

Apoyado en la barandilla de proa del Princess Celeste, contemplo el puerto de Tórshavn. No tenía una resaca así desde mis tiempos de estudiante. El olor a pescado que arrastra la brisa me revuelve el estómago. Llevo los pantalones del pijama debajo del impermeable naranja y, aunque llevo las botas, no me he puesto calcetines. Tampoco me he lavado los dientes, ni la cara, ni he encendido el móvil desde anoche. Richard ha ido a buscarme un café bien cargado, de los que o te matan o te curan. Aquí el aire está tan limpio que te dan ganas de bebértelo más que de respirarlo, y a mí me hace falta cada centímetro cúbico de oxígeno para quitarme de encima la borrachera de anoche.

Nuestro barco proyecta una sombra que abarca toda la bahía. Desde aquí se ve el pueblo entero, arracimado al borde del agua, y los montes de alrededor, que se suceden ondulando hasta donde alcanza la vista. Los acantilados de basalto surgen del mar como volcanes (lo que eran antaño). Casas pintadas de rojo salpican el paisaje gris de la ciudad. Parecen hechas de Lego, y el gentío que se agolpa en las calles, ataviado con ropas de colores primarios, parece salido de una caja de juguetes. Tenemos el día libre antes de que se produzca el eclipse y nada reservado hasta esta tarde, cuando cogeremos un minibús para subir a las montañas. Con solo pensarlo se me viene la bilis a la garganta.

No tengo energías ni para ir a desayunar, y menos aún para salir en busca de ese bar con las paredes revestidas de piedra.

—Quiero volverme a la cama —le digo a Richard cuando llega con mi elixir cafeínico, caliente y amargo, en un vasito de plástico.

—De eso nada —contesta—. Ahora mismo nos vamos a explorar.

El café surte efecto. En el agobiante cuarto de baño del camarote, me cepillo los dientes, me ducho, me visto y empiezo a sentirme casi humano. Solo entonces echo un vistazo al teléfono. Hay un mensaje de bienvenida de Føroya Tele deseándome una feliz estancia en las islas, varios mensajes inquietantes y tres llamadas perdidas de Laura.

*Ya estoy despierto, contesto. Una noche dura. Me alegro de que estés bien. Luego te llamo. Bss*

Dejo el teléfono en el camarote. Ya hablaré con ella luego. Richard y yo llenamos nuestras carteras con billetes de diez coronas nuevecitos y bajamos a Tórshavn. En las calles, los comercios locales venden la parafernalia habitual: camisetas, gorras de visera y gafas protectoras. Lo compro todo por duplicado para que mis hijos no tengan que pelearse por ver qué se queda cada uno. Estoy empeñado en que sean los dos cazadores de eclipses, no como Mac y yo. En todas partes venden jerséis de las Feroe como los nuestros, y empiezo a pensar que a lo mejor Richard y yo vamos un poquito horteras. Las tiendas y los cafés están llenos a reventar.

Richard ha comprado un mapa de papel.

—Estos almacenes construidos en madera pertenecían antiguamente a la familia real danesa —me cuenta mientras nos acercamos a una de las casas rojas.

—¡Madre mía, esto sí que es un desparrame!

—Vale, listillo, no te pongas sarcástico —contesta, y señala con la cabeza el bar más cercano—. ¿Otro traguito?

Pedimos cada uno una pinta de una cerveza clara y muy lupulada hecha especialmente para celebrar el eclipse fallido. Por lo visto, Sólarbjór ha fermentado en completa oscuridad y con luna llena. Podrían haberla hecho elfos y hadas bajo un arcoíris mágico, que ni así podría acabármela. Bebo un par de sorbos y la dejo a un lado. No pienso volver a beber nunca más.

En el Museo Nacional hay una crónica del último eclipse total de sol que se vio en las Feroe, en 1954. Delante del panel informativo la gente se agolpa en filas de a cuatro: lo nunca visto. Richard lee una cita del entonces geólogo oficial de la isla:

—«Lluvia y niebla, imposible trabajar» —dice—. Vaya. Por lo menos hoy no llueve.

—Todavía —dice una mujer vestida con chubasquero—. Según mi aplicación, las probabilidades de que llueva mañana son del cincuenta por ciento.

Me tapo la boca con la mano para sofocar un eructo con sabor a café.

—¿Qué tal te encuentras, camarada? —pregunta Richard.

—Yo diría que con el ánimo por los suelos.

—Tú por lo menos ya has visto uno —contesta, y se apoya teatralmente una mano sobre los ojos—. ¡Por favor, oh dioses del clima, no permitáis que muera virgen!

—Ja.

No me cae tan mal, después de todo.

Cuando volvemos al camarote, está sonando mi teléfono. La foto de Laura ocupa toda la pantalla y en la esquinita hay un mensaje que me informa de que tengo (ay, Dios) dieciséis llamadas perdidas tuyas. Me tiembla la mano cuando contesto.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¿Tú te has visto en internet, joder? —pregunta con voz chillona.

Noto que el ácido empieza a removérseme en el estómago. Debe de haber registrado mi ordenador con minuciosidad de forense si ha encontrado mis cuentas en las redes sociales. No es propio de ella, pero últimamente no parece la misma. No debería haberla dejado sola en casa.

—Todo lleva un nombre falso —respondo con voz estrangulada—. Ni siquiera sale mi foto, he tenido mucho cuidado de no dejar pistas.

Es verdad que lo he hecho: la foto de mi perfil es mi camiseta de *Chile '91*, y hasta he deshabilitado la ubicación de las pocas fotos que cuelgo. Es imposible que haya podido...

—¿De qué estás hablando? —pregunta—. ¡Pues claro que se te ve la cara, joder, y en primer plano! La has puesto al día de todo, ¿eh? ¡Dando el espectáculo en internet, y encima cantando un puto rap!

—¿Un rap? —repito tontamente, pero esa palabra estimula un recuerdo.

Anoche. Estuve haciendo el tonto delante de la cámara. Ay, Dios... Me inventé una rima con la lista de todos los eclipses que había visto. No recuerdo que nadie dijera que iba a colgarlo en internet. Claro que tampoco recuerdo haber avisado de que no lo colgaran. Hola, culpa, vieja amiga.

—¡Deberías tener prohibido beber! —grita Laura.

Me retiro el teléfono de la oreja como hacen los hombres en las teleseries. Sí, me he metido en un buen lío, pero Laura no se refiere a mi cuenta de Facebook y con el tiempo considerará esto un error, no una traición.

—Tienes que decirles que lo quiten, ahora mismo —está diciendo cuando

vuelvo a acercarme el teléfono a la oreja.

—Mira, lo siento, no sabía que iban a publicarlo.

—¡Es la regla número uno! ¡Que no te hagan fotos! ¡Y vas y dejas que te graben! —Se ha puesto a llorar.

—Por favor, no te alteres, no es bueno para los be...

—¡No me digas qué es bueno y qué no para los putos bebés!

Veo perfectamente las venas que le sobresalen en el cuello cuando pierde los nervios.

—Lo siento —repito, porque no tengo excusa—. Pero escucha, Laura, ella no está aquí. He recorrido el barco de arriba abajo. Por eso me tomé una copa, para celebrar que no nos ha seguido.

—Bueno, es que ya no le hace falta estar en el barco, ¿no? Ya sabe adónde vas. ¡Sabe el nombre del barco! ¡Y el de la ciudad! Seguro que ya se ha subido a un avión. Si es que no está ya allí.

Es la primera vez que tenemos una bronca gorda por teléfono. Busco algo que pueda tranquilizarla.

—Todos los vuelos a las Feroe estaban completos desde hace meses.

—No —contesta rotundamente—. Hay un vuelo chárter que sale de Inverness esta noche en el que ayer mismo quedaban dos plazas libres, y es literalmente el único modo de llegar allí. Y una de las plazas ya estaba reservada esta mañana, después de que tú decidieras hacer público tu paradero.

El enfado sofoca la culpa, le quita todo su filo. Es verdad que yo la he cagado, pero Laura tampoco ha cumplido su parte del trato. Prometió no alterarse husmeando en internet. No se ha tropezado por casualidad con el vídeo mientras hacía la compra o mandaba un *e-mail* de trabajo. Me la imagino sentada en el sofá con las piernas cruzadas debajo de la barriga, poniéndose cada vez más histérica a medida que iba haciendo clic con el ratón. Pero no digo nada. Nunca digo nada.

—Las probabilidades de que ese billete lo haya comprado ella son mínimas.

—Sí, ya, y las probabilidades de que nos encontrara en la puta Zambia eran casi nulas, y nos encontró.

—Eso fue distinto. Estábamos en un festival, lo tuvo chupado.

Se hace un silencio electrizado y dura tanto que le echo un vistazo al teléfono por si se ha ido la cobertura. Cinco barritas completas, alineadas como campanas tubulares. Laura está rumiando algo. Y yo no sé cómo arreglar esto a larga distancia. Ojalá pudiera tocarla.

—Laura, estás exagerando los riesgos.

—Pero ¿y si te encuentra?

«Entonces haré lo que tenga que hacer para librarme de ella», respondo para mis adentros, pero sé que si lo digo solo conseguiré que vuelva a soliviantarse.

—¿Sabes qué? —digo—. Deja que primero vea el vídeo. Luego te llamo, te lo prometo.

De vuelta en la cubierta, lo que le he dicho a Laura para tranquilizarla me suena a milonga cuando un pasajero al que no reconozco me choca la mano y me felicita por «mi poema».

Mierda.

En el salón, me refugio en mi sillón favorito, conecto los auriculares al teléfono y, notando una especie de náusea, me meto en YouTube. Solo puede ser *Crucero para ver el eclipse. Un tío borracho soltando chorradas en el Princess Celeste. PARA PARTIRSE*.

Me prometo a mí mismo no volver a beber durante el resto del viaje, como no sea limonada, y le doy al *play*. No creía que uno pudiera sonrojarse no habiendo nadie delante, pero noto que se me encienden las mejillas al ver mi cara amoratada de borracho farfullando la lista de todos los eclipses que he visto desde el de Chile 91 (yo lo llamaría «monólogo» más que «rap» o «poema», pero en fin...). Si, en mi idiotez de beodo, pensaba que la gorra era un buen disfraz, me equivocaba. A esas alturas se me había subido casi a la coronilla y ni siquiera me proyectaba sombra sobre la cara. Hay dos cosas buenas, supongo. La primera es que llevaba la chapita con mi nombre en el jersey y me la quité mucho antes de mi actuación estelar, y la segunda es que mi nombre no se menciona en ningún sitio. Ni Christopher, ni mucho menos Kit. Me presentan como «un señor educado y muy culto». Además, lo único que digo de Cornualles 99 es que hubo «unas nubes de agárrate y no te menees», a lo que el público responde con abucheos, no sé si porque se compadecen de mi mala suerte o porque la rima les parece espantosa. No creo que sea un error de seguridad tan grave como imagina Laura, pero es indudable que me he portado como un auténtico gilipollas.

Doy un brinco cuando alguien me pone la mano en el hombro.

—¿Así que has visto el videoblog de Darren? —Richard se deja caer en el sillón de enfrente—. Acaba de contármelo. Iba a verlo ahora tranquilamente.

No sé qué pinta tiene mi cara, pero Richard parece compadecerse un poco de mí.

—Venga ya, no estabas tan pedo. Fue divertido, tuvo gracia.

—Joder, odio la tecnología —digo apoyando la cabeza en las manos—.

¿Cómo es posible que esto esté permitido?

—Son las normas del crucero. —Richard parece compungido—. ¿No te lo dije? Fue cuando te levantaste para ir a mear.

Rebobino lo sucedido la noche anterior. Debe de referirse a cuando me escabullí para ir a buscar el nombre de Beth en la lista de pasajeros.

—Repartieron pegatinas entre la gente que no quería que la grabaran porque había tantas cámaras filmando que no había impresos de autorización para todos. Es una práctica habitual. Hay que avisar a la gente de que las imágenes pueden aparecer en las redes sociales.

—¡Menuda gilipollez! —contesto yo.

—Sí, sienta un precedente chungo —conviene Richard—. Pero así son las cosas. La cultura de la exclusión voluntaria. La verdad es que deberíamos haber abierto un debate al respecto en su momento, pero como nadie dijo nada... Pero ¿qué es lo que pasa? ¿Es que te preocupa lo que vayan a decir en el trabajo?

¡En el trabajo! Ni siquiera he pensado en eso.

—Sí —respondo—. En el trabajo.

Por fin consigo localizar a Darren, el *videoblogger*, un tipo hirsuto con camiseta desteñida que está jugando a las máquinas tragaperras en el pequeño salón de juegos. Sonríe al reconocermelo pero me hace señas de que me aparte hasta que acabe la partida. Se pasa un siglo apretando botones gordos y brillantes, y yo tengo que hacer un esfuerzo por no tirar del enchufe.

—¿Qué puedo hacer por ti? —pregunta por fin—. ¿Estás disfrutando de tu fama?

Espero que no me haga suplicarle.

—Pues la verdad es que no —contesto—. Necesito que lo quites ahora mismo. Esto podría tener consecuencias muy graves para mí en el trabajo.

—Pero si dijiste que no pasaba nada —afirma Darren, aunque ni él mismo parece convencido.

—Estaba borracho como una cuba. Habría dicho que sí a cualquier cosa.

—Vale, eso está hecho —dice—. Espera a que eche una partida más aquí, a ver si recupero algo de pasta —añade haciendo tintinear las monedas que lleva en el bolsillo.

—¿No puedes hacerlo ahora mismo?

Nunca se me ha dado bien dar órdenes a otros hombres, así que me preparo para que me mande a tomar por culo, pero él vuelve a guardarse sus monedas.

—Espera aquí —dice—. Voy a buscar mi tableta. Para que veas que lo quito.

En el salón de juegos, las luces de colores primarios relampaguean en la

oscuridad, sacando de nuevo a flote mi resaca. Me voy al vestíbulo antes de que me dé un ataque. Darren vuelve al cabo de tres minutos. Baja los ojos como avergonzado, pero la verdad es que le cuesta contener una sonrisa.

—Puedo quitarlo, no hay problema. Enseguida lo hago.

Con un par de pasadas de la mano borra el vídeo de su cuenta. Pero noto por la cara que pone que hay una pega.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Me da un poco de corte decírtelo... Te has vuelto viral, aunque no mucho. El profesor Brian Cox retuiteó el vídeo. Diecinueve mil reproducciones en estas últimas dos horas. Aparece destacado en la barra lateral de YouTube.

Se esfuerza por poner cara de pena, pero no puede disimular su alegría. Doy media vuelta, cabizbajo. El dibujo de la moqueta parece retorcerse bajo mis pies. Cualquiera que esté buscando a un aficionado a los eclipses, lo verá. Es casi como si hubiera dado mis coordenadas exactas. Se me acelera el pulso al pensar que quizá esté a punto de volver a encontrarme cara a cara con Beth, y solo en parte es por miedo. Puede que necesite esa confrontación. Puede que mi subconsciente alcoholizado haya tomado una decisión que, estando sobrio, no he tenido cojones para tomar en quince años.

**LAURA**

18 de mayo de 2000

Tenía intención de sincerarme con Ling respecto a lo que había pasado esa semana en el juicio. El impulso de contárselo todo se me retorcía dentro como algo vivo mientras iba en el tren hacia su casa nueva en Green Lanes. Cambié de línea en Leicester Square e hice el resto del trayecto bajo tierra, sin enterarme de por dónde iba. La gente del norte de Londres sigue quejándose de que el sur de la ciudad está en el fin del mundo porque la red de metro no llega hasta allí, pero para mí eso es una ventaja: así, uno puede conocer de verdad sus calles. Londres al sur del río parecía una ciudad auténtica, una extensa y laberíntica mezcla de barrios unidos por autobuses y trenes al aire libre. El norte, en cambio, era para mí en aquel entonces un *collage* de poblaciones aisladas a las que solo se llegaba en metro y que jamás se conectaban en superficie: círculos en un mapa, tan distantes como estrellas. «Turnpike Lane, sin ir más lejos», pensé mientras contaba las calles victorianas idénticas que me faltaban para llegar al piso nuevo de Ling. ¿Dónde coño estaba eso? Era incapaz de contextualizarlo. Antes de que llegara la gentrificación, Haringay Ladder era uno de esos barrios a los que solo ibas si no te quedaba más remedio, el tipo de sitio que los pobladores del sur de Londres no conocían ni siquiera de oídas.

Cuatro meses después, ese me parecería su principal atractivo.

Ling abrió la puerta de su piso del sótano cuando yo estaba aún en el peldaño de arriba de la escalera. Llevaba a Juno apoyada boca abajo en el hombro.

—Ha vuelto a hacerlo —me dijo rompiendo a llorar con la nariz llena de mocos—. Se largó con mi tarjeta y hace dos días que no lo veo. Yo no puedo con

esto sola, Laura. No puedo, joder. Perdona, pasa, pasa.

Crucé cuidadosamente el umbral para adentrarme en el caos. Cuando la gente comenta que está de pañales hasta las trancas suele decirlo metafóricamente, pero en el caso de Ling era cierto: se movía literalmente entre montones de pañales sucios, peles, mantas y trapos, lo sucio revuelto con lo limpio. Mientras me preguntaba dónde podía sentarme, el tendedero que había en un rincón se derrumbó bajo el peso de la ropita que sostenía y la historia que yo tenía en la punta de la lengua volvió a deslizarse hacia mi garganta. No podía cargarla con mis penas estando en aquella situación. Creo que ya en ese momento comprendí que la suerte estaba echada: sentí cómo aquel secreto se me solidificaba dentro. Si la venganza es un plato que se sirve mejor frío, la confesión debe servirse en caliente o no servirse.

—Creo que me estoy muriendo —dijo Ling—. En serio, creo que voy a palmarla, esto me está matando.

Abarcó con un gesto la caótica habitación, deteniendo un momento la mano sobre una botella de vodka vacía que había junto al cambiador, y luego apoyó suavemente el puño cerrado sobre la espaldita de Juno como poniendo punto final a su declaración. Kit y yo sabíamos desde hacía tiempo que las borracheras de Mac no eran un simple desahogo, la espita de salida de un padre primerizo, pero en aquel momento cobré conciencia por primera vez de que el desánimo de Ling tampoco era la típica depresión posparto: tenía raíces más profundas. Se precipitaban ambos hacia una crisis al mismo tiempo que nosotros y en paralelo, razón por la cual siguen sin saber todo lo que pasó.

—Vamos —le dije cogiendo a Juno—, venga, no pasa nada.

El pelo de la niña era una corona negra y ondulada alrededor de una esfera dorada: un eclipse total en negativo. Era mi sobrina en todos los sentidos aunque no nos uniera la sangre, y creo ahora que por eso Kit y yo no teníamos entonces ninguna prisa por ser padres. No solo porque el cariño que sentíamos por Juno mantuviera en suspenso nuestro instinto paternal, sino por cómo implosionaron Mac y Ling como pareja después de que naciera. Valorábamos demasiado nuestra relación para permitir que eso nos pasara a nosotros.

Mandé a Ling a la cama y, mientras Juno pataleaba en su esterilla de juegos, hice un intento desganado de recoger la casa. Puse una lavadora, doblé ropa y guardé en bolsas las cosas de bebé que ya no le servían a Juno. Cuando se puso a llorar le di un biberón, conseguí que eructara y la cambié. Mientras iba quedándose dulcemente dormida sobre mi pecho, examiné su cara vuelta hacia mí en busca de los rasgos de su padre. Costaba saber de quién había sacado los

ojos cuando los tenía cerrados, pero no había duda de que tenía la nariz picuda de Mac y Kit. En cierto momento hipó y expulsó una burbuja de leche que quedó prendida en sus labios redonditos, tan parecidos a los de Ling. Dejé que mi respiración se acompañara con la suya: tres respiraciones más por cada una que daba ella. Y le susurré al oído mi confesión. Sigue siendo la única persona a la que se lo he contado. Después, me alegré de que Ling se hubiera quedado dormida. Ella podía haber comprendido lo que hice en el juzgado, pero también habría sido partícipe de mis dudas posteriores y, teniéndola a ella como testigo, me habría visto obligada a actuar.

El viernes posterior al veredicto, al salir del trabajo, me encontré a Yusuf, el monolítico guardia de seguridad del edificio, intentando impedir el paso a alguien. No le di importancia: la oficina en la que trabajaba temporalmente estaba situada en ese extraño lugar entre la City y el Soho, cerca del Museo Británico y la antigua macrotienda de Virgin, y no era raro que los turistas y los viandantes pidieran entrar para usar el aseo. Esquivé a Yusuf y un instante después noté que una mano cálida y seca me agarraba del brazo.

—¡Aquí está! ¡Laura!

Enseguida me di cuenta de por qué Yusuf no había dejado entrar a Beth: vestía pantalones de campana morados, una camiseta amarilla que le dejaba la tripa al aire y media docena de collares. Llevaba el pelo recogido en un moño hecho de cualquier manera. Me sentí como si me hubiera pillado en un renuncio, con mi vestidito de oficinista y mis tacones. Beth parecía mucho más auténtica que yo. En realidad, se parecía mucho más a mí que yo misma.

—¿Te has enterado? —preguntó.

Me fijé en que tenía los ojos enrojecidos.

—¿No te han llamado? —añadió.

Levanté la mano para indicarle a Yusuf que no pasaba nada y, agarrando a Beth por el brazo, la llevé calle abajo.

—¿Quién? —pregunté.

—La policía.

Sentí que se me aflojaban las piernas al llegar a la única conclusión posible: habían descubierto mi mentira. ¿Estaba Beth al tanto de mi declaración? ¿Me había delatado? Pero ella no pondría en entredicho la condena de su violador por un simple tecnicismo. ¿Verdad?

—No.

Comprendí entonces lo limpia y precisa que es la palabra «no»: apenas deja espacio para que al hablante le tiemble la voz y se traicione. Es un auténtico regalo para el mentiroso.

—Han admitido a trámite el recurso de Jamie Balcombe. Carol Kent me ha llamado esta mañana. No quería que me enterara por los periódicos. —Sorbió por la nariz sonoramente, como una niña—. Jamie ha despedido a sus abogados y ha contratado a otro equipo, y por lo visto dicen que tienen pruebas nuevas para sacar adelante la apelación y que haya una nueva vista. Y yo no puedo, no puedo volver a pasar por eso.

Yo tampoco podía. Sabía que sería incapaz de contar dos veces la misma mentira de manera convincente. Dichas espontáneamente, mis palabras habían sonado creíbles; dichas con premeditación, nadie las creería. Tendría tiempo para darle vueltas y me pondría nerviosa. Y, si volvía a ceñirme a la declaración que hice ante la policía, seguramente absolverían a Jamie Balcombe y a mí me condenarían por perjurio.

—Mierda —dije.

Beth me malinterpretó: pensó que mi pánico, interesado y egoísta, era preocupación por ella.

—Sí, es una mierda —dijo, y se sonó la nariz con un pañuelo sucio—. Perdona. Seguro que te pillo fatal. Pero es que no puedo contárselo a mis padres, con todo lo que han pasado ya, y mis amigos no lo entienden, y tú estabas allí, Laura.

Un compañero de trabajo salió por la puerta giratoria del edificio y me deseó buenas tardes.

—Perdona. Supongo que ibas a algún sitio —dijo como si algo fuera más importante que llegar al fondo de aquel asunto.

—No —respondí—. Creo que deberíamos... Que deberíamos ir a tomar una copa.

Caminamos en silencio en dirección a Holborn. Mis pensamientos formaban una enmarañada bobina de hilo. Lo ideal habría sido, tanto para su tranquilidad como para la mía, que Beth tuviera un bloqueo mental que le impidiera recordar gran parte de la violación y que me creyera sin más. O que desconociera los pormenores de mi comparecencia en el estrado de los testigos, lo cual no parecía probable. Cabía en cambio la posibilidad de que supiera perfectamente que no había dicho que no en ningún momento, o que no lo había dicho estando yo delante, y supiera, por tanto, que me había arriesgado por ella. En cualquier caso, tenía tanto que perder como yo. La maraña de hilo de mi imaginación se tensó

hasta formar un prieto nudo que solo podía cortarse con tijeras.

Acabamos entrando en un viejo y destartado *pub* próximo a New Oxford Street, uno de esos establecimientos misteriosos del centro de Londres que siempre parecen desiertos y que sin embargo subsisten año tras año.

—¿Una botella de vino? —pregunté cuando subimos las endeables escaleras que llevaban a la barra de la planta de arriba.

—Gracias —dijo Beth—. ¿Y tú qué vas a tomar?

La broma pretendía romper el hielo: ¿te parece bien que me comporte frívolamente —parecía querer decir—, teniendo en cuenta cómo nos conocimos? La risa con que respondí la tranquilizó visiblemente. El vino era solo un zinfandel blanco Echo Falls, pero el barman lo puso en un cubo de hielo que tuve que acarrear, un poco avergonzada, hasta nuestra mesa.

—Bueno... —Llené primero su copa, a pesar de que se me hacía la boca agua pensando en tomar algo frío y fuerte que embotara un poco mi nerviosismo—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado exactamente?

—Que Jamie se ha buscado un nuevo equipo de abogados —contestó—. En el juzgado quedó claro que su familia tenía dinero, pero no me di cuenta de lo rico que era su padre hasta que leí los putos periódicos.

Así pues, había visto las crónicas sobre el caso. Seguro que había visto aquel renglón en el *Mirror* (*una testigo crucial que dudó al prestar declaración*). Me preparé para afrontar lo que tuviera que decir al respecto, pero no dijo nada.

—La cartera de ese tal Jim Balcombe es un pozo sin fondo. Puede permitirse seguir recurriendo hasta que consigan el resultado que quieren. Me he informado sobre sus nuevos abogados. Están especializados en sacar de la cárcel a tipos como él.

Bebí un trago de vino, largo y ácido.

—Pero ¿qué pruebas nuevas tienen?

Miró su copa con el ceño fruncido.

—Dicen que han localizado a alguien que estaba en el corro de la hoguera la noche antes del eclipse.

De modo que aquello no tenía nada que ver con mi testimonio. El alivio que sentí hizo a un lado el miedo y empecé a preocuparme por Beth.

—¿Y qué puede decir esa persona si no estaba allí en el momento de los hechos? —pregunté.

Mi copa ya estaba vacía.

—Al parecer nos vieron haciéndonos arrumacos, lo que respalda su argumento de que habíamos estado tonteando. Es una gilipollez, claro. Es verdad que le

conocí la noche anterior, por eso se me pegó el día del eclipse, pero me pasé toda la noche intentando librarme de ese cabrón.

Yo recordaba aquel dato por la declaración de Jamie durante el juicio. Fue uno de los pocos momentos en que estuvo a punto de perder su aplomo.

—Pero eso puede que sea bueno —respondí—. Porque quizá ese testigo nuevo declare a tu favor. Si de verdad alguien vio cómo te acosaba, es posible que el tema salga a relucir durante el turno de preguntas del fiscal.

—Sí, ya. Si no fuera porque seguramente Jim Balcombe ya le habrá extendido un cheque —repuso Beth—. Y aunque no lo haya hecho, ¿qué va a hacer un pobre fiscal sin experiencia contra toda su flotilla de abogados?

—La vez anterior salió bien —dije yo, pero Beth no pareció convencida.

—Estoy segura de que no van a parar hasta que consigan el resultado que quieren. —Agitó su copa y el vino se meció lentamente, como aceite de oliva—. Estoy intentando no cabrearme mucho con su familia porque estoy segura de que mis padres harían lo mismo en su caso, si tuvieran tanta pasta. Pero es que todos creen que es inocente.

—Bueno, al jurado no lo convenció —repuse.

—Gracias a ti.

Sonrió, y no pude deducir si era una sonrisa de gratitud o de complicidad, de modo que, sintiendo que pisaba arenas movedizas, decidí alejarme cuanto antes del tema de mi declaración ante el tribunal.

—¿Y ahora qué va a pasar? —pregunté.

Volvió a llenarse la copa y metió la botella del revés en el cubo de hielo.

—Según tengo entendido, solo han admitido a trámite el recurso. Es el paso previo a la apelación, y aun así no hay ninguna garantía de que vaya a haber otra vista. De modo que todavía queda mucho camino por recorrer. —Le tembló la voz—. Para mí, lo peor sería que el juez le concediera el derecho a apelar. Que lo consiga y que el caso vuelva a juzgarse, y que esta vez le absuelvan.

—Eso es imposible —afirmé, más para convencerme a mí misma que para convencerla a ella.

Beth contuvo las lágrimas cuando estaban a punto de escapársele, apretándose los lagrimales con una servilleta. Le hice una seña al barman para que nos trajera otra botella.

—¿Sabes que esta es la primera vez que salgo sola desde lo de Lizard? —dijo con voz trémula—. He intentado salir con mis amigos, hacer como que no había pasado nada, y no he conseguido pasar del caminito del jardín. Empiezan a estar hartos de mí.

—¿Saben lo que te ha pasado?

—Un par de personas saben que me violaron, pero no les he dicho que yo soy la chica del caso de Jamie Balcombe. Pero me parece que una de ellas lo ha adivinado. No paraba de preguntarme dónde fue mi juicio. Fue un caso muy sonado, ya lo sabes, y fue por esa misma época, así que no hace falta ser Sherlock Holmes para adivinarlo. Si le hubiera dicho que fue en Cornualles, se habría dado cuenta enseguida, así que no se lo dije. O puede que esté equivocada. A lo mejor solo se estaba interesando por mí y lo que pasa es que estoy paranoica. Si te digo la verdad, ojalá no se lo hubiera dicho a nadie. Es curioso, pero no me he puesto nerviosa por venir a verte. Es como... —Se animó de repente y su semblante volvió a nublarse con la misma rapidez. Bajó la cabeza—. No, es una tontería.

—Dímelo, anda —la animé yo.

—Contigo me siento segura.

En aquel momento creí que, si mantenía los ojos fijos en la mesa, no era porque quisiera esquivar mi mirada, sino por la magnitud de lo que acababa de confesarme.

—Tengo la sensación de que si estoy contigo no puede pasarme nada malo. Ya sé que es una bobada. Pero, a fin de cuentas, me salvaste.

Me quedé callada mientras el barman nos llenaba las copas y depositaba la botella en el cubo.

—Pues yo creo que no hice lo suficiente —contesté en voz baja—. Debería haberte acompañado después.

—Eres muy amable —dijo—. Pero no podías hacer mucho más. Solo habrías podido quedarte esperando fuera de las celdas.

—¿De las *celdas*? —pregunté, pasmada—. ¿No te llevaron al hospital?

—Tienen una sala especial en comisaría, pero la estaban usando para interrogar a alguien —contestó. Su forma de encogerse de hombros venía a constatar el horror del trato que había recibido, pero también el tiempo que había transcurrido desde entonces—. Las celdas eran el único sitio donde podía tener un poco de intimidad mientras la policía esperaba que llegara la doctora.

—Ay, Beth... Como si tener que ser examinada por un médico no fuera ya bastante duro...

—Fue bastante desagradable, sí —repuso, descruzando las piernas y volviendo a cruzarlas—. Pero de lo que más me acuerdo ahora es de lo que pasó después. Me dieron unos pantalones de chándal para que me los pusiera, pero se quedaron con toda mi ropa de cintura para abajo y no tenían bragas para darme.

Me llevaron en coche al festival para que recogiera mis cosas de la tienda. Solo me llevé la ropa, la tienda la dejé allí. Y mientras tanto no llevaba bragas puestas. No dejaba de pensar en eso, y tenía la sensación de que todo el mundo se daba cuenta.

Arrugó la cara para contener las lágrimas y comprendí entonces que, de hecho, estaría dispuesta a volver a mentir por ella. Podían juzgar a Jamie Balcombe una y otra vez, que yo seguiría mintiendo para que le metieran en la cárcel.

Estuvimos bebiendo un rato sin decir nada, y el incómodo silencio que siempre sucede a una intimidad prematura se instaló entre nosotras. Solo se rompió el hielo cuando la sorprendí mirando la mesa de billar vacía.

—¿Por casualidad no jugarás al billar? —preguntó en el tono en que podría haber preguntado si tenía licencia para pilotar helicópteros o el número de teléfono del primer ministro.

Sonreí.

—Te voy a hacer picadillo.

Pidió cambio en la barra, puso un montoncito de monedas de veinte peniques en el filo de la mesa y lanzó al aire la primera del montón.

—Tú dirás —dijo tapando con la mano la moneda.

Soplé el polvillo de tiza de la punta del taco.

—Cara.

—Ha salido cruz.

Beth dio comienzo a la partida dispersando uniformemente las bolas rojas y amarillas por el tapete. Era más baja que yo y se ponía de puntillas para hacer tiros que yo ejecutaba con los pies bien plantados en el suelo. Entre tiro y tiro, se paseaba alrededor de la mesa observando el tapete desde todos los ángulos.

—¿Dónde vives ahora? —me preguntó como si estuviera poniéndose al día con una vieja amiga.

—En Clapham Common. —Lancé una roja que rebotó en la banda y fue a colarse en la esquina del otro lado—. En un pisito, en la última planta de un edificio.

—Yo he tenido que volver a casa de mis padres una temporada. Hasta que me acostumbre otra vez a estar sola.

—¿Y qué tal va la cosa? —Yo adoraba a mi padre, pero vivir en su casa y tener que adaptarme otra vez a sus normas me parecía insoportable.

—No sé, ellos hacen lo que pueden. Y de todos modos no he tenido otro remedio. Tuve que dejar de trabajar, así que no podía pagar un alquiler.

¿Es que no había ni una sola faceta de su vida que Jamie Balcombe no hubiera arruinado?

—¿A qué te dedicabas antes?

—Nunca he tenido una profesión como tal.

No supe deducir si el vistazo que lanzó a mi ropa era de admiración o de lástima.

—Después de la universidad trabajé como *au pair* por toda Europa. Y antes de lo de Cornwallles trabajaba en un bar mientras decidía a qué iba a dedicarme cuando fuera mayor —sonrió con desgana—. Después intenté volver, pero no podía soportarlo. Moverme así entre la gente... Cuerpos por todas partes... —Se encogió—. Se te olvida lo grandes que son. No te das cuenta de que no están hechos como nosotras, de lo fuertes que son.

Apoyé el taco en vertical, dispuesta a ofrecerle un abrazo.

—¡Ay, Beth! ¡No sabes cuánto lo siento!

—No es culpa tuya. —Se encogió de hombros, pero aquel gesto no nos engañó a ninguna de las dos. Sin embargo, consiguió rehacerse—. Entonces, ¿sigues con el mismo novio que tenías cuando lo de Cornwallles?

Tuve la sensación de que ya podíamos reanudar la partida.

—Sí, con Kit.

El vino que corría por mis venas me daba más soltura con el taco, y mi juego se beneficiaba de ello.

—Entonces, ¿es una relación seria?

—Técnicamente —contesté guiñando un ojo para hacer mi siguiente tiro—, no es mi novio, es mi prometido, aunque yo odio esa palabra porque me hace pensar en una tontita que le va enseñando a todo el mundo su anillo de diamantes.

—Qué va, Laura —respondió ella con una nota tal de desilusión que me pregunté si me habría entendido mal—. No seas boba, no te avergüences del amor. Es lo mejor, ¿no? Lo mejor de la vida.

Le alcancé el taco y la miré con sorpresa, levantando las cejas.

—Seguramente no se nota a simple vista —añadió—, porque no soy muy femenina, pero eso es lo que he querido siempre, desde que era pequeña. Querer tener compañía, y sexo, y ser madre y todas esas cosas, no es un defecto.

Me di cuenta de que tenía razón. Siempre había pensado que el placer y la comodidad que obtenía de mi relación con Kit eran en cierto modo... una ñoñez. Beth, distraída, se puso a darse golpecitos en la palma con el taco.

—Ahora ya ni siquiera fantaseo con esas cosas. —La seguridad en sí misma y

la espontaneidad que había demostrado segundos antes se esfumaron de repente —. Él me ha robado todo eso. Me siento como... como un puercoespín. —Imitó unas púas sirviéndose de los dedos, como si le brotaran de la piel—. ¿Cómo voy a volver a confiar en un hombre después de esto?

—Espero de verdad que lo consigas —contesté.

Era una respuesta pueril, en el mejor de los casos; condescendiente, en el peor. Beth hizo una mueca que se convirtió en una expresión de pánico cuando sonó la campanilla que anunciaba que el bar estaba a punto de cerrar.

—¡Ostras! —exclamó—. ¿Ya son las once? Tengo unos cinco minutos para llegar a Liverpool Street.

—Quédate en casa —dije automáticamente.

Lo único que me preocupaba era que Mac se hubiera adueñado ya del futón.

El metro, ruidoso y cegador, estaba tan lleno que no pudimos hablar durante el trayecto. Cuando nos apeamos en Clapham Common, en nuestro vagón solo seguía habiendo espacio para ir de pie. Yo odiaba aquella estación hasta cuando no estaba muy saturada. En lugar de dos andenes distintos, solo hay una pasarela estrecha en medio, a cada lado de la cual pasan zumbando los trenes, embutidos en zanjas profundas. No hay pared en la que apoyarse y sentirse más a salvo en hora punta. El peligro que destila la estación se intensifica con el último tren, y Beth me agarró del brazo como si buscara cobijo cuando echamos a andar a lo largo del andén.

El piso estaba a oscuras, salvo por la sarta de lucecitas que rodeaba la estantería del cuarto de estar: así era como Kit me avisaba de que se había ido a dormir. La puerta del dormitorio estaba entreabierta, como siempre: la madera se había combado con el paso de los veranos y ya no encajaba en el marco.

—Qué bonito —comentó Beth al asomarse por el balcón y ver el parque allá abajo.

Casi a oscuras, sin decir nada, extendí el futón y convertí los cojines en almohadas y la funda en cobertor.

En aquella época coleccionaba velas perfumadas. Estaban hechas a mano y su aroma se llamaba Rosas de Terciopelo. Aunque eran muy caras, nunca me quedaba sin ellas porque Kit siempre me regalaba una por mi cumpleaños, por Navidad, por San Valentín y en nuestro aniversario (se sentía tan aliviado por no tener que demostrar lo bien que me conocía y lo fina que era su intuición respecto a mis deseos que no reparaba en el gasto). Además, neutralizaban el olor del kebab de abajo.

Encendí una para Beth.

—Apágala cuando te acuestes —le dije—. Así te ahorras tener que buscar a tientas el interruptor.

El olor a rosas que siempre impregnaba aquel piso comenzó a intensificarse, como si alguien estuviera aplastando pétalos bajo nuestras narices. Beth lo aspiró.

En el dormitorio, Kit exhalaba olor a sueño y a pasta de dientes. Hurgué en nuestro armario compartido buscando alguna prenda que Beth pudiera ponerse para dormir, cogí una camiseta vieja y se la lancé. La cogió al vuelo.

—¿Necesitas un cepillo de dientes? —susurré.

Guardábamos un paquete con varios cepillos en el armario del baño para casos como aquel desde que una vez sorprendí a Mac usando el mío para quitarse la espuma blanca de la lengua.

—Me has leído el pensamiento —contestó.

Mientras se lavaba los dientes y se cambiaba, eché un vistazo a su bolso, que había dejado abierto de par en par sobre el futón. Estaba casi vacío. Solo contenía un monedero de piel azul (se había comprado uno nuevo desde lo de Lizard), un abono transporte y un ejemplar arrugado de la revista *Sky*. También vi unas bragas limpias metidas en un bolsillito de malla. Apagué las lucecitas de la estantería, retiré el embozo del futón y dejé la vela de rosas encendida para aquella chica que llevaba un par de bragas limpias en el bolso igual que los demás llevamos nuestras llaves.



**LAURA**

19 de marzo de 2015

Los albañiles están picando el tabique de separación en casa de los vecinos. *Tip, tip, tip* hacen sus herramientas, y con cada golpe a mí me sube un grado la presión arterial.

Estoy acalorada por el estrés. Igual que Mac es incapaz de tomarse un chupito de *whisky* sin acabarse toda la botella, mi visita a los rincones prohibidos de internet me hace recaer con todo el equipo. Consciente de que no va a hacerme ningún bien pero indefensa ante ese impulso masoquista, escribo en la barra de direcciones [www.jamiebalcombeisinnocent.co.uk](http://www.jamiebalcombeisinnocent.co.uk).

Contengo la respiración mientras se carga la página y me digo a mí misma que no puedo encontrarme nada peor que lo que ya he visto esta mañana, pero la página de inicio está igual que hace seis meses y dos días. (No es que esté contando los días: solo lo sé porque la última vez que me metí en ella fue un día antes de saber que estaba embarazada. Y, después de que la prueba diera positivo, tenía que proteger a los niños del subidón de adrenalina que siempre me produce ver la página). El panegírico descarado, la biografía, los datos de contacto y la lista de contenidos han desaparecido. Igual que todas esas chorradas, con años de antigüedad, acerca de la Junta de Revisión de Casos Criminales. Tampoco están ya las fotos de Jamie con su familia, de Jamie montando a caballo, de Jamie ante el edificio bioclimático que construyó y que ganó no sé qué galardón y de Jamie recibiendo su título de posgrado en Criminología. La página entera ha sido sustituida por este mensaje en letras rojas sobre fondo negro:

*ESTAMOS ACTUALIZANDO LA PÁGINA DE JAMIE DEBIDO A UNA BUENA NOTICIA QUE NOS LLENA DE SATISFACCIÓN. GRACIAS POR VUESTRO APOYO CONSTANTE.*

Me quedo mirando la pantalla unos segundos y luego cierro la pestaña. La noticia no puede ser tan satisfactoria si lleva medio año sin publicarse. Y, además, si hubiera pasado algo, el equipo de relaciones públicas de los Balcombe se habría encargado de anunciarlo a bombo y platillo en todos los medios. No sé qué está pasando. Quizás otras personas deducirían que por fin se han dado por vencidos, pero Jim Balcombe dijo una vez que pensaba luchar hasta la muerte para limpiar el buen hombre de su hijo y sigue vivo.

¿Quién, aparte de mí (o de Beth), podría conseguir que se anulara la sentencia de Jamie? Es a mí a quien busca. Era lo que me pedía en todas sus cartas: que firmara una declaración jurada retractándome de mi declaración ante el tribunal. Las cláusulas de su libertad condicional le prohibían de por vida ponerse en contacto con su víctima, pero no decían nada acerca de mí.

Es casi imposible que, pasados más de quince años, alguien se haya acordado de repente de algo y se haya presentado a declarar, así que me inclino más bien a pensar que esta página en suspenso es una especie de carta de ajuste: una forma de mantener vivo el mensaje, la *marca*, mientras se toman un descanso. No se me ocurre a qué otra razón podría obedecer. Nunca llegué a entender del todo las intrigas jurídicas de esta campaña sin sentido, y sus motivos se me vuelven más o menos borrosos dependiendo de mi estado de ánimo.

Si fuera importante, aparecería directamente en mi bandeja de entrada. Hace años que establecí una alerta de Google con los términos «Jamie Balcombe + recurso de apelación». Esa búsqueda no ha dado resultados en quince años, y sin embargo su amenaza no parece menguar con el paso del tiempo.

Si volviera a juzgarse el caso, nuestras vidas tendrían que cruzarse de nuevo, irremediabilmente, con la de Beth, y mi mentira latente volvería a aflorar. No sé qué es peor.

**LAURA**

19 de mayo de 2000

Kit se levantó primero y, antes de que me acordara de que teníamos compañía, se acercó desnudo a la puerta del dormitorio. Pensando más en el mal rato que podía pasar Beth que en el pudor de mi novio, saqué la pierna por debajo del edredón y, girando el tobillo, le enganché por la espinilla.

—Hay alguien en la suite de invitados —susurré.

Kit hizo una mueca de alivio (comprendió enseguida que no me habría molestado en avisarle si fuera Mac), y se puso los pantalones y una camiseta que había tirada en el suelo.

—¿Quién? No te oí llegar con nadie.

—No te asustes, pero es Beth. La de Cornualles.

Se quedó boquiabierto.

—¿Cómo...? ¿Qué está haciendo aquí? ¿Cómo te ha encontrado?

—Ayer por la tarde se presentó en mi trabajo. Le di una tarjeta en el juzgado.

Me di cuenta de la importancia que tenían mis palabras segundos después de haberlas dicho. Las pupilas de Kit se movieron de un lado a otro como las cuentas de un ábaco: Beth se había marchado del juzgado después de prestar declaración. Ergo, no estuvo presente en la sala desde el segundo día de la vista. Ergo Laura me mintió respecto a dónde había estado, habló con un testigo y puso en peligro el caso.

—Pero ¿cuándo...?

Le cogí de la mano.

—Nos encontramos por casualidad en los lavabos —dije en voz baja pero

rápidamente, para que no tuviera tiempo de caer en la cuenta de que yo no había ido al aseo mientras habíamos estado juntos en el juzgado.

Si hubiera descubierto que me había escabullido del hotel mientras él dormía, se habría puesto furioso, y con razón.

—Por favor, no te enfades, me salió espontáneamente y te aseguro que no hablamos del caso.

Me lanzó una mirada que me recordó a mi padre: «No estoy enfadado contigo, Laura, solo estoy muy decepcionado». Me senté a su lado.

—Mira, olvidándonos por un momento de cómo ha dado conmigo, quiero explicarte por qué fue a verme. Vino a mi trabajo porque estaba muy alterada. Jamie Balcombe ha conseguido que admitan a trámite su recurso de apelación.

—Vaya. —Kit se pasó la mano por la barbilla sin afeitarse—. Si vuelve a juzgarse el caso, más vale que nadie os viera hablando en el aseo, y que nadie se entere de que ahora duerme en tu casa —dijo, y sentí una punzada de miedo al advertir un asomo de desprecio bajo su enfado.

Que se enfadara conmigo podía soportarlo; perder su estima, no. Si reaccionaba así porque hubiera hablado con Beth, nunca debía averiguar lo que había declarado ante el tribunal.

—No hace falta que susurréis, ya estoy despierta —dijo Beth desde el cuarto de estar.

Dejé a Kit en nuestro cuarto, enfadado y a medio a vestir. Beth ya se había levantado y estaba bostezando. Al ver lo que llevaba puesto, comprendí que había vuelto a meter la pata, y hasta el fondo. La camiseta que había cogido a tientas la noche anterior era de Kit, su querida camiseta de *Chile '91*, raída y llena de agujeros, pero tan preciada que casi nunca se la ponía. Y yo había dejado que Beth durmiera con ella.

—Espera —le dije. Le eché el cobertor por encima como una capa y se lo ceñí a la altura del cuello—. Quédate así, luego te lo explico.

Obedeció sin rechistar y volví a preguntarme hasta qué punto nos habíamos convertido en cómplices. Tenía un aspecto muy extraño cuando Kit salió de la habitación. Su cabello moreno y rizado semejaba el penacho de un volcán sobre la blanca montaña del cobertor.

—Hola —dijo tímidamente—. Me alegro de verte. Y perdón por haberme apropiado de vuestro futón.

—No pasa nada —contestó Kit mecánicamente, y se metió en el cuarto de baño dando casi un portazo.

—No le sienta bien madrugar —dije yo mientras llenaba el hervidor de agua

—. Perdona, ¿te importa quitarte esa camiseta? Es una de sus preferidas y se enfadará si se da cuenta de que has dormido con ella.

Se quitó la ajada camiseta, la miró un momento con perplejidad y se volvió para ponerse la ropa del día anterior. Tenía un enorme tatuaje en la espalda y los hombros, unas alas de ángel abiertas, grandísimas, dibujadas con exquisito detalle en tinta china, como sacadas de un manual de zoología del siglo XIX. Se flexionaban al mismo tiempo que los músculos de su espalda. Me obligué a no mirar. Después de guardar la camiseta de *Chile '91* en el armario (la verdad es que Kit debería haberla envuelto en papel de seda o algo así, si no quería que nadie se la pusiera por accidente), encontré a Beth de pie con los brazos cruzados delante del gran mapamundi de Kit.

—¿Qué son todas estas líneas? —preguntó—. ¿Itinerarios aéreos?

Yo había olvidado que, para un lego, aquel mapa podía ser muy desconcertante.

—Es la trayectoria de totalidad de todos los eclipses que ha habido y habrá durante la vida de Kit —expliqué.

Su sonrisa se disipó levemente cuando, poniendo el dedo junto al mío, siguió la trayectoria de sombra que cruzaba el canal de la Mancha y se adentraba en Europa.

—Este es el del año pasado —dijo señalando Cornualles—. Pero ¿y los demás? —preguntó—. ¿Por qué están aquí?

—Kit persigue eclipses por todo el mundo. Bueno, los dos los perseguimos. Él lleva haciéndolo desde que era un crío. Tenemos viajes programados para dentro de muchos años, ya en el próximo milenio. El movimiento de los festivales parece que va creciendo. El próximo es en Zambia dentro de un par de años, así que esta vez espero poder verlo.

Me oí como a través de los oídos de Beth y me entraron ganas de darme de bofetadas. Sentía el impulso de arrancar el mapa de la pared. De pronto me parecía repugnante que el peor día de su vida hubiera quedado reducido a un gráfico anecdótico.

—Dios mío, perdona. Qué desconsiderada soy, quejándome de que estuviera nublado después de lo que tuviste que pasar.

Ella aceptó mi disculpa con un ademán que pretendía quitarle importancia al asunto, pero se mordisqueó el labio de abajo. Apartó la mirada del mapa y la fijó en la fotografía enmarcada que había debajo. La había tomado Ling un par de meses antes de lo de Lizard. Fue la tarde de mi graduación, y en la foto aparecíamos Kit y yo abrazados sobre la hierba con nuestra ropa de gala

alquilada: él con corbata negra y yo con un vestido de fiesta amarillo claro. Teníamos las piernas entrelazadas, las manos unidas y a nuestro lado descansaba una botella de champán vacía. Había otras personas a nuestro alrededor, pero no les prestábamos atención. Nunca más nos harán una foto como esa. Y no solo por nuestra tez lozana y nuestra cara tersa; hay otras cosas que ya tampoco volverán.

—No sabíamos que alguien nos estaba mirando —dije—. Por eso es una instantánea tan perfecta.

—Esto es lo que quiero yo —declaró ella.

Evidentemente, no se refería a la fotografía, sino a lo que representaba. Enderecé la foto, colgada de la pared, y en dos pasos me planté en la cocina, donde puse unas bolsitas de té en agua caliente.

—¿Cuánto tardaremos en saber si la apelación sigue adelante? —pregunté.

—Por lo visto meses, más que semanas.

—Bueno —dije—. Ya sabes dónde estoy.

—Sí —contestó ella mirando a su alrededor como si tratara de memorizar todo lo que contenía nuestro pisito.

Kit pasó como una exhalación del cuarto de baño al dormitorio y volvió a salir unos segundos después con su ropa de trabajo: Adidas Gazelle, vaqueros y camisa de leñador, el equivalente juvenil a los pantalones de pana y las coderas. Cogió una rebanada de pan tostado de la encimera y se la metió en la boca.

Beth cogió otra fotografía, una en la que se veía un arcoíris sobre un prado: una autopista de siete carriles en medio del cielo.

—¿Dónde habéis comprado esta? —me preguntó.

—La hizo Kit —respondí.

—¿En serio? —dijo Beth—. ¿Con qué? Sé un poco de fotografía, la estudié en Fundamentos del Arte.

—Con una Nikon Prime vieja —contestó él, relajándose al fin—. Es una cámara que ya no está de moda, pero a mí me sigue encantando.

—Es una buena máquina —convino ella—. ¿Tienes un superteleobjetivo? Son fantásticos para fotografiar el cielo.

—Sí, bueno, ya lo tendré algún día, cuando nos toque la lotería —contestó Kit, no con cordialidad, pero tampoco con aspereza—. Venga, Laura, vamos a llegar tarde.

Me duché en un minuto y medio. Pulvericé con un quitaolores un vestido que no tenía manchas visibles y luego hice lo mismo con mi pelo. Kit ya estaba bajando hacia el portal. La caja de resonancia de la estrecha escalera amplificaba

las quejas que iba farfullando.

—Vamos —le dije a Beth al ponerme los zapatos del trabajo.

—Imagino que no puedo darme una ducha, ¿verdad? —preguntó.

Miré el reloj. Las nueve menos diez. Ya iba justa de tiempo.

—No te preocupes, puedo cerrar yo —añadió.

Dudé solo un momento. Normalmente no habría dejado a una perfecta desconocida sola en mi piso, pero me dije que nuestra amistad había avanzado a pasos agigantados.

—Claro —respondí—. Detrás de la puerta del baño hay una toalla limpia. Cuélgala en la barandilla cuando acabes.

Alcancé a Kit en la entrada del metro de Clapham Common.

—¿Dónde está Beth? —preguntó mirando hacia atrás.

—Duchándose.

Levantó las cejas a modo de respuesta.

Cuando volví a casa a las cinco y media, Beth había fregado los platos y limpiado el piso tan exhaustivamente que casi parecía recolocado, aunque al echar un vistazo a las estanterías comprobé que no había cambiado el orden de los libros, solo que ahora parecían más rectos y limpios. El aspecto que presentaban las estanterías me inquietó aún más que el hecho de que los cristales estuvieran relucientes y la cama hecha. Tuve la sensación de que Beth los había hojeado uno por uno, leyéndolos igual que intentaba *leernos* a nosotros. A las seis recibí un mensaje.

*Espero que no te importe que haya hecho zafarrancho de limpieza en vuestro piso. Es mi modo de daros las gracias por todo.*

*No tienes por qué darnos las gracias. Pero gracias, contesté.*

Cuando llegó Kit, muy tarde, con un bolso lleno de trabajos de clase para corregir, interpretó aquella limpieza como un ofrecimiento de paz por mi parte por haber traído a Beth a casa, y yo no le saqué de su error.

**LAURA**

20 de mayo de 2000

En aquella época habría sido muy fácil seguirme la pista. Mi apellido es poco corriente: nunca me he encontrado con otro Langrishe por casualidad. Cuando llegó la carta —una airosa diagonal sobre el felpudo harapiento—, supe enseguida lo que era. No su origen —aunque el matasellos de la prisión me reveló que ahora estaba en Wormwood Scrubs—, sino su contenido. Solo podía tener un motivo para enviarme una carta. La había escrito —oh, ironía— en papel legal amarillo, a rayas.

*Estimada Laura:*

*Escribo la presente desde mi celda en Wormwood Scrubs. La celda de al lado la ocupa un pederasta, un violador en serie. La semana pasada amenazó de muerte a una funcionaria de prisiones con una cuchilla de afeitar incrustada en el mango de un viejo cepillo de dientes. Esta es mi vida ahora. Y ese es el tipo de personas con el que me habéis condenado a vivir. Lo único que impide que me hunda, aparte de Antonia y mi familia, es el hecho de saber que no merezco estar aquí y la certeza de que me pondrán en libertad en cuanto consiga limpiar mi nombre.*

*¿Por qué, Laura? Todavía no me explico por qué mentiste al declarar en el juicio. Tú sabes que no oíste a la mujer que me acusó decir que no. Sé que lo sabes. Puede que engañaras al jurado, puede incluso que hayas persuadido a mi acusadora de que estabas diciendo la verdad. Pero tú y yo sabemos que no es así. ¿Cómo puedes soportarlo?*

*Sabrás ya que vamos a apelar el veredicto. Confío en que volvamos a vernos*

*las caras dentro de poco en un tribunal y en que esta vez mis abogados demuestren que mentiste. ¿No sería mejor hacer lo correcto ahora, ponerte en contacto con la policía o con alguno de mis representantes y corregir tu testimonio en lugar de arriesgarte a que eso suceda ante un tribunal? Naturalmente, tendrías que afrontar las consecuencias. Pero ningún sitio al que puedan mandarte será tan siniestro como el lugar en el que me encuentro en estos momentos. Seguiré escribiéndote. Si te escribo suficientes veces —y dispongo de mucho tiempo—, creo que por fin asumirás la gravedad de lo que has hecho. Te vi en Cornualles y te vi en el juzgado. Reconozco la pasión y la fortaleza de principios cuando me hallo frente a ellas, y lamento que esas cualidades te hayan llevado a una conclusión errónea. Pero estoy seguro de que tu conciencia no te deja vivir tranquila y no voy a disculparme por intentar aprovecharme de ello. Así que, por favor, por favor, retira tus mentiras y devuélveme mi libertad.*

*Cordialmente,*

*Jamie Balcombe*

Subí las escaleras tan bruscamente, con pasos tan violentos, que me dolieron las caderas. Lo que más me indignó en un principio fue su arrogancia: que tuviera la audacia de hablar de cosas que, según él, sabíamos los dos, cuando yo había estado allí, cuando había visto con mis propios ojos. Percibí de nuevo, en el tono arrogante de su carta, ese encanto suyo, cortante como un cuchillo bien afilado. Pensé entonces que seguramente estaba infringiendo al menos una ley, la que prohibía ponerse en contacto con un testigo. Más tarde, esa misma semana, lo consulté haciendo a escondidas, desde una cabina telefónica, varias llamadas (muy caras, por cierto) al servicio de atención a testigos y a la oficina encargada de los casos de libertad condicional, y descubrí que esas cosas ocurrían con mucha más frecuencia de lo que cabía suponer. Escribir a un testigo solo es delito si hay intimidación, y Jamie era demasiado astuto para amenazarme a las claras. Además, tenía que saber que me daba demasiado miedo verme expuesta públicamente y que por tanto no lo denunciaría a las autoridades. Me enteré de que en las prisiones inspeccionan el correo saliente al azar y que, cuando lo hacen, buscan sobre todo posibles infracciones de seguridad (drogas, o un plan de fuga, por ejemplo). Lo que pueda decir el recluso acerca de su caso les interesa mucho menos. Imagino que si requisaran todas las cartas en las que un recluso proclama su inocencia, muy pronto se acabaría el correo. Tal vez si

hubiera conservado todas las cartas, su frecuencia y extensión podrían haberme servido para denunciarle por acoso o intimidación, pero lo único que quería era deshacerme de ellas antes de que Kit pudiera verlas.

En aquel momento no me costaba trabajo distinguir entre el hecho de que Jaime tuviera razón —y técnicamente la tenía— y su indignación, a la que en mi opinión no tenía derecho.

Abrí la puerta del portal y la dejé entornada. Crucé de puntillas, con los pies descalzos, la acera mugrienta de Clapham Common Southside y tiré la carta a un contenedor de basura, metiéndola entre un vaso de Starbucks vacío y un periódico. Pasé todo el fin de semana sintiendo su presencia afuera, en la calle. No conseguí relajarme hasta que, el martes por la mañana, pasó el camión de la basura al amanecer. Mientras observaba desde el balcón cómo los hombres vestidos con mono volcaban un cubo tras otro en el depósito, me pareció ver el papel amarillo, llamativo como una mentira, dando vueltas y más vueltas entre los desperdicios, a medida que las fauces del camión mascaban aquella verdad indigerible.

**KIT**

19 de marzo de 2015

Después de la catástrofe del vídeo viral, necesitaba un gesto, algo que sirviera para aplacar a Laura. El equivalente a llegar a casa con champán y flores, ese rasgo de romanticismo del que a menudo me han dicho que carezco por completo. En el vídeo de Darren aparecían mis dos rasgos distintivos. El primero, mi camiseta de *Chile '91*, está ahora guardado a buen recaudo dentro de un bolsillo lateral de mi mochila, y ahí se quedará hasta que regrese a Londres. El segundo, mi barba rojiza, me hace reconocible de inmediato hasta en este país vikingo. Prescindir de ella es lo único que se me ocurre para recuperar el anonimato. De ahí que ahora me encuentre en Me Time, el salón de belleza del Princess Celeste, una sala aterradora, sin un solo ojo de buey, que huele a cabello de mujer y a productos químicos desconocidos. Hay un solo lavabo con un grifo de ducha y uno de esos reposacabezas que tanto recuerdan al tocón de un verdugo. Una señora mayor, con diamantes en las manos y zapatos ortopédicos en los pies, hojea el *Hello* bajo un vetusto secador en forma de casco espacial.

Sobre la encimera hay una lista de precios. Echo un vistazo al listado de «servicios». No necesito que me corten el pelo ni que me peinen, ni me hace falta saber qué es la depilación íntima al estilo Hollywood para comprender que tampoco me interesa. Lo que quiero, no lo veo. Odio salirme del menú en cualquier contexto, pero a grandes males, grandes remedios.

—¿Puedo atenderle? —Una mujer de la edad aproximada de mi madre entra, precedida por sus grandes pechos, por una puerta de lamas.

Tiene el pelo corto, esponjoso y entreverado de mechaz burdeos y moradas.

—Imagino que no podría hacerme un afeitado normal y corriente, a la antigua usanza.

—A la antigua usanza, no —responde con una sonrisa afable—. Las cuchillas de barbero y el mar revuelto no hacen buenas migas. Pero si quiere que le quite la barba, puedo rebajársela con las tijeras y luego afeitarte con una maquinilla desechable.

—¿Cuánto me cobraría?

Me mira de arriba abajo, intuyendo mi desesperación.

—Treinta libras —contesta con una sonrisa que de pronto se ha vuelto burlona.

En vez de decirle lo que se me viene a la cabeza («Joder, treinta pavos»), me muerdo la lengua y digo:

—De acuerdo.

Me envuelve en un enorme babero y me ata una toalla debajo del cuello. En otras circunstancias, sería casi reconfortante. Al toque de las tijeras, el vello rojo y áspero comienza a caer blandamente hasta el suelo. Yo esperaba un bote de espuma de afeitar, pero la señora me enjabona con un juego de brocha y jabón tan parecido al que usaba mi padre que de pronto me encuentro otra vez en Chile, en el 91. Mac y yo teníamos unos doce años y entre los dos debíamos de sumar unos tres pelos de barba, pero estábamos empeñados en empezar a afeitarnos y, cuando papá se durmió en la playa, saqueamos su neceser y nos pertrechamos de todo lo necesario. Medio ciegos de tanto reírnos, nos enjabonamos las mejillas y nos afeitamos con su cuchilla vieja y embotada, todavía repleta de pelillos grises de su barba. Nos hicimos trizas la cara.

Ese recuerdo me lleva a otro. Hicimos muchas cosas por primera vez cuando viajábamos con papá, normalmente cuando él estaba por ahí emborrachándose o durmiendo la mona en la habitación del hotel, en una cabaña en la playa o en alguna caravana. El verano siguiente fumamos por primera vez, un cigarrillo que sustrajimos de uno de los paquetes de American Spirit que solía fumar. Era tabaco orgánico, lo que para mi padre quería decir que prácticamente era un compuesto vitamínico. Esa vez no nos reímos. Aquello era algo muy serio, un desmañado ritual que nos provocó la risa cuando caímos en la cuenta de que, para encender el cigarrillo, había que aspirar al mismo tiempo. Conseguido esto, yo di la primera calada y estuve a punto de desmayarme. Mac dijo que pasaba mejor que el oxígeno.

Al año siguiente fue el eclipse de Brasil '94. Teníamos catorce años. Papá quiso ir por carretera. Fuimos en coche desde el aeropuerto de Nuevo México

hasta Brasil, donde le esperaban unos amigos. Durante el trayecto nos emborrachamos por primera vez, después de birlarle una botella de litro de ron Whyte and Mackay que yo pensé que nos duraría toda la semana. Nos la ventilamos en media hora. Vomitamos los dos, y solo Mac quiso repetir la experiencia. Yo no he vuelto a probar este alcohol desde entonces.

También en aquel viaje yo debería haber besado por primera vez a una chica, pero Mac se puso en medio.

El ron se había acabado, pero teníamos una botella de ginebra y nos la llevamos a la playa, donde los hijos e hijas de los buscadores de eclipses se reunían por las noches, a encender hogueras y emborracharse. Las chicas eran casi todas estadounidenses y nuestro acento londinense actuaba como un afrodisíaco. Mientras Mac le decía a una chavala de diecisiete años, muy *punky* y maciza, «Se te nota que eres una persona muy espiritual», yo me puse a charlar tranquilamente con una tal Ashley que tenía ese atractivo de combustión lenta que es fácil pasar por alto al primer vistazo. Era inteligente y divertida, y cuando me preguntó si quería que nos «enrolláramos», le dije que sí, que enseguida, y me fui un momentito a mear al pie del acantilado. Cuando volví a la hoguera, Ashley estaba tumbada boca arriba en las dunas y mi hermano se retorció sobre ella con la mano metida dentro de su sujetador. Ya en aquel entonces la vida sexual de Mac estaba constituida por una serie de encuentros solapados. Él justificaba sus infidelidades constantes alegando que el tiempo lo absuelve todo: cuanto más atrás queda un hecho, más fácil es asumirlo, hasta que llega un punto en que casi ni te acuerdas de que sucedió. Saber que la culpa se difumina con el tiempo, afirma, hace que se difumine más deprisa.

Siempre ha sido un caradura.

Más tarde, después de que Ashley se sacudiera la arena y se fuera a casa con sus padres, Mac no entendió por qué me había enfadado tanto. Hasta me dijo que me había dejado a Ashley «bien domadita». Como si alguna chica fuera a querer enrollarse conmigo después de haber estado con él. Es un recuerdo tan amargo que doy un respingo involuntario, y la peluquera me hace un corte en la piel. Abro los ojos de par en par. En el espejo, veo correr un riachuelo rojo entre cañadas blancas.

—Vaya, qué tontería —dice la peluquera.

Me quedo quieto mientras acaba de afeitarme. Christopher Smith se ha ido y aparece Kit McCall. Beth esperará a un tipo con barba, y yo confío en que, afeitado, dispondré de unos segundos para calar sus intenciones.

El corte de la mejilla sangra cada vez que sonrío y, al mandarle una disculpa a

Laura en forma de *selfie*, le muestro mi lado bueno.

Cuando vuelvo a cubierta, el sol se está poniendo sobre Tórshavn. Decido quedarme aquí en lugar de arriesgarme a visitar los bares. El barco irradia luz. Se ven reflejos por todas partes: en las puertas de cristal, en el metal bruñido y las onduladas superficies cromadas. Cada vez que me veo en uno de esos espejos accidentales, estoy en la misma postura, acariciándome el mentón como un filósofo de pacotilla o como el profesor que nunca he llegado a ser.

**LAURA**

28 de mayo de 2000

Fue un viernes por la noche, la primera verdadera noche de verano del año. Abajo, en la calle, los *pubs* y las cafeterías habían sacado a la acera mesas y sillas, como si un atardecer soleado bastara para convertir Clapham Common Southside en los Campos Elíseos. En las aceras, los fumadores aspiraban contaminación a la par que nicotina, pero un céfiro límpido que soplaba por encima de las copas de los árboles llenaba de aire fresco nuestro asfixiante pisito. Yo me había instalado en el balcón para no agobiar a Kit, que el día anterior había tenido una bronca monumental con su hermano, al que se había negado a prestar dinero. Estaba sentado en el futón, absorto en su portátil, cuando sonó el teléfono fijo. Lo cogí yo.

—No puedo más —dijo Beth a modo de saludo—. Necesito verte.

—Claro —contesté mientras intentaba sacar el pie del lío de cables que había debajo de la mesa del teléfono. Si no te andabas con ojo, de un solo pisotón mal dado podías desenchufar de golpe el teléfono, la conexión a internet y la tele—. Creo que no tenemos nada planeado para este fin de semana.

—Estoy en el metro —dijo con un hilo de voz.

—¿En Clapham Common? —pregunté bruscamente, y Kit levantó la vista de la pantalla, extrañado.

—Sí —contestó—. Perdona. Necesitaba salir.

—Entonces, mejor que subas.

Kit dejó escapar un suspiro, ladeando el ordenador al estirarse.

—¿Es Mac?

—No —respondí yo—. Eh... Es Beth Taylor, está fuera.

Su expresión resignada se convirtió en preocupación.

—¿Es por la apelación? ¿Por qué ha tenido que venir aquí?

—No lo sé —dije, convencida de que se me había agotado el tiempo.

Había estado leyendo acerca del procedimiento de apelación. Al parecer, era normal apelar si el imputado disponía de medios para hacerlo. La probabilidad de que el juicio se repitiera era muy escasa, no obstante. La perspectiva de que aquel calvario se repitiera se había convertido en una nubecilla en el cielo, más que en un acontecimiento que se cernía en el horizonte. El regreso de Beth, sin embargo, solo podía significar una cosa: que iba a haber otro juicio.

Tenía el estómago revuelto cuando pulsé el portero automático para dejarla entrar. El impulso de confesar volvía a agitarse dentro de mí, turbio ahora y desesperado. No era ya la necesidad imperiosa de descargar mi conciencia, sino de limitar los daños. «Dile a Kit que mentiste en el estrado», pensé mientras oía resonar sus pasos en la escalera. «Si va a descubrirlo, mejor que lo sepa por ti. Díselo antes de que llegue Beth». Pero no me salieron las palabras.

Beth llegó acalorada. El sudor había convertido las ondas de su pelo en prietos tirabuzones.

—¿Qué ha pasado? —pregunté—. ¿Han aceptado la apelación?

—No —contestó, jadeante—. Bueno, no lo sé. Todavía es muy pronto para saberlo. Pero están cargando contra mí, joder, me han declarado la guerra —dijo, mirando con deseo indisimulado la copa de vino medio llena que había sobre la encimera.

—Tómatalo —dije. Se bebió el vino de un trago y echó un vistazo al portátil de Kit—. ¿Estás conectado?

Kit asintió en silencio, tan desconcertado como yo, aunque no tan nervioso.

—¿Puedes buscar [jamiebalcombeesinocente.co.uk](http://jamiebalcombeesinocente.co.uk)?

Kit redujo las seis pestañas que tenía abiertas y abrió la página. Evidentemente, los Balcombe no habían perdido el tiempo.

*JAMIE BALCOMBE FUE CONDENADO INJUSTAMENTE POR VIOLACIÓN EL 20 DE ABRIL DE 2000. ESTA PÁGINA ESTÁ GESTIONADA POR SU FAMILIA Y AMIGOS, QUE SIGUEN LUCHANDO POR LIMPIAR SU NOMBRE.*

—¿Pueden hacer eso? —pregunté—. Básicamente, están afirmando que mentiste. ¿Eso no es difamación?

—No —contestó Beth, crispada—. No se puede difamar a una persona anónima. Pueden decir lo que quieran de mí.

*El 20 de mayo de 2000, el letrado señor Donald Imrie, de Imrie y Cunningham Chambers, Bedford Row, consiguió que se admitiera a trámite la apelación del veredicto. Los abogados confían en que se anule la sentencia en un futuro próximo.*

—Seguid, la cosa se pone cada vez más interesante —dijo Beth, leyendo por encima de nuestros hombros—. ¿Puedo tomar más vino?

—Claro, sírvete.

*Queremos dejar claro desde el principio que esta página web no tiene como fin restar importancia a un delito tan grave como la violación, ni trivializar el sufrimiento de las víctimas. De haber cometido Jamie ese crimen, una condena a cinco años de prisión no nos parecería suficiente. Pero estamos convencidos de que no es culpable del delito que se le imputa. Es más, tenemos muy presente que, en los casos de violación, el anonimato de la víctima es un principio legal fundamental que ha de ser defendido y respetado. Sin embargo, reivindicamos que ese derecho se haga también extensivo a los imputados, y a ese propósito piensa dedicar Jamie sus energías tan pronto sea exculpado.*

*En este momento nos es imposible hacer declaraciones categóricas respecto a si demandaremos o no a la denunciante en el caso, muy probable, de que se revoque el veredicto. Siempre hemos sostenido que sus antecedentes de inestabilidad mental la convierten en un sujeto vulnerable, y para nosotros es más importante limpiar el buen nombre de Jamie que llevar a juicio a una joven con graves problemas de salud mental. Estamos dispuestos, no obstante, a ofrecerle la atención profesional que necesita para ayudarla a asimilar y superar lo que ha hecho y a resolver los problemas, profundamente enraizados, que la llevaron a acusar falazmente a Jamie.*

—Y una mierda —dijo Beth—. Si consiguen sacarle de la cárcel, seguro que me demandarán antes de que le quiten las esposas.

Yo no lo dudaba, pero no podía negar que aquella presunta preocupación por su salud mental era, de cara a la galería, un golpe magistral.

—¿Has acabado de leer? —le pregunté a Kit, que miraba boquiabierto la pantalla.

Asintió con un cabeceo.

A un lado de la página había una serie de etiquetas: *Apoya a Jamie*, *Información sobre el caso*, *Galería de imágenes*, *Biografía de Jamie*. En el apartado de *Relaciones con los medios* se informaba que, aparte de haber reunido a un nuevo equipo de abogados, la familia había contratado a un experto en relaciones públicas.

—No han escatimado esfuerzos —comenté.

Abrí el apartado titulado *Carta de Antonia*. En la fotografía que acompañaba el texto aparecían Jamie y ella en una boda. Antonia, con trocitos de confeti en el pelo.

*Gracias por visitar la página web de Jamie. Me llamo Antonia Tranter y soy su prometida. Llevamos juntos dos años. Estos últimos doce meses han sido muy difíciles para mí. Enterarte de que tu novio te ha sido infiel es muy duro, pero eso no es nada comparado con la pesadilla que vino después, cuando, debido a un malentendido, se ha presentado públicamente a Jamie como un monstruo. Yo, al igual que todos los que le conocemos y le queremos, estoy convencida de su inocencia.*

*En estas páginas exponemos, con la mayor claridad de que somos capaces, los motivos por los que creemos que se ha producido este tremendo error judicial. Te estaríamos muy agradecidos si pudieras hacer llegar nuestro mensaje al mayor número de gente posible.*

*Buscamos, en concreto, testigos que vieran a Jamie con la joven en cuestión antes de los hechos. Si tu conciencia te mueve a ello, aunque tu testimonio te pueda parecer insignificante, ponte en contacto conmigo a través de esta página y ayúdanos a que se haga justicia con Jamie.*

—Le han lavado el cerebro —dije.

Beth se mordió la cutícula de una uña.

—¿Habéis visto ya lo que dice de mí?

Kit y yo levantamos la vista al unísono.

—Pulsa en esa pestaña que dice *Juzga por ti mismo* —dijo ella.

*El juez Frenchay ensalzó durante el juicio la fortaleza de carácter que había demostrado la demandante al denunciar el caso, y durante su recapitulación la retrató como una persona extremadamente tímida y apocada. Por otro lado, pasó por alto sus antecedentes de inestabilidad mental. Aunque simpatizamos*

*con toda aquella persona que padezca una enfermedad mental, creemos que el jurado no tuvo en consideración que dichos antecedentes la convierten en un testigo poco fiable.*

No pude evitar mirar a Beth.

—¿Quieres saber cuáles son mis antecedentes de inestabilidad mental? —preguntó—. Cuando tenía dieciséis años, mis abuelos se mataron en un accidente. Yo me quedé hecha polvo. —Me miró, apelando a mi propia pena, y se me encogió el corazón—. No podía dormir, así que mi médico de cabecera me recetó Valium y estuve tomándolo un par de semanas. Eso es todo, literalmente. Pura pena, nada más. Pero en el juicio hicieron que pareciera que no había parado de entrar y salir del psiquiátrico desde entonces.

*Estas fotografías muestran a la denunciante de Jamie «de fiesta». Naturalmente, hemos ocultado su identidad conforme exige la ley. ¿Es esta la joven sobria y formal que declaró en el juicio? ¿O es una chica liberada, hedonista y amante de las fiestas, abierta a toda clase de experiencias, para la que un encuentro sexual con un desconocido en el transcurso de un festival de música solo es un ingrediente más de la diversión del fin de semana? Creemos que, si se hubiera permitido al jurado ver estas fotografías, el veredicto habría sido muy distinto. ¿A quién crees tú? ¿A un joven diligente, estudioso y sin antecedentes de conducta violenta, o a una chica con antecedentes de desequilibrio mental que permite que la fotografíen de esta guisa?*

En las fotos, la cara de Beth aparecía pixelada, pero se reconocía perfectamente su pelo. En una de ellas se la veía lamiéndole la cara a un amigo en una discoteca. No era una pose muy elegante, pero cualquier persona de nuestra edad había hecho cosas peores. En la otra foto se la veía de cuerpo entero, con la cara difuminada. Estaba estupenda con un corpiño negro, pantalones ceñidos y botas camperas, y una botella de tequila entre los pechos. Aparecía de lado, con un hombro vuelto hacia la cámara. El tatuaje de las alas de ángel se distinguía perfectamente.

—Menuda gilipollez —dije—. Cualquiera que te conozca verá que eres tú en esas fotos.

—Ni que lo digas —respondió ella amargamente—. Daría lo mismo que hubieran puesto un anuncio en la portada del *Times*. Deberíais haber visto lo que pasó ayer cuando fui a hacer la compra con mi madre. Fue como si se abrieran

las aguas del mar Rojo. La gente se apartaba y nos daba la espalda en los pasillos.

—¿Quién les ha dado estas fotos? —preguntó Kit.

—Una amiga mía de toda la vida, ¿a que es increíble? La primera está hecha en una discoteca de Nottingham, la otra es de un festival en el que trabajé vendiendo chupitos de tequila, un verano. Me las hizo Tess, lo recuerdo perfectamente. Es la última persona de la que me esperaba una cosa así. Me ha partido el corazón.

Empezó a llorar y yo sentí un arrebato de ira contra Tess.

—Ay, Beth, qué mierda es todo esto —dije.

Me acordé de una foto que me hizo Ling una vez, estando de juerga, en vaqueros, con la parte de arriba del bikini, la boca abierta y una pastillita en la lengua, regalo de algún tipo que quería echarme un polvo. La teníamos colgada en la puerta de la nevera de nuestro antiguo piso y la quitábamos cuando venían nuestros padres a vernos. Cuando eres joven, no piensas en las consecuencias de tus actos.

—Dices que no se puede difamar a una persona anónima, pero en estas fotografías se te reconoce perfectamente, ¿no? —dijo Kit. Hablaba casi para sí mismo mientras rumiaba las posibles implicaciones jurídicas—. Identificarte así tiene que ser un desacato al tribunal. Es un gol en propia puerta como la copa de un pino. ¿Te has buscado un abogado?

—Sí —suspiró Beth—. El abogado que asesora a mi padre ya está informado. Dice que puede conseguir que quiten las fotografías, pero el daño ya está hecho. Se ha enterado todo el mundo. —De pronto pareció abatida—. Y las consecuencias son infinitas. Y no me refiero solo a la tensión de saber qué va a pasar con el recurso de apelación, sino a las cosas que dice la gente. Ayer, en el súper, una chica que conozco desde que tenía cuatro años, dijo que, si iba sola a un festival, ¿qué esperaba? Y es una tía de nuestra edad, una tía normal, que bebe y que no es precisamente un angelito. La última persona de la que te esperarías una cosa así.

Paseó la mirada por nuestro piso, miró el mapa de los eclipses, me miró a mí, miró a Kit y luego fijó los ojos en las vistas del parque, más allá de la ventana.

—Ahora mismo este piso me parece el único sitio del mundo donde tengo un poco de credibilidad. Tengo que largarme de allí de una puta vez. No soporto ver a mis padres intentando hacerse los fuertes, cuando esto les está haciendo polvo. Y, además, allí no puedo ganarme la vida.

—Quédate aquí —le dije—. Un par de días. Hasta que se calmen las cosas.

—¿En serio? —preguntó.

Había que conocer a Kit tan bien como le conocía yo para darse cuenta de lo que estaba pensando: cuanto más estrecha sea tu relación con esta chica, más arriesgado será que haya un nuevo juicio. Pero, antes de que Beth pudiera darse cuenta, compuso una sonrisa y yo comprendí que no se opondría. Lo hacía por mí, no por ella.

—Claro —dijo cerrando de golpe el portátil.

—¡Gracias! —exclamó Beth, y de pronto se echó a llorar como si se hubiera abierto una llave de paso—. ¿Qué sería de mí sin vosotros?

**LAURA**

30 de mayo de 2000

—¿Qué haces? —susurró Beth cuando subí de puntillas las escaleras y traté de pasar a su lado sin que me oyera.

Era sábado y nos habíamos quedado durmiendo hasta tarde. Me había parecido oír el ruido del buzón desde la cama. Desde que Jamie había empezado a escribirme, yo había adquirido la costumbre de bajar a primera hora a ver si había llegado alguna carta.

Me senté al borde del futón con un recibo del banco y una hoja de publicidad de una pizzería en la mano.

—Me gusta bajar por las mañanas a recoger el correo —le dije—. Lo hago siempre. Es una costumbre que tengo. No sé por qué, pero me reconforta.

Estaba dándole demasiadas explicaciones sin decirle nada concreto.

—Ah —dijo—. Qué bien.

—Buenos días —dijo Kit, medio dormido, desde la puerta de nuestro cuarto. Yo había intentado cerrarla pero, como siempre, había vuelto a abrirse—. Dios mío, qué tarde es.

—Hoy me toca ir al centro —nos informó Beth con aire resuelto—. Tengo cosas que hacer.

—Creía que no conocías a nadie aquí —repuso Kit.

—Y es verdad —contestó Beth con una sonrisa—. Eso es lo mejor. Puedo hacer cosas normales sin preocuparme de que todo el mundo hable de mí. Puedo pasearme por Oxford Street sin que nadie me conozca.

Después de desayunar, nos asomamos al balcón y la vimos alejarse con un

vestido de color amarillo y las mismas playeras viejas, de color gris plata, que llevaba en Cornualles.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse? —preguntó Kit, sonriendo entre dientes, cuando Beth se dio la vuelta y nos saludó con la mano.

—No tengo ni idea —contesté—. Pero está claro que nos necesita. Y no puedo echarla después de lo que ha tenido que pasar.

Kit se frotó los ojos con la manos.

—No te estoy pidiendo que la eches. Pero es que no me apetece sentirme tan incómodo en mi propia casa, y menos en este momento —dijo.

—Solo lleva aquí cuatro noches. Por Dios, Kit. Te comportas como si tuviera que elegir entre ella y tú. Y no se trata de eso.

Bajo la superficie de su rostro se percibió una súbita oleada de ira.

—¿Ah, no?

—¿Sabes qué? —estallé—. Que si no desarrollas un poquito de empatía, a lo mejor sí.

Los semicírculos de color morado que tenía bajo los ojos enrojecidos parecieron oscurecerse aún más, y al instante deseé retirar mis palabras. Reparé entonces en que tenía muy mal aspecto. Parecía haberse descuidado por completo. Hacía días que no se cambiaba de camiseta y el pelo empezaba a rizársele a la altura del cuello. Volvió la mirada hacia el parque.

Estaba a punto de disculparme cuando balbució:

—Si fuéramos idénticos, ¿crees que yo sería como Mac? ¿Como era mi padre?

Aquel intempestivo cambio de tema me hizo comprender que nuestras mentes discurrían en paralelo y, haciendo un esfuerzo, intenté seguir el rumbo de sus pensamientos. El momento de hablar de aquel arrebato absurdo, de mi posible elección entre Beth y él, pasó irremediablemente.

—Dios mío, Kit, qué sé yo. No sé lo suficiente de vuestra relación.

—Yo a veces casi desearía ser como él. Bueno, no, no es cierto. Lo que me gustaría es poder meterme dentro de él y comprender cómo funciona su cabeza. Si sigue los pasos de nuestro padre...

—Oye —dije cogiéndole de la mano. Tenía la palma caliente, suave y seca—. Mac es bastante más joven de lo que era tu padre, y nos tiene a nosotros. Le haremos parar a tiempo.

Nos quedamos callados un rato, Kit con la mirada perdida y yo asomada al balcón. Los autobuses rojos se habían adueñado de la calle.

—Respecto a Beth —dije, indecisa, cuando me pareció que había pasado

suficiente tiempo. Él no dijo nada, pero noté que se crispaba por cómo apretaba su mano la mía—. No, escúchame. Lo que quería decir es que tenemos que aguantarla un poco más, ¿vale? Venga. Tú tienes tu causa perdida y yo tengo la mía.

Había pretendido ser una broma, pero se ofendió.

—¿Cómo puedes compararlos? Mac es mi hermano gemelo.

Supe entonces que era imposible que Kit comprendiera el vínculo que me unía a Beth. Con la sangre no se puede competir.

—¡Hola, guapos, ya estoy en casa! —exclamó Beth, riendo, mientras subía por la escalera.

Kit consiguió contener su irritación, limitándose a levantar los ojos al cielo. Beth venía ligeramente envuelta en el hollín de la ciudad y cargada con varias bolsas de la compra llenas de cebollas, latas y vino. De una de ellas asomaba un manojo de limoncillo fresco.

—Voy a hacerlos la cena —dijo—. No sabréis lo que es bueno hasta que probéis mi curri verde a la tailandesa.

—Me encanta la comida tailandesa —dije alzando la voz para que no se oyera refunfuñar a Kit:

—No te molestes.

Si Beth le oyó, prefirió ignorarlo.

—Tenemos algo que celebrar. Me ha llamado mi abogado. Han quitado esas fotos de la página web.

—¡Qué buena noticia! —contesté.

—Es posible que pueda demandarlos, pero no sé si quiero. Prefiero olvidarme del asunto, ¿sabes? Estoy harta de abogados y de tribunales.

Desplegó sobre la encimera los ingredientes para la cena: arroz jazmín, leche de coco, un trozo de raíz de jengibre y tres gruesas pechugas de pollo. Luego hurgó en su enorme bolso.

—Os he comprado una cosa —dijo con repentina timidez—. Para daros las gracias por dejar que me quede aquí y... —Me miró con intención— por esforzaros siempre tanto. Primero, para ti.

Sacó una cajita envuelta en papel de regalo, del tamaño de un ladrillo, y me observó, expectante, mientras la abría. Antes de acabar de desenvolverla, supe que eran velas con aroma Rosas de Terciopelo. En 1999, las velas perfumadas no eran tan corrientes como ahora, y las de aquella marca en concreto solo podían

comprarse en una tiendecita escondida de Marylebone. Beth debía de haber memorizado diligentemente los datos de la etiqueta. Me había comprado un set de regalo: tres velas gruesas, con las mechas sin cortar. Su perfume dulce y embriagador llenó la habitación incluso sin encenderlas. Tenían que haberle costado cien libras.

—¡Hala! —exclamé—. Gracias.

—Bueno, la verdad es que tenía que compensarte. La primera noche me quedé dormida con la vela encendida y se consumió del todo. —Señaló con la cabeza, compungida, el vaso vacío que había encima de la repisa de la chimenea—. Me encantan las velas, y su olor es tan relajante...

Kit entornó los ojos: mantenerme surtida de aquellas velas era tarea suya. Sostuve su mirada de enfado. Beth no debía saber que se había pasado de la raya.

—Y esto es para ti, Kit. Es de segunda mano, pero está en perfecto estado. —Era el teleobjetivo del que habían hablado—. Son fantásticos con poca luz —dijo, y al ver que él no decía nada, mudo de asombro, añadió con voz trémula—: Ya tienes uno.

—No, no —contestó él sin inflexión—. Gracias.

—Creo que lo que le pasa a Kit es que se siente un poco violento porque... —Le miré, pero era imposible saber qué estaba pensando—. Creo que se siente violento porque no hace falta que nos sigas dando las gracias.

—Sí —dijo él—. Lo único que hicimos en el juzgado fue explicar lo que vimos —añadió en tono desapasionado, lo que significaba que en realidad le hervía la sangre de vergüenza.

—No —repuso ella—. Me salvasteis. En más de un sentido. Me salvasteis.

Siguió un silencio incómodo que rompió la propia Beth, espabilándose de pronto como un perro que se sacudiera el agua.

—¡Bueno! —dijo alegremente—. La cena no va a hacerse sola.

Mientras ella cortaba y removía, yo puse música y coloqué las tres velas en fila sobre la repisa. En cuanto a Kit, después de tomar un par de copas de vino, sacó el teleobjetivo y lo ajustó a la cámara, incapaz de disimular el deleite que le producía aquel nuevo juguete.

Nos tumbamos cara a cara en nuestra habitación, que nunca se oscurecía del todo, confiando en que nuestros susurros no pasaran más allá de la puerta.

—¿Cuánto cuesta ese objetivo? —pregunté yo—. ¿Unos cien pavos?

—Mil, más bien. Nuevos, cuestan hasta tres mil.

—¿Qué?

—Sí, ya lo sé —repuso Kit—. Es como si intentara comprar nuestro apoyo.

Intenté mirarle a los ojos, pero eran solo un destello en medio de la penumbra.

—¿Para qué quiere comprarnos? Ya hemos testificado.

—Entonces es que intenta mantenernos de su lado. Me preocupa que salga algo nuevo a relucir en la apelación y que se repita el juicio. Y que por tenerla en casa invalidemos nuestro testimonio.

—Pero eso solo pasará si le decimos a la gente que ha estado aquí. A no ser que hayan contratado a un detective privado para que la siga, ¿quién va a saberlo?

Kit se puso tenso y yo noté que le costaba no levantar la voz.

—Esto es lo que yo temía. Que nos arrastrara a una maraña de mentiras. Una mentira siempre necesita de otra, y luego de otra. Y ya ha empezado. Si uno no es completamente sincero desde el principio, lo tiene muy jodido.

Me quedé helada y entonces me acordé de que Kit no se refería a mi visita secreta al juzgado. Le puse una mano sobre el pecho para calmarlo.

—Solo necesita una amiga.

—Laura —dijo cogiéndome de la mano—, ¿en serio crees que puedes forjar una amistad auténtica con alguien a quien conociste en esas circunstancias? Tendrías siempre presente ese asunto, pendiendo sobre ti. Ya has hecho más de lo necesario.

—¿Y qué quieres? —pregunté, casi levantando la voz—. ¿Que le diga que se vaya?

Me indicó que bajara la voz y luego dijo:

—¿Francamente? Sí. No tengo sitio en la cabeza para este asunto, y mucho menos en mi casa. Bastante me cuesta ya cuidar de mi hermano. Yo no soy como tú. No tengo la necesidad de rescatar a cualquier animalito desvalido.

—Cuando empezamos a salir juntos dijiste —repuse yo, y tuve que hacer un esfuerzo por controlar mi voz—, dijiste que eso era lo que más te gustaba de mí. Que me preocupaba por las cosas. Y por los problemas. Y por la gente.

Kit se recostó en la almohada.

—Sí —dijo—. Y así era. Y es. Pero a veces me gustaría que dedicaras la misma atención a lo que tienes en casa que a tus causas.

Me dio la espalda. En la habitación contigua, Beth se removió en la cama y el crujido del futón nos recordó, innecesariamente, que no estábamos solos.

**KIT**

20 de marzo de 2015

El cielo a través de la portilla es un charco de luz gris indistinta, y la desilusión preventiva me quita el apetito. Anoche no salí en busca de Beth y esta mañana me atormenta haber dejado pasar esa oportunidad.

Mi bolsa pesa, llena con el equipo fotográfico: los objetivos, mi trípode más robusto, los protectores para la lluvia. Por un segundo siento la tentación de dejarlo todo en el camarote, y que le den. Estoy, extrañamente, al borde de las lágrimas. Todo parece siempre más cargado de emotividad en las horas que preceden a un eclipse.

El restaurante del Princess Celeste abre justo antes de que amanezca. Sirven un desayuno continental. Desayuno, o más bien me lleno de café el estómago vacío, con Jeff Drake. No hace ningún comentario acerca de mi nuevo *look*. ¿Por qué iba a hacerlo? Me ha visto sin barba durante años y con barba solo esta vez. Si ha visto mi actuación en el vídeo, tampoco dice nada al respecto. Tiene el aire distraído de quien piensa en cosas más elevadas. Le toca a él decidir dónde tendremos mayores oportunidades de ver el eclipse.

—¿Dónde crees tú? —le pregunto antes de dar otro sorbo al café. Tengo que preguntar qué mezcla usan, para Mac—. ¿El lado norte de la isla? ¿El sur?

—Me temo que tienes que replantear la pregunta, Christopher —contesta mientras espolvorea azúcar sobre una uva cortada por la mitad—. Se trata de dónde encontraremos las condiciones menos malas. Predecir los movimientos de los cuerpos celestes es pan comido comparado con hacer un pronóstico del tiempo.

Hay una expresión que se nos pone a los buscadores de eclipses cuando el cielo va a estar encapotado: una especie de jovialidad forzada, el empeño de disfrutar pase lo que pase. Pero una desilusión de ese calibre no puede disimularse por más que uno lo intente. Yo me siento responsable por Richard. Es culpa mía que esté aquí. Siento que tendría que ahuyentar las nubes, es lo menos que puedo hacer por él.

—A veces las nubes se apartan justo a tiempo —digo mientras bajamos por la pasarela hacia los autobuses—. Solo se necesita un huequecito entre las nubes para que todo salga bien.

Hablo para animarme a mí mismo, tanto como a él.

Los muelles están abarrotados de gente, una aglomeración de cuerpos más compacta que en cualquier festival de música. Por encima de esa muchedumbre, y más allá de una carretera congestionada, veo seis autocares amarillos con carteles del Princess Celeste en las ventanas. Conduzco a Richard hacia los autobuses. La ubicación se ha decidido en el último momento y los letreros de las ventanas nos informan de que vamos a subir hasta la mitad del Húsareyn, un monte desde el que se domina el puerto de Tórshavn. Solo los aficionados suben hasta la cumbre de una montaña, tan alto que las nubes bajan a tu encuentro, tapando por completo la vista desde el suelo.

Es extraño que, en medio de tanta actividad humana, pueda sentirse la mirada de otra persona fija en uno, pero lo cierto es que noto algo, una especie de calorcillo en el hombro izquierdo, o puede que vea algún movimiento por el rabillo del ojo. Vuelvo la cabeza despacio, asaltado por un presentimiento que ya conozco de otras veces, pero solo es un hombre de mediana edad con la cabeza reluciente y unos cristales polarizados, de los que bajan y suben, sujetos a unas gruesas gafas graduadas. Me dedica una amplia sonrisa.

—¡Pero si eres tú! —exclama.

Hago repaso de toda la gente a la que he conocido en el barco y estoy casi seguro de que no es del Celeste.

—¡Vaya, fíjate! ¡No te acuerdas de mi nombre y estás poniendo cara de pánico! —dice.

Su acento norteamericano del Medio Oeste podría situarle casi en cualquier parte de Estados Unidos, y por un instante me pregunto si le habré conocido cuando era un adolescente. El padre de alguien que vino a recoger a un chaval borracho a una hoguera clandestina.

—Lo siento, vas a tener que refrescarme la memoria —digo.

—No te preocupes, no nos conocemos —contesta.

—¡Ajá! —dice Richard—. Tu fama te precede. Otro que ha visto el vídeo. Aunque es raro que te haya reconocido sin la barba.

El hombre parece desconcertado.

—¿Qué vídeo? No, es que había una mujer que iba por ahí buscándote, con una foto tuya. Era de hace unos años, pero estoy seguro de que eras tú.

Mi corazón brinca como un pez fuera del agua. No está buscando a Christopher. Está buscando a Kit. Está aquí, y me va a joder el eclipse.

—No creo —contesto—. Debe de ser otro.

El hombre me observa atentamente.

—O eso, o es que tienes un hermano gemelo en alguna parte.

Doy un respingo al oírle, pero noto por su expresión que solo es una frase hecha.

—¿Qué aspecto tenía esa mujer? —digo, y me pregunto si Richard habrá notado que me tiembla la voz.

—Pues yo diría que es más o menos de tu edad. Guapa. Con el pelo moreno. Se ha ido en uno de esos autobuses rosas.

Señala hacia el puerto. Veo brillar la pintura de color Apiretal, casi en la curva del puerto.

Joder, joder, joder.

—Bueno, estaré atento —digo—. Que tenga un buen eclipse.

—¡Buena suerte! —contesta el hombre, iluminada la cara por una esperanza ilusa, antes de desaparecer entre el gentío.

Si estoy en lo cierto y la de la foto era Beth, ahora mismo está subiendo al autobús. Algo dentro de mí se quiebra con un chasquido casi audible.

—Enseguida vuelvo —le digo a Richard—. Sujétame esto.

Le doy la bolsa, pero me quedo con la cámara, que cuelga de mi mano como un tirachinas.

—¿Cómo que enseguida vuelves? ¡No nos van a esperar! ¡Chris! ¡Chris!

Su voz se va difuminando a medida que me abro paso entre el amasijo de cuerpos. Cada vez que paso junto a una persona vestida con ropa impermeable, se oye el susurro inconfundible del nailon al rozarse. ¿Esto es lo que le pasa a Laura? ¿Ser consciente de que te estás comportando como un idiota y no poder parar?

Pruebo primero en el autobús rosa más cercano.

—¿Está usted en este grupo?

La señora del portafolios tiene el pelo cano, rizado y ahuecado, y una sonrisa que empieza a mostrar visos de alarma.

—No, pero estoy buscando a una persona, necesito ver si está en el autobús.

—Solo puede subir si tiene hecha la prerreserva. —Mira al conductor buscando apoyo, pero el hombre debe de rondar los noventa años—. Señor, voy a tener que pedirle que...

Opone cero resistencia cuando paso a su lado bruscamente.

—Solo necesito ver si está aquí.

Me detengo en el pasillo del autobús. De un solo vistazo, veo que Beth no está entre los pasajeros.

—Perdone, gracias —digo al volver a bajar los escalones, y entonces empiezan a oírse murmullos:

—¿Qué le pasa a ese?

—¿Tenía acento británico?

—¿Avisamos a alguien?

El segundo autobús rosa, aparcado justo detrás, aún está embarcando pasajeros. Dejo atrás la puerta delantera y me voy a la del medio, y esta vez ni siquiera me molesto en preguntar. Cabezas canosas se agitan, preocupadas. No hay nadie con menos de sesenta y cinco años.

Alguien ha llamado por radio o por teléfono, porque en el tercer autobús ya están avisados. Dos hombres me esperan a la entrada, con los brazos cruzados. Me veo obligado a gritar escalerilla arriba.

—¡Beth! —Mi voz resuena en todo el autobús, lo bastante fuerte como para provocar una avalancha—. ¡Beth! ¡Ya estoy harto! ¡Vamos! ¡Tú ganas! ¡Da la cara! ¡Estoy harto!

La puerta se me cierra en la cara.

—¡Me estoy volviendo loco! —grito a través del cristal.

Pego la cara a la puerta y espero. Si está a bordo, tiene que haberme oído. Y si está aquí, ha venido por mí. Saldrá.

—Me estoy volviendo loco, joder —repito en voz baja.

El conductor revoluciona el motor y la vibración de la carrocería al pasar rozándome la cara me hace volver en mí como un sobresalto. Corro por el puerto ya medio vacío y encuentro a Richard en el autobús amarillo, con mi bolsa ocupando el asiento de al lado.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso?

—Tenemos que cambiarnos de asiento —digo y, cogiendo mi bolsa, me voy a la fila de atrás.

Desde aquí veo subir a todos los pasajeros. Tengo los músculos agarrotados. Estoy preparado para la lucha. Detesto pensar así, pero, si algo le pasa hoy a

Beth, será culpa suya por haberme seguido hasta aquí.

No, eso no es justo. A pesar de lo que haya hecho, Beth pasó también por un infierno. Es con Jamie Balcombe con quien debería estar enfadado. Al menos si me detengo ahí, si no quiero remontarme más atrás en el reparto de culpas.

**LAURA**

25 de junio de 2000

—¿Seguro que no lo has cambiado de sitio? —me preguntó Kit por enésima vez en una hora—. Es un bote de plástico con un carrito pequeño dentro. Así de grande, más o menos. No puede haber desaparecido sin más. Estaba justo aquí. —Señala la encimera.

—Se habrá caído por detrás de la cocina o algo así —respondí—. ¿No puedes esperar a que acabemos?

Estaba sentada en una mesa de la cocina, con una toalla alrededor del cuello y la raya del pelo hecha al medio, mientras Beth, con guantes de látex, me untaba las raíces con una pasta de peróxido de hidrógeno de color violeta. Noté el cosquilleo cáustico de la lejía al decolorarme el pelo. Había hecho ya una prueba con Beth, tiñéndole de morado subido las puntas de un par de rizos morenos.

La radio sonaba tan alta que el agua de nuestros vasos brincaba siguiendo el ritmo, pero aun así se oyó sonar su teléfono, apoyado en una estantería. La pantalla se iluminó en verde y en la pantalla se leyó *CASA* con letras formadas por puntos, como las de una impresora antigua. Beth echó un vistazo al teléfono, torció un poco el gesto y no contestó. Kit levantó las cejas pero no dijo nada.

Cuanto más fuerte cantábamos Beth y yo, peor cara ponía Kit, horrorizado por nuestra banalidad. Ya que se empeñaba en comportarse como un padre gruñón, yo me divertía haciéndole rabiar.

—No le hagas caso —dije—. Solo le gusta la música que trata de *ideas*.

Beth le lanzó una mirada de «Yo no me meto» y echó otro chorro de peróxido en el cuenco de la mezcla.

Kit frunció el ceño y volvió a la tarea que se traía entre manos en el cuarto de estar. Por si perder el carrete no fuera suficiente desgracia, también se le había averiado el ventilador del portátil. Iluminó con su flexo la placa base y empuñó un pequeño destornillador. Cuando el teléfono de Beth volvió a sonar, levantó los hombros un par de centímetros más.

—A lo mejor deberías contestar, ¿no? —dije yo después de que el teléfono sonara por cuarta vez.

Ella separó las manos, indecisa, mientras el móvil seguía sonando y luego exclamó:

—¡Dios! ¡Vale ya, por favor!

Pero no se dirigía a mí, sino al teléfono. Se quitó los guantes, los tiró al fregadero de la cocina y cogió el teléfono. Cerró la puerta del piso antes de contestar en tono defensivo:

—¿Sí?

Sus pasos descendieron por la escalera hasta que dejó de oírse su voz.

—¿Qué pasa? —le dije a Kit—. ¿Crees que se ha ido y que no les ha dicho dónde está o algo así?

Yo entendía que hubiera vuelto a casa de sus padres, pero me parecía indigno que, a sus veintiún años, aún tuviera que darles explicaciones.

—Puede ser —contestó Kit mientras soplaba para quitarle el polvo a un trozo de circuito—. Aunque yo estaba pensando más bien que a lo mejor les había pasado algo malo.

—¡Dios mío, tienes razón! —dije—. Como si no tuviera ya bastantes preocupaciones...

Nos interrumpió la voz aguda y chillona de Beth, atravesando la puerta cerrada.

—¡Se lo merece! ¡Tiene suerte de no haber estado en el coche cuando lo hice!

Kit levantó las cejas. Yo crucé la moqueta de puntillas, pegué la oreja a la puerta y agucé el oído.

—No, no lo decía en serio, claro que no. Ya sabes que no.

Apoyé la mano en la puerta y sentí el pulso de mi sangre en la yema de los dedos.

—Pues siento haberos avergonzado —dijo Beth pasado un rato—. No lo pensé bien. Lo digo en serio, mamá. Ya sabes lo que hizo.

Siguió un silencio tan largo que empecé a pensar que había colgado.

—Ay, no, ¿en serio? Lo siento —dijo en tono apesadumbrado—. Te lo devolveré en cuanto encuentre trabajo. No, en serio. Vale. Bueno. Gracias. Mira,

tengo que dejarte. Estoy en casa de mis amigos y no puedo hablar. —Se hizo un silencio prolongado y después se la oyó decir con un hilo de voz—: Yo también te quiero.

Tuvo que subir los peldaños de dos en dos, porque unos segundos después giró el pomo de la puerta. Yo me aparté de un salto e intenté disimular, pero cuando Beth entró y cerré la puerta vimos las dos al mismo tiempo que había una mancha de tinte con forma de oreja en la madera, a la altura de mi cabeza.

—¿Qué has oído? —preguntó.

—Lo que estabas gritando —reconocí.

Se dejó caer en el futón, desordenando las minúsculas herramientas que Kit había desplegado con todo cuidado, pero no pareció advertirlo, ni siquiera cuando él se puso a ordenarlas de nuevo, malhumorado.

—¿Te acuerdas de que te hablé de mi amiga Tess? —preguntó.

Al oír aquel nombre, en mi mente se descargó lentamente una imagen en la que aparecía Beth con su atuendo de promotora de tequila.

—Claro, ¿cómo iba a olvidarlo? —contesté.

—Ya —contestó, y bajó la mirada—. Pues puede que le haya rajado las ruedas del coche.

—¡Beth! —exclamé, entre estupefacta y admirada, aunque lo cierto era que no me costaba ningún trabajo imaginármela haciendo algo así.

—No sé qué me pasó —añadió—. Vi ese cochecito de mierda que tiene en el aparcamiento del supermercado y, no sé cómo, acabé comprando un cuchillo corto en la tienda. Lo clavé en la goma y empezó a salir el aire: pfffffff. —Se le ahuecaron las mejillas al imitar el sonido de las ruedas al deshincharse.

—Vaya —dije yo. Miré a Kit para ver cómo reaccionaba, pero estaba absorto colocando sus utensilios de informático en una caja de plástico transparente—. ¿Y cómo saben que has sido tú? ¿Por las cámaras de seguridad?

Ella negó con la cabeza.

—Le había dejado el coche a su madre. ¿Cómo iba yo a saberlo? La mujer salió con el carro de la compra cuando yo estaba rajando la última rueda. Me escapé corriendo, pero me vio. Me conoce de toda la vida. Y ha ido a casa de mi madre a pedirle que pague los daños. Mis padres están que echan chispas.

—Hombre, Beth...

—Sí, ya lo sé, ya lo sé —dijo.

Nos echamos a reír torpemente, con una risa de incredulidad que al mismo tiempo parecía dar a entender que algún día veríamos el lado gracioso de aquel incidente. Kit, por su parte, parecía de un humor de perros cuando cerró por fin

su caja de herramientas y fue a guardarla a buen recaudo en el dormitorio.

—Yo ya no me hago ilusiones con los hombres —dijo Beth bajando tanto la voz que tuve que inclinarme para oírla—. Lo único que espero de ellos es que me hagan alguna putada. Pero que te traicione una amiga... Eso es otra cosa completamente distinta.

Me imaginé lo dolida que me sentiría yo si Ling me vendiera de ese modo, y comprendí que me quedaría hecha polvo. A mí también me darían ganas de rajarle las ruedas. O de algo peor aún.

—Entonces, menos mal que me tienes a mí, ¿eh?

Comprendí por cómo se le iluminaba la cara que había dado de lleno en el clavo.

**LAURA**

30 de julio de 2000

En julio, un año antes de lo previsto, conseguí mi trabajo soñado como recaudadora de fondos de una organización benéfica dedicada a la infancia. Fue así como empecé mi carrera, aunque ahora me pregunto de dónde saqué fuerzas para dedicarlas al trabajo. Hizo un calor horrible aquel verano, y Kit y yo nos pasábamos la vida en el metro: cuando no estábamos yendo o viniendo de trabajar, íbamos a Turnpike Lane a cuidar de Juno, en mi caso, o a vérselas con Mac, en el caso de Kit. Nos duchábamos dos veces al día, algunas de nuestras prendas oscuras quedaron arruinadas por manchas blanquecinas del sudor, y cuando nos sonábamos la nariz el pañuelo acababa negro.

Beth iba a vernos con frecuencia. En casa de sus padres, en Nottinghamshire, se sentía recluida por partida doble: primero, por la vergüenza de que todo el mundo supiera que era la víctima de Jamie Balcombe y, segundo, por la fama que había cosechado en el manejo del cuchillo. Sin embargo, durante las visitas que hacía a Londres más o menos cada dos semanas no daba muestras de querer recorrer la ciudad. Prefería quedarse cómodamente encerrada en casa. Quitando nuestro encuentro en Lizard Point, yo apenas la había visto a plena luz del día. Siempre se quedaba a dormir, sin necesidad de que se planteara la cuestión. Era una de las muchas cosas que se daban tácitamente por descontadas.

Jamie me escribía dos veces por semana. Sus cartas llegaban sin falta el martes y el viernes. El tema central era siempre el mismo: retráctate ahora, antes de que se te compliquen las cosas. Pero también me informaba de otras cosas. Al parecer, había conseguido reunir toda una caterva de seguidores y recibía

montones de cartas de otros hombres «acusados falsamente». Había todo un movimiento en defensa de los derechos de los hombres en respuesta a lo que ellos consideraban una tendencia de las mujeres a «alegar violación». Y también le escribían mujeres, añadía con un regocijo que se dejaba entrever en los trazos de su escritura. Mujeres a las que calificaba de *auténticas* víctimas: chicas a las que habían violado sus padrastras, a las que habían drogado en discotecas o violado en grupo a punta de navaja. Nunca perdía la ocasión de comparar la valentía de aquellas «señoras» con mi cobardía. Yo rompía las cartas en trocitos y los repartía por distintas papeleras entre nuestra casa y la boca de metro de Clapham Common. Empecé a desear que el tipo de la navaja incrustada en un cepillo de dientes le hiciera una visita.

A Ling le habían recetado por fin una medicación que podía sacarla de su estado de depresión crónica, y había decidido que era hora de llevar a cabo un «ataque preventivo» para pararle los pies a Mac. Ahora esa expresión es de uso corriente, pero aquella fue la primera vez que yo la oí, y Ling tuvo que explicarnos qué quería decir exactamente. Todos (yo, Kit, sus padres, Adele, y un terapeuta especializado en adicciones que había encontrado Ling) debíamos presentarnos en su piso y decirle, uno a uno, que las cosas no podían seguir así. La idea era que, al ver unidas por una misma preocupación a todas las personas que le importaban, Mac se iría derecho a una clínica de desintoxicación. Kit no creyó en ningún momento que el plan fuera a funcionar, pero accedió de todos modos y nos juntamos todos, apretujados como sardinas en lata, en su pequeño apartamento del sótano, donde había tan pocas sillas que tuvimos que sentarnos por turnos.

La estrategia de Ling tenía una pega: para que funcionara, Mac tenía que estar presente. Y teniendo en cuenta que el síntoma más visible de su adicción era que se iba de juerga noches enteras y a veces tardaba varios días en regresar, la probabilidad de que algo fallara era muy alta. Esperar un acontecimiento desagradable es casi más agotador que el hecho en sí y, después de pasar ocho horas esperando a que Mac contestara al teléfono o volviera a casa, nos dimos por vencidos. El metro era como un horno, estuvimos veinte minutos parados entre estaciones y cuando por fin volvimos a la superficie Kit y yo estábamos hartos de todo, inclusive el uno del otro.

—¡Joder! —exclamó Kit cuando doblamos la esquina de Clapham Common Southside—. Esto es literalmente lo que me faltaba ahora mismo.

Seguí su mirada. De nuestro portal asomaban dos raídas playeras grises y unos tobillos blancos y finos.

—¿Tú sabías que iba a venir?

—Claro que no, joder —respondí con idéntica hostilidad.

No me quedaban energías para aguantar a nadie, ni siquiera —prácticamente— a Kit. Debía de notársenos en la cara que estábamos agotados, pero Beth no se dio por enterada.

—No puedo quedarme mucho tiempo —dijo mientras subía la escalera delante de nosotros.

El color morado de su pelo se había desvanecido, y unas horquillas de colores sobresalían entre su maraña de rizos negros. Pasó la mano por el papel verde de la pared y, al llegar al descansillo, se detuvo a examinar un trozo que se había desprendido—. Tengo que coger el último tren para volver a casa. Tengo el tiempo justo. Creía que ibais a volver antes.

Kit y yo intercambiamos una mirada de asombro. Beth nunca volvía a casa a dormir. Una vez en el piso, todos dábamos por descontado que se quedaría a pasar la noche.

—¿A casa? —preguntó Kit.

Me hizo un gesto de triunfo levantando los pulgares y, al volverse Beth, los escondió en los puños, de modo que pareció que iba peleándose a puñetazos con la escalera a medida que subía.

—Vale ya —le dije gesticulando en silencio, pero sonreí.

—Sí —dijo Beth—. Pero quería daros la buena noticia en persona.

«Será la apelación», pensé. «La habrán desestimado».

—Cuéntanos —dije.

Estábamos ya en el último tramo de la escalera y Kit se palpaba los bolsillos de los vaqueros en busca de las llaves.

—¡Me mudo a Londres! —exclamó Beth con una sonrisa de oreja a oreja.

Estuve a punto de tropezarme con el último escalón. Kit se quedó paralizado con la llave metida en la cerradura, y yo comprendí que estaba pensando lo mismo que yo: ¿no creerás que va a mudarse aquí?

—¿Y eso? —pregunté con cautela.

—Bueno, ya os he contado cómo está el ambiente en casa. Prácticamente estoy bajo arresto domiciliario. Así que he estado buscando casa y trabajo —dijo con orgullo—. Y he encontrado trabajo en una tienda de fotografía. Voy a trabajar en el cuarto oscuro. Pagan una mierda, pero por lo menos es algo relacionado con la fotografía. He echado un vistazo y no puedo permitirme pagar nada por esta zona, pero he alquilado una habitación en Crystal Palace. A partir de ahora nos vamos a ver mucho más.

—Eso es estupendo —dije, aunque lo que de verdad me alegraba era que fuéramos a vernos mucho menos. O, mejor dicho, que pudiéramos rebajar la intensidad de aquella amistad, convertirla en algo más normal. Nos veríamos para tomar un café, una horita, o para cenar, y luego cada uno se iría a su casa.

—Así que os he comprado una cosita para daros las gracias por haberme acogido. Ya sé que dijisteis que no tenía que regalaros nada, pero esta es la última vez, os lo prometo —dijo con una sonrisa tímida, casi infantil—. Por favor, no me digáis que no debería haberlo hecho.

El regalo que me entregó estaba cuidadosamente envuelto en papel de William Morris y atado con una cinta. Parecía un libro, pero al desenvolverlo vi que era un marco de madera de pino, muy finito, y que dentro había...

—Ostras —dije.

Era una fotografía de Kit y de mí, hecha desde la puerta de nuestro dormitorio. ¿Cuándo? Una mañana muy temprano, eso estaba claro, mientras todavía dormíamos. La luz del amanecer se colaba por entre las lamas de la persiana de bambú y pintaba rayas de tigre sobre nuestra piel. Las mantas estaban retiradas a medias, casi como apartadas a propósito, y se nos veía de cintura para arriba. Yo estaba tumbada boca arriba y Kit de lado, medio acurrucado junto a mí. Tenía el brazo apoyado en mis pechos y agarraba un puñado de mi pelo, como un bebé agarraría su mantita. Crucé los brazos instintivamente para taparme el cuerpo. Kit contuvo la respiración. Sentí cómo irradiaba su ira en oleadas.

—¿Qué os parece?

Nos quedamos callados y sus ojos empezaron a perder brillo.

Yo no podía utilizar la palabra «violación» sabiendo lo que le había ocurrido, pero no había otro término que pudiera describir lo que sentí al verme en aquella fotografía.

—Es muy... íntima —dije por fin.

—¡Verdad que sí! —exclamó—. Las fotos así no se planean. Pero la puerta estaba abierta cuando me levanté para ir al baño, y os vi, y había una luz... —Levantó los dedos haciendo el signo de okey—. Además, tu cámara estaba allí mismo, Kit.

Él apretó los labios, furioso. Le indignaba más que hubiera tocado su querida cámara que el que nos hubiera hecho aquella fotografía.

—Me acordé de lo que me dijiste sobre esa foto que os hizo vuestra amiga —prosiguió Beth, impertérrita—, eso de que no erais conscientes de que os la estaba haciendo, y no me pude resistir. He ido hoy a revelarla a una de esas tiendas que alquilan el equipo por horas. —Su voz se fue debilitando con cada

frase—. Utilicé una velocidad de obturación muy baja. La lente es... —Sacudió la cabeza y, bajando la voz, murmuró—: No os gusta. —Observó nuestra expresión y sacó una conclusión errónea—. Os compraré otro carrete —dijo, errando por completo el tiro—. Total, era de Boots. Perdona, Kit, pensaba que no te darías cuenta de que faltaba.

—No pasa nada —dije, pero el silencio de Kit era mucho más elocuente.

Beth se dio una fuerte palmada en la frente.

—Pensaba que iba a encantarte.

—Y me encanta —repuse, agarrándola de la muñeca por si intentaba volver a golpearse. Había olvidado lo suave que era su piel—. Es que no me lo esperaba, eso es todo.

Se desasíó de mi mano.

—A veces puedo ser un poco entrometida —dijo hablándole a la ventana, y dio la impresión de que se lo habían dicho más de una vez—. He metido la pata. Lo siento.

Después, tras una despedida un tanto violenta, Kit y yo esperamos en silencio a que se cerrara la puerta de abajo, sin saber si reír o llorar.

Kit contempló la fotografía, estirando el brazo para verla a distancia.

—¿Cómo puede haber pensado que esto estaba bien, en cualquier sentido?

—Bueno, supongo que está un poco trastornada, después de lo que le ha pasado.

Sin embargo, que nosotros supiéramos, siempre había sido así de impulsiva. Siempre había tenido una percepción tan poco clara de qué límites no se podían cruzar. O tal vez fuera una reacción a lo que le había sucedido: se había sentido tan desnuda, tan expuesta, que había decidido dejar sus nervios a flor de piel con la esperanza de que se curtieran. Aquel era su trauma. Si aquella era su forma de asimilarlo, ¿quiénes éramos nosotros para juzgarla?

—¿Y si hubiera tenido la chorra fuera? —preguntó Kit.

Me puse a su lado y miré la foto detenidamente. Resultaba más fácil así, sin la presencia agobiante de Beth.

—Aun así, estamos bien —dije con una sonrisa—. Si te olvidas de lo siniestro del asunto, la verdad es que es una foto muy bonita. No sabía que dormías agarrándome el pelo así.

—Yo tampoco —dijo él, más relajado, y me acarició la coleta.

—Podemos mirarla cuando estemos viejos y arrugados —dije—. Y acordarnos de cómo éramos. Ya sé que no es como para tenerla en la repisa de la chimenea, pero me gustaría quedármela.

La pusimos boca abajo en el cajón de mi mesilla de noche. Fue una de las cosas que perdimos cuando tuvimos que escondernos, y no sé qué habrá sido de ella.

Al echar la vista atrás, me doy cuenta de que Kit tenía razón: debería haberme mostrado amable pero firme desde el primer momento, aquella vez que vino a buscarme al trabajo. No debí permitir que se introdujera en nuestras vidas. Debería haber mantenido con ella una relación más decorosa, por emplear un término un poco anticuado.

Esa noche me costó conciliar el sueño. Era demasiado consciente del aspecto que presentaba, de mi propia desnudez. Solo cuando me levanté y me puse algo encima pude por fin relajarme. Tuve sueños extraños (la sensación de que me vigilaban, de que había alguien acechando en la puerta) y los atribuí a la fotografía de Beth. Todavía no había cobrado conciencia de que mi desasosiego no se debía únicamente a aquel atropello de nuestra intimidad. Era el primer asomo de algo tan grande, tan hondo y siniestro que sería imposible meterlo en un cajón o tirarlo a una papelera. Algo que aún no estaba preparada para nombrar.

**LAURA**

20 de marzo de 2015

El primer contacto será a las ocho y veinte de la mañana. La emisora de radio local dice que la capital «quedará inmersa en la oscuridad en plena hora punta». Podría ver el eclipse parcial a su paso por Londres desde la buhardilla, pero hasta con la ventana abierta al cielo blanquecino se me haría muy raro verlo desde dentro de un edificio.

Me recojo el pelo en una trenza muy fina que me llega hasta la cintura y me lo ato en un moño. Ocultar mi pelo se ha convertido en un automatismo cada vez que salgo de casa. Soy como una de esas mujeres que, por su religión, se cubren el cabello en público: solo mi marido me lo ve suelto. La alternativa era cortármelo, o dejar de teñírmelo, y Beth ya me ha arrebatado suficientes cosas. No pienso cederle eso también.

Decido dar una vuelta por el barrio para empaparme de la atmósfera, pero no hay atmósfera de la que empaparse. A un lado y otro de Green Lanes, los coches pitan y las furgonetas descargan como en un día corriente. Los billares están cerrados a estas horas de la mañana. Dejé de ir hace unos meses, cuando me creció demasiado la barriga para inclinarme sobre la mesa. A fin de cuentas, no hay muchas carambolas que puedan hacerse sujetando el taco de espaldas. El único indicio de que se avecina un eclipse no lo encuentro en los astros, sino en una alcantarilla: un periódico gratuito, abierto por el titular *LOS CIENTÍFICOS ADVIERTEN DE QUE HACERSE UN SELFIE CON EL SOL PUEDE CAUSAR CEGUERA*. El cielo no tiene nada de especial, salvo una extraña luz violeta que podría atribuir a una tormenta inminente, en caso de que me fijara en ella. Solo

al llegar a Duckett's Common, donde un grupito de gente lleva en las manos gafas polarizadas, empieza a intuirse que va a pasar algo fuera de lo normal. Me detengo, con los pies firmemente plantados en el suelo y las manos sobre la tripa. La capital no está inmersa en la oscuridad, apenas en una semipenumbra. Hasta los bebés comparten mi desilusión: ni siquiera se despiertan.

De vuelta en casa, me encuentro en la puerta una bolsa de Bean/Bone con una nota que dice que Juno y Piper han venido con Mac a traerme mis calditos matutinos. Me fastidia no haberlos visto. El café todavía está caliente, pero el caldo lo tiro por el fregadero y los zumos los guardo en la nevera. El ordenador me reclama arriba (tengo que redactar un documento), pero sé que hoy no podré concentrarme en nada. Miro el teléfono cada dos por tres, esperando noticias de Kit, y al no recibirlas tengo que hacer un esfuerzo para tranquilizarme. Me ha dicho media docena de veces que seguramente esta mañana no tendría cobertura. Echo un vistazo a mis mensajes y vuelvo a mirar su foto con la cara afeitada. Es un gesto de ternura ideado para aplacarme, pero de hecho solo sirve para recordarme por qué estoy tan enfadada con él.

Enciendo la tele. La presentadora de la BBC dice que en Svalbard las condiciones eran óptimas, pero que en Tórshavn, en cambio, no se ha visto nada. Lo siento por Kit, pero también me cabreo: qué pérdida de tiempo. Todo este estrés, todo este remover el pasado, todo ese dinero tirado a la basura y encima una de las peores broncas que hemos tenido. Sin un eclipse perfecto que lo justifique, me siento estafada. Todo esto para nada.

Suena el teléfono.

—Menuda birria de eclipse —dice mi padre.

—Iba a verse muy al norte —contesto yo.

—Es verdad que ha oscurecido un poquitín —admite—. ¿Qué tal le ha ido a Kit?

Me doy cuenta entonces de que no he hablado con Kit desde nuestra bronca. ¿Y si esa fuera nuestra última conversación? Noto una opresión repentina, como si me estuvieran inflando un globo dentro de la boca. Me dan ganas de contarle lo idiota que ha sido Kit, cómo le ha dicho a Beth dónde encontrarle, pero no puedo, porque todo esto es culpa mía.

—Papi... —digo, para sorpresa de ambos.

—¿Estás bien, cariño?

Su tono de preocupación hace estallar el globo. Si me dejo llevar, aunque sea un poquito, acabaré por soltárselo todo.

—Sí, estoy bien —contesto—. Me molesta un poco el estómago. Todavía no

he hablado con él, pero no parece que haya habido mucha suerte —consigo decir.

—Es una pena —dice distraídamente—. Oye, uno horizontal: pequeño enredo sin mala intención. Doce letras.

No tengo ni idea. Mi capacidad analítica ha caído temporalmente bajo el yugo de otra parte de mi cerebro: la que se ocupa de la paranoia y los malos presentimientos.

—Tengo que pensarlo —digo.

—Claro, pero no te olvides. Contiene las primeras letras de otras cinco palabras. —Carraspea—. ¿Qué tal están mis nietos?

—Bien, creo.

Justo en ese momento, como obedeciendo a una señal, un piecito empuja la pared de mi tripa. Bajo la mano como para hacerle cosquillas en los dedos.

Quedamos en que vendrá a verme el fin de semana que viene. Han abierto un restaurante turco en la esquina al que quiero llevarle. Le cuento lo de la ecografía de esta tarde, él me cuenta lo de su dichosa campaña electoral, y cuando acabamos de hablar es hora de irme al hospital. Tengo los informes médicos del embarazo bien ordenados en una carpeta, junto al ordenador.

A las once en punto miro el móvil, pero Kit sigue sin dar señales de vida. Empiezan a picarme los brazos a pesar de que me dijo que no esperara que me llamara antes de mediodía. Me bajo las mangas hasta taparme las muñecas y meto la carpeta en el bolso.

De pronto se me ocurre la respuesta al uno horizontal. Pequeño enredo sin mala intención, doce letras. Mentirijilla.

**LAURA**

29 de agosto de 2000

El portátil, abierto y encendido, solía ser señal inequívoca de que Kit estaba en casa, pero llevaba cinco días apagado (todo un récord) y el montón de trabajos que se había traído para corregir hacía ya una semana seguía junto a la puerta, donde los había dejado al llegar. Tras una serie de «ataques preventivos» frustrados por nuestra parte, Mac había pasado a la ofensiva, por decirlo así: le habían internado después de que cruzara las vías electrificadas del tren entre dos edificios ocupados por yonquis, en Tottenham. En aquellos momentos estaba siendo atendido por quemaduras leves, cortes, hematomas y drogodependencia grave en el ala de seguridad del North Middlesex Hospital. Llevaba ya diez días en tratamiento, y aquel día fue el primero que Kit pudo entrar a verle.

Mientras estaba fuera, Beth y yo nos bebimos una caja de cervezas francesas. Beth se había presentado sin avisar, y yo ya no la invitaba a comer con nosotros como hacía antes. Estaba cansada de darle prioridad. Era hora de volver a dársela a Kit, al menos durante una temporada. No estaba dispuesta a romper con ella, como pretendía Kit desde lo de la fotografía, pero sentía la necesidad de mantenerla a distancia.

Estábamos encarando los tres el incidente de una manera adulta y responsable, fingiendo que no había tenido lugar.

Si Kit hubiera dejado que le explicara a Beth cuál era la situación, tal vez ella lo habría entendido y nos habría dado ese respiro que necesitábamos con tanta urgencia. Pero, empeñado en proteger a su hermano, me pidió que no se lo contara, así que ella siguió presentándose en Clapham como si tal cosa y yo no

tuve valor para cerrarle la puerta, ni encontré el modo de hacerle entender que no era bien recibida.

Era martes y en su carta de esa mañana Jamie se preguntaba si no debería enviarle la siguiente misiva directamente a Kit.

Cogí otra cerveza.

—Casi no has usado las velas que te compré —comentó Beth.

Las tres velas seguían puestas en fila en la repisa, cada una en su recipiente. La cera de la del medio había disminuido un centímetro más que la de las otras. La verdad era que ya no me gustaba aquel olor.

—Las estoy reservando para una ocasión especial —mentí—. Encender velas es más de invierno. Ahora anochece muy tarde y las ventanas están siempre abiertas. ¿Quieres llevarte una, para tu casa? A lo mejor así se va el olor a humedad.

—Esa peste solo se iría si ese basurero se quemara hasta los cimientos —contestó malhumorada mientras pellizcaba con la uña el borde de la etiqueta de su botellín—. Además, las compré para ti.

Encendí una, pero la puse en el balcón para que el aire se llevara su olor.

Cuatro pisos más abajo, el portal se cerró de golpe.

—¡Estamos aquí! —grité escalera abajo a modo de aviso.

La información clave no era el *aquí*, sino el *estamos*. Cuando entró en el cuarto de estar, Kit había conseguido desenterrar una sonrisa de alguna parte.

—¿Has estado en algún sitio interesante? —le preguntó Beth.

Él aflojó un poco la sonrisa, lo justo para lanzarme una mirada que quería decir: «No quiero que hablemos de mi hermano delante de ella». Yo asentí con un cabeceo casi imperceptible.

—No especialmente —contestó.

Sacó su navaja suiza del cajón de la cocina, abrió un botellín y se lo acercó a los labios mientras la espuma rebosaba por el cuello. Apuró la cerveza en un par de tragos y abrió otra (lo nunca visto) antes de dejarse caer en el futón y quedarse mirando la pared de enfrente con expresión malhumorada. Deseé que Beth no le mirara tan fijamente, o que al menos intentara disimular su curiosidad. El pisito parecía palpitar, henchido de secretos. Me recordaba a la sala de testigos del juzgado de Truro. Kit, que había desestimado hacía tiempo la teoría de la telepatía y el dolor fantasma entre hermanos gemelos, tenía el labio sudoroso y se removía como si algo se le retorciera en las tripas, igual que si estuviera pasando el mono.

—¿Estás bien, Kit? —preguntó Beth—. No tienes buena cara.

—Sí, estoy bien —contestó él mecánicamente.

—Voy a poner la tele, ¿vale? —dije apuntando con el mando al televisor.

Un canal de noticias estaba informando acerca de un proyecto para construir un túnel que alejara el tráfico de Stonehenge.

—Sería una pena no poder verlo por la ventanilla —comenté yo—. Me encanta cuando se empieza a ver ahí arriba, sobre la colina.

Kit contestó con una especie de gruñido.

—Pero tienen que solucionar lo de esa carretera —dijo Beth—. Siempre está congestionada. Son dos horas más de viaje para llegar a Glastonbury. Cuando no hay accidentes, está atascada, pero cuando hay algún accidente no hay forma de pasar. El día que fui a Lizard Point, hubo un accidente como a un kilómetro del coche en el que iba yo. Estuvimos atascados como cinco horas. Íbamos en un Ford Fiesta muy pequeño y me dolían las rodillas a rabiar por no poder estirarlas. El coche del accidente estaba aún humeando cuando pasamos por su lado.

Es posible que yo no hubiera reparado en la importancia de aquella anécdota de no ser porque se puso colorada como un pimiento. Yo no había visto nunca, ni he vuelto a ver una cosa igual: empezaron a aparecerle ronchas rojas en la piel blanca del cuello y poco a poco se le fueron extendiendo a la cara, como si la estuvieran llenando de sangre con un jarro.

—En fin, que estaría bien que hicieran ese túnel. —El rubor se había disipado y ahora hablaba casi con una alegría desafiante—. Y que dejen de asfaltar los campos.

La siguiente noticia trataba sobre los fallos del nuevo sistema de registro *online* de Hacienda. Beth, curiosamente, también podía opinar acerca de ese tema. Por lo visto, su abogado estaba que echaba chispas porque no acababan de modernizarse. Intenté dejar de oírla para analizar lo que había dicho acerca de Stonehenge, pero hablaba por los codos, parlotando como un bebé. Solo cuando se fue al cuarto de baño até cabos por fin. Estaba a punto de preguntarle a Kit si había notado que se había puesto roja cuando me di cuenta de lo que ocurría y ahogué un grito de sorpresa (dramatizando un poco, lo reconozco) tan alto que Kit salió de su ensimismamiento y me preguntó:

—¿Qué pasa?

—Vale, puede que no sea nada —dije, cada vez más alterada—. Pero escucha esto: el accidente del que hablaba Beth ocurrió el día *antes* de que yo llegara a Lizard Point. —Hice una pausa para que tuviera tiempo de encajar la noticia, pero me miró inexpresivamente—. Todavía había restos en la cuneta —añadí—.

El conductor del autobús nos dijo que no podían retirarlos hasta que dejara de haber tanto tráfico, por el eclipse. Pero ¿no dijeron en el juicio que Beth llegó el día anterior al eclipse? —De pronto se me ocurrió otra idea—. Y también que había ido en autobús, porque recuerdo que pensé que tuvo que coger el primer autobús de ese día, si no iba en el mío. Y acaba de decir que fue en coche, ¿no?

Kit torció el gesto.

—Sí... —dijo por fin—. Creo que tienes razón.

Claro que tenía razón. Si me hubieran hecho un examen sobre el juicio, habría sacado un diez. Él se encogió de hombros.

—Polglase debió de cometer un error.

Negué con la cabeza.

—Fiona Price se habría dado cuenta. Y el juez también.

—Entonces seguramente la que se equivoca es Beth —dijo con una indiferencia que a mí casi me sacó de quicio—. Seguramente vio lo mismo que tú. Los restos amontonados en la cuneta.

Beth estaba canturreando en el baño. Yo bajé la voz un poco más.

—No creo. Kit, creo que mintió. Aunque se haya equivocado de día, ¿qué me dices de lo del coche? —Se oyó el ruido de la cisterna—. Voy a preguntárselo.

—Ay, Dios —dijo Kit. Por fin había captado su atención—. No la lées. ¿Es que no podemos estar un poco tranquilos?

Pero yo no podía dejarlo correr. Había edificado mi mentira sobre la convicción de que Beth estaba diciendo toda la verdad. Si no era así, ¿en qué situación quedaba yo? Me quedé helada. Ella volvió atusándose el pelo. Yo me aclaré la voz.

—Beth, quería preguntarte... Seguramente será un error, pero eso que acabas de decir de que viste el accidente...

Esta vez no se sonrojó: se puso pálida. Hasta los labios se le pusieron blancos, y yo comprendí, antes incluso de hablar, que allí había gato encerrado. Que, si *la liaba*, como decía Kit, aquello marcaría un antes y un después. Tenía que saberlo, pero me hacía falta valor para seguir hablando.

—Verás, el caso es que en el juicio dijeron que habías dicho que llegaste al festival el miércoles, como yo, y que fuiste en autobús, pero acabas de decir que fuiste en coche. Quería saber dónde está el error. Si fue tuyo o del tribunal. O...

—Ya que había llegado hasta allí, no podía dar marcha atrás—. O si no fue un error.

Ella cruzó los brazos.

—Ah, perdona, no sabía que me estaban juzgando. Otra vez.

—No, no te lo tomes así, no lo decía en ese sentido. —¿Verdad? De pronto ya no estaba tan segura. Respiré hondo—. Pero imagínate que se repite el juicio. Esa discrepancia podría causarte muchos problemas. Solo intento ayudarte.

Miré a Kit en busca de apoyo, pero tenía la vista fija en el suelo como si deseara que nos esfumáramos las dos de su presencia.

—Vale. —Beth se apoyó contra la pared y cerró los ojos—. Para que lo sepáis, mentí sobre el día porque no quería que supieran cómo llegué. No cogí uno de los autobuses especiales. Fui haciendo autoestop.

—¿Haciendo autoestop? —Cegada momentáneamente por la incredulidad, no me di cuenta de que me estaba acercando peligrosamente a mi propia mentira.

Kit seguía nuestra conversación mirando alternativamente a una y a otra.

—Sí. —Ella abrió los ojos y levantó la cabeza, a la defensiva—. Haciendo autoestop. Me hice un letrero, saqué el dedo y al final siempre paraba alguien. Una pareja de señores mayores me llevó hasta un área de servicio, luego dos chicas me llevaron hasta Helston, y después un tipo en un Escarabajo me llevó hasta el festival. Todavía me cago si pienso que la defensa de Jamie puede encontrar a alguna de esas personas. No hay día que no piense que voy a tener que verle la cara otra vez en el tribunal. Creo que sus abogados ya han encontrado a alguien.

Yo me sentí al mismo tiempo aliviada y perpleja.

—No entiendo por qué es tan importante cuándo llegaste y cómo.

—¿En serio no lo entiendes?

Negué con la cabeza. Beth se sentó a mi lado en el futón y me cogió la mano. Vi que tenía en el labio de arriba un poco de pelusilla negra en la que no me había fijado hasta entonces.

—Yo me di cuenta enseguida, en los primeros minutos. —Señaló mis estanterías—. Tú deberías saberlo mejor que nadie, con tus libros de Germaine Greer y Camille Paglia. Hasta yo sabía lo que les hacen a las víctimas de violación, no hay más que leer los periódicos. Si se enteraban de que había ido al festival haciendo dedo, habrían dicho que tenía antecedentes de conducta imprudente, o algo peor. Yo ya sabía que era mi palabra contra la de él. Por eso decidí ocultar todo lo que pudiera servirles para argumentar que yo misma me lo había buscado, que iba pidiéndolo.

Cuando acabó su discurso, se dejó caer sobre los cojines y esperó a que yo dijera algo. Pero a mí me estaba costando asimilar la noticia. Había visto a Beth después de los hechos. Estaba tan traumatizada que no había podido ni decirme su nombre. ¿Cómo iba a hacer ese tipo de cálculos?

Al ver mi cara de perplejidad, pensó que dudaba de ella.

—¿Lo ves? —dijo levantando las manos—. Precisamente por esto lo hice. Porque sabía que iban a juzgarme. Igual que estás haciendo tú. —Se levantó y empezó a meter sus cosas en el bolso—. Me marchó.

—Beth, por favor, no te vayas así —le dije.

Kit me miró con enfado. Aquello era justamente lo que quería: distanciarse de ella mientras el procedimiento jurídico seguía su curso, y le daba igual que aquel fuera el precio a pagar. Yo, sin embargo, no podía dejar las cosas así, igual que él no podía abandonar a su hermano. Me sentía parte de todo aquello y necesitaba entender lo que había ocurrido, de principio a fin.

Con un ademán colérico, ella metió en el bolso abierto, de un manotazo, las cosas que había dejado sobre la repisa de la chimenea (las llaves, el teléfono, el monedero) y luego se agachó para atarse los cordones de las playeras.

—Ya os informaré si hay alguna novedad sobre la apelación —dijo.

—Quédate a tomar una copa —dije, desesperada—. Vamos a hablarlo.

—¿A hablarlo? —respondió—. ¡Yo me parto! ¿Tienes idea de lo que ha sido estar con vosotros todo este tiempo y tener que morderme la lengua constantemente?

Sentí que la sangre me palpitaba bajo la piel. «Va a decirlo», pensé horrorizada. «Sabe desde el principio que mentí en el juicio y ahora va a decírselo a Kit». Noté por el gesto de Kit que no había conseguido ocultar mi horror a tiempo. Tuve la sensación de que me estaba leyendo la mente, de que intuía lo grave que podía ser aquello. Era consciente de que debía ceñirme al guion y contestar «¿A qué viene eso? ¿Qué quieres decir?», pero no podía arriesgarme a que respondiera con la verdad.

—Que os den por culo a los dos —dijo, y se marchó, sacudiendo airadamente el bolso y la melena.

Cuando la puerta se cerró de golpe, Kit y yo nos miramos pestañeando, atónitos. Yo, por mi parte, sentí un alivio que, claro está, solo podía ser momentáneo. Tenía que ir tras ella. Suplicarle que siguiera mordiéndose la lengua por mi bien. Kit fue el primero en reaccionar. Salió al balcón y se inclinó sobre la barandilla.

—¿Adónde ha ido? —le pregunté.

—Al parque, está cruzando entre los árboles.

Bajé corriendo las escaleras y crucé el césped hasta la parada de autobús. Mientras corría, me di cuenta de que no sabía si Beth se dirigía a Crystal Palace o si pensaba volver a Nottinghamshire. Miré en las marquesinas de los autobuses

a ambos lados de la calle, pero no la vi. Rodeé el parque dos veces, hasta darme por vencida.

Cuando volví a casa, mucho después, había tres botellas de cerveza vacías colocadas en fila junto al cubo de reciclaje. Kit se levantó, sacó otra de la nevera, la abrió y me la dio. Luego cogió otra para él. Ahora que su hermano estaba dejando la bebida, él parecía empeñado en beber por los dos.

—¿Se puede saber qué narices ha pasado? —preguntó.

—Está claro que he puesto el dedo en la llaga —dije—. Está ocultando algo, Kit.

—Puede que no. El instinto de supervivencia es una cosa asombrosa. Y tú misma has dicho que la gente reacciona de maneras muy extrañas a un trauma. Lo normal, en ese caso, no existe.

—Mmm. Debería hablar con ella esta noche, intentar calmar las cosas. Se ha enfadado de verdad. —Me froté los ojos, reseco de tanto forzar la vista por las calles contaminadas—. Menos mal que no podemos permitirnos tener coche, ¿eh? —añadí, pero él no pareció captar la indirecta—. Lo digo porque podría rajarnos las ruedas.

Mi broma no le hizo gracia.

—Bueno, espero que lo haya dicho en serio y que nos deje en paz hasta que salga la apelación —dijo.

Me apoyé en su pecho. Sentí el latido de su corazón. Su brazo me pesaba en el hombro.

—Además, sería lo mejor para ella —añadió—. Depende demasiado de ti. No puedes cargar con ella toda la vida. Y además... —Se apartó un poco de mí, aspiró una gran bocanada de aire y exhaló despacio, como en un ejercicio de yoga—. Yo te necesito. No puedo... Mac... Yo... Parece que va a morir. No he sabido qué decirle. Me siento como pez fuera del agua. Estoy jodidísimo —dijo entrecortadamente—. Toda esta puta mierda... Me ahogo, Laura.

Era la primera vez que le veía llorar desde la muerte de Lachlan, y fue un llanto muy distinto de aquel. Entonces su pena se manifestó en un sollozar lento y constante. Aquel día, en cambio, adoptó la forma de una serie de estallidos, cada uno de ellos un grito inarticulado más potente que el anterior. Fue un llanto copioso, ingente. Yo intenté abrazarle, pero me apartó de un manotazo. Después, cuando le puse la mano en la espalda, no se retiró. Bajó la cabeza hasta el pecho y se hizo un ovillo, tan encorvado sobre sí mismo que de pronto la rectitud de mi propia espalda me hizo sentirme casi envarada. Mantuve la mano apoyada sobre sus costillas y sentí cómo batían sus pulmones contra ellas, hasta que se quedó

sin lágrimas.

Al día siguiente era sábado. Nos quedamos en la cama hasta muy tarde y las lamas de la persiana fueron dibujando sobre nuestra piel, poco a poco, un reloj de sol. Convencida de que ese día no tendría carta de Jamie, no bajé a echar un vistazo al buzón. No quería que Kit se fijara en que siempre bajaba corriendo a recoger el correo. Era ya la hora de comer cuando bajó él.

El grito que resonó en la escalera fue tan agudo y femenino como viriles habían sido las lágrimas de la noche anterior. Durante una décima de segundo, pensé que había encontrado una carta de Jamie. Pero aquel grito era demasiado instintivo.

Me reuní con él en el descansillo del tercer piso. Sostenía en la mano izquierda un trozo de cristal ensangrentado. Se había puesto pálido. Las pecas del puente de su nariz, en las que yo no me fijaba desde hacía años, resaltaban de pronto.

—Tiene mala pinta pero no es nada —dijo en tono poco convincente—. Algún cretino que andaba de juerga y le ha hecho gracia meter esto por la ranura. Vamos a comprar una de esas mallas de alambre para el buzón.

Se apagó la luz y por un momento nos quedamos completamente a oscuras. A tientas, crucé el descansillo y pulsé el interruptor. Kit había cambiado de postura: tenía un pie levantado y en la planta, a lo largo, se veía una raja de unos siete centímetros de longitud.

—¿Cuándo fue la última vez que te pusieron la vacuna del tétano? —pregunté.

—El año pasado.

—Voy a echarle un vistazo, a ver si conviene que vayamos al hospital.

Subió a la pata coja hasta el futón. Le apoyé el pie sobre mi regazo y alumbré con el flexo la planta, buscando esquirlas de cristal. El corte era largo pero no profundo, y la sangre ya había empezado a coagularse. Había un trozo de cristal más incrustado en el puente del pie.

—Me parece que tu carrera futbolística ha tocado a su fin —dije mientras lo extraía con mis pinzas de depilar—. Ya está.

—Ayyyyyy —dijo.

Cuando entorné los ojos para examinar el cristal, vi y olí al mismo tiempo la prueba del delito. Adherido al cristal había un fragante trocito de cera roja clara, con aroma a Rosas de Terciopelo. Miré la repisa de la chimenea. Faltaba la vela

del medio, la única que había encendido. Me acordé de cómo había metido Beth sus cosas en el bolso. ¿Se había llevado la vela por accidente o intencionadamente? Me la imaginé rondando por la calle hasta que apagamos la luz y metiendo el trozo de cristal por la ranura del buzón, y tuve que agarrarme al reposabrazos del sillón para no perder el equilibrio. ¿Era aquel acto de violencia la otra cara de la moneda, el reverso de la adoración que nos había profesado hasta entonces? ¿Y todo por qué? ¿Porque habíamos puesto en duda su versión de los hechos? ¿O había reaccionado con esa virulencia debido al estrés de la apelación, que no acababa de resolverse?

—Es de mi vela —le dije a Kit, enseñándole el trozo de cristal.

Y entonces comprendí, espantada, que su ataque no iba dirigido contra los dos, sino contra mí. Beth sabía que siempre era yo quien bajaba a recoger el correo. Yo.

—Ha roto la vela y ha metido los trozos de cristal por el buzón.

No hizo falta que la nombrara. Kit palideció más aún.

—¿Y por qué haría una cosa así? Es de locos.

Esa noche, mientras Kit dormía, encendí su portátil y leí de cabo a rabo, con creciente desasosiego, la página web de Jamie Balcombe. En apenas veinticuatro horas Beth había demostrado ser mentirosa y violenta, y mi certeza anterior de pronto hacía aguas. Leí una y otra vez la carta de Antonia, y las palabras que me había dirigido Fiona Price durante el juicio volvieron a resonar en mis oídos: «¿Es usted propensa a fantasear, a dejarse llevar por su imaginación?». ¿Y si no era yo quien se había dejado llevar por la fantasía que había creado Beth, sino al contrario? ¿Se había vuelto loca porque Jamie la había violado? ¿O *ya* estaba loca y había dicho que la había violado para seguirme la corriente?

Hasta ese día, yo había pensado en la campaña de Jamie Balcombe en términos binarios: o bien Jamie estaba realmente convencido de que no había hecho nada, o bien se estaba marcando un farol descomunal. Ahora, sin embargo, no tenía más remedio que plantearme una tercera posibilidad, en la que yo jugaba un papel horrendo. ¿Y si Jamie era de verdad inocente?

**KIT**

20 de marzo de 2015

Quito la funda impermeable. Vuelvo a ponerla. Quito el filtro del objetivo. Vuelvo a ponerlo. Saco la batería, la compruebo, vuelvo a insertarla. Ajusto la correa.

—¿Quieres dejar de trastear con la cámara de una puta vez? —dice Richard.

—Perdón. —Apoyo las manos sobre el regazo y consigo refrenar el impulso de ponerme a tamborilear con los dedos en la ventanilla del autobús.

—Lo siento, tío, perdona que te haya hablado así —dice Richard—. Es que... ya sabes. —Señala fuera de la ventanilla.

El autobús sube resoplando por la ladera de Húsareyn. Dentro, reina un ambiente que se asemeja al cielo: sombrío y refunfuñón. Las nubes son espesas, pero se mueven a gran velocidad. Los campos están salpicados de ovejas. Aquí y allá afloran rocas negras entre los matorros de hierba y brezo. Hay un destello de color en el horizonte: los tres autobuses rosas, subiendo como escarabajos por el monte vecino. Me subo la capucha instintivamente.

Cuando aparcamos en cuesta, en una cuneta pedregosa, me preguntó qué tiempo hará en Londres. Tendría gracia que Laura viera claramente el eclipse parcial y que yo aquí, donde va a ser total, no vea nada por culpa de los nublados.

Nos situamos en la falda del monte, con el puerto desplegado a nuestros pies como una maqueta de juguete. Esto está relativamente desierto. Hay espacio suficiente para que nos diseminemos por la ladera. En lugar de la enorme muchedumbre que esperaba, formamos pequeños grupos. Ninguna de las escasas

figuras solitarias que avanzan trabajosamente por el terreno desigual es ella. Estoy seguro de que, a pesar del tiempo que ha pasado, podría reconocerla, aunque solo fuera por sus andares, o por su silueta, tan distinta a la de Laura.

Monto el trípode de la cámara, hago algunos ajustes y me inclino para mirar por el visor.

—Me sorprende que veas algo con la capucha puesta —dice Richard.

Tiene razón: me está tapando la vista. Pero no pienso arriesgarme.

Diez minutos antes del primer contacto, el sol asoma detrás de una filigrana de nubes y un instante después, como asustado por nuestros vítores, vuelve a ocultarse. Las 8:29, primer contacto y sigue sin aparecer. Me dejo las gafas puestas, solo por si acaso. Mientras la luna va mordisqueando el sol poco a poco, solo se percibe algún vislumbre de su forma en el cielo y, al acercarse la fase de totalidad, las nubes se espesan hasta el punto de que apenas se distingue la posición del sol.

Miro de vez en cuando una piedra suelta que tengo a mis pies, de tamaño intermedio entre un puño y una cabeza humana, y pienso: «Esta servirá. Si aparece de pronto, me valdrá con esta». Me horroriza el curso de mis pensamientos y me digo: «Yo no soy así, no soy así». Y luego: «Ella no está aquí. No está aquí».

—¿Quién no está aquí? —pregunta Richard.

No me he dado cuenta de que estaba hablando en voz alta.

—¿Se está abriendo esa nube? —respondo intentando distraerle, con la mirada fija en el cielo impenetrable.

La desilusión hace que me olvide momentáneamente de Beth, y casi es un placer sentir otra emoción negativa, una distinta. Decido intentar observar los demás fenómenos que acompañan al eclipse, esas cosas que te pierdes cuando estás absorto mirando el sol. Siempre estoy tan ocupado mirando hacia arriba que no observo, por ejemplo, cómo se cierran las flores. Pero aquí no hay más que piedras, matojos y cagarrutas de oveja.

Entonces se hace la oscuridad. Sin la cuenta atrás del cielo, es pura e instantánea. Abajo, en el pueblo, se encienden las farolas, tan bruscamente como chispas repentinas. Ahora, en la oscuridad, el sentimiento de decepción da paso a la emoción del eclipse total. Esta vez, sin embargo, es distinto. De pronto, inesperadamente, el miedo se vierte por el agujero del cielo y me invade un terror infantil a la noche, solo que mi monstruo es Beth, y lo que ella representa: la encarnación de todas mis debilidades. A mi alrededor, el aire parece adensarse y los sonidos se amortiguan. En cierto momento noto algo detrás de mí y me

aparto bruscamente de la cámara, pero no hay nada.

Mantengo la cámara apuntando hacia el cielo con la esperanza vana de que ocurra algo, pero no puedo concentrarme en las nubes, solo en la oscuridad que me envuelve y se extiende a mi espalda. La falda de la montaña contiene la respiración.

Unos diez segundos después del tercer contacto, vemos un gajo de sol, pero solo me da tiempo a abrir el obturador unas cuantas veces antes de que vuelvan las nubes. Luego, el agua negra de la bahía se vuelve gris otra vez, y se acabó. El mundo posterior al eclipse es anodino, carente de interés. No hay ninguna Beth y, aunque la hubiera, no estoy indefenso ante ella. Ahora me doy cuenta. Mis miedos de hace unos segundos parecen infundados, como ocurre siempre con las pesadillas cuando enciendes la luz.

**LAURA**

4 de septiembre de 2000

—Me dan ganas de denunciarla por agresión —dijo Kit mientras metía con mucho cuidado el pie en el zapato por primera vez desde que se cortó.

Aquel cristal iba destinado a mí, y no me cabía duda de cuál era el motivo. Nunca le había dicho que iba siendo hora de que se olvidara del asunto, ni le había preguntado qué esperaba si iba sola a un festival, ni le había insinuado que algo debía de haber hecho para que Jamie pensara que quería, o que, hasta cierto punto, tenía que haber disfrutado. Esas cosas, y otras peores, se las decía otra gente. Las dijeron en el juzgado y luego en la prensa, y en internet, y en las calles de su pueblo. La gente decía cosas horribles para ganar un caso, o por despecho, o incluso por amor, pero hasta esa noche yo nunca le había dicho a Beth nada parecido. Desde su punto de vista, era igual que Tess. Me había ganado su confianza y luego le había dado una puñalada por la espalda.

—¡No lo hagas! —le supliqué a Kit—. Está trastornada. Es una víctima. No podemos ponernos en su contra.

Dejó escapar un resoplido de anciano, como hacía siempre que no quería darme la razón, aun sabiendo que la tenía. Me obligué a hablar con más calma.

—No es que descarte por completo lo de la denuncia. Pero prefiero aclarar las cosas con ella.

—¿Y lo has hecho? —preguntó, aunque sabía perfectamente que Beth no me cogía el teléfono.

Para mis adentros, yo seguía dándole vueltas al asunto. La situación, que antes me parecía tan clara, se había enturbiado de pronto, y quería dejar que las aguas

revueltas de mi mente se aquietaran antes de hablar con ella.

—No se puede prescindir de la gente como si fuera basura solo porque la haya cagado una vez —repliqué.

—Bueno, no ha sido solo una vez, ¿no? Presentarse aquí a todas horas, traernos regalos carísimos como si fuera un puto gato trayendo ratones... Ya oíste lo que le hizo al coche de su amiga. Y eso por no hablar de nuestra foto desnudos. Esa chica solo trae problemas, Laura.

A pesar de todo, seguí defendiéndola.

—Cualquiera diría que te has olvidado de cómo la conocimos.

Se le inflaron las aletas de la nariz.

—Descuida, que de eso no hay peligro.

Nos miramos el uno al otro, a punto de estallar. Kit fue el primero en recular, como yo sabía que pasaría si esperaba el tiempo suficiente. Rara vez me aprovechaba de esa tendencia suya a evitar el conflicto, pero aquel día no tuve reparo en hacerlo.

—Mira, la verdad es que no quiero pelearme contigo por ella —dijo.

Abrió los brazos y yo me apoyé contra él, pero dejé los brazos colgando.

Pasé otros dos días pensando cómo encarar mi conversación con Beth. Llamar a empresas en el trabajo para intentar conseguir una donación no era nada comparado con aquello. Beth tenía la piel dura como el cuero en algunas zonas, y en otras tan fina como una membrana. Nunca sabías cómo iba a reaccionar.

Al final, fue ella quien nos llamó. En cuanto vi quién era, puse el manos libres. Kit se puso a mi lado delante del teléfono, con los brazos cruzados, el ceño fruncido y la vista fija en el suelo.

—Han desestimado la apelación. —Su voz resonó en las paredes de nuestro pisito, tan distorsionada por el aparato que era imposible distinguir su tono—. Teníamos razón desde el principio. Eran testigos presenciales, gente que estuvo en la hoguera. Pero los jueces han dicho que su declaración era irrelevante porque no aclaraba si hubo consentimiento o no. ¡Se ha gastado una pasta y no puede escapar de la justicia!

—Eso es estupendo —dije yo.

Si notó mi tono distante, no pareció molestarla.

—¿Podemos salir a cenar para celebrarlo? Invito yo. Para daros las gracias por todo lo que habéis hecho por mí.

No contesté con la suficiente rapidez.

—¿Laura?

—Estoy aquí —dije, y respiré hondo para armarme de valor—. ¿Eso es todo?

¿Vamos a salir a cenar sin más, después de lo que pasó la última vez? No nos despedimos muy amigablemente, que digamos.

Kit dobló el pie enfundado en un calcetín, recordándome involuntariamente lo que había hecho Beth. Me di cuenta de que ella no sabía que él también la estaba escuchando, y de pronto se apoderó de mí el antiguo temor a que mencionara de repente que yo había mentido en el juicio.

—Sí, bueno, mira... —Me di cuenta de que hacía un esfuerzo por dominar su voz—. Tú dijiste cosas y yo también. No voy a fingir que no me dolieron, claro. Pero puedo olvidar y perdonar, si tú puedes.

Volví a sentir el peso del pie de Kit en mi regazo y la sangre manando de la piel desgarrada.

—No es lo mismo —contesté—. No es lo mismo, ni mucho menos. ¡No puedes atacarnos así!

Beth se quedó callada un momento antes de responder.

—Laura, una tiene las emociones a flor de piel cuando le ha pasado lo que me pasó a mí. —Era la primera vez que utilizaba directamente ese argumento para defenderse ante mí, pero conseguí refrenarme para no decirle que no podía ponerlo como excusa—. No entiendo por qué le das tanta importancia. ¿Qué quieres que te diga?

—Para empezar, podrías disculparte —dije.

—¿Disculparme yo contigo? —Oímos cómo se alteraba su respiración. Después, no se oyó nada.

—¡Me ha colgado! —le dije a Kit, y colgué el teléfono con exagerada suavidad—. ¿Por qué habrá hecho eso?

—No lo sé —contestó él con cautela—. Parece que se cierra en banda en cuanto le llevas la contraria.

—Voy a llamarla —dije.

Kit puso suavemente la mano sobre el teléfono.

—Quizá deberías calmarte un poco primero —dijo—. Te tiemblan las manos.

Me temblaba todo el cuerpo. Solo hay una cosa peor que un enfrentamiento: que te lo nieguen. Pero Kit tenía razón: si hablaba con ella enseguida, diría algo de lo que luego me arrepentiría.

—¿Cómo pueden haberse torcido así las cosas, tan de repente? —pregunté—. Creía que era mi amiga. Pero ni siquiera la conozco.

Kit no dijo, y eso le honra, «Ya te lo advertí». Nunca lo ha dicho.

Ninguna habitación debería resultar más conocida, a oscuras, que el propio dormitorio, pero de pronto me parecía tan ajeno como una habitación de hotel en plena madrugada. El humo me raspaba la garganta y me escocía los ojos. Conseguí ponerme una camiseta larga y las bragas, que seguían en el suelo, donde las había dejado al acostarme.

—¡Kit! —dije zarandeándole por los hombros—. Se está quemando algo. — Me estaba quedando corta: el piso entero estaba en llamas—. ¡Joder, Kit, despierta!

Nunca me había parecido tan pesado, ni tan dormido, y durante unos segundos pavorosos pensé que estaba muerto.

—¡Kit! —Le di una fuerte bofetada en la cara y se despertó tosiendo.

En apenas unos segundos evaluó la situación y, completamente despierto y alerta, se puso los calzoncillos y dijo:

—¡Viene de la escalera! Súbete a la cama.

Abrió con esfuerzo la ventana, que daba a una salida contraincendios, y el piso entero se convirtió de pronto en una chimenea que absorbió el humo a través de nuestra habitación, acompañado por una enorme cascada de llamas anaranjadas. Nos agachamos los dos mientras en la habitación de al lado el incendio se agravaba. Oímos una especie de explosión y un estrépito de cristales en el cuarto de estar. El humo que salía del interior me arañaba la piel.

—Todas nuestras cosas —gemí.

Pero me refería a una cosa en concreto: a la foto en la que aparecía con mi madre en Greenham Common. Se me hacía insoportable pensar que aquella fotografía se pondría negra y arrugada. De pronto me pareció que merecía la pena arriesgar la vida para salvarla. No pudieron transcurrir más de tres segundos, pero la pena es así de hartera: igual que el humo, busca las grietas más exiguas y las ocupa. Kit me tiró de la camiseta, que se rasgó cuando hice amago de lanzarme hacia el cuarto de estar, en el instante en que el dragón anaranjado de las llamas se precipitaba hacia la puerta del dormitorio.

—¿Qué coño estás haciendo? —gritó con voz ronca.

—¡Necesito a mi madre! —respondí.

Me conocía tan bien que enseguida adivinó lo que quería decir y actuó con velocidad de superhéroe: pasó a mi lado a todo correr y cerró la puerta del dormitorio. No quisiera volver a oír nunca más un sonido semejante al grito que soltó al tocar con la mano izquierda el pomo incandescente de la puerta. El alarido le rasgó la voz, que, quebrándose, dio paso a un jadeo entrecortado. Con la mano derecha me empujó hacia la salida de incendios. La escalerilla metálica

que bajaba hasta la calle estaba envuelta en humo y quemaba al tacto, así que Kit me empujó bruscamente hacia los tejados. Medio desnudos y descalzos, trepamos hasta donde las tejas estaban frías y tratamos de entender lo que sucedía por debajo de nosotros.

—Lo siento —quise decirle, pero solo me salió un susurro ahogado.

El incendio no parecía haber afectado a ningún otro piso, pero por nuestro balcón salían a borbotones brillantes lenguas de fuego. Abajo, en la acera, empezó a congregarse gente en pijama y camisón. Alguien a quien no reconocí dijo:

—¡No pasa nada! ¡Están en el tejado! —Y levantó la voz para decirnos—: ¡Los bomberos están de camino!

No pudimos contestar. Teníamos que concentrar todas nuestras energías en respirar. El aire estaba impregnado de un olor dulzón, como de carne de cerdo a la brasa, y recuerdo que miré a mi alrededor, sorprendida de que oliera a comida a aquellas horas, cuando los restaurantes estaban ya cerrados. Solo al bajar la mirada y ver su piel llena de ampollas comprendí que lo que olía era la carne abrasada de la palma izquierda de Kit.

Las luces azules rodearon el parque. Subieron las escalerillas y desplegaron las mangueras. Se oía chisporrotear el fuego desde la acera. Kit y yo nos sentamos en el escalón trasero de la ambulancia, con las máscaras de oxígeno colgadas del cuello y unas mantas sobre los hombros. Un paramédico le curó la mano mientras otro llamaba al servicio de urgencias del St. Bartholomew's Hospital. Yo estaba anonadada ante la idea de haber arriesgado la vida de ambos por una fotografía.

—Su casero tiene muchas cosas que explicar —nos dijo un bombero. Se había quitado el casco y el sudor trazaba rojos afluentes sobre su rostro ennegrecido—. Me juego algo a que ha sido un problema eléctrico. No se me ocurre otra cosa que pueda causar un fuego de ese calibre en una escalera. Se ve donde el yeso se ha desprendido de la pared. El cableado debe de tener lo menos sesenta años.

—El problema no es solo el calor, también es la fuerza —comentó el paramédico mientras vendaba con sumo cuidado la mano quemada de Kit, haciéndole gemir de dolor.

Hasta entonces, yo nunca había visto la cara de nadie perlada de sudor, pero Kit tenía la frente tachonada de goterones, tan espesos como cera cuajada. Le oí rechinar los dientes por el esfuerzo de no ponerse a gritar. El bombero se alejó,

reclamado por otro compañero.

—Si solo hubiera rozado el pomo, estaríamos hablando de un escozor leve. Pero ha tenido que darle un buen tirón. Claro que, si no lo hubiera hecho, a estas horas estarían achicharrados.

Se nos acercó otro bombero, con la mano enguantada extendida.

—Hemos encontrado al culpable.

Tenía en la mano un diminuto redondel rosa que, pese a estar abrasado, solo tardé unos segundos en identificar: era una vela Rosa de Terciopelo o, mejor dicho, lo que quedaba de su base. Aunque estaba quemada y aplastada, todavía conservaba algo de su perfume. No me hizo falta mirar a Kit para saber que él estaba pensando lo mismo.

—Si por mí fuera, prohibiría estas cosas —comentó el bombero—. Ahora provocan tantos incendios o más que antes los cigarrillos. Pero, en fin, imagino que no volveréis a encender ninguna en mucho tiempo, ¿verdad? —Se inclinó hacia nosotros como si fuéramos dos niños traviesos—. ¿Cómo se os ha ocurrido encenderla en la escalera? En serio, ¿a quién se le ocurre?

—¿Por qué la...? —le pregunté a Kit en el mismo instante en el que él dijo:

—¿Por qué narices la...?

Teníamos las cuerdas vocales hechas jirones por el humo y nuestras voces sonaban extrañas, como si no nos pertenecieran. Mi furia se reflejaba en el rostro de Kit.

—Yo no la encendí —dijo.

—Pues yo tampoco —repliqué.

En el denso silencio que siguió, ambos encajamos las piezas del mismo puzle. Quitando a Mac y Ling, solo había una persona que conociera nuestro piso, una sola persona que supiera dónde estaban las velas. Me acordé con una oleada de horror del día en que la dejé sola en nuestra casa. Había tenido ocho horas para hacer una copia de la llave. Esa había sido su única oportunidad.

Había querido hacerse con el control desde el principio.

El semblante del bombero adoptó una expresión completamente distinta.

—¿Estáis seguros de que no la encendisteis vosotros?

—Absolutamente —contestamos al unísono.

Asintió en silencio a una pregunta que se formuló internamente.

—Vale. Vamos a tomarnos esto en serio. Le pediremos a la policía científica que busque indicios de que hayan forzado la puerta. El kebab de al lado tiene una cámara de seguridad, puede que ahí encontremos algo. La policía tendrá que tomaros declaración. Esperad aquí —añadió, como si tuviéramos otra alternativa

— mientras llamo a un compañero.

Cuando se marchó, nos quedamos en silencio un rato, enmudecidos por el asombro, mientras veíamos a los bomberos salir y entrar de nuestro edificio humeante.

Por fin, encaré mi ingenuidad, esa ingenuidad que me había llevado a mentir en el juicio y a poner en peligro mi relación de pareja y mi vida y, tras respirar todo lo hondo que me permitieron mis pulmones chamuscados, le dije a Kit:

—No es un incendio provocado, ¿verdad? Es un intento de asesinato.

**TOTALIDAD**



**LAURA**

28 de septiembre de 2000

Siete días después del incendio, yo iba conduciendo la vieja furgoneta de Ling, dando vueltas por Clapham Common en busca de un sitio donde aparcar. Kit iba sentado a mi lado, con la mano izquierda envuelta todavía en un grueso mitón blanco. A la tercera vuelta, encontré por fin un hueco libre frente a nuestro edificio. Conseguí aparcar la furgoneta sin arañar la pintura de los vehículos de ambos extremos y metimos en el parquímetro dinero suficiente para dos horas.

—Casi esperaba encontrarla sentada en el escalón del portal —dije cuando cerramos las puertas de la furgoneta.

La policía no había podido interrogar a Beth. Aunque habían mantenido «una charla» con ella, no era oficialmente sospechosa. No había testigos presenciales y la cámara de seguridad del kebab de al lado resultó ser de mentira. Los bomberos habían roto la puerta al ir a apagar el fuego, alterando cualquier posible evidencia de que alguien hubiera forzado la entrada. Me arriesgué a provocar la ira de Kit («¿Cómo se te ocurrió dejar a una extraña en casa?») y les dije que cabía la posibilidad de que hubiera hecho una copia de la llave, pero en las ferreterías del barrio en las que preguntaron nadie sabía nada del asunto. El ADN de Beth estaba por toda la casa (tenía que haber estado allí apenas unas horas antes del incendio) y por tanto era inútil llevar a cabo pruebas forenses. No había nada que le impidiera seguir hostigándonos. Mi reserva infinita de compasión se había agotado. Nos estábamos asfixiando, y la empatía no iba a salvarnos.

Beth no estaba en el escalón del portal, en efecto. Aparte de una flamante

cerradura nueva y nuevas bisagras, la puerta parecía estar como siempre; ese día en concreto, adornada con una caja de KFC vacía y un charquito de vómito reseco. Pero si se miraba hacia arriba, los penachos negros que rodeaban la ventana cegada de nuestra cocina revelaban lo ocurrido.

El cansancio se abatió sobre mí como una ola. Se me estaban agotando la cafeína y el pánico. No pegaba ojo desde la noche del incendio, no porque estuviera asustada (era aún demasiado pronto para eso), sino porque tenía una tarea pendiente que me atormentaba, con fría insidia, de madrugada. Cada noche, mientras yacía despierta en el incómodo sofá cama del cuarto de invitados de Adele, me prometía a mí misma que lo haría al día siguiente. Pero los días iban pasando entre citas con el médico, visitas a pisos de alquiler y largas y fatigosas llamadas a nuestro seguro y nuestro casero.

Abrimos el portal con nuestra nueva llave. Una de las primeras cosas que había hecho Kit, casi nada más salir del hospital, había sido pedir que enviaran todo nuestro correo a la dirección de Adele, a cuyo felpudo trasladé yo mi rutina de todas las mañanas. El único correo que nos llegaba allí, a Clapham, eran folletos publicitarios y hojas volanderas. La escalera apestaba a humo rancio y las paredes estaban cubiertas de hollín. Agarré la mano buena de Kit.

La moqueta aún estaba empapada de agua sucia. No solo se había quemado la escalera propiamente dicha, sino también las paredes, con sus varias capas de pintura y papel. En el cuarto de estar todo había ardido, hasta derretirse, en muchos casos. La televisión, la cámara de Kit y el ordenador formaban bultos informes de plástico y cables, atravesados por cintas de silicona y esquirlas de cristal. Kit solo había perdido una semana de trabajo, más o menos; lo demás lo tenía almacenado en una copia de seguridad en su ordenador del UCL, donde, que yo sepa, sigue aún, esperando pacientemente en algún disco duro olvidado hace tiempo. (En su departamento le dieron la baja por enfermedad y yo le animé a prolongarla: Beth ignoraba dónde trabajaba yo ahora porque no se lo había dicho, pero sabía, en cambio, dónde pasaba Kit la mayor parte del día. Cuando me desmoroné, la baja de Kit se convirtió en una excedencia indefinida, pero sin sueldo. Yo no le animé a volver. Más bien al contrario. Teóricamente, todavía podría reincorporarse y acabar su doctorado, pero he aprendido a no recordárselo).

El incendio había destruido nuestros teléfonos móviles, el fijo y el contestador. Este último formaba sobre la mesa un charco negro de lava solidificada. Los habíamos sustituido ya por otros nuevos, con números también nuevos. Los libros habría que tirarlos en su mayor parte. En torno al lugar donde

estaba la foto de mi madre, el destrozo era tan grande que ni siquiera pude distinguir el marco entre los distintos amasijos carbonizados.

Del abrigo de Kit, que estaba colgado detrás de la puerta del dormitorio, solo quedaban los botones de metal, el esqueleto de su navaja suiza y unas monedas ennegrecidas, salidas de su bolsillo.

Se detuvo delante del lugar que antes ocupaba su mapa de eclipses. Me llevé la mano a la boca.

—¡Kit! ¡Todos tus recuerdos!

—Eso pensaba yo —dijo—. Pero la verdad es que casi todos están guardados en casa de mi madre. Aquí solo tenía las camisetas, y es posible que se hayan salvado.

Sorprendentemente, tenía razón. El dormitorio estaba ennegrecido por el humo, pero no había ardido. Abrí el armario y olfateé el primer vestido que encontré. No tenía mal aspecto, pero el olor me dio ganas de vomitar.

—Puede que se quite si aireamos las cosas o las lavamos —dije.

En silencio, guardamos en bolsas la ropa y los libros de una estantería que había quedado más o menos intacta. Al limpiar los lomos ennegrecidos aún se leían los títulos, y las páginas solo tenían el borde manchado de carbonilla.

Todo lo demás lo dejamos allí para que lo sacara el casero.

Bajamos las escaleras cargados con las bolsas. Fuera, el hombre del kebab estaba sentado en una caja puesta del revés, fumando un cigarrillo.

—Qué mala pata. —Miró la mano vendada de Kit—. ¿Habéis estado fuera hasta ahora? ¿Vais a quedaros a vivir por aquí? Vuestra amiga andaba preguntando.

—¿Nuestra amiga? —Me tembló la voz involuntariamente.

—Esa chica morena. Estuvo aquí el otro día. Parecía muy preocupada.

—Ya me lo imagino —mascullé en voz baja.

—Si vuelve —dijo Kit sin alterarse—, dígale que nos vamos de viaje. De mochileros. Vamos a tomarnos un año sabático.

—Vale —contestó el hombre asintiendo con la cabeza—. Seguro que os viene bien tomaros un respiro.

Al volver a casa de Adele, pasamos frente a la oficina del registro de Lambeth. Nos detuvimos en un semáforo en rojo. Una pareja de recién casados, maduritos y rechonchos, reía en la escalinata bajo una lluvia de arroz.

—Vamos a casarnos ahora mismo. ¿A qué estamos esperando? —exclamó Kit en tono musical, con una espontaneidad rara en él.

—¿Lo dices en serio? —contesté, sonriendo por primera vez desde hacía días.

—Te llevaría en avión a Las Vegas esta misma noche si pudiéramos permitirnoslo. Pero vamos a rellenar los impresos. A empezar los trámites. Quiero que seas mi mujer. Todo esto ha hecho que me dé cuenta de lo importante que eres para mí. —La determinación alisó momentáneamente las profundas arrugas que tenía en la frente desde el día del incendio—. Mira, lo único bueno de que la policía no haya podido acusar a Beth es que no vamos a tener que seguir vinculados a ella por ningún proceso judicial. Podemos empezar de cero. Casarnos. Pasar página. Cambiar de nombre. Irnos a vivir a otra parte. Al barrio de Mac y Ling, quizá.

El semáforo se puso en verde sin que me diera cuenta. Solo interrumpí nuestro beso y arranqué cuando el conductor de atrás empezó a pitar. Ya me había decidido cuando metí primera.

—Vale, adelante —dije—. No se me ocurre mejor manera de desaparecer.

La típica cabina roja desprendía el típico olor a orines y me vi obligada a respirar por la boca. Fuera, los coches avanzaban despacio por Green Lanes, nuestro nuevo barrio, que todavía nos resultaba tan ajeno, frente a la panadería turca que nunca parecía cerrar y la desvencijada joyería que nunca parecía abrir.

Esa noche había asimilado por fin, con el corazón desgarrado, que solo había una cura para mi insomnio. Hacía una semana que nos habíamos mudado a Harringay y en todo ese tiempo no había dormido más de tres horas. Si seguía así, perdería la capacidad de controlar lo que decía de puro agotamiento.

Sujetaba el teléfono grasiento entre el cuello y la barbilla, con la tarjeta telefónica de cinco libras apoyada junto a la ranura. Llevaba en esa postura cinco minutos agobiantes, con la tarjeta de la sargento detective Carol Kent en la palma de la otra mano. La tarjeta tenía los bordes raídos y estaba manchada de hierba de Lizard Point. Sin duda los defensores de Jaime Balcombe habrían preferido que me pusiera en contacto con ellos directamente, pero la ira de la sargento Kent me parecía preferible al júbilo de aquella gente.

Cuando escuché el veredicto, sabía que había dudas acerca de la culpabilidad de Jamie, pero aún estaba convencida de que era una sentencia justa. Ahora sabía que Beth también había mentido a la policía, y que seguramente había cometido perjurio respecto a cómo y cuándo había llegado al festival, y aunque entendía su razonamiento, este no concordaba con la actitud que había demostrado inmediatamente después de la agresión. En nuestro piso, se había revelado primero como una mirona y después como una persona petulante,

voluble y, finalmente, violenta. Ninguna de esas cosas invalidaba por sí sola el veredicto de culpabilidad de Jamie, pero vistas en conjunto lo cambiaban todo para mí. Mi blanca mentirijilla había quedado ennegrecida y manchada de hollín. ¿Seguía creyendo que Jamie era culpable? Sí... sí. Sí, casi siempre. ¿Seguía teniendo la certeza de que lo era? No. Su culpabilidad no era concluyente.

Yo sabía a lo que me arriesgaba al hacer esa llamada. Sus consecuencias físicas pesaban sobre mí como una losa. Perjurio. Probablemente obstrucción a la justicia y desacato. Si hablaba iría a la cárcel, pero eso no era nada en comparación con las consecuencias personales que tendría mi confesión. Mi padre dejaría de sentirse orgulloso de mí, perdería el respeto de Ling y casi con toda seguridad mi relación con Kit. Mi carrera profesional, que tanto ansiaba consolidar, también correría peligro. Seguramente no había muchas organizaciones benéficas que estuvieran dispuestas a confiar su reputación a una persona condenada por perjurio.

Cuando marqué el prefijo, sentí que cada número me alejaba de la única vida que quería tener. Y sin embargo yo habría esperado y exigido una confesión de cualquier persona que hubiera estado en mi lugar. Era lo que Kit habría esperado de mí.

Una sirena sacudió los cristales de la cabina cuando un coche patrulla se abrió paso entre los vehículos que ocupaban la calzada, obligándolos a apartarse. Al pasar lentamente a mi lado, el largo brazo de la ley pareció agarrarme del cuello. Empezaron a agarrotárseme los músculos y a cerrárseme las paredes de la tráquea.

No podía hacerlo. Vi con espantosa claridad cuánto deseaba que mi vida y mi reputación permanecieran intactas. Hasta ese momento no supe lo grande que era mi ego. Consulté a mi reflejo en el sucio cristal de la ventana y de pronto sentí que perdía pie vertiginosamente. Al parecer, prefería asumir el riesgo, por pequeño que fuese, de que un hombre inocente cumpliera condena en prisión a aceptar la responsabilidad por mentir en el juicio.

Tras haber visto el lado más oscuro de mi corazón, ¿a quién puede extrañarle que me volviera loca?

En casa, Kit preparaba afanosamente unos espaguetis en nuestra desvencijada cocinita de dos fuegos. Sonreía, pero detrás de su sonrisa se adivinaba la preocupación. «Si le cuento lo del juicio no volverá a mirarme así», pensé. «No puedo hacer esa llamada». Pensarlo me produjo una sensación extraña, y el vello de los brazos se me erizó como rozado por un soplo de brisa, a pesar de que el aire estaba cargado de vapor.

—Qué rico —dije mientras cenábamos.

La pasta estaba demasiado cocida, como nos gustaba a los dos.

—Gracias —contestó distraídamente.

No parecía capaz de mirarme a los ojos. Miraba una y otra vez a un punto situado cerca de mi plato.

—¿Qué pasa? —dije soltando mi tenedor.

—Nada, pero ¿podrías dejar de rascarte? Es muy molesto.

Seguí su mirada hasta mis antebrazos y vi con asombro que los tenía surcados de líneas rojas.

—Ni siquiera me había dado cuenta de que me estaba rascando —dije, pero de pronto cobré conciencia de un ligero cosquilleo en la piel, como si caminara por un bosque y de cada rama de cada árbol colgara una telaraña.

—¿Estamos usando otro detergente para la ropa o algo así? Puede que seas alérgica a algún ingrediente. —Kit se levantó de un salto y echó un vistazo al armario de debajo del fregadero—. No, es el de siempre.

De repente sentí que eran las ramas las que me arañaban la piel. Los arañazos empezaban a hincharse, convirtiéndose en ronchas.

—¿Podría ser una reacción tardía a la inhalación de humo? —pregunté—. ¿O que tenga los nervios dañados?

Tampoco me sentía bien por dentro. Notaba una especie de chirrido en el pecho, como si algo estuviera intentando taladrarlo para salir al exterior.

Con su mano buena, Kit me levantó la barbilla para mirarme el cuello. Luego me levantó la camiseta y me examinó la tripa y la espalda.

—Debe de ser una reacción local a algo. Solo lo tienes en los brazos.

Tuve la piel al rojo vivo toda la noche. Cuando por fin me quedé dormida, soñé que mi madre me daba loción de calamina en unas picaduras de insecto y me desperté con lágrimas en los ojos y sangre bajo la uñas. El despertador cambió de las 8:20 a las 8:21.

—¿Por qué no me has despertado? —pregunté al irrumpir en el cuarto de estar.

Kit estaba sentado delante de su portátil. Las luces del módem brillaban a su lado.

—No vas a ir a trabajar. He llamado para avisar de que estabas enferma —contestó—. Te he pedido cita de urgencias con el médico de cabecera.

—¿Por un picorcito de nada? —Me sentía crispada y nerviosa como si acabara de beberme una cafetera llena hasta los topes.

Kit cogió mi cara entre sus manos.

—Sea lo que sea, lo superaremos juntos, ¿vale?

Yo empecé a temblar.

—¿Crees que es por el incendio?

—Sabes que cuidaré de ti pase lo que pase, ¿verdad? —dijo él.

Más tarde descubrí que había pasado la noche en vela buscando información en internet acerca del prurito neuropático y que había hecho un listado de posibles enfermedades degenerativas. El diagnóstico tajante de la médico de cabecera le alivió tanto como me sorprendió a mí.

—Estás teniendo un ataque de ansiedad, querida —dijo—. Lo cual es lógico teniendo en cuenta por lo que acabas de pasar.

—No —contesté yo—. Esto es físico.

—Es psicósomático —puntualizó la doctora—. La mente humana es muy tramposa. Voy a recetarte una crema de esteroides para calmar el picor y Diazepam para que te relajes un poco, y voy a mandarte al psicólogo, a ver si podemos atajar esto de raíz, antes de que se nos escape de las manos. El plazo de espera para el psicólogo de la Seguridad Social es de siete semanas. ¿Quieres pagar el suplemento para que te adelanten la cita?

Yo solo pensaba en que ya había perdido un día de trabajo y en que la mano de Kit iba curándose más despacio de lo que habían previsto los médicos.

—Sí —contestó él al instante.

Conseguí reprimir el impulso de rascarme hasta que salimos a la calle, cuando el picor se hizo casi insoportable. Arañé con saña la piel ya irritada y Kit me agarró los antebrazos con la mano buena y me los sujetó con fuerza cuando intenté apartarme. Volví a oír la voz de Beth: «No te das cuenta de que son mucho más fuertes que nosotras».

No podía escapar de ella. Mis pensamientos se replegaron sobre sí mismos. «Que ella esté loca no significa que él no lo hiciera».

¿Lo sabría alguna vez con toda seguridad?

La terapeuta a la que me mandaron trató con eficacia los síntomas físicos de la ansiedad mediante técnicas de *mindfulness* y ejercicios que enseñaran a mi organismo a ganarle la partida a mi psique y a mantener a raya el picor y los temblores. Pero no pude contarle eso que yo solo sabía, cuál era la auténtica raíz del problema. Ella no era tonta: sabía que le estaba ocultando algo. Yo a veces sopesaba la idea de inventarme algún trauma infantil que lo explicara todo, y en la sesión más ardua que tuvimos pensé en achacarlo a la pena por la muerte de

mi madre.

Fue Kit quien me sacó de aquel pozo. Me había salvado la vida dos veces: en el incendio y después, cada día y cada noche, cuando se levantaba conmigo de madrugada a jugar a las cartas o a ver episodios de *Seinfeld*, o cuando me cepillaba el pelo, me lo acariciaba y me hacía una trenza mientras yo trataba de refrenar el deseo de rascarme los brazos. Estaba tan absorta en mi infierno secreto y autoimpuesto que solo ahora me doy cuenta de hasta qué punto se sacrificó por mí. Que yo siguiera trabajando estaba descartado, y por más clases que diera él era imposible que ganara suficiente para los dos con su beca de doctorado. En cuanto se le curó por completo la mano y le dieron el alta, aceptó un trabajo temporal, a media jornada, como asistente técnico en una óptica de lujo, colocando lentes baratas en monturas de gafas cuando antes miraba estrellas sin nombre a través de exquisitos telescopios. Ni una sola vez se quejó de que aquel trabajo fuera indigno para él.

Cuatro semanas después de que ardiera su piso, Laura Langrishe y Kit McCall, antes residentes en Clapham Common, SW4, contrajeron matrimonio en la Oficina del Registro de Lambeth. Al salir del edificio, llamándose ya Christopher y Laura Smith, regresaron a su nuevo domicilio, un piso de alquiler de una sola habitación en el número ocho de Wilbraham Road. No hubo banquete de bodas, ni el novio traspasó el umbral con la novia en brazos, pero consumaron el matrimonio dulce y tiernamente en su nuevo lecho conyugal. Pasaron la luna de miel en casa, la novia yendo dos veces por semana a terapia y el novio haciendo horas extra en la óptica en la que trabajaba para poder pagar sus sesiones con el psicólogo, además del alquiler.

Teníamos solo veintidós años y la callada intensidad de aquellas semanas resultó excesiva para un par de críos como nosotros. Mientras otras parejas de nuestra edad remoloneaban posponiendo el momento de comprometerse, nosotros estábamos tan íntimamente entrelazados que teníamos el problema opuesto. ¿Qué representa el compromiso en una relación de pareja llena de sombras? Hasta el sexo, que antes siempre había sido nuestra espita de salida, perdió su carácter juguetón. Éramos todo necesidad y cero deseo. ¿Cuándo volvería a empezar la diversión?

Llevábamos cinco meses viviendo en Wilbraham Road cuando Kit llegó un día a casa con un tubo largo y delgado bajo el brazo.

—¿Qué es eso?

—Observa.

Desplegó un mapamundi y lo pegó con masilla a la pared, encima de la chimenea. Había comprado (o probablemente se la había dado Adele) una bobina de hilo rojo de bordar. Cortó un pedazo con gesto teatral y lo sujetó con alfileres entre el centro y el sur de África.

—Zambia, enero —dijo—. Hay un pequeño festival. Un par de miles de personas, nada más. No vienen Ling ni Mac. Solo nosotros. Podremos estar a nuestro aire. —Esbozó su vieja sonrisa—. Y las probabilidades de que llueva son prácticamente nulas.

Yo sabía que teníamos que hacer aquel viaje si queríamos ser felices y no limitarnos a sobrevivir. Que únicamente recuperando el eclipse y poniéndonos bajo su sombra volveríamos a encontrar nuestra luz.



**LAURA**

20 de marzo de 2015

—¿Por qué estáis todos tan obsesionados con darme de comer?

Ling se siente tan a sus anchas en mi cocina como yo en la suya. Sin necesidad de mirar, saca un cazo del cajón y sirve sopa de pollo y maíz en unos cuencos.

—Siéntate —ordena.

—Para ti es fácil decirlo.

En lugar de una mesa, tenemos en la cocina un banco corrido encajado en un rincón, de esos que se ven en los restaurantes americanos, con asientos de piel a ambos lados de una mesa de formica tan antigua que hay un hueco de un centímetro en la juntura, donde debería estar unida a la pared, lleno de migas y mugre. Lo limpiaré la semana antes de que nazcan los niños, cuando la gente dice que me asaltará el súbito deseo de ponerme a fregar ventanas y enderezar cojines.

Me siento y me deslizo por el banco, con la espalda arrimada a la pared. Desde aquí veo toda la cocina.

—No pienso volver a sentarme aquí hasta que nazcan los niños —digo sintiéndome encajada.

Ling me pone delante el cuenco de sopa y, como no hago amago de comer, se queda mirándome con los brazos cruzados.

—Ojalá me apeteciera —digo.

Arruga la frente, preocupada.

—¿Perder el apetito no es una de las primeras señales de alarma?

—Dios mío, ¿sí? ¿De qué?

—De la ansiedad. ¿Por qué? ¿A qué pensabas que me refería?

—¿Y si no tengo hambre porque los bebés no están creciendo como es debido? ¿O algo peor?

No hace falta que le diga qué puede ser ese *algo peor*. Estaba presente las otras veces, cuando las cosas se torcieron.

—Cielo, tienes los nervios de punta —dice, y es verdad, aunque ella no sepa ni la mitad—. A mí me pasó lo mismo en los dos embarazos. Es normal, te lo aseguro. Mira, te van a hacer una ecografía dentro de nada, literalmente. No podrían atenderte antes ni aunque fuera una emergencia. Seguro que después te quedarás más tranquila, ya lo verás... ¿Me estás escuchando?

Levanto la vista del teléfono.

—Perdona. Sí. Gracias —contesto, pero sé que no podré relajarme hasta que oiga la voz de Kit.

Han pasado ya dos horas desde el eclipse, tiempo de sobra para que encuentre un sitio donde haya cobertura. Kit está convencido de que, cuando nazcan los bebés, los llevaremos con nosotros a ver los eclipses. Hasta estamos haciendo planes para hacer un viaje en familia por Estados Unidos en 2017. Si ahora me angustia tanto pensar que él está solo, ¿cómo reaccionaré cuando tenga que vigilar a dos niños pequeños en medio de una muchedumbre? Estaré tan angustiada que no podré mirar el cielo ni un segundo. Y no quiero ser una de esas madres agobiantes y obsesivas que se ven por la calle, aunque mis miedos sí estén justificados.

Aparto la sopa casi sin haberla probado. Cuando salimos a la calle, un mensajero me sale al paso y me entrega un paquete de Mothercare para Ronni, la vecina.

—¿Y si es una señal? —le digo a Ling.

Me quita el paquete y lo estruja.

—A mí me parecen más bien unas botas de agua. Venga, vamos a que te hagan esa ecografía.

Los últimos intentos de fecundación *in vitro* los pagamos nosotros, pero ahora que estoy embarazada vuelven a atenderme en la Seguridad Social, en el North Middlesex Hospital, al lado de la carretera de circunvalación norte. No comprendo cómo va a recuperarse uno de nada junto a la carretera más contaminada de todo Londres. Como de costumbre, el hospital huele a pollo poco hecho y a gel antiséptico. Cuando llegamos, los bebés se retuercen dentro de mí. Sigo sin noticias de Kit y, de muy mala gana, obedezco los carteles y

apago el teléfono.

Mi médico, el doctor Kendall, está especializado en embarazos múltiples. Lleva conmigo desde el principio y me atenderá en el parto. (Todo el mundo, incluida Ling, da por sentado que voy a sentirme despojada por no tener un parto natural. Pero la verdad es que es una cosa menos de la que tengo que preocuparme, y me alegro de que esa decisión la hayan tomado por mí). Las manos impecables del doctor Kendall (debe de hacerse la manicura) inspiran confianza.

—¿Hoy no viene Christopher? —pregunta, y le brillan las uñas mientras teclea números en el teclado.

—Se ha ido a ver el eclipse solar a las islas Feroe —contesto—. El último gran viaje antes de que nazcan los niños.

—Ah, sí —dice—. Siempre he querido ver un eclipse total. Nosotros llevamos a los chicos a Cornualles en el noventa y nueve. Usted seguramente era todavía una cría. Pero fue un chasco, la verdad.

Sonríó y me tumbo, preparándome para notar el frío lametazo del gel. Ya soy veterana en esto.

—¿Y usted qué? —pregunta el doctor Kendall—. ¿Cuándo va a tomarse un descanso?

La verdad es que pienso seguir trabajando hasta el último momento. Necesitamos el dinero.

—Pronto —contesto.

El doctor Kendall mantiene la pantalla apartada de mí mientras desliza la sonda alrededor de la protuberancia de mi ombligo y analiza las medidas. A Kit le gustaría verlo. Es el tipo de proceso cuantitativo con el que puede identificarse. Tengo que pedir una copia impresa de las cifras, además de la importantísima fotografía.

—Están creciendo perfectamente —dice el doctor Kendall—. Las placentas están donde deben, igual que los cordones umbilicales. ¿Seguro que no quiere saber el sexo de los bebés?

Vuelvo la cabeza. Decidí que el sexo de los bebés fuera una sorpresa desde el minuto uno, para demostrarle a Kit que soy capaz de relajarme y esperar. Aunque nunca me haya dicho expresamente que soy una controladora, me ha pedido infinidad de veces que me tranquilice, que baje el ritmo, que me tome las cosas con más calma. Una vez hasta me dijo que me tomara «un momento *chill out*», para bochorno de ambos.

—Porque aquí estoy viendo claramente...

—¡No!

Tanto el doctor Kendall como Ling parecen sorprendidos por la brusquedad de mi reacción. Yo intento hacer una broma.

—La verdad es que vamos a educarlos como género neutro. Ropa naranja. Es un experimento.

Aceptan la broma, pero por los pelos. Es un alivio salir de la consulta.

Ling me lleva en coche a casa.

—¿Seguro que no te importa quedarte sola? —pregunta, a pesar de que sé que va a tener que quedarse trabajando hasta tarde para compensar el tiempo que ha perdido en acompañarme.

—Sí, estoy bien —contesto antes de cerrar la puerta del coche.

—¡Come algo! —me grita antes de arrancar.

De vuelta en la casa, ya arrellanada en mi sofá, le envío a Kit la foto de la ecografía. Responde llamándome por FaceTime. Está en un bar o algo así, con sombras al fondo y el borde de un vaso de cerveza en primer plano, delante de él. Hay mala señal: su cara recién afeitada se descompone en cuadraditos cada dos por tres y el dibujo blanquinegro de su jersey entra y sale a saltos del código binario. Aunque esté pixelada, veo claramente su cara de mala conciencia, y el carámbano de mi ira empieza a derretirse. No quiero que volvamos a discutir. Por una vez, soy yo la que pone fin al enfado.

—¿Verdad que son preciosos? —digo con ternura sincera.

—¿Va todo como debe? —pregunta él—. ¿Están creciendo a buen ritmo? ¿No tienen cuernos ni rabo?

—Son perfectos.

Kit esboza una sonrisilla, y yo me acuerdo de pronto de por qué estamos manteniendo esta conversación por teléfono y no en persona.

—Perdona, cielo, cuéntame qué tal el eclipse. ¿Estaba todo cubierto?

—El peor de todos hasta la fecha —dice malhumorado—. ¿Qué tal en Londres?

—Una mierda.

—Qué lástima —dice con una falta total de expresividad, y mi sistema de alarma se pone en acción de inmediato.

Escudriño su cara en busca de alguna pista, pero está oscuro y la imagen no tiene nitidez suficiente.

—Algo va mal —afirmo—. Ha pasado algo por culpa de ese vídeo absurdo.

—No ha sido por el vídeo —contesta.

Así que es verdad que algo va mal. Noto que empieza a picarme la piel.

—¿Qué es lo que no ha sido por el vídeo? ¿Qué ha pasado?

Vuelve a fallar la señal. Su voz suena entrecortada y chillona como el canto de un delfín.

—Mira, no te preocupes. Pronto estaré otra vez en el barco y podremos relajarnos.

Me rasco el brazo con el que sujeto el teléfono.

—¿Por qué no puedes relajarte en tierra firme? ¿Kit? —Noto que mi voz se vuelve aguda e inquisitiva, a pesar de que sé que es como tocarle las antenas a un caracol: solo voy a conseguir que se repliegue en su concha, pero no puedo evitarlo—. ¿La has visto?

—No.

—No empieces a contestarme con monosílabos.

—Deja de comerte la cabeza —replica—. Ya me conoces, siempre me pongo de muy mal humor cuando los nublados me impiden ver un eclipse.

—Júrame por nuestros hijos que no ha pasado nada.

La señal se interrumpe un instante y no sé si la pausa que antecede a su «Te lo juro» se debe a que ha dudado, o son imaginaciones mías, o una especie de retraso de la conexión por satélite. Luego, enseguida, Kit desaparece de mi vista.

Entonces me doy cuenta de la gravedad de lo que he hecho. Le he obligado a jurar por nuestros hijos, y aún no han nacido. Kit no es supersticioso y sería capaz de decirme cualquier cosa con tal de que no me dé un ataque de ansiedad. He tentado al destino. Me pongo la mano en la tripa y espero a que los bebés me den una patadita, pero no noto nada.

**LAURA**

20 de junio de 2001

—Siete mil fanáticos de los eclipses reunidos en un mismo sitio —comentó una chica que llevaba una anilla en cada aleta de la nariz y trencitas de color morado retorcidas formando cucuruchos puestos del revés—. Va a estar *sucio* de cojones.

Tenía su punto de razón. La ubicación elegida, en lo profundo de la sabana de Zambia, parecía haber repelido tanto a los oportunistas que solo iban de juerga a los festivales como a los astrónomos serios, que aborrecían la contaminación sonora casi tanto como la lumínica. Kit y yo llevábamos cinco horas de viaje, de las seis que se tardaba en llegar desde el aeropuerto de Livingstone al lugar donde iba a celebrarse el festival, en un autobús agobiante, con una suspensión pésima y cincuenta *hippies* que solo usaban desodorante natural. Unos arbolillos raquíuticos salpicaban de verde la tierra de color melocotón. Las vacas avanzaban sin inmutarse entre veloces camiones cargados hasta los topes. En las cunetas, los puestos de fruta exhibían sus mercancías multicolores. Destartaladas vallas publicitarias y poblados construidos con chapa y uralita se sucedían en un carrusel interminable. Cuando paramos a comer en un bar con el logotipo de Fanta, aparecieron decenas de niños como salidos de la nada. Todos querían tocarme el pelo. Chillaban de alegría cuando tiraban de él con sus deditos y lo retorcían haciendo un nudo.

La civilización parecía quedar muy lejos de allí cuando, al coronar un cerro, vimos el recinto del festival. Tenía mejores infraestructuras que algunas de las aldeas que habíamos visto por el camino, con un pequeño supermercado, una fila

de duchas y retretes al estilo africano, más limpios que los de cualquier centro comercial británico. En los bares se vendían drogas con la misma liberalidad y al mismo precio que la cerveza.

—Tiene buena pinta —le dije a Kit.

Él se limitó a levantar la cara hacia el sol y sonrió. Allí no tendría que preocuparse de consultar el pronóstico del tiempo, ni preocuparse de las condiciones climatológicas. Los inviernos africanos son muy predecibles. Ese día, el cielo era de un azul cálido y radiante, de esos que hacen que parezca imposible que el color azul pueda asociarse con el frío, y tan límpido que nos hizo dudar de la existencia misma de las nubes. En un escenario perfectamente equipado, una banda de *reggae* tocaba una serie de versiones de Bob Marley. Pasamos junto a una carpa en cuya lona se proyectaban sinuosos dibujos semejantes a las vetas del mármol. Kit compró una máscara de coco que representaba a un hombre con la cara desencajada por un grito y se la puso.

—Es la misma cara que tenía Mac cuando le ingresaron —comentó.

Era la primera vez que bromeaba acerca del ingreso de su hermano.

Aquel día no hubo atardecer. El sol se volvió de color calabaza y un instante después, sin previo aviso, se hundió en el horizonte. Corrimos en la penumbra a montar nuestra tienda y nos tendimos a la entrada, con la espalda en el suelo. A más de mil doscientos metros sobre el nivel del mar, sin apenas contaminación lumínica y con una luna rosa que emitía un tenue resplandor, el cielo africano no parecía salpicado de estrellas, sino cuajado de ellas. El efecto era, más que celestial, meteorológico: la Vía Láctea semejaba una nube de tormenta que amenazaba con descargar un chaparrón de brillantina. Mirando el cielo, se sentía un gozo atávico.

—Estamos hechos para mirar hacia arriba —dije.

Kit asintió en silencio, con la cabeza pegada a mi hombro, y se acurrucó a mi lado. Su vientre suavemente convexo se amoldó a mis riñones, moviéndose al compás de mi diafragma. Esa noche, hasta nuestra respiración estaba en sincronía.

Puede que fuera por el esfuerzo que supuso llegar hasta allí, o por mi necesidad de redimirme, pero lo cierto es que viví el viaje a Zambia más como una peregrinación que como unas vacaciones. Cambiamos los escenarios y los bares por la sombra de los árboles. Seguramente por eso tardó tanto en vernos.

Cuando llegó la hora del eclipse, los organizadores desconectaron los equipos

de sonido.

—Primer contacto —musitó Kit cuando la luna le dio el primer mordisquito al sol, entre una andanada de gritos de júbilo.

Por fin iba a experimentar esa atmósfera de sobrecogimiento que había esperado ver en Cornualles. No había silencio (éramos demasiados para que lo hubiera), pero cada grito y cada susurro estaban cargados de respeto y de veneración por el fenómeno que estábamos presenciando. Todos a una, levantamos la cara hacia el sol menguante, como un gigantesco heliotropo. Durante la hora siguiente, me pareció que apenas pestañeaba.

—¿No quieres hacer una foto? —pregunté, señalando la cámara que Kit llevaba colgada al costado.

Hizo un ademán de indiferencia.

—No —contestó para mi sorpresa—. Esta vez no. Solo quiero vivirlo, para variar.

Entonces se levantó el viento, esa brisa sobrecogedora y repentina que ya había sentido en Cornualles, solo que aquí era cálida y estaba cargada de polvo. Como obedeciendo a una señal del viento, el tiempo, que durante una hora había avanzado muy despacio, se aceleró de pronto y el anochecer irrumpió por el este.

—Esto es lo que pasa cuando algo se desplaza a tres mil doscientos kilómetros por hora —comentó Kit mientras la oscuridad se abatía sobre nosotros.

El paisaje cambió tan drásticamente como el cielo: nuestras sombras menguaron de pronto, como si nos disolviéramos en la tierra. Yo empecé a temblar y busqué la mano de Kit. Él levantó el brazo y me hizo girar como una bailarina para que viera el ocaso desde todos los puntos del horizonte.

Un anillo de luz blanca cercó el sol, un destello de pura luz diamantina titiló en su borde y un instante después se hizo la totalidad. «¡*Oh my God, dio mio, mein Gott, guau!*», exclamó la multitud. La luna, un disco negro que cubría por completo el sol, despedía serpentinas de plasma, como el fuego de un hornillo al encenderse.

—¿Es peligroso? —le pregunté a Kit.

Me refería a si podía quitarme las gafas protectoras, pero mi pregunta sonó más honda. ¿Es peligroso vivir en esta roca giratoria? ¿Es peligroso ser tan pequeño? ¿Estamos a salvo?

Kit respondió quitándome las gafas, y entonces pude ver con los ojos desnudos la bola negra como el carbón suspendida del cielo. Me sabía la teoría de memoria: sabía que lo que estaba viendo eran inmensos cúmulos de hidrógeno gaseoso, pero mientras estaba allí parada solo pude pensar en

términos de dioses y magia. La corona bailoteaba como una llama viva y dorada, el doble de grande que el propio sol. Una estrella no es un ángel, sino un monstruo. Era tan inmensa que, comparado con ella, todo lo que nos había pasado, todo lo que habíamos hecho, parecía insignificante. El arrepentimiento, la culpa y el miedo se esfumaron.

—Estoy curada —dije, y en aquel contexto no me pareció un comentario manido o trivial.

Debajo de la sombra, puedes decir cualquier cosa. Noté húmeda la mejilla de Kit sobre mi hombro, y lloré con él, lágrima a lágrima. No éramos los únicos que llorábamos. Cerca de nosotros se oía un suave sollozar, y a lo lejos alguien aullaba como un lobo. Estuvimos así cuatro minutos y medio. Luego, como movido por un cronómetro interno, Kit volvió a bajarme las gafas protectoras. Segundos después, se vio un fogonazo amarillo y las sombras se disolvieron por el este. Se había acabado. Las lágrimas que me sequé eran de alegría.

—¿Cuándo es el próximo? —pregunté.

Al día siguiente, los autobuses que nos habían llevado hasta allí fueron a buscarnos para hacer el viaje de vuelta. Esta vez, sin embargo, había siete mil personas tratando de marcharse al mismo tiempo y el caos fue mayúsculo. Algunos se dirigían al aeropuerto de Lusaka, otros iban más al sur, al de Livingstone. A unos pobres pardillos que venían de Japón les esperaban dos días en autobús hasta Johannesburgo. Kit y yo nos pusimos a hacer cola a un lado de la carretera para coger el autobús de Livingstone. La cola de enfrente, la de Lusaka, tenía unos ochocientos metros de largo. Después de dos horas de espera, pudimos por fin colocar las mochilas en la baca del autobús y ocupar nuestros asientos de plástico pegajoso. Intenté limpiar el cristal de la ventana, pero el polvo estaba por fuera.

—No quiero irme a casa —le dije a Kit—. Quiero volver a hacer esto otra vez —añadí, sabiendo perfectamente que el siguiente eclipse era en el círculo polar antártico.

—No veo a mucha de esta gente yendo al Polo Sur. —Observó las caras desencajadas y resacasas que había a nuestro alrededor. El motor del autobús seguía al ralentí, aunque todos los asientos estaban ya ocupados—. No podrían permitirselo. Es la primera vez que los humanos van a ver un eclipse desde el polo. Es una expedición enorme, costará un pastón. No creo que podamos ir.

No sé qué me impulsó a mirar hacia atrás. El espíritu vengador de la justicia,

quizá, que me castigaba por atreverme a bajar la guardia y a ser feliz. El caso es que, estirando el cuello, lancé una mirada al otro autobús. Una ventana mugrienta enmarcaba su cara. Me miraba fijamente, como si intentara ver dentro de mí.

—Beth —dije con un gemido ronco.

Se hizo un segundo de horrorizado silencio. Kit se quedó inmóvil. Luego, siguió lentamente mi mirada. Nos miramos los tres durante una fracción de segundo. Después, ella empezó a moverse, como una araña en pos de una mosca.

—¿Podemos arrancar ya? —le preguntó Kit al conductor.

En el otro autobús, Beth pasó por encima de su vecino de asiento y comenzó a avanzar por el pasillo, obstruido por bolsas y pasajeros.

El conductor, lacónico a más no poder, miró a Kit levantando una ceja y dejó ver sus enormes dientes amarillos.

—¡Arranque, joder! —gritó Kit.

Yo nunca le había visto tan asustado, ni siquiera durante el incendio.

—Por favor —le supliqué al conductor, componiendo a duras penas una sonrisa serena—. Necesitamos irnos, de verdad.

Busqué en mi bolsillo y saqué un puñado de *kwacha*. Kit arrojó los billetes al regazo del chófer. Por fin las ruedas comenzaron a girar batiendo el fino suelo y, cuando Beth consiguió apearse y llegar a la carretera pedregosa, se topó con una nube de humo de motor y polvo en suspensión. Una moto pasó rugiendo frente a ella, tan cerca que pensé que iba a rasparle las rodillas. Ella, sin embargo, no se inmutó. Intentó correr junto al autobús, pero las chanclas que calzaba se lo impidieron.

—¡Laura! —gritó sin hostilidad.

No parecía furiosa, sino más bien desesperada. Ofendida, más que temible.

—¡No frene! ¡No pare! —le dijo Kit al conductor—. ¡Acelere, joder!

Era la primera vez que hacía visible su miedo delante de mí. Solo entonces, al verle despojado de su entereza, comprendí el precio que había pagado por cargar conmigo. El autobús aceleró. Yo me volví, erguida en mi asiento, y vi a Beth de rodillas en la carretera, con las piernas tapadas por la falda, como una sirena varada asfixiándose en medio de una roja polvareda. Doblamos una curva y se perdió de vista.

En el autobús, todo el mundo nos miraba con extrañeza. Kit se hundió en su asiento, avergonzado. Sobrevino un silencio, hasta que el chófer comenzó a toquetear su radio. Sonó *Livin' la Vida Loca* y el conductor se puso a cantarla desafinando.

—Ha recorrido medio mundo para buscarnos —dijo Kit en voz tan baja que casi ni le oí—. Todo el esfuerzo que hemos hecho, cambiarnos de nombre, empezar de cero, no ha servido para nada. Y le dijimos dónde íbamos a estar.

El autobús pasaba junto a campos irregulares, salpicados de vacas escuálidas. Le cogí la mano mala y pasé los dedos por la cicatriz. Él la apartó.

—Vio mi mapa, siempre va a saber dónde encontrarnos.

No lo dijo, pero se sobreentendía: «Porque tú la invitaste a nuestra casa». Volví a cogerle la mano, pero tenía el puño cerrado.

**LAURA**

15 de noviembre de 2003

Jamie Balcombe salió en libertad tras cumplir la mitad de su condena. Fue durante dos años y medio un preso modélico que enseñaba a leer y escribir a sus compañeros en la biblioteca de la prisión. Después del incendio, me escribió una carta en la que me decía que se había enterado de lo ocurrido (yo me estremecí al saber que se mantenía al tanto de nuestras vidas) y que confiaba en que, tras vivir un trauma semejante, fuera más compasiva y me sintiera más inclinada a retractarme de mi testimonio. Volví a cerrar el sobre y lo devolví a la cárcel alegando que la destinataria no había dejado instrucciones para que le reenviaran el correo. No volví a recibir más cartas. No sé si las autoridades llegaron a abrirla. Si lo hicieron, no lo tuvieron en cuenta cuando llegó el momento de concederle la libertad condicional.

Su salida de la cárcel me produjo al mismo tiempo miedo y alivio. Miedo, por la posibilidad de que hablara con Kit. Yo confiaba en que Kit me creería a mí en vez de a un violador condenado a prisión, pero no soportaba la idea de tener que repetir aquella mentira delante de la persona cuya opinión me importaba más que la de cualquier otra. Y alivio porque había sentido cada día de su estancia en prisión como una muesca hecha en mi piel. Por lo menos ya no estaba en la cárcel. Ya solo (¡solo!) quedaba por limpiar su buen nombre.

Después de lo de Zambia, pasaron cinco años sin que viéramos otro eclipse. Beth nos daba (o me daba) demasiado miedo para ir a Sudáfrica en 2002. El eclipse de la Antártida, en 2003, era tan inalcanzable para nosotros como un viaje a la luna: el año anterior habíamos comprado la casa de Wilbraham Road, y

solo conseguimos que nos dieran la hipoteca mintiendo sobre nuestros ingresos al presentar la solicitud.

Seguíamos persiguiendo la sombra, pero la emoción de las grandes fiestas alternativas se había esfumado. Procurábamos pasar desapercibidos. En 2006, cuando la totalidad fue especialmente visible en Libia y en Turquía se celebró el tercer «festival del siglo», nosotros vimos el eclipse desde la otra punta del mundo, en Brasil.

La víspera de nuestro viaje, Kit me sorprendió guardando a hurtadillas una pomada de hidrocortisona y un blíster de Diazepam en un bolsillo lateral de la maleta.

—No tenemos por qué ir —dijo escudriñando mi cara.

—Ya hemos hecho las reservas. ¡Está todo pagado!

En realidad, no estaba todo pagado, y eso era lo peor: que habíamos reservado el viaje con nuestras tarjetas de crédito, que ya estaban casi sin crédito. Kit me sonrió haciendo un esfuerzo tan evidente, que pensé que iban a resquebrajarse las mejillas.

—Da igual —dijo—. Si vas a ponerte mal otra vez, no merece la pena ir.

Me conmovió que hiciera ese esfuerzo por convencerme, pero yo sabía que no hablaba de corazón. Para cualquier hombre resultaba más atractivo hacer un viaje al extranjero y tener una experiencia alucinante que quedarse en casa con una mujer nerviosa y llena de costras, y más aún para Kit, cuya obsesión por los eclipses se remontaba a mucho antes de conocerme a mí. En mis momentos de desánimo, yo temía que aquella obsesión tuviera raíces aún más profundas. Aquellas citas estaban inscritas en su ADN: eran su último vínculo con su padre. Si tenía que renunciar a ellas, me guardaría rencor eterno. Y a fin de cuentas era culpa mía. Era yo quien había mentido, quien, por pura inconsciencia, había dejado que Beth se inmiscuyera en nuestra vida. Era responsabilidad mía enfrentarme a todo aquello.

—Claro que vamos a ir —dije—. No podemos permitir que se salga con la suya.

—Gracias —contestó—. Sé lo mucho que te ha costado decirlo.

Lo sabía en parte, supongo.

Nos alojamos en un hotel barato y vimos juntos el eclipse, nítido y perfecto, sentados en el capó de nuestro coche alquilado, desde la ladera de un cerro, sin nadie que hablara inglés en varios kilómetros a la redonda. Cuatro minutos y siete segundos de totalidad: la luna tapó el sol abriendo un gran orificio de bala en un lienzo gigantesco. Después de aquello, nos convencimos de que Beth se

había dado por vencida. Con el tiempo, sin embargo, descubrimos que había estado en Turquía. En 2006 YouTube todavía estaba relativamente en mantillas, y pasaron un par de años antes de que un alemán colgara el vídeo en internet.

Nuestros viajes posteriores estuvieron emponzoñados por la angustia en diverso grado.

Kit intentó facilitarme las cosas cuando fuimos a China en julio de 2009. Reservamos un hotel anónimo situado junto a una autopista, el último sitio donde nos buscaría Beth. Ser consciente del desasosiego que me esperaba no impidió que me angustiara en el aeropuerto, y tomé tanto Valium en el vuelo de ida que Kit tuvo que sacarme en brazos del avión. Fue, tal y como él me había prometido, un eclipse anodino, si es que tal cosa es posible. Me pasé la mayor parte del viaje viendo a Kit trastear con el equipo fotográfico junto a una autopista.

Me habría encantado ir al gran festival que se celebró en la Isla de Pascua durante el eclipse total de 2010, pero Kit dijo que no merecía la pena que por ir al festival sufriera un ataque de ansiedad, y acabamos viéndolo en los Andes de la Patagonia. En la falda de la montaña la nieve estaba tan seca que parecía arena, más que agua. Kit hizo unas fotos preciosas del cono de sombra extendiéndose sobre la nevada. Yo habría jurado que no aparté los ojos del cielo ni un instante mientras duró la fase de totalidad, pero nuestro guía me hizo una foto mirando hacia atrás mientras todos los demás contemplaban el cielo embelesados.

Debería haberme relajado en Cairns, en 2012, cuando decenas de miles de personas vieron el eclipse desde las kilométricas playas de palmeras de la Costa Dorada australiana, pero para entonces había *smartphones* por todas partes y, aterrada ante la idea de que alguien nos grabara como habían grabado a Beth, me puse un sombrero tan grande que apenas veía el sol. Ahora, cuando miro el globo terráqueo y veo la franja de totalidad de aquel eclipse, tengo la impresión de que media Australia quedó en sombras y de que la probabilidad de que nos encontrara en un país tan vasto era casi nula. No como ahora, cuando la sombra recae prácticamente sobre el mar y todo el mundo se ha apretujado en esas oscuras islas boreales, tan minúsculas que no hay prácticamente dónde esconderse.

**LAURA**

20 de marzo de 2015

Al sol le da por salir ahora. Es por la tarde, todavía temprano, y brilla a través de franjas de nubes veteadas de rosa y morado, de esas que la gente fotografía con sus teléfonos móviles por todo Londres.

Me pregunto si en las Feroe habrá mejorado el tiempo. Kit zarpa dentro de una hora, y en el viaje de vuelta del Princess Celeste no puede haber pasajeros que no estuvieran en el de ida. Es un crucero reservado de antemano, no un transbordador de línea regular. Puede que Beth haya estado allí, o puede que haya ido a otro sitio. A Svalbard, por ejemplo, o a otra isla. O puede que haya estado en Tórshavn y que haya asistido al eclipse muy cerca de Kit, al otro lado de un peñasco o una roca, no con los ojos fijos en el cielo, sino con una vieja fotografía nuestra en una mano y un pantallazo del dichoso vídeo en la otra. Pero, si así ha sido, no ha encontrado a Kit.

Mañana a la hora de comer él estará en casa, cargado de *souvenirs*. Conectará la cámara al portátil y descargará las fotos antes incluso de quitarse el abrigo. Con cada minuto que pasa, mis miedos me parecen más infundados y mi estallido de la última vez que hablamos se me antoja un ataque de paranoia, un empeño mío en ver cosas siniestras donde seguramente solo había mal humor. Hasta los bebés parecen más calmados dentro de mi tripa.

No puede haber pasado más de una hora desde la última vez que comí, y otra vez estoy hambrienta. Me como el último pedazo de pan que me trajo Mac, acompañándolo con la única bebida que queda: un paliducho brebaje de frutas del bosque sobre cuya superficie flota, como una capa de algas, una película de

polvillo verde. Seguramente son algas ecológicas, de comercio justo y producción local. Sabe Dios lo que cobrará Mac por uno de estos batidos. Más vale que mis hijos nazcan rebosantes de salud, después de todas las vitaminas que estoy tomando.

En la BBC están poniendo un programa especial sobre el eclipse y, aunque lo estoy grabando para Kit, me quedo a verlo. Ahora que ha pasado el eclipse, quiero tener una imagen más clara del lugar donde mi marido ha pasado estos últimos días. Acabo de acomodarme en el sofá cuando suena el timbre. Me incorporo con esfuerzo y cojo el paquete de Mothercare de Ronni, lista para dárselo. Lo palpo, como haría una niña con un regalo de Navidad. Ling tenía razón: son unas botas de agua. A lo mejor invito a Ronni a tomar un café si no tiene que irse corriendo a acostar a los niños.

Me olvido de que la cadena está puesta. Abro la puerta unos cinco centímetros y veo a Beth Taylor parada en el umbral.

Se me cae la taza de la mano y el zumo rosado se desparrama por las baldosas y las paredes, dejando el suelo resbaladizo bajo mis pies. El olor ácido de las frutas del bosque choca con el miedo metálico que noto en la lengua. Me llevo instintivamente la mano a la barriga y me tambaleo hacia atrás, agarrándome a la barandilla para no caerme cuando resbalo con el zumo. De pronto me descubro sentada en el escalón de abajo, tratando patéticamente de taparme la tripa con las manos. No sé qué iba a decir Beth, pero la impresión de mi caída y, a juzgar por cómo me mira la barriga, de mi embarazo, la deja sin respiración unos segundos. Luego dice:

—Joder, Laura. ¿Estás bien?

—¿Qué quieres?

Mete la mano por la ranura entre la puerta y el marco y estira el brazo en un gesto que podría ser un ofrecimiento patético de ayuda o un intento de desenganchar la cadena. Pero solo consigue meter la muñeca.

—Laura... —dice.

—¡No! —contesto yo, y retira rápidamente la mano.

Echo una ojeada a la mesa de la entrada, pero el teléfono fijo no está en su sitio. Entonces me acuerdo de que me lo dejé arriba antes, cuando hablé con mi padre. Mi móvil está en el cuarto de estar, ¿y quién sabe qué podría hacer Beth mientras voy a buscarlo? ¿Podría desenganchar la cadena? ¿Echar la puerta abajo a patadas? ¿Tiene un arma?

—Por favor, Laura —dice acercando la cara a la rendija, de modo que solo le veo la nariz, la boca y parte de los ojos—. Necesito que me dejes entrar, de

verdad.

# TERCER CONTACTO



**KIT**

20 de marzo de 2015

—Svalbard —dice Richard meneando su tableta delante de mí—. Deberíamos haber ido al puñetero Svalbard.

Hemos encontrado un bar en el puerto con wifi gratis, vistas a la casa roja y cerveza Sólurbjór de grifo, el último trago que voy a beber durante una buena temporada, creo, y decido en ese mismo momento no probar ni una gota de alcohol hasta que nazcan los niños. Richard ha llegado a la conclusión de que debíamos pasar nuestros últimos minutos en las Feroe inclinados sobre una pantalla y lamentándonos de lo que ya no tiene remedio.

—O incluso a otra de las islas Feroe —dice—. Esta la han hecho treinta kilómetros al norte de aquí. —Agranda una preciosa imagen de un sol menguante en medio de un cielo despejado—. ¡Y mira! ¡Ha habido un crucero que no ha podido atracar en Tórshavn y los pasajeros han visto el eclipse desde el mar! ¿Por qué no ha hecho lo mismo el Celeste?

—¿Por qué no los demandas por mal tiempo? —sugiero.

Dicen por ahí que hay gente que lo hace. Turistas, no verdaderos aficionados, que exigen que la agencia de viaje les devuelva el dinero si no han podido ver nada por culpa de los nublados. Richard capta la indirecta.

—Hablando del barco, deberíamos irnos. Dentro de media hora suben la pasarela. ¿Tienes tus cosas?

—Sí —contesto, palmeando la bolsa de papel que acabo de comprar.

Mis «cosas» son dos camisetas de bebé con una foto de la corona solar que estoy seguro que es del eclipse de 2006. Lo sé por el destello horizontal

característico de los cúmulos de hidrógeno. Las camisetas me parecían demasiado pequeñas, como para una muñeca o un osito de peluche, pero en la etiqueta interior pone que son para niños de entre doce y dieciocho meses. De nuevo me asombra lo inminente que es mi paternidad y lo poco que sé de bebés. Creía que me desenvolvía muy bien con Juno y con Piper, pero Ling y Laura dicen que siempre dejaba que se les cayera la cabecita y que me las quitaba de encima en cuanto empezaban a llorar.

Al levantarme, noto que se me clava la correa de la cámara en el cuello. Apuro mi última cerveza de las islas Feroe y salgo a toda prisa detrás de Richard, de vuelta al barco. Llevo dos cervezas encima y puede que se deba en parte al alcohol, pero noto que una especie de euforia ocupa el lugar de la paranoia, de ese *desvarío* que se apoderó de mí en la montaña. Los temores de Laura eran absurdos, y dentro de veinte pasos estaré en el barco, de regreso a casa.

—¡Kit —oigo exclamar a una mujer detrás de mí, tan cerca que no hace falta que levante la voz.

Richard pone cara de fastidio, aburrido de mi fama, pero a mí me da un vuelco el corazón. La impresión de oír mi verdadero nombre (el que usa Laura) en este contexto hace que se pare el tiempo y que luego se acelere. Alguien me pone la mano en el brazo un instante antes de que me dé cuenta de un detalle fundamental: aunque es una voz de mujer, no tiene el mismo acento. Me vuelvo y veo a una mujer más o menos de mi edad, con el pelo moreno y una belleza un poco ajada. Me sonrío encantada. No tengo ni idea de quién es, pero a ella no parece importarle.

—¡Soy Krista! —dice—. ¡Krista Miller!

Mi cerebro busca a toda prisa un asidero.

—Lo siento, Krista —digo con una sonrisa que espero sea encantadora—, vas a tener que ayudarme.

—No te preocupes, no pasa nada —dice sin inmutarse—. He cambiado mucho, aunque tú no. Aruba. Aruba, en el noventa y ocho. ¿Baby Beach?

Un recuerdo va cobrando forma, lento como una Polaroid. El último eclipse que vi con mi padre. Me salté una semana de clase en la universidad (fue el año antes de conocer a Laura) para salir del Reino Unido en pleno mes de febrero y tumbarme en una arena blanca que ondeaba como la seda y quemaba como metal al rojo vivo. Un eclipse precioso, Venus y Júpiter como brillantes tachones en el cielo, los ingleses y los americanos reunidos cada noche en el mismo chiringuito de la playa y, entre ellos, una estudiante americana (la imagen cobra

nitidez rápidamente) con camisa sin hombreras, bermudas y *brackets* en los dientes. Recuerdo que posé para una foto de grupo que hizo alguien con una de esas cámaras desechables que hacían furor en aquel entonces. Los recuerdos acuden en tromba: las promesas de escribir, de mandar una copia de la foto, el intercambio de direcciones postales en lugar de *e-mails*... Absorto en el pasado, me doy cuenta de que Krista sigue mirándome expectante.

—Claro que me acuerdo —digo, y me inclino para devolverle el abrazo que me ofrece.

—No puedo creer que haya tenido tanta suerte, ¡encontrarte así! —dice—. He estado enseñando tu foto por ahí, pero todavía no me creo que seas tú de verdad. ¡Te dábamos por muerto! —Se ríe encantada—. ¿Sabes que después de lo de Aruba muchos nos hemos mantenido en contacto? Te escribí...

No me sorprende que no pudiera encontrarme. Debí de mandar las cartas a la casa de mi infancia. Mis padres se mudaban tan a menudo que el servicio de correos no siempre daba abasto para reenviarlas a su nueva dirección, y ahora ya no existe un Kit McCall al que buscar.

—Intenté contactar contigo por Facebook, o por lo menos pensaba que eras tú porque me acordaba de que llevabas esa misma camiseta de *Chile '91* y te hiciste una... —Baja la voz al llegar a este punto, como si la brigada antidrogas hubiera estado esperando todo este tiempo para tendernos una emboscada—. Te hiciste una quemadura con un porro en la parte delantera y te llevaste un disgusto.

—¡ShadyLady! —exclamo, y sin que yo me lo proponga el nombre suena ridículo cuando lo pronuncio—. ¡Deberías haberme dicho que eras tú y de qué nos conocíamos!

Krista se da una palmada en la frente.

—No me extraña que no me respondieras. Ese apodo tan estúpido... Es culpa mía. Debería haber insistido más. —Se encoge de hombros—. La otra noche hicimos una quedada y vino un montón de gente. ¿Estás libre esta tarde? Todavía quedamos unos cuantos por aquí. —De pronto repara en Richard—. Tú también estás invitado —dice con una sonrisa.

Él cambia el peso del cuerpo de un pie a otro, visiblemente azorado.

—Mi barco está a punto de salir —contesto señalando el enorme navío que tengo detrás.

—¡Vaya por Dios! —exclama ella arrugando la nariz—. Pero vamos a mantenernos en contacto. Estamos planeando un reencuentro del copón para 2017 —dice—. Vivimos justo en la franja de totalidad. Podrías acampar en nuestro jardín.

—Me encantaría —digo, y me doy cuenta de que es verdad.

—Me casé con Bill, ¿sabes? —añade. Hace una mueca como preguntándome «¿Qué te parece?» y yo la imito pensando «¿Quién cojones es Bill?». No tengo ni idea—. Llegará en cualquier momento, tienes que esperar para saludarle.

Miro mi reloj. Faltan diez minutos para que cierren las puertas y el barco solo está a unos pasos de distancia.

—¡Qué bien! Me alegrará un montón volver a verle —contesto, aunque sigo sin saber quién es Bill.

—Te veo en el camarote —dice Richard—. Encantado de conocerte —le dice a Krista, y solo entonces me doy cuenta de que no los he presentado.

—Por un momento he pensado que era tu hermano —dice ella—. ¿Cómo está? ¿Sigue tan juerguista?

—Ya no tanto, desde hace un tiempo —respondo—. Pero se pasó bastante antes de calmarse. Está bien. Tiene un par de crías y una empresa en Londres.

—¿Y tú? —pregunta ella, aunque ya he visto que le lanzaba una ojeada a mi dedo anular.

—Me casé con mi novia de la universidad, Laura. —Al decir su nombre, noto como si tuviera un anzuelito dentro del corazón que tira de mí hacia casa—. Está en Londres, en casa, embarazada de gemelos. Nos ha costado mucho. Fecundación *in vitro*, cuatro intentos.

Noto con espanto que se me empieza a quebrar la voz. No sé si es porque estoy liberando tensión o por la impresión de ver una cara de mis tiempos de juventud, pero el caso es que, aunque la conozca tan poco, Krista tiene algo que hace que me den ganas de contárselo todo. Todo, hasta lo que nunca le he contado a Mac.

—Cuatro años —comenta mientras yo me esfuerzo por controlar mi expresión facial—. Qué duro, para los dos. ¡Pero vais a tener gemelos! ¡Dos pequeños buscadores de eclipses a los que llevar por todo el mundo! Nosotros también tenemos dos niños, y los llevamos a todas partes. Si ahora te parece que es decepcionante que el cielo esté nublado, eso no es nada comparado con la cara que se les pone a los niños. ¡Ah, mira! Hablando del rey de Roma...

Comienza a saludar atolondradamente con la mano (ahora me acuerdo de que Krista lo hacía casi todo atolondradamente) mientras el susodicho Bill se abre paso entre el gentío llevando a dos pequeños de la mano, un niño y una niña. Visten los tres el mismo anorak morado que Krista. Parece una instantánea de mi propio futuro: el gusto personal sometido por completo a la vida familiar. Son la viva imagen de la domesticidad.

—¡Hombre! —exclama él al verme, contentísimo.

Es la primera vez que le veo.

—¡Qué alegría verte! —respondo—. ¡Cuánto tiempo!

Bill mira hacia arriba.

—Lástima que hayamos tenido nublados.

Comentamos nuestras respectivas experiencias (ellos se arriesgaron en el puerto y tampoco vieron nada) y luego intercambiamos direcciones de correo electrónico y nos despedimos con un abrazo, prometiendo escribir pronto.

Subo a bordo del Celeste con una sensación de alivio. Si he llamado tanto la atención estos últimos días y Beth no me ha encontrado, es que el peligro tiene que haber pasado. Beth no ha dado con nosotros, y eso que prácticamente he llevado un letrero de neón sobre la cabeza estos tres últimos días. Debe de haberse dado por vencida.

**LAURA**

20 de marzo de 2015

—Por favor, no cierres la puerta —dice Beth.

Está inclinada hacia delante y me tapa la vista de la calle.

—En serio, ¿te has hecho daño al caerte? No sabía que estabas embarazada.

Me limpio una mancha de zumo de la mejilla y entonces, al retirarme un mechón húmedo del hombro, me doy cuenta de que también tengo el pelo pringado.

—¿Cómo me has encontrado?

De pronto caigo en la cuenta de que debería haber dicho «nos». «¿Cómo nos has encontrado?». No debe saber que estoy sola en casa. Pero ya es demasiado tarde para eso. Seguro que sabe que Kit no está. Será por el puto vídeo, aunque no se me ocurre cómo puede haber deducido del hecho de que Kit esté a bordo del Princess Celeste que vivimos en Wilbraham Road. El corazón me va tan deprisa que mis pensamientos no pueden seguir su ritmo.

—Si me dejas entrar, puedo contártelo —dice.

No respondo, ni verbal ni físicamente. Es como si tuviera la boca cosida y los pies clavados al suelo. Lo único que hago es mirarla fijamente.

Tiene buen aspecto, está casi igual que antes, menos por el pelo: ahora tiene una estrella fugaz en la sien que traza una estela gris en medio de la negrura. Su sonrisa, que parece retarme a bajar la guardia, hace aparecer leves patas de gallo alrededor de sus ojos, pero por lo demás su cara no ha cambiado. La puerta se zarandea un poco y al bajar la mirada veo que ha metido la puntera del zapato por la ranura (casi espero ver otra vez aquellas playeras grises, pero no: calza

unos botines muy bastos, de los que llevaba yo en aquellos tiempos). Lo único que se interpone entre nosotras es una lámina de cristal viejo y un montón de astillas de madera. Por fin reacciono. Le cierro la puerta en la cara con tanta fuerza que la obligo a retirar el pie.

—Vale —dice a través del cristal emplomado. No parece enfadada, sino más bien resignada—. Me lo esperaba. Pero es verdad que necesito hablar contigo. Tengo que decirte una cosa y te aseguro que es por tu propio bien. Media hora, te lo cuento y me voy. Y no creo que quieras tener esta conversación a través del buzón. —Por su tono, se nota que empieza a indignarse—. No estoy aquí por diversión.

—¿Cómo has conseguido esta dirección? —insisto yo, pero sigue sin responder. Había olvidado que, cuando una pregunta no le gusta, se hace la sorda.

Consciente de la fragilidad de mi puerta, entro poco a poco en el cuarto de estar. Allí, casi a oscuras, pulso el nueve en el teclado de mi móvil. Solo he llamado una vez a los servicios de emergencias en toda mi vida y fue en Lizard Point. Vuelvo a pulsar el número. ¿De verdad puedo marcarlo? Desde lo que hice en el juicio, ese número me parece vedado; no un salvavidas, sino la chispa que enciende una mecha capaz de hacerlo saltar todo en pedazos. Una investigación llevará a otra y saldrá a la luz que cometí perjurio. Kit se enterará. Y no puede enterarse de eso. Lo sabrá todo el mundo, el equipo de Jamie Balcombe se asegurará de ello. Habiendo tantas cosas en juego, y siendo la condena tan polémica, cualquier juez estará dispuesto a utilizar mi caso para dar ejemplo. ¿Y si me meten en la cárcel? ¿Y si me quitan a los niños, o me internan? Al pensarlo noto una lenta contracción en la barriga, como si mis músculos se tensaran más que nunca para retenerlos dentro de mí. Borro un nueve y luego el otro. El buzón suena cuando Beth lo abre con la punta de un dedo.

—Lauuuuuura —canturrea.

Solo quiero hablar con Kit, pero hasta estando tan asustada como estoy me doy cuenta de que no es buena idea. Lo único que conseguiría sería ponerle frenético de preocupación, y de todos modos el capitán del barco no puede navegar más deprisa. Quiero hablar con mi padre, pero él también está a kilómetros de distancia y explicárselo todo me parece tan horrible como que Kit se entere de lo que hice en el juicio. Llamo a Ling, pero tiene el teléfono apagado. Suele apagarlo cuando está en algún lugar problemático, como un juzgado o una comisaría de policía. Y después de la ecografía de esta tarde,

habrá pensado que estoy perfectamente. Y hace tres horas, lo estaba.

Desesperada, sin saber qué voy a decir, llamo a Mac. A pesar de todos sus defectos, es muy leal y sé que, él más que nadie, estará dispuesto a ayudarme primero y a preguntar después.

—El teléfono al que llama comunica —dice la voz automática—. Por favor, deje su mensaje después de oír la señal.

—Mac, necesito que me llames enseguida —digo, y se me escapa un sollozo al final.

—Laura —se oye la voz de Beth a través del buzón—, escúchame.

—La policía viene para acá —miento.

—Pues muy bien —contesta.

Me asombra que esté tan tranquila. ¿Ella también va de farol?

Espero diez segundos más para que Mac me devuelva la llamada. Después, le mando un mensaje:

*MAC POR FAVOR POR FAVOR POR FAVOR LLÁMAME O PÁSATE POR CASA AHORA MISMO. BSS*

Estoy sudando a chorros. Es por la adrenalina, que es nociva para el bienestar de mis bebés y seguramente para mi supervivencia. El impulso de luchar o huir es algo físico, y ahora mismo lo que tengo que hacer es controlar mi cabeza. Avanzo por el recibidor, caminando conscientemente (talón, empeine, puntera, talón, empeine, puntera) para dominar mi ataque de pánico.

Beth vuelve a acercarse a la puerta, pega la mano al rectángulo azul del cristal. Estoy tan cerca que casi puedo leerle las líneas de la mano. Me siento en el primer peldaño de la escalera, con la vista fija en mi móvil, que no suena. Se me pasa por la cabeza intentar escapar, salir por la puerta de atrás y cruzar el jardín de Ronni, pero no estoy en condiciones de saltar las vallas de metro ochenta que separan los jardines, y de todos modos por un lado está el río y por el otro el callejón de Harringay Passage, que va a desembocar casi donde está Beth.

Tamborilea varias veces con la mano en el cristal, como si contara de cabeza para no perder los nervios. Cuando vuelve a hablar, parece irritada.

—¿Tienes un *smartphone*?

El teléfono me brilla en la mano. Seguramente puede verlo a través del cristal.

—Sí —contesto con una vocecilla.

—Busca «Jamie Balcombe» mientras yo espero aquí. No me refiero a su web. Busca su nombre en Google. —Mueve la mano otra vez—. Y añade «juicio».

No «apelación», sino «juicio». Estoy tan sorprendida que bajo la guardia y hago lo que me dice. El teléfono tarda en reaccionar, el molinillo de la pantalla

pasa un siglo girando. Oigo respirar a Beth. Casi siento el calor de su respiración.

—¿Lo tienes? —pregunta.

—Espera.

El molinillo se para.

Los resultados aparecen en forma de titulares.

CONDENADO A SEIS MESES DE PRISIÓN EL DEFENSOR DE LOS  
DERECHOS DE LOS VIOLADORES

UN NUEVO OPROBIO PARA JAMIE

ACAUDALADO EMPRESARIO ACUSADO DE AGRESIÓN

EL MAGNATE VIOLADOR, IMPUTADO POR ASALTO

JAMIE, PEDAZO DE HIPÓCRITA

A las letras parecen salirles patitas y marchan velozmente por la pantalla.

¿Cómo es posible que no lo haya visto antes? ¿Por qué he hecho caso de su página web? Desde que estoy embarazada, tengo la cabeza metida en la arena como un avestruz, ese es el problema. Esto no tiene nada que ver con Cornualles, ni siquiera con Beth, al parecer, así que ¿qué puede tener que ver conmigo? Me embarga un profundo alivio, aunque sea trivial. Lo que necesito ahora es entender qué está pasando.

—Dios mío —digo.

—¿Me dejas entrar? —pregunta ella en tono casi suplicante.

Me acuerdo de mi piso ardiendo, de cómo me quemaban las llamas desde el interior. Pienso en el tacto de la mano quemada de Kit.

—¿Cómo puedes preguntar eso, Beth? —digo—. ¿Cómo voy a volver a dejarte entrar en mi casa?

Chasquea la lengua y masculla algo en voz baja, pero solo capto las tres últimas palabras: «eso otra vez». Retira la mano dejando una leve huella de grasa y sudor y se aparta de la ventana.

—Sabía que pasaría esto. Vale, ¿sabes qué te digo? —añade, y la oigo rebuscar dentro de una bolsa—. Que te espero en el *pub* que hay al final de la calle, el Salisbury. Llevo aquí desde que amaneció, así que me da lo mismo esperar una hora más.

—¿Cómo que desde que amaneció?

¿Ha estado esperando fuera todo el día? ¿Estaba aquí durante el eclipse? ¿Me estaba observando? ¿Me ha seguido a Duckett's Common? ¿Estaba aquí cuando

han venido las niñas?

—Aquí no puedo contártelo todo, de verdad —continúa—. Mira, traigo unas cosas para que las leas. He venido preparada.

Se oye un ruido de papeles y un sobre blanco de tamaño folio asoma por el buzón, sin cerrar y lleno casi hasta reventar. No lleva escrito ningún nombre.

—Ahora mismo son las siete y media. Prométeme que vas a leerlo. Te espero en el *pub* hasta las ocho y media, porque imagino que vas a necesitar un rato para decidirte. Entonces te lo contaré todo, ¿vale? Contestaré a todas las preguntas que tengas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —digo, porque ¿qué remedio me queda?

Hay tantas cosas que necesito saber, acerca de Beth y del pasado, y acerca de ese asunto de Jamie, que no sé qué demonios tendrá que ver conmigo a estas alturas. Ella vuelve a poner la mano en el cristal, suave como una caricia. Me pregunto si sabe lo poco que tendría que empujar para romperlo.

—Laura, quiero ayudarte. Por favor, no te comportes como si intentara hacerte daño.

El borrón negro de su pelo desaparece a través del cristal emplomado y se va. Me quedo sola, en mi casa, tan manchada de zumo morado como yo misma. Hay zumo en las paredes, en las baldosas del suelo y en mi pelo, y su olor dulzón empieza a asquearme. Debería limpiarlo, pero el reloj del teléfono marca las 19:31, y hay muchos papeles metidos en el sobre. Con un ruido muy poco elegante, vuelvo a sentarme en el primer escalón. El sobre me tiembla en la mano y me cuesta sacar su contenido sin romperlo.

Son las 19:32.

**LAURA**

20 de marzo de 2015

Cuando suena mi móvil y aparece la foto de Mac en la pantalla, me llevo una sorpresa mayúscula, aunque he sido yo quien le ha suplicado que me llamara. El que hace unos minutos era mi salvador, ahora es un engorro para el que no tengo tiempo.

—Laura, ¿qué coño pasa? ¿Estás en el hospital? —Habla igual que Kit cuando se asusta, sin su sorna habitual, y apenas le oigo entre el ruido de fondo.

—Estoy bien —contesto—. Y los bebés también. —Se oye un estrépito y alguien grita «¡Joder!»—. ¿Qué ha sido eso?

—Se ha roto una tubería en la tienda —contesta—. El sótano está inundado, el agua me llega hasta la rodilla. Estaba abajo, intentando solucionarlo, por eso tenía el teléfono fuera de cobertura. Se ha echado a perder todo el género. Voy a pasarme toda la noche poniendo orden aquí. —Por fin parece acordarse de por qué ha llamado—. Pero si los bebés están bien, ¿qué pasa? ¿Por qué me has llamado? —Su voz parece despeñarse de pronto—. Joder, no será Kit, ¿verdad?

De pronto pienso en lo irónico del asunto (que, mientras yo estaba angustiada por él, Kit estuviera a salvo en su fortaleza flotante) y me dan ganas de echarme a reír a carcajadas.

—No, Kit está bien —respondo—. Perdona, ha sido una falsa alarma.

No le digo que ha sido un ataque de ansiedad porque entonces le endosará el asunto a Ling, y necesito tenerlos a todos a mano.

—Voy a tener el teléfono arriba —dice en su tono de siempre, aunque con un deje de impaciencia—. Si suena, lo oiré. Y lo miraré de vez en cuando.

Es un alivio colgar. Son las 19:40. Beth ya estará en el Salisbury, tomando una copa de vino o un café.

La primera página, un folio suelto escrito por las dos caras, debe de ser lo que le he oído meter en el sobre. Echo un vistazo al resto (fotocopias y hojas impresas) y luego vuelvo al principio.

*Querida Laura:*

*Te escribo esto en la mesa de mi cocina, antes de irme a Londres. Si lo estás leyendo es porque, por la razón que sea, no hemos podido hablar como es debido. Puede que no haya encontrado tu casa, o puede que la haya encontrado y que no quieras hablar conmigo. Preferiría que habláramos cara a cara y explicarte lo que significa todo esto, pero es mejor una carta metida en el buzón que nada. Lo importante es que recibas la información. Este asunto lleva semanas reconcomiéndome por dentro.*

*Sé que tener noticias mías así, de repente, te va a alterar. Te aseguro que tampoco a mí me hace ninguna gracia remover el pasado. Creía que el asunto de Jamie estaba muerto y enterrado hacía años, y no me apetece nada que vuelva a amargarnos la vida después de tanto tiempo. Pero así son las cosas.*

*Por favor, léelo todo atentamente. Hay mucha información, pero he intentado ordenarla lo mejor posible para que sepas lo que está pasando.*

*Descuida, no me interesa retomar nuestra amistad. Me dejasteis muy claro que queríais desentenderos de mí y, para serte sincera, después de un tiempo me cansé de intentar encontraros y convenceros de lo contrario. El caso es que, pasara lo que pasase entonces, siempre te estaré agradecida por lo que hiciste por mí. Por eso me pongo en contacto contigo ahora.*

*Creo que deberías tomarte muy en serio sus amenazas.*

*Con cariño,*

*Beth*

Su carta plantea más interrogantes de los que resuelve. ¿Qué es lo que lleva semanas reconcomiéndola? ¿Qué amenazas? ¿Cómo me ha encontrado?

Paso a la siguiente hoja. Es una fotocopia de una carta mecanografiada, escrita hace seis meses, la semana que descubrí que estaba embarazada. La semana que cambió la página web de Jamie.

*Antonia Balcombe*

*Por medio de Imrie & Cunningham Chambers*

198, Bedford Row  
Londres EC1

Evans & Bay, Abogados  
A la atención de Elizabeth Taylor  
1, Broad Street  
Gedling  
Nottingham NG15

3 de octubre de 2014

*Querida Beth:*

*Espero que no te importe que te llame Beth. Confío en que al recibo de esta carta te encuentres bien y que tengas a bien leerla, aunque sea mucho esperar por mi parte. No merezco tu atención y no te lo reprocharía si quisieras quemarla o tirarla a la basura, pero espero que la leas. Ojalá sea así.*

*Puede que hayas visto que la semana pasada la página web de Jamie (esa maldita, esa odiosa página) fue sustituida por un aviso en el que se afirmaba que se habían producido novedades en el caso. No es cierto. ¿Cómo va a haber novedades, después de quince años? Lo que ocurre es que, después de años de maltrato e infelicidad, por fin me he decidido a abandonar a Jamie, y ya no estoy dispuesta a defender su causa. No le he retirado mi apoyo porque nos estemos divorciando: nos estamos divorciando porque le he retirado mi apoyo. Un apoyo que nunca debí darle. Decir que te debo una disculpa me parece casi una ofensa.*

*Había decidido no convertir esta carta en una justificación, pero siento que debo explicarme.*

*Jamie es un maltratador, y supongo que yo soy una víctima fácil. Es listo; es encantador. Ahora que lo escribo me parece una tontería, pero reconocer que me fue «infiel» contigo fue un golpe maestro por su parte. Yo pensaba que estaba siendo sincero. No me di cuenta de que era la más descarada de sus mentiras. Tuviste que ser muy fuerte para plantarle cara. Cuando pienso en el juicio, cosa que hago a menudo, te admiro muchísimo, y creo que gracias a esa valentía tuya yo también he encontrado, al final, fuerzas para ser valiente. Ahora tengo un nuevo vocabulario. He pasado mucho tiempo sometida a lo que llaman «control coercitivo»; tanto, que podría haber llenado un libro con ejemplos de lo que es, y sin embargo no sabía que existía ese concepto. Creía*

*simplemente que era algo que Jamie me hacía a mí.*

*Hay distintas formas de saber las cosas, Beth. Creo que yo sabía ya entonces lo que te había hecho Jamie, pero en aquel momento me hallaba bajo el influjo de algo muy poderoso. Le creía incluso cuando estaba en prisión. O quizá debería decir que creía que le creía, si es que eso tiene algún sentido. No había espacio para la duda: tú solo has visto su lado implacable, pero los Balcombe pueden ser muy acogedores; es algo imposible de entender, a no ser que lo hayas vivido de primera mano. Jamie es el ojito derecho de su madre. Su fe en él consiguió en gran medida persuadirme de su inocencia.*

*Me instalaron en un piso y me ayudaron a tenerlo todo preparado para cuando él saliera en libertad. Jamie mantuvo las apariencias los primeros meses, pero no tardó en empezar a hacer lo que le apetecía, cuando le apetecía. No hace falta que entre en detalles; te diré solamente que tú y yo tenemos más cosas en común de las que deberían tener dos mujeres. Para entonces, yo ya me sentía atrapada. Me había casado con él, había unido mi nombre a su campaña. Y, después, él derrochaba encanto y me ofrecía regalos: joyas, ropa, perfume. Nunca una disculpa, claro, porque disculparse habría equivalido a reconocer lo que ocurría.*

*Puede que ahora tengas hijos. Si es así, comprenderás por qué he aguantado tanto tiempo. El sustento económico pesó mucho, sobre todo al principio, pero además Jamie era un buen padre, al menos en el sentido de que nunca me agredió delante de ellos.*

*Siempre hay, sin embargo, un punto de inflexión, y el mío llegó cuando Jamie volvió a hacerlo. No a mí. O no solo a mí, mejor dicho.*

*Permíteme que empiece por el principio, o por lo que fue el principio para esa otra chica. La empresa de Jamie ofrece una beca de prácticas para estudiantes universitarios. El sueldo es bueno, y los becarios adquieren mucha más experiencia práctica que en cualquier otra empresa del sector. Supongo que hace falta conocer el sector de la construcción desde dentro para entender lo que significa entrar a trabajar en el Grupo Balcombe para un joven estudiante de arquitectura. Es un golpe de suerte. La becaria del año pasado era una joven muy guapa, y Jamie se convirtió enseguida en su mentor. Le dedicaba una atención inusitada, aunque ella no debía enterarse de que no era lo normal en él. Tenía veintiún años en aquel momento, unos veintiún años muy ingenuos (y ese tipo de chicas existen, si lo sabré yo), y no se dio cuenta de cuáles eran sus intenciones hasta que era ya demasiado tarde. Las circunstancias te resultarán horriblemente familiares, Beth: una*

noche que se quedaron a trabajar juntos hasta tarde, él se le insinuó y ella lo rechazó. Jamie intentó quitarle importancia al asunto y ella pensó que solo se trataba de un hecho puntual, halagüeño aunque un poco embarazoso. Más tarde me contó que, debido a ello, incluso llegó a pensar que su condena tenía que haber sido un error judicial, porque, si de verdad fuera un violador, habría aprovechado esa ocasión para agredirla. De hecho, se sintió más relajada después de aquello.

Dos días después, él la tiró al suelo en el aparcamiento de la oficina (el muy cabrón sabía perfectamente dónde hacerlo, en el punto ciego de las cámaras de seguridad), la sujetó y la violó. Le apretó la cara contra el suelo, como hizo contigo en Cornualles. Pero esta vez no le interrumpieron. La chica no sabe cuánto tiempo duró la cosa, pero todavía había luz cuando empezó y, cuando acabó, era noche cerrada. Jamie empezó a ofrecerle recompensas en cuanto terminó. Le ofreció un aumento de sueldo, referencias óptimas, la oportunidad de trabajar en la urbanización que están construyendo en Thames Gateway. Ella estaba tan conmocionada que le dijo que sí. Aceptó el trato.

¿Sabes por qué lo sé? No porque me lo dijera ella. Nunca me lo habría dicho. Pero se sentó en mi mesa en una gala benéfica y me di cuenta de que aquella chica a la que conocía vagamente desde hacía más o menos un año, aquella joven brillante y llena de vida, tenía una mirada mortecina. Me pregunté si tendría problemas con su novio, o deudas, o un trastorno alimenticio o algo así, y pensé: «Luego intento hablar con ella, a ver si necesita ayuda». Estaba como ida. Me recordaba a alguien, pero no sabía a quién.

Después de la cena hubo baile y solo hizo falta que Jamie le dirigiera una mirada para que ella saliera corriendo, en tacones, por la pista de baile y se escondiera en el aseo de señoras. Se me heló la sangre en las venas. De pronto comprendí a quién me recordaba. Había visto aquella misma mirada en ti y en mi propio espejo. La abordé en el aseo, se vino abajo y me lo contó todo.

Intenté convencerla de que acudiera a la policía. Le dije que yo la apoyaría, pero ella estaba al corriente de mi historia personal, sabía que había hecho campaña a favor de Jamie, así que ¿por qué iba a creerme? Me miró como si estuviera loca, o fuera una mentirosa, o una malvada. ¡Pensó que formaba parte de la conspiración! Esa noche, cuando me estaba quitando el maquillaje, vi su repulsión reflejada en mi propio rostro.

*Al día siguiente le dije a Jamie que iba a retirar mi carta de su página web. No que fuera a dejarle, ni a llevar a cabo una campaña en contra suya. Bastó con que le dijera serenamente que iba a retirarle mi apoyo. Su respuesta fue romperme la mandíbula, por lo que ahora mismo está preso en la cárcel de Erlestoke.*

*No espero ni merezco tu perdón, pero me encantaría conocerte algún día e intentar entender todo esto. Espero (otra vez ese verbo) que no te tomes esta carta como una ofensa, sino como una disculpa de todo corazón.*

*Atentamente,*

*Antonia Balcombe*

La última hoja cae flotando al suelo. Jamie lo hizo. Violó a Beth. La duda que lleva años agobiándome se disuelve de pronto. El alivio planea en círculos sobre mi cabeza como un pájaro huido de su jaula. Moralmente, he quedado libre. Se me saltan las lágrimas, por Antonia y por esa otra chica. Podría pasarme toda la noche llorando, pero el reloj sigue avanzando.

La hoja siguiente está escrita por Beth.

*Bueno, pues he visto a Antonia unas cuantas veces desde que me escribió esta carta. Es simpática. Y sincera. Va a tener que llevar una placa de metal en la mandíbula el resto de su vida. Lo ha pasado peor que yo, porque ella ha tenido que soportar a ese cabrón todos estos años. El caso es que lo hemos estado hablando, y esta es la mejor manera que se me ocurre de resumirte lo que ha pasado.*

*Cuando Antonia me escribió la carta, Jamie acababa de ingresar otra vez en prisión. Desde entonces ha empeorado, en lugar de mejorar. Por lo visto la otra chica, la becaria (no sé su nombre), está casi decidida a denunciarle, y él lo sabe. Ahora cree que Antonia, la chica, yo y hasta tú estamos conspirando contra él. Ha perdido completamente la cabeza. ¡Si hasta anda diciendo que va a demandar a la becaria! Y también habla, y aquí es donde entras tú, de «volver a los fundamentos». O sea, según lo interpretamos nosotras, que pretende conseguir que tú y yo cambiemos nuestras declaraciones sobre lo que ocurrió en Lizard Point. Ya sé, ya sé: está como una cabra. Pero él cree que tiene razón, y eso es lo que da más miedo.*

*Es difícil saber hasta qué punto es preocupante esa amenaza. Lo digo porque*

la cárcel, y la calle, si te paras a pensarlo, están llenas de chalados que no paran de soltar mierda por la boca. Yo me digo que no, que no lo dice en serio y que de todos modos no puede encontrarnos, y que nos dejará en paz. Casi resulta gracioso, hasta cierto punto: creer que de repente vamos a cambiar de idea y a decir: «¡Pues es verdad, Jamie, tienes razón! ¡Yo lo estaba deseando y Laura no nos vio! ¡Deténgame, policía, fue todo una conspiración!». Pero luego vuelvo a hablar con Antonia y veo que ya no puede cerrar bien los dientes para masticar porque no han podido recolocarle del todo la mandíbula, y veo lo asustada que está y cómo lucha por salir adelante sin sus suegros, que han sido para ella como su familia desde que es adulta. Ella no se inventaría todo esto. Así que, visto desde ese punto de vista, no me parece nada gracioso. Y me acuerdo de lo que me hizo Jamie, y pienso dónde está ahora y la gente con la que tiene que estar relacionándose, y en el hecho de que sigue siendo un hombre muy rico. Y esa mezcla de dinero y contactos, y su propia locura, me hacen pensar que es más peligroso que nunca. Y pienso todo esto y me digo: «No puedo dejar de decírselo a Laura y Kit».

A Antonia le preocupa lo que pueda hacer Jamie, y a mí también. Ahora que ella le ha dejado, la reputación que intentaba reconstruir ha vuelto a venirse abajo. Toda esa gente que pensaba que no lo había hecho, que era inocente, le creía por ella. Sin ella, ya no puede engañar a nadie. Es como si ya no tuviera nada que perder, sobre todo si Antonia consigue convencer a la chica de que le denuncie. A él le costará más encontraros que a mí. Yo os he encontrado porque os conozco muy bien

Este renglón me hace olvidarme momentáneamente de Jamie y volver a Beth. ¿Qué quiere decir con eso de que nos ha encontrado porque nos conoce muy bien? Sería muy fácil, en medio de esta avalancha de información, perder de vista ese detalle. ¿Es eso lo que pretende? ¿Voy derecha a una trampa? Sigo leyendo con renovada cautela.

*pero él es rico, y muy decidido, y no tiene nada mejor que hacer.*

Y sí, antes de que me lo preguntes, he intentado contarle todo esto a la policía. Acudí a ellos enseguida. Intenté contárselo a la sargento detective Kent, solo para que me aconsejara, en realidad, pero murió hace un par de años. Así que tuve que recurrir a la policía local de mi zona, y no fueron de gran ayuda. Me tomaron en serio porque Jamie había sido condenado, pero solo me dijeron que estarán pendientes y que me avisarán cuando salga en libertad. Lo que no

*me sirve de gran cosa, puesto que ya estoy en contacto con Antonia. Pero por vosotros no pueden hacer nada, aunque testificarais contra él. Se lo he pedido, y Antonia también, pero no hay manera. En primer lugar, para que la policía pueda intervenir, Jamie tendría que amenazaros directamente. Por lo visto, que se lo diga a Antonia no cuenta. Se tipifica como amenazas a terceros. Aunque la policía pudiera ofreceros protección, hay otro problema evidente. ¿A quién les digo que protejan? «Hay una pareja, Kit y Laura, que creo que se han cambiado de nombre, o puede que ya ni siquiera vivan en Inglaterra, pero ¿podrían por favor dedicar todos sus recursos a encontrarlos y llevarlos a un lugar seguro?». Puedes imaginarte lo que contestarían.*

*En fin, he intentado explicártelo todo, pero seguro que me he dejado algo en el tintero. Espero de verdad que podamos vernos cara a cara para que te lo cuente con más detalle.*

*Gracias por leer esto,*

*B.*

La última página es un listado de números de teléfono: el móvil y el fijo de Beth y Antonia, con prefijos que no conozco, y debajo, escrito en mayúsculas:

**GUÁRDALOS EN TU TELÉFONO. ESTAMOS LAS DOS AQUÍ SI NOS NECESITAS.**

Dudo, reacia a hacer cualquier cosa que me diga Beth, pero luego guardo sus números para no contestar si averigua cuál es el mío (la veo capaz de cualquier cosa) y me llama. También guardo los de Antonia por si acaso hay algo de verdad en todo esto. Luego doblo bien los papeles y, con ese alijo de amenazas e interrogantes sobre el regazo, cierro los ojos para no ver el reloj y me concedo un rato para pensar. El detalle que más me interesa es uno que Beth ni siquiera menciona de pasada. En estas cartas no hay ninguna referencia a nuestro pasado de regalos y fotografías, de fuego y cristales.

Poco a poco, vuelvo a cobrar conciencia de mi entorno: el teléfono silencioso a mi lado; la tele farfullando de fondo, unos escolares viendo el eclipse en Escocia... A mi alrededor, la bebida derramada empieza a resecarse y un olor desagradable sube del suelo y de las salpicaduras de mi ropa. Son las ocho y cuarto.

Aturdida, entro en la cocina, cojo un paño y empiezo a limpiar el suelo,

agachada a cuatro patas, rozando las baldosas con la barriga y apartando constantemente la vista de lo que estoy haciendo para mirar la puerta, el reloj y el teléfono. No puedo dormir aquí esta noche. Iré a casa de Ling. Tengo llave, da igual que ella no esté. Si me voy ahora, mientras Beth está en el *pub*, no podrá seguirme. En el dormitorio, me cambio la ropa sucia por una camiseta de premamá muy fina con la que puedo dormir, y me pongo unos vaqueros elásticos y una chaqueta de punto grueso.

Las ocho y veinte. Dentro de diez minutos se habrá ido.

Me pongo un abrigo que ya no me abrocha, me guardo el teléfono en el bolsillo y cierro la puerta dando doble vuelta a la llave al salir. Luego emprendo el corto trayecto a pie por Wilbraham Road, hasta el Salisbury. Me zumban abejas donde debería tener el corazón y, si no fuera porque llevo las manos apoyadas sobre la tripa, pensaría que me siento casi temeraria. Venga, acláremoslo todo de una vez: el juicio, el incendio, la fotografía, lo de Zambia... Pongamos las cartas boca arriba. Para caminar sobre ascuas calientes hace falta arrojo.

En Green Lanes apenas es primavera, y mucho menos verano, pero la llegada del calor, que empieza a intuirse, basta para que la calle cobre vida. Dos niños pequeños juegan al fútbol en la calle atascada, la división entre calzada y acera se disuelve. Al llegar al Salisbury, apoyo una mano en la enorme puerta y, parada sobre los peldaños de damero, miro a través del cristal esmerilado. Mis piernas se tensan, se crispan como si supieran que tengo que huir de ella, correr a comisaría. Pero hace años que deberíamos haber tenido esta conversación, y a mí me queda, como un poso, cierto miedo a la policía.

El *pub* está decorado en tonos rojos y dorados como de *music-hall*. El elevado techo victoriano y las paredes doradas componen el arco de un proscenio en el que Beth, minúscula en su mesa para dos, es la única actriz. Parece inofensiva. No, parece asustada, que no es lo mismo. Tengo que pararme y recordarme a mí misma que el hecho de que Jamie sea culpable no invalida lo que hizo ella. Eso nadie puede borrarlo.

**KIT**

20 de marzo de 2015

El Princess Celeste es el primer barco en zarpar del puerto de Tórshavn, y su despedida es todo un acontecimiento. El gentío que nos saluda parece surgido de un siglo atrás, una de esas imágenes que suelen verse en tonos sepia, en las que todos los hombres lucen sombrero y bigote y las mujeres agitan pañuelos de encaje.

Solo que en vez de sombreros y pañuelitos aquí hay impermeables y *smartphones*. Entre la muchedumbre están Krista y su familia, con sus chaquetas moradas a juego. Los saludo con las dos manos y me doy cuenta de que me apetece seguir en contacto con ellos. (Aunque sigo sin saber quién es Bill, y me parece que he perdido la ocasión de preguntárselo; ya nos veo siendo amigos durante los próximos veinte años, sin tener ni idea de qué le conozco). El niño que se sienta sobre sus hombros es casi un bebé. Todavía tendrá edad de jugar con mis hijos en 2017, cuando ellos serán más o menos como él es ahora. Esa idea me reconforta.

Suena la sirena y el barco vibra y se sacude una vez por estribor, obligándonos a agarrarnos a la barandilla, a lo que sigue de inmediato una salva de risas de los que han conseguido agarrarse a tiempo y de exabruptos de los que han fallado.

Las Feroe se pierden pronto de vista. El barco abre un canalón de espuma en medio del mar azul petróleo. Yo me quedo en la cubierta de popa, donde me pareció ver a Beth en el viaje de ida. ¿De verdad han pasado solo dos días?

Siento surgir un anhelo de la estela que deja el alivio. Me he acostumbrado, más o menos, a la vida en el mar, pero empiezo a hartarme de cubiertas,

remaches y barandillas. No quiero dormir en un barco esta noche. No me apetece, mañana, el trayecto en tren y metro. Lo que de verdad me gustaría sería teletransportarme a casa, aparecer de pronto en la puerta o, mejor aún, en la cama, acurrucarme junto a mi mujer dormida, apoyar una mano en su vientre y dormirme notando las pataditas arrítmicas de mis hijos. Ya he viajado suficiente. Este viaje va a durarme mucho tiempo. No volveré a salir de Londres hasta el gran eclipse americano de 2017, y allí iremos juntos: Laura, yo y nuestros niños.

Le mando a Laura un mensaje de dos líneas:

*Rumbo a casa. Voy a apagar el teléfono por la noche. Te quiero. Bss*

Nos adentramos en el mar del Norte y las barras de cobertura de mi teléfono van desapareciendo una a una a medida que el archipiélago se esfuma a nuestra espalda. Cuando por fin me quedo sin cobertura, paso el pulgar por la pantalla para apagarla.

**LAURA**

20 de marzo de 2015

El barman se inclina sobre un ejemplar del *Standard* de hoy, en cuya portada aparece un sol en forma de hoz visto a través de las nubes. Beth bebe un vaso de agua con gas con una rodaja de lima.

—¡Has venido! —exclama.

Tiene las piernas cruzadas y mueve el pie derecho al ritmo de una melodía que solo ella puede oír. De pronto me entran ansias de beber alcohol. Ling no dejó de beber en sus dos embarazos; no bebía en exceso, pero sí con descaro. El vino tinto es bueno para la salud, ¿no? ¿Tiene antioxidantes o algo así? Seguro que Mac lo sabe.

—¿Te apetece una copa de verdad? —pregunto.

Beth mira mi barriga. Solo duda un instante.

—Me encantaría tomar una copa de vino blanco, gracias.

Mientras espero en la barra, noto cómo sus ojos me taladran la espalda. Pido una pinta de Guinness, por el hierro. El barman dibuja un trébol en la espuma. Me dejo caer en la silla, frente a ella, y las bebidas se derraman un poco sobre la mesa de madera. Ella, camarera de vocación, limpia las salpicaduras con un posavasos.

—Enhorabuena —dice serenamente mirando mi tripa—. No sabía nada.

Su cara ha cambiado. Hay cierta delgadez en torno a sus ojos y cierto declive en sus mejillas que hacen pensar que ha ganado y perdido peso, como si hubiera estado embarazada. Me pregunto si será madre, pero no digo nada al respecto.

—Gracias —contesto con dureza—. Bueno. Has venido a advertirme sobre

Jamie. Si lo sabes desde hace tanto tiempo, ¿qué prisa hay? ¿Por qué ahora, cuando Kit está fuera?

—Vamos a ir directas al grano, ¿eh?

Parece decepcionada.

—Tú misma has dicho que no era una visita de cortesía.

—No, tienes razón. —Saca más papeles de su bolso. Tiene las uñas bien cuidadas, redondeadas y pintadas de rojo—. Jamie no tenía que salir de la cárcel hasta dentro de seis meses, pero han adelantado la fecha de su puesta en libertad. Sale la semana que viene. Llevo un montón de tiempo dudando y, cuando me he enterado de que iba a salir, he pensado «No, tengo que avisarles hoy mismo». — Interpreta erróneamente mi miedo y añade—: No te preocupes, los de la condicional avisarán a Antonia cuando le pongan en libertad, y ella me llamará. Ah, eso me recuerda otra cosa. ¿Has guardado nuestros teléfonos?

—Sí.

Se da cuenta de que contesto a regañadientes, pero lo deja pasar.

—¿Puedes mandarme un mensaje con tu número?

Estoy tentada de mandarle un número falso, pero luego me digo que no tiene sentido ocultarle mi número de móvil si ya sabe dónde vivo. Le envío el mensaje.

—Gracias —contesta—. Bueno, mañana a primera hora voy a casa de Antonia, a que me cuente cómo van las cosas. Puede que tenga que llamarte.

Suena a verdad, pero aun así me parece captar algo extraño.

—¿No pueden decírtelo a ti directamente? ¿Por lo que te pasó con él? ¿Por las amenazas que lanzó contra ti? —De pronto recuerdo un dato, sacado de cuando estuve informándome sobre las posibles implicaciones de las cartas de Jamie—. ¿No estaría incumpliendo los términos de su libertad condicional al ponerse en contacto contigo?

Se ríe como si escupiera una pipa amarga.

—En teoría sí, pero confías demasiado en el Servicio de Libertad Vigilada. — Empieza a mover el pie más deprisa. Me dan ganas de sujetárselo—. No es culpa suya, claro. Son buena gente, pero se ocupan de unos diez casos al día. Y Jamie me ha amenazado a través de un tercero, o sea, Antonia, así que todavía no ha cometido ningún delito. Si se pone en contacto conmigo, estará incumpliendo los términos de la sentencia y podrán pararle los pies. Solo con que me llame, irá derecho a la cárcel. Aunque yo no creo que vaya a molestarse en llamar.

Mi pinta de Guinness sigue intacta sobre la mesa.

—Y Kit y yo no tenemos protección de ninguna clase —digo—. Joder.

—Es una manera de expresarlo —conviene Beth.

Me quedo mirando mi cerveza. El trébol se va hundiendo a medida que se aposenta la espuma. Su forma se desdibuja rápidamente.

—Pero ¿qué amenaza exactamente con hacernos a Kit y a mí?

Deja de mover el pie pero empieza a jugar con un posavasos, haciéndolo girar sobre el filo.

—Bueno, a Antonia le dijo que estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para que os comierais vuestras palabras. Y ya hemos visto de lo que es capaz, así que...

—Entonces, ¿has venido hasta aquí para decirme que hay un psicópata suelto obsesionado con vengarse de nosotros, pero que no pasa nada, que me darás un toque cuando le tenga detrás con un hacha?

—No tenía por qué decírtelo. —Parece percatarse de su propia petulancia, se refrena e intenta tranquilizarme—. Pero te estás olvidando de una cosa. No sabe dónde estáis.

La gran pregunta vuelve a aparecer sobre el tapete.

—Pero tú sí lo sabes —contesto—. Dices que nos has encontrado de un modo por el que Jamie Balcombe no podría encontrarnos.

—Estuve investigando un poco en internet —explica—. A ti es imposible encontrarte. Y a Kit tampoco fue fácil, pero sabía que si frecuentaba los foros de aficionados a los eclipses acabaría por dar con él.

Vuelvo a enfadarme por la metedura de pata de Kit, pero debo controlarme para que la rabia no me ciegue y me haga olvidar lo que de verdad está en juego aquí.

—Pero ¿cómo te condujo el vídeo hasta aquí?

Pone cara de desconcierto y me doy cuenta de que no estamos hablando de lo mismo. Lo que todavía no sé es a qué se refiere ella.

—No fue un vídeo, fue una fotografía. De su página de Facebook.

—Kit no puede tener página de Facebook. —Ya no me importa parecer una arpía.

—Pues la tiene —contesta en tono contrito—. Tú en internet no existes, básicamente —añade mientras va pasando aplicaciones en su móvil—. Ninguno de los dos existe, por lo menos de la manera más corriente. Así que tuve que estrujarme el cerebro. Pensé que, como había tantas páginas sobre eclipses en internet, era imposible que Kit no se metiera en algún foro. —Las pantallas se cargan y se mueven bajo sus dedos mientras habla—. Las miré todas, buscándolo. Y al final... —Ha abierto una página de Facebook titulada *Eclipse*

*Addicts*. Me acerca el teléfono—. Me di cuenta de que era él por la camiseta.

Ha resaltado el mensaje de un tal Shadowboy. No aparece su cara, solo una camiseta vieja de color burdeos, con el emblema de *Chile '91* en la pechera. Me doy cuenta de que, si agrando la foto, veré una diminuta quemadura negra en el cuello.

—Por eso supe que era él. Dormí con esa camiseta la noche que estuvimos jugando al billar, ¿te acuerdas? Esa quemadura me estuvo picando toda la noche.

Recuerdo que metí a toda prisa la camiseta en el armario para que Kit no se diera cuenta. Él ignora que Beth sabe que la camiseta existe. Pero el hecho de que tenga una cuenta de Facebook... Mi enfado con él se agita y crece.

—Nos prometimos el uno al otro que no dejaríamos ningún rastro en internet, nada que permitiera encontrarnos...

—Si te sirve de algo, Kit lo ha hecho muy bien. Sus parámetros de privacidad son casi impenetrables y nunca cuelga nada personal, solo cosas acerca de objetivos fotográficos, pronósticos del tiempo y un montón de números que no significan nada para mí. Claro que, hará unos tres meses, también colgó esto.

Agranda la fotografía. Es el equipo fotográfico de Kit desplegado sobre su mesa de despacho: la cámara, los objetivos, las toallitas desechables para lentes en sus envoltorios esterilizados, una correa de recambio para la cámara y dos tarjetas de memoria. Todo perfectamente alineado. De fondo, colgado en la pared, se ve su mapa. Si lo hubieras visto antes, si lo hubieras destruido en un incendio, sabrías enseguida que es él. El pie de foto dice: *Todo preparado para el viaje de chicos a las Feroe, 2015. Es un TOC, para nada.*

—Conseguiste nuestras coordenadas por esta foto —digo en voz baja.

Voy a matarlo. Vuelvo a leer el pie de foto. *El viaje de chicos*. Por eso sabía que me había dejado sola.

Beth sacude la cabeza.

—No —dice—. Tuvo que desactivar los parámetros de localización de su móvil.

Vuelve a agrandar la fotografía. Justo al borde de la mesa, tan a la izquierda que casi se sale del encuadre, hay un vaso de papel con una funda marrón. La resolución de la imagen es tan alta que, usando el *zoom*, puede leerse la marca sin ningún esfuerzo: *Bean/Bone N7*. Luego, Beth vuelve a ampliar otra parte de la imagen. Si te fijas, se ve la cúspide de Alexandra Palace reflejada en la pantalla en negro del ordenador. Ha analizado la imagen con la minuciosidad de un forense. Con la misma tenacidad con que buscó el teleobjetivo para Kit o mis velas favoritas.

Me recuesto en la dura silla.

—¿Encontraste la casa a partir de ese detalle?

—No —contesta—. Eso me ha costado más. Hoy he caminado un montón, intentando encontrarla.

—Continúa —digo a pesar de que la tensión está empezando a hacerme mella—. Explícamelo.

—¿Estás segura? —pregunta con evidente reticencia mientras abre otra página.

Shadowboy ha participado en una discusión acerca de la observación astronómica en un entorno urbano.

*Los cabrones de mis vecinos están de obras y se han dejado el puto foco de fuera encendido toda la noche. No se veían las estrellas. Estoy que trino porque me he perdido el alineamiento de Plutón.*

—He recorrido todas las calles en un radio de unos cinco kilómetros alrededor de la tienda y he mirado en todas las casas con andamios.

—Habrás tardado todo el día.

—Sí —contesta cansinamente—. Solo había un andamio que tuviera foco. Después, he esperado hasta que te he visto en la ventana.

Me la imagino, con los pies doloridos pero llena de determinación, esperando frente a mi casa a que se despejara la calle. Es como si la imprudencia de Kit hubiera pintado una flecha en el tejado, una cruz negra en la puerta.

—¿Cómo ha podido?

—Solo es una cuenta de Facebook —contesta Beth—. Todo el mundo tiene una.

Niego con la cabeza. Ella no puede entenderlo. Kit me juró que nunca haría esto. El sentimiento de haber sido traicionada es subjetivo. Proporcional a la confianza depositada en el otro.

—No te enfades mucho con él. ¡Si no fuera por esto, no habría podido encontraros!

—De eso se trataba, justamente —replico, y entre nosotras se hace un silencio que parece vibrar—. Llevo quince años viviendo asustada, ¿sabes? He tenido que ir al psicoterapeuta. Tuve un trastorno que... —Me subo la manga para que vea las marcas de mis arañazos—. Cada vez que vamos de vacaciones, tengo que pedirle al personal del hotel que haga un simulacro de incendios conmigo porque, si no, no puedo cerrar la puerta de la habitación.

—Dios mío, Laura, qué horror. Pobrecita.

Intenta poner su mano sobre la mía, pero me aparto.

—¿Te estás riendo de mí o qué?

—No seas así, Laura —dice con voz suave, pero le tiembla el párpado derecho—. Estoy intentando ayudarte.

Me he olvidado de Jamie. Estoy tan rabiosa que ahora mismo podría estar detrás de mí con un machete y no me daría cuenta.

—En serio, ¿qué esperabas que te dijera? «Ah, hola, Beth, intentaste quemarme viva, pero eso ya es agua pasada. ¡Vamos a tomarnos una botellita de vino!».

Sus pupilas se dilatan de golpe, como tinta negra caída de un cuentagotas.

—Espera, ¿qué? Yo no... yo no podría... ¿Cómo puedes pensar eso?

Me agarra la muñeca con la mano. Me arde la piel al sentir su contacto. El tejido cicatricial tiene memoria, como los músculos.

—Si es una broma, es muy retorcida —dice.

—Venga ya, Beth, no me vengas con esas —contesto—. Es humillante para las dos.

Tiembla, intentando dominarse.

—No, vamos a poner las cartas sobre la mesa, vamos a aclarar esto de una vez por todas.

Ella se lo ha buscado. Empiezo por algo que no puede negar.

—Muy bien. ¿Cómo explicas lo de Zambia? ¿Cómo explicas que nos siguieras hasta Turquía?

Se queda boquiabierta. Eso no se lo esperaba.

—Alguien grabó el festival —añado—. Tú aparecías de fondo. Llevabas una foto nuestra. Ibas preguntando a la gente si nos había visto.

Hasta ahora hemos estado hablando en murmullos. Ella alza de pronto la voz.

—¿Por qué crees que fui a Zambia?

El barman, presintiendo una pelea, nos lanza una mirada. Beth vuelve a bajar la voz.

—Para averiguar por qué me dejasteis así, justo cuando tenía la oportunidad de demostraros mi apoyo como vosotros me lo demostrasteis a mí.

Suelto una risa desganada.

—No puedo creer lo que estoy oyendo.

Beth se pone la mano sobre el corazón en un gesto que pretende demostrar su sinceridad.

—Vosotros lo erais todo para mí, Laura. Me rescatasteis, os quería. Kit y tú me ayudasteis a superar lo peor que me había pasado nunca, y luego... —Hace un ademán, como si arrojara un trapo a la basura—. Me rompisteis el corazón.

Esas palabras despiertan un recuerdo en mí.

—Eso fue exactamente lo que dijiste de Tess antes de rajarle las ruedas del coche —digo.

Beth no sabe qué contestar. La mano que tenía apoyada sobre el pecho cae, inerme, sobre la mesa.

—Mira —digo—, sé que no podías evitarlo. Jamie te hizo así. Ahora me doy cuenta. Lo siento mucho por ti. Pero eso no cambia lo que pasó.

Nos miramos la una a la otra. Algo enorme se agita ahí, pero no sé qué es. Me quedo callada para darle tiempo. Si reconociera su culpa, restauraría en parte mi confianza en ella. Menea un poco la cabeza. Luego hace un esfuerzo visible por contenerse.

—No sabes lo que dices. —Su voz me suena a fuego y cristales rotos—. La verdad es que ¿sabes qué, Laura? Piensa lo que quieras. Piensa lo que te dé la puta gana. Yo ya he hecho lo que tenía que hacer.

Empuja la silla hacia atrás y se levanta.

—No voy a ir a casa, así que no te hagas ideas —le advierto.

—Descuida. Ya me han insultado bastante por hoy. —Hace una pausa, se enrolla la bufanda alrededor del cuello y me lanza una mirada que me espesa la sangre en las venas—. No digas que no te lo advertí.

Mientras me mira, vuelvo a recordar el incendio en todo su espanto abrasador. He sido una idiota por intentar razonar con ella. Empujo la mesa desmañadamente y me levanto, tambaleándome. Poniéndome todavía el abrigo, empujo las pesadas puertas del bar y salgo a las luces y el estrépito de Green Lanes.

No es buena idea echar a correr cuando estás embarazada de seis meses, y además de gemelos. Incluso sujetándome la barriga con una mano (la otra la necesito para mantener el equilibrio), notó cómo cede mi suelo pélvico con cada paso que doy. Cruzo en sentido contrario Harringay Passage por si acaso me viene siguiendo. Cuando llego a casa de Ling estoy hecha un asco, sudorosa y jadeante.

—¡Laura! —exclama Juno. Tiene edad suficiente para darse cuenta de que pasa algo raro, pero no para enfrentarse a ello. Le tiembla la barbilla—. ¿Qué pasa? ¿Son los bebés? Entra —dice, y grita por encima del hombro—: ¡Mamááááá!

Ling baja los peldaños de dos en dos a toda prisa.

—¡Dios mío, Laura! —dice mientras me pasa un brazo por el hombro y me ayuda a entrar—. Tengo una llamada perdida, estaba a punto de llamarte.

¿Quieres que vayamos al hospital?

Ni siquiera se me pasa por la cabeza decirle la verdad.

—Ataque de ansiedad —digo—. No podía estar sola.

Ella me cree a pie juntillas. ¿Por qué no iba a creermelo?

—Puedes dormir en mi cama.

En la habitación de Ling hay sábanas limpias, flores frescas y paredes blancas en las que proyecto mentalmente todo lo que creo saber. La amenaza de Jamie parece auténtica (es del mismo jaez que sus cartas), pero distante, como una figura en el horizonte, nítida únicamente cuando se la observa a través de unos prismáticos. Siento de nuevo el impulso de huir, de empezar una nueva vida, pero ahora estamos atados, tenemos citas médicas, trabajo, hipoteca. Estamos anclados aquí. La rabia que siento contra Kit vuelve a bullir. Me retuerzo, presa del deseo de darle un puñetazo. ¿Cómo ha podido ponernos en peligro de esta manera? ¿Cómo ha podido mentirme? Debe de ser la una de la madrugada cuando la ira sobrepasa por fin las barreras de contención y le mando un mensaje rabioso.

*Beth ha venido a casa, gracias a ti. Me ha contado lo que hiciste. ¿Cómo pudiste, Kit? Estoy durmiendo en casa de Ling, pero tenemos que hablar muy en serio cuando vuelvas.*

Arremeter contra él supone un alivio enorme. ¿Acaso no forma parte del contrato matrimonial echarse mierda el uno al otro de vez en cuando? Mañana tendremos bronca y luego haremos las paces, como pasa siempre.

No puedo enfrentarme a Beth, y mucho menos a Jamie, yo sola.

**KIT**

21 de marzo de 2015

—Qué cansado estoy —gimo mientras estamos en el puente, con un café en la mano, esperando ver tierra firme.

El cielo es blanco, la luz de la mañana fría y plateada, y el mar del Norte de un gris uniforme como el de un delfín.

—Yo he dormido como un tronco —comenta Richard alegremente.

No hace falta que me lo diga. He oído cada uno de sus ronquidos y sus pedos. Pensaba que, entre el alivio de no encontrarme con Beth, la tensión previa al eclipse y su decepcionante resolución, yo también iba a dormir como un tronco, pero me he pasado toda la noche dando vueltas en mi estrecho catre, mirando el reloj a ratos, cada vez más despierto.

Se oye un murmullo cuando empiezan a verse formas en el horizonte. Incluso a través de su franja de nubes bajas, la costa de Northumberland es de un verde casi vulgar comparado con las rocas negras de las Feroe. Me alegro de divisar Inglaterra y la emoción de volver a casa, con Laura, me acelera el pulso. Mientras nos acercamos a las grúas y los puentes grúas del puerto de Newcastle, me pregunto si merece la pena que me apesume para coger el tren de las diez y cuarto a King's Cross, o si haría mejor en relajarme y disfrutar del último tramo del viaje. En todo caso, estaré en casa a las dos. A las tres, como mucho.

Cuando los famosos puentes del Tyne empiezan a perfilarse entre la niebla, mi móvil vuelve a la vida y me zumba en el bolsillo. Leo el mensaje de Laura, enviado anoche, justo antes de las doce.

*Beth ha venido a casa, gracias a ti. Me ha contado lo que hiciste. ¿Cómo pudiste, Kit? Estoy durmiendo en casa de Ling, pero tenemos que hablar muy en serio cuando vuelvas.*

El golpe, el vaivén de vértigo es tan físico, que por un momento tengo la impresión de que el barco ha chocado con algo, y no consigo sofocar un gemido a tiempo.

—¿Estás bien? —pregunta Richard, preocupado.

—Creo que estoy mareado —intento contestar, pero se me traba la lengua—. Voy a sentarme. No pasa nada, en serio.

—Tienes muy mala cara. Hace diez segundos estabas bien. Dame una voz si me necesitas.

Asiento con la cabeza y me dejo caer en un banco. Incluso sentado me brinca el pulso como si acabara de correr un esprint. ¿Cómo narices...? ¿Por qué ha...? ¿Y por qué ahora? ¿Qué habrá dicho Beth? La mujer de la cubierta, la que bebía cerveza en la fotografía y Krista eran figuraciones mías. He estado tan ensimismado superponiendo la cara de Beth a las suyas que ni se me había ocurrido que pudiera estar en Londres.

Vuelvo a leer el mensaje a pesar de que ya me lo sé de memoria.

*Me ha contado lo que hiciste.*

Tengo que hacer acopio de todas mis energías para no ponerme a gritar. Quince años. Quince años llevo protegiendo a Laura de una verdad tan horrenda y dolorosa que ni siquiera me permito pensar en ella. Y ahora, mientras el barco corona una ola, me doy cuenta de que me he equivocado al pensar que el tiempo era lineal; que mi vida se movía en una sola dirección, alejándose de aquel suceso. En realidad es una cinta retorcida, una banda de Moebius. Los años se pliegan sobre sí mismos y estoy otra vez en Cornualles, mis manos frías se deslizan sobre una piel caliente, trozos de pintura dorada se me pegan a los dedos (el reverso del toque del rey Midas) y el único punto fijo de mi historia parece ser la noche que pasé con Beth.

**KIT**

9 de agosto de 1999

Cuando quedaban cuarenta y ocho horas para el eclipse total, Ling expresó en voz alta lo que todos teníamos en mente.

—Este festival va a ser uno de los fracasos más caros de la historia.

Tenía razón. Altos postes con banderas ondeantes, ideados para servir como puntos de referencia entre la muchedumbre, se alzaban hacia el cielo en medio de un campo desierto. Aquello parecía menos un foco de actividad contracultural que un campo de golf en el que algunas personas mal equipadas e inadecuadamente vestidas se habían adentrado por error. A nuestro puestecito no le iba del todo mal, principalmente porque el generador y el calentador de agua convertían la tienda en una especie de burbuja de calor. Nuestro primer cliente del día seguía allí. Llevaba dos horas sumido en un agradable estupor alcohólico, con las grasientas rastas extendidas como tentáculos sobre las esterillas.

—Este tiempo mata a uno —comentó Mac.

Nos miró a Ling y a mí como si fuera culpa nuestra. Congeniábamos como cuarteto, pero faltando Laura todo parecía torcerse. Yo tenía la sensación de haber retrocedido en el tiempo, de haber asumido otra vez el papel de sujetavelas entre Mac y su chica de la semana. Llevábamos todo el día picándonos mutuamente y sacando a relucir nuestras frustraciones: Mac estaba enfadado porque íbamos a perder dinero; yo estaba cabreado con el tiempo; y Ling empezaba a darse cuenta de que Mac era, más que «un tío divertidísimo», un adicto patológico. Desde que habíamos llegado a Cornualles, siempre estaba borracho o colocado, con resaca o a punto de tenerla. La solución que encontré

la pequeña y delicada Ling, abocada al fracaso desde el principio, fue intentar seguir su ritmo. Esa mañana estaban bebiendo los dos té aderezado con *whisky*. Yo, después de tomar media docena de tazas de *chai*, tenía los nervios de punta y orinaba canela. Nuestros altavoces emitían suave música ambiental, pero yo tenía un auricular conectado a la radio de bolsillo y dos veces por hora escuchaba el pronóstico del tiempo.

—Nos está yendo mejor que a la mayoría —comenté, aunque eso no era nada del otro mundo.

A Jon, el tío de la furgoneta de burritos orgánicos, le faltaba poco para echarse a llorar mientras sus ingredientes se enmohecían y su personal holgazaneaba detrás del mostrador.

—Es culpa tuya, joder —contestó Mac.

—¿Qué?

—Tú y tus jodidos gráficos de sectores o como se llamen. Empeñado en que iba a salir el sol, en que viniera a Cornualles. Deberíamos habernos ido a Turquía, como yo quería. Y cargarlo a la tarjeta de crédito.

—Eso es justo lo opuesto de lo que proponías —repliqué yo—. Acuérdate de que eras el único que quería quedarse en Inglaterra. Por eso me pasé una semana entera haciéndote los putos gráficos del tiempo.

—Tú lo que querías era quedar bien delante de Laura. Se puso como loca con el West Country y el rollo del comercio justo, y tú le seguiste la corriente.

—Esto no tiene nada que ver con Laura y sí con la corriente del Golfo —dije—. En Cornualles debería hacer sol. Pero no lo hace. Y yo no puedo hacer nada al respecto.

Mac era como un perro que hubiera encontrado un rastro.

—¿Sabes cuál es tu problema?

Me puse tenso. Tenía tantos donde elegir...

—Que estás encoñado. Que te tiene controlado. Has encontrado a una tía dispuesta a acostarse contigo y ya no te importa nada más.

Noté que me ponía pálido, a pesar de que Ling se tomó a guasa aquel ataque feroz y sin sentido. Soltó una risa cálida y espontánea, como si de verdad le hiciera gracia, no la risa torpe y penosa de quien acaba de escuchar una verdad hiriente disfrazada de broma.

—¡Que te den! —le dije a Mac en voz baja cuando ella se volvió.

Levantó las manos en un gesto de disculpa solo a medias fingido. Hasta él se daba cuenta de que se había pasado de la raya. Le di la espalda, temblando todavía de furia. Mac era el único que sabía que solo me había acostado con

Laura. Por fin, aquella noche desmañada, en el piso helado de Mac, me había quitado del cuello el lastre de mis veintiún años de virginidad. Ahora, casi me dan ganas de reír cuando pienso que una vez ese fue mi secreto más íntimo y oscuro. Por las noches, cuando me desvelo, ansío ser un chaval de veintiún años sin ninguna experiencia sexual. Mi hermano no perdía ocasión de mofarse de mí por ello («Muy propio de ti, conformarte con la primera tía que te enseña las tetas»), pero siempre en privado. Era más divertido para él mantener el secreto como una amenaza pendiendo sobre mi cabeza que contarlo y malgastar ese cartucho. Aquella fue la vez que más cerca estuvo de irse de la lengua, y además delante de Ling. Me entraron ganas de darle una paliza. Pero en vez de decir algo que pudiera empeorar las cosas si seguíamos por ese camino, opté por el silencio y le lancé una mirada que rebotó en él como una onda en una antena parabólica averiada: ya había pasado a otra cosa.

—Ya que no vamos a ganar ni un pavo, por lo menos podríamos animarnos un poco —dijo.

La decisión estaba tomada; ya tenía la mano metida en el bolsillo. Se me cayó el alma a los pies cuando le vi sacar una tira de papel perforado, marcada con los distintos palos de la baraja: corazones, diamantes, tréboles y picas. Arrancó un cuadradito de papel y se lo puso a Ling en la lengua.

—No, gracias —dije cuando me ofreció otro a mí: un sello del tamaño de la yema de un dedo marcado con un diamante.

No habría tocado el LSD ni con un bichero. Había presenciado muchos malos viajes a lo largo de los años y, después de ver los efectos externos que producían, no me apetecía ni un pelo experimentarlos en carne propia.

—Pero qué carroza eres.

—Si tú lo dices.

En su opinión, todo aquel que pasaba más de veinticuatro horas sobrio o sereno era un mojigato. Y aunque tal vez podría haber sido cierto en otra época de mi vida, no lo era desde que conocía a Laura. Compartir un éxtasis nos había unido más aún. Nos había permitido meternos dentro de la mente del otro y recorrerla con la misma facilidad con que recorríamos nuestros cuerpos. El problema no eran las drogas, sino Mac. Tratándose de él, la experiencia nunca era compartida. Al margen de cuál fuera el estimulante, siempre era *su* viaje. Solo quería que alguien le acompañara para justificar sus propios excesos.

Puso cara de fastidio.

—Vale, tú puedes sacrificarte por el bien de todos —dijo cambiando de tono completamente—. Yo voy a preparar otro té para todos.

—Yo no quiero —contesté, pero de todos modos puso una bolsita en una taza, sonriéndome tan dulcemente que enseguida sospeché que estaba tramando algo.

«Va a ponerme algo en el té», pensé. Jugueteé con la idea de aceptarlo y luego tirárselo a la cara. Eché un vistazo al reloj. Faltaban unas veinte horas para que llegara Laura.

—¿Sabéis que os digo? —dije—. Que puedo ocuparme yo solo del puesto. Id a divertirlos.

Vi que su mano quedaba suspendida sobre la taza como la de un envenenador en una película de Agatha Christie. Luego volvió a guardarse la tira de papel en el bolsillo.

—Gracias, hermano.

Mientras los veía alejarse, deseé para mis adentros que tuviera un viaje infernal. Que viera cómo se le derretía la cara a Ling hasta que le asomara el cráneo entre la carne deshecha.

Había trabajo suficiente para que el tiempo se me pasara deprisa. Después de una fría puesta de sol, subieron la música y el *bum bum* de los bajos empezó a vibrarme en el diafragma. Por pura piedad, le compré una enchilada a Burrito Jon y me la comí mientras escuchaba el pronóstico marítimo en Radio 4 y reflexionaba, malhumorado, acerca del tiempo, de mi hermano y de mi patética vida sexual.

Todo los eclipses importan, pero aquel me parecía más trascendental que los anteriores. Quería que Laura sintiera la maravilla del fenómeno que íbamos a contemplar. Ella me había enseñado muchas cosas. Aquella era mi oportunidad de dejarla entrar en mi mundo, y tenía que ser perfecta.

A eso de medianoche cerraron los escenarios y empezaron las hogueras. A la una, cuando estaba pensando en cerrar, nuestro grasiento amigo de esa tarde llegó al puesto dando traspies. Tenía los ojos inyectados en sangre y las pupilas como micropuntos.

—Lo siento —dije—. Iba a cerrar... tronco.

No habíamos crecido en el tipo de casa en el que se llama «tronco» a la gente, y nunca había sabido decirlo con desenvoltura.

—Prepáranos un té —ordenó el *hippie*—. Uno bien fuerte, nada de pijadas.

Pareció percibir en mí esa debilidad que tanto molestaba a mi hermano, y mi obediencia vino a confirmar esa opinión. Le di la taza. Sobre la barra había un cuenco de terrones de azúcar (marrones e irregulares, como mandaba la moda). Metió su sucia manaza dentro y se comió un puñado.

—Por favor, no hagas eso —dije—. Tendremos que tirarlos.

Se rio. Tenía los dientes del mismo color que el azúcar moreno.

—¡Hasta luego! —contestó, y se fue llevándose la taza amarilla, que di por perdida junto con el cuenco de azúcar, que tiré a la basura, y la libra que debería haberle cobrado—. ¡Capullo! —grité a modo de despedida.

Sintiéndome como si midiera un palmo de alto, mezclé en la pila agua hirviendo del calentador con agua fría del grifo y llevaba cinco minutos fregando tazas cuando me di cuenta de que había alguien observándome.

—¿Esto es tuyo?

Vi una taza amarilla sostenida a la altura del pecho. Detrás de la taza había una chica con el pelo negro y rizado, la piel blanca y rasgos menudos y enigmáticos apretujados en el centro de una cara en forma de corazón.

—Un *hippie* asqueroso acaba de lanzarla por el descampado. Me ha dado en la pierna. No sé por qué es tan imbécil. Será por el eclipse. Por la confluencia de los cuerpos astrales, probablemente. Mercurio retrógrado. O las líneas ley.

—No, creo que lo que pasa es que hay un ácido muy fuerte circulando por ahí —contesté yo.

Se rio exhalando un remolino de vaho y me dio la taza. La hundí en el agua jabonosa.

—Ponme una taza de *chai*, por favor. Sin azúcar pero con mucha leche.

Adiós a mi idea de echar al cierre.

—Marchando —dije.

—Es lo que pasa con los *hippies* —continuó ella mientras el té reposaba—. Que siempre son exactamente lo contrario de lo que predicán. Paz y amor, ¡y un cuerno! Bueno, vale, no todos. Seguro que tú eres el colmo de la sinceridad. Pero algunas de las personas más agresivas y perezosas que he conocido llevaban colgado del cuello un símbolo de la paz o ese tatuaje hindú que se hacen todos.

Podría haber estado describiendo a Mac. Como si de pronto se encendiera una bombillita, sentí que una verdad que intuía desde hacía mucho tiempo era expresada por fin en voz alta.

—¿Has hecho el circuito entero este año? —preguntó—. Porque no te he visto otras veces.

—¿El circuito?

—Trabajando en los festivales. Es lo que hago yo. Para ganar algo de pasta en vacaciones. He ido a tantos estos últimos veranos que ya empiezo a reconocer a la gente. Ese tío del puesto de burritos, el de allí, estoy segura de que estuvo en Phoenix el año pasado.

—Seguramente —contesté, y entonces me di cuenta de que el Burrito Jon

había cerrado—. Nosotros es la primera que hacemos esto. La verdad es que ha sido idea de mi hermano. Solo queríamos encontrar una manera de ver el eclipse y al mismo tiempo ganar dinero para pagarnos el viaje.

—¿Y lo habéis conseguido?

—Hemos perdido dinero.

—No me extraña que yo no encuentre trabajo. Hay exceso de mano de obra. El mercado laboral está desequilibrado. Soy una víctima inocente del capitalismo. —Se rio otra vez—. Este *chai* está buenísimo.

Yo sonreí.

—¿No se te hace raro, ir sola a un festival?

—No era esa mi idea. Normalmente consigo convencer a una amiga de que venga, pero este agosto ha sido raro, porque la mayoría de mis amigos se han ido a trabajar a Ibiza en verano. Conozco a alguna gente que está viendo el eclipse en Devon. Seguramente debería haberme ido con ellos. —Un soplo de brisa agitó los árboles, haciendo temblar el carillón de viento—. Esto es raro, ¿verdad? Tiene un punto de siniestro. No solo porque haya tan poca gente, sino por cómo lo han organizado. Normalmente solo hay un descampado muy grande, o varios campos con algunos setos, pero aquí hay mucho bosque. Grandes zonas de árboles. No me sorprendería ver un ogro, o a Caperucita Roja. —Ella misma parecía salida de un cuento, con esa piel tan blanca que casi parecía sobrenatural—. Soy Beth, por cierto.

—Kit.

La mano que estreché era tan suave como si la hubiera tenido metida en miel, y tan distinta a los dedos largos y finos de Laura que casi dejé escapar un gemido de sorpresa. Sentí un chispazo de deseo y retiré la mano para interrumpir aquella corriente peligrosa.

—¿Solo estáis tu hermano y tú? —preguntó tranquilamente, pero yo seguía sintiendo un hormigueo en la mano, allí donde me había tocado.

De pronto cobré conciencia de lo solos que estábamos. Me vi como en una película antigua: con un ángel en el hombro derecho, representando a mi conciencia, y un rojo diablillo en el izquierdo, encarnando a mi yo animal. «Dile lo de Laura», me susurraba el ángel. «Díselo ahora mismo».

Eludí la pregunta.

—Mi hermano está por ahí, de tripis con su novia. Y prefiero estar solo que pegado a alguien que está alucinando en colores.

Beth hizo una mueca de grima.

—Sí, el ácido tampoco es lo mío. Por lo menos desde Glastonbury, en el

noventa y cuatro, cuando vi unas cruces ardientes que venían hacia mí a través del descampado. —Se estremeció—. Un festival no es un buen sitio para desorientarse. —Tamborileó con los dedos sobre la taza—. Bueno, ¿y a qué te dedicas cuando no estás haciendo esto?

—Acabo de salir de Oxford. Voy a empezar el doctorado en astrofísica.

—Leí el otro día que la religión está en alza entre los físicos —comentó—. Por lo visto, los demás científicos son ateos. Pero los físicos, los que de verdad pasan tiempo contemplando la inmensidad del universo, tienen más tendencia a creer en Dios que los científicos de cualquier otra disciplina. Me pareció muy interesante. —No sé qué cara puse, pero volvió a reírse—. Perdona, estoy hablando demasiado. Es que esta es la primera conversación inteligente que tengo desde hace dos días.

—Yo también —respondí, y lo decía en serio.

No me costaba hablar con Beth. Captaba todas mis bromas y yo las suyas. Intercambiamos anécdotas de viajes. Yo se lo conté todo sobre mí mismo, menos lo más importante. «Díselo», me instaba el ángel. «Dile lo de Laura. Dile que tienes novia». El diablillo se limitaba a apoyarse en su tridente y sonreír. Levanté la vista hacia el cielo. Seguían sin verse las estrellas.

—No pinta bien para mañana, ¿eh? —dijo Beth.

—Todo el West Country va a estar nublado —contesté—. Pero aun así podría salir el sol. Si hay viento fuerte, nunca se sabe.

—Por cierto, que hace un frío que pela —añadió ella—. ¿Esto no tiene zona interior? Porque me apetece seguir hablando, pero me estoy quedando helada.

—Sí, claro. —Noté que mi voz había retrocedido varios años: hacía otra vez gallitos, como cuando era un adolescente e intentaba charlar con las chicas en la playa—. De todos modos, ya puedo cerrar.

Beth me observó mientras daba la vuelta al letrero y cerraba la cremallera de la tienda.

Fue entonces cuando descubrí cómo se relacionan pensamiento y acción. Ya había empezado a pensar en términos logísticos: la burbuja de aire caliente del interior de la tienda; dónde estaban las sábanas limpias; la ropa interior de ella; la hebilla de mi cinturón. En el momento en que piensas cómo llevar a cabo una acción, ya estás a medio camino de hacerla.

La zona *chill out*, con sus bombillitas intermitentes y sus alfombras persas, era como un harén cutre. Con Laura siempre había habido amor, pero el deseo, mezclado con la transgresión, es doblemente irresistible. Me dije, con la lógica irreprochable de quien está cegado por la lujuria, que haría aquello una sola vez

y que luego volvería con Laura. Incluso razoné (si es que la razón tuvo algo que ver en ello) que simplemente había estado difiriendo lo que era el deber de todo joven: las chicas, los cuerpos nuevos, los ligues de una sola noche.

En un rincón había un saco de dormir rojo sujeto con una correa.

—Este está limpio —dije, y lo abrí.

Lo extendí como una alfombra roja. Beth se sentó en un extremo. Yo en el otro.

—Bueno —dijo, y sonrió a cámara lenta.

De haber sabido lo que iba a suceder, ¿habría seguido adelante? Gateé por el suelo y la besé. Sabía a té con especias y levemente a humo de leña.

—Eres un amor —dijo.

Nos desvestimos el uno al otro, dando grititos a cada rato, cuando nuestros dedos helados rozaban piel cálida. Ella tenía el cuerpo cubierto de pintura dorada, soles danzarines que yo desdibujé sobre su esternón. Alisé las alas de ángel de su espalda como si quisiera impedirle levantar el vuelo. Su cuerpo tenía una suavidad maleable que amenazaba con ser infinita, hasta que de pronto me sentí preso dentro de ella. Se movía lentamente, con los ojos y la boca fijos en los míos. Si no hubiera sido una desconocida, habría dicho, empleando una expresión que Laura detestaba, que estábamos haciendo el amor. Cuando yo estaba a punto de alcanzar el orgasmo, ella me retuvo y me miró a los ojos.

—Eres un amor —repitió, esta vez sin sonreír.

Escondí la cara en su pelo al correrme, y hasta el demonio de mi hombro me dio la espalda, asqueado.

**KIT**

10 de agosto de 1999

Me desperté al amanecer, después de haber dormido un par de horas, todavía desnudo y con los músculos entumecidos por el frío. La culpa atenazó de inmediato mi cabeza, haciendo que me olvidara de todo lo demás. Me imaginé la cara que pondría Laura si se enteraba. Pensé en cómo me sentiría yo si ella me lo hacía a mí, y se me revolviéron las tripas. ¿Cómo podía Mac hacer esto una y otra vez? ¿Por qué no me había dicho que había consecuencias, inmediatas y viscerales? ¿Por qué no me había advertido acerca del miedo? Seguramente porque él nunca había tenido nada que perder, como lo tenía yo.

Beth estaba dormida, sepultada bajo mi ropa y la suya, con los pechos apretados entre sus brazos lechosos, el cuello enrojecido por el roce de mi barba y los últimos vestigios de pintura dorada brillándole en la piel. Plumas tatuadas le acariciaban los hombros. Me asaltaron imágenes congeladas de su rostro iluminado por el placer. Por debajo de la culpa, sentí una corriente de autoafirmación, turbia y soterrada. Cerré los puños para disiparla. Sin mi calor, Beth empezó a tiritar y vi que abría los ojos. Una legañita obstruía su lagrimal izquierdo. Vencí el impulso de quitársela.

—Hola —dijo apoyándose en los codos para incorporarse—. Estoy en el sitio ideal para tomar un té.

Sentí que empezaba a excitarme. Una vez más, dijo el diablo. Una vez más antes de que salga el sol. Todavía es de noche. Pero vencí también aquel impulso y me puse los vaqueros con decisión, o eso esperaba yo.

—Beth —dije.

Percibió el énfasis que había puesto en su nombre y, entornando los ojos, se ciñó el saco de dormir alrededor del cuerpo.

—Eso no me ha sonado bien.

—No sé cómo decirte esto. Tengo novia.

Hubo un segundo de silencio durante el cual yo habría esperado que retrocediera, horrorizada, pero ella se inclinó hacia mí.

—Que te den —dijo.

Quiso vestirse airadamente, pero la ropa había perdido la elasticidad de la noche anterior, y le costó ponerse el sujetador, que cortó sus alas por la mitad. Después, con esfuerzo, metió los brazos erizados por el frío en las mangas del jersey.

—Este no es mi estilo —dijo volviéndose hacia mí y señalando el saco de dormir y mi persona—. Tú me has convertido en eso: en una tía que se acuesta con el novio de otra. Eres un mierda. —Me dio un merecido empujón en el pecho—. Pero no es solo eso. Había algo más. Una conexión. No me equivoco, ¿verdad?

Parecía a punto de llorar.

Yo estaba verdaderamente perplejo. Daba por sentado que, como todo el mundo parecía saltar de cama en cama sin ningún pudor desde la adolescencia, la necesidad de un vínculo más profundo era solo cosa mía, una debilidad de mi carácter. No se me había ocurrido que Beth pudiera tomárselo en serio.

—Lo siento —dije débilmente.

Quería decirle que no se equivocaba, que había sido precioso, pero sabía que lo que tenía que hacer en esos momentos era intentar limitar los daños.

—Yo también —replicó, y se agachó, enfadada, para atarse el cordón de su playera gris—. No me gusta que me tomen por una... No sé, ¿por quién me has tomado? La verdad es que no quiero que respondas a esa pregunta. Gracias por estropearme el festival.

Acabó de vestirse y abrió la cremallera de la tienda mientras yo seguía allí parado, descalzo y en vaqueros. La seguí al descampado ceniciento. La hierba escarchada se me clavaba entre los dedos de los pies. Le supliqué una piedad que no merecía.

—¡Beth! —grité—. ¡Por favor, no te vayas así!

Pero se fue. El bosque, que tan siniestro le parecía, la engulló por completo. En el cielo, las nubes rastrillaban las cenizas del amanecer, recordándome por qué estaba allí. Pero el eclipse inminente me parecía empañado por lo que acababa de hacer.

La solapa abierta de la tienda golpeaba lentamente la pared en un aplauso sarcástico. Volví a entrar y, después de ponerme las botas, hice un examen forense de mi ropa. Extraje un solo cabello negro y rizado de entre las fibras de mi jersey. En el saco de dormir había un leve rastro húmedo y plateado: la fiebre de la noche anterior, reducida a una manchita de mal gusto. No podía dejarlo allí. Lo enrollé, dispuesto a guardarlo en la trasera de la furgoneta. Tenía la sensación de estar haciéndole la limpieza a otra persona, a alguien a quien no quería conocer. O como si estuviera limpiando el escenario de un crimen. Con el saco de dormir sucio debajo del brazo, volví a nuestro pequeño campamento. Unas cuantas fogatas humeaban todavía aquí y allá. Pensé en arrojar el saco manchado a una de ellas, pero sabía que avivaría las llamas violentamente y no quería llamar la atención. Así que lo arrojé dentro de la furgoneta, donde no pudiera verlo ni olerlo.

No se oía ningún sonido procedente de la tienda roja. Abrí la cremallera de la verde. Nuestros sacos de dormir estaban allí, abrochados juntos. La almohada que le había traído a Laura olía a su pelo tan claramente como si hubiera dormido allí, y aquel olor me hizo evocar su rostro, pero en lugar de imaginármela sonriendo vi en ella una mueca de odio. Estremeciéndome, comprendí lo que pasaría si esas cualidades que todo el mundo admiraba en ella (su inteligencia, sus principios) se volvían contra mí. Me calaría de un solo vistazo. Y me dejaría en un abrir y cerrar de ojos.

No era solo su dolor lo que temía; era su furia.

Me tumbé en mi saco. La luz biliosa de la mañana se colaba por la lona. Las paredes de la tienda se contraían y se dilataban con la brisa, como un pulmón gigantesco. Tuve la certeza absoluta de que no volvería a dormir.

Me pareció que Mac me despertaba diez segundos después, asomando la cabeza por la entrada de la tienda. Tenía los ojos saltones como los de un personaje de dibujos animados y la lengua de color verde. Miré el reloj. Eran las diez de la mañana.

—Kit —dijo con voz ronca.

Sentí que veinte años de rencor por sus pullas se apilonaban dentro de mí y estuve a punto de jactarme de mi hazaña. Durante esos segundos de duermevela, entre el sueño y la vigilia, me pareció que merecía la pena. Luego, sin embargo, al espabíllarme, comprendí que era la segunda peor idea que había tenido nunca. Me refrené justo a tiempo.

—No esperaba que estuvieras levantado tan de mañana —dije, pero mi sarcasmo le pasó desapercibido.

—Estoy hecho polvo. Nos vamos a la cama. —El aliento le apestaba a tabaco—. Hemos bajado a los acantilados. Se veían unas cosas alucinantes. Rayos láser en el cielo. Oye, ¿puedes abrir tú, ocuparte de la hora de la comida?

—Será una broma —contesté—. Ayer hice doble turno.

—Por favor, Kit —suplicó—. Nosotros haremos el turno de esta noche. Si no duermo me muero, en serio. —Le miré con enfado—. Mañana trabajaremos durante el eclipse —prometió.

—Vete, anda.

No me fui derecho al tenderete. Me sentía cubierto de fluidos de Beth y habría sido capaz de pagar cincuenta libras, y más aún las cinco que costaba ducharse, por meterme debajo de agua caliente y restregarme todo el cuerpo. En el minúsculo aseo salpicado de barro de la granja, puse el agua tan caliente que se me puso la piel de color escarlata. Me restregué hasta que desapareció la última mota de pintura dorada. Al volver, compré una sudadera sencilla, de color caqui, con una capucha que me tapaba casi toda la cara y solo entonces pude moverme con cierta tranquilidad entre la gente.

El recinto empezaba por fin a llenarse. En Burrito Jon habían puesto música de mariachis a todo volumen para atraer clientela, y nuestra zona se había llenado de gente. Esa mañana saqué setenta libras trabajando en el puesto de té y me guardé diez para mí, por puro despecho contra Mac. Desde el momento en que encendí el generador estuve alerta, temiendo que apareciera Beth. No la vi hasta la hora de la comida. Se había puesto unos pantalones de campana morados muy extraños y llevaba el pelo envuelto en una raída toalla marrón. No me habría fijado en ella de no ser porque su inmovilidad la hacía destacar entre el hormiguero de gente. Cuando nuestras miradas se cruzaron, volvió la cara. Solo después comprendí que no había ido a verme a mí en absoluto. Lo que quería era ver a Laura.

Laura venía atravesando el descampado. Casi se me cayó la bolsa de basura que llevaba en la mano. Había tenido una entrevista de trabajo y llevaba el pelo algo distinto, suelto, liso y sedoso, en lugar de las ondas retorcidas a las que me tenía acostumbrado. Vislumbré como en un fogonazo nuestro futuro: Laura dejando las llaves en la mesa y quitándose los zapatos del trabajo, y yo cerrando el portátil para acabar la jornada. Aquella fantasía doméstica carente de ambición se me antojó de pronto lo único que deseaba en la vida, de modo que ¿por qué sentía de pronto el impulso de postrarme a sus pies y confesárselo

todo? La besé y le puse un mechón de pelo detrás de la oreja, porque era lo que hacía normalmente.

—¿Qué tal la entrevista?

—Bien, creo. Ya veremos.

Comprendí por su forma de mirarme, como si sus ojos recortaran estrellas en mi cara, que intuía que me pasaba algo raro. Intentó bromear, hacerme salir de mi ensimismamiento dándome besitos en las orejas y agarrándome por la cintura, pero yo me retraje. Por primera vez entendía el impulso irracional de lanzarse al vacío que sentía la gente al hallarse al borde de un precipicio. Conseguí contarle algunas cosas sin importancia acerca de las duchas de la granja y el pronóstico del tiempo, pero cada palabra que pronunciaba era un calvario.

—Nunca se sabe —dijo—. Los meteorólogos se equivocan continuamente.

Que diera por sentado que era eso lo que me pasaba casi hizo que me alegrara de que el cielo estuviera nublado.

Siempre me había mofado de la idea de que existiera una percepción extrasensorial, pero juro que en ese momento percibí la presencia de Beth a mi espalda. Me aparté lentamente de Laura y, al volverme, la vi apoyada contra un árbol. Parecía una *hippie* más empapándose del ambiente del lugar. La miré negando con la cabeza y, en respuesta, señaló ligeramente hacia la parte de atrás, emplazándome a reunirme con ella.

Tirando de aquella nueva vena creativa que acababa de descubrir en mí, me volví para mirar el depósito del calentador de agua, que funcionaba a la perfección.

—Pero ¿qué pasa aquí? —Empecé a toquetear el control de temperatura mientras Beth se escabullía detrás de la tienda—. Ha vuelto a atascarse. Hay un cable suelto por la parte de atrás. Tú quédate aquí y tómate algo mientras lo arreglo —le dije a Laura, y volví a besarla en la coronilla.

Detrás de la tienda, los árboles estaban cuajados de carillones de viento que vibraban como nervios friccionados. Sentí el súbito impulso de recogerlos todos y aplastarlos con un martillo.

A Beth, el pelo se le había secado formando largas serpientes negras, y venillas de un rojo encendido destacaban contra el blanco y el verde de sus ojos. Había intimidad entre nosotros pero no dejaba de ser una desconocida, y parecía aberrante que esos dos estados pudieran coexistir.

—¿Es ella? —Tenía los brazos cruzados, pero arañaba repetidamente con el pie el suelo de la arboleda, abriendo un surco en la tierra.

Yo me indigné.

—Claro que es ella. Yo no voy por ahí... —Pero me interrumpí. ¿Por qué iba a creerme, teniendo en cuenta lo que había pasado?—. Nunca le había sido infiel hasta ahora.

Soltó una risa agria.

—¿Me estás diciendo que soy especial? ¿Que debería sentirme halagada?

Eso era, de hecho, lo que quería decir; pero dentro de mi cabeza sonaba mejor.

—No... No sé... Lo único que digo es que por favor no le digas nada a Laura. Siento muchísimo no haber sido sincero contigo, pero esto no es culpa suya y le rompería el corazón.

El impulso primitivo, irracional, de caer de rodillas hizo que se me tensaran las piernas.

Una repentina ráfaga de viento agitó los árboles a nuestro alrededor. Las hojas rugieron como el mar y las campanillas sonaron desacompañadas.

Beth dejó caer los brazos.

—¿Estás enamorado de ella?

Durante veintiún años, las mujeres me habían ignorado. Ahora que por fin me hacían caso, deseé que no me lo hicieran.

—Sí —contesté, sintiendo la necesidad de ser sincero con ella—. Lo es todo para mí.

Ella se meció de un lado a otro como si sopesara físicamente sus alternativas.

—La verdad es que, a simple vista, parece bastante convincente. Aunque es difícil saberlo sin conocer su opinión al respecto.

Yo me desmadejé por dentro.

—Por favor, no digas nada, te lo suplico.

—No tengo por qué decir nada —dijo. Sus palabras sonaron rotundas, comedidas, repletas de lágrimas sofocadas—. Si es como tú lo pintas, no voy a destrozarle la vida solo porque tú no seas capaz de controlarte. Y si eres tan capullo como creo, lo descubrirá por sí misma tarde o temprano.

Cumplió su palabra. Es decir, que la confrontación que yo temía no llegó a concretarse. La vi dos veces ese día, observándonos desde el otro lado del descampado, entre el gentío, como si examinándonos desde lejos pudiera calibrar lo que había entre nosotros. Pero ¿podía hacerlo a simple vista? Ni yo mismo sabía lo que tenía hasta que estuve a punto de echarlo todo a perder.

**LAURA**

21 de marzo de 2015

La luz de la pantalla me lastima los ojos cuando miro mi teléfono con el cansancio de quien emerge de un estado de estupor alcohólico. Así es como siento la noche pasada: como algo irreal, como un sueño que escapa a mi control. Kit no ha contestado a mi mensaje furioso. Pienso en él, profundamente dormido en su cama del barco, ajeno a la tormenta que le espera en casa, y no sé si tengo ganas de pegarle o de abrazarle.

A las siete suena mi móvil y su foto aparece en la pantalla. A estas horas estará llegando a Newcastle. Rechazo la llamada. Esta conversación debemos tenerla cara a cara. Minuto y medio después empiezan a llegar mensajes.

*Por favor, coge el teléfono.*

*Mira, ya sé que parece el fin del mundo, pero podemos superarlo.*

*Por favor, habla conmigo, cariño.*

*Ojalá no te hubieras enterado así, pero te prometo que puedo explicártelo, podemos arreglar esto.*

*Lo siento muchísimo.*

Por lo menos es gratificante que comprenda la gravedad de lo que ha hecho y

sus posibles consecuencias. Pero le mando un mensaje para hacerle callar.

*La verdad es que no quiero hablar de esto por teléfono. Nos vemos en casa.*

Mientras Ling va de un lado a otro intentando recoger sus papeles y encontrar un par de zapatos, echo una ojeada al libro que Piper tenía que leer anoche y falsifico con todo cuidado la página correspondiente de su diario de lectura del colegio. Juno regatea con Ling para que le dé tres libras más porque quiere tomarse un café en el camino de vuelta a casa. Madre e hija son, respectivamente, el paradigma del objeto inamovible y la fuerza irresistible. Esto es lo que tengo por delante. Vuelvo a preguntarme si voy a tener niños, niñas o uno de cada.

Me acerco a Juno cuando está a punto de salir y le meto a escondidas un billete de cinco en el bolsillo de la chaqueta. Premia mi guiño con uno de sus raros besos antes de desaparecer dejando a su paso una estela nada sutil de perfume. Después de que Ling se vaya al metro felicitándose por la novedad de irse al trabajo a tiempo, recorro con Piper los cincuenta metros que hay hasta el colegio. La agarro de la mano para cruzar la calle, sintiéndome orgullosa y reconfortada por que los desconocidos puedan pensar que es mi hija. Este va a ser el colegio de mis gemelos, y me fijo con preocupación en que la puerta de entrada al edificio de infantil está colonizada por rubias con camisetas a rayas. La diversidad étnica que se ve en los cursos superiores va desapareciendo poco a poco. Me apena la limpieza social que está sufriendo el barrio, esa sobreabundancia de mamás pijitas, aunque soy consciente de que para un observador imparcial yo soy una de ellas.

Vuelvo a casa de Ling. El suelo del cuarto de baño está alfombrado de toallas húmedas, y me descubro recogiendo lo que Juno ha desordenado como hacía cuando era un bebé. Necesito una ducha y ropa limpia, pero mi casa ya no me parece un lugar seguro. Trasteo un poco más, enderezando los cuadros de las paredes y vaciando el lavavajillas, hasta que, al agacharme desmañadamente para sacar los platos, caigo en la cuenta de que hay una forma muy sencilla de comprobar dónde está Beth: tengo su número fijo y el de Antonia grabados en el móvil. La llamo desde el fijo de Ling, ocultando el número. Suena tres veces; luego, cuando descuelga, se oye un pitido digital. Corto la llamada antes de que le dé tiempo a pronunciar un hola soñoliento. Ya puedo irme a casa. Aunque coja un tren directo o la carretera esté despejada, no le dará tiempo a llegar antes que Kit.



**KIT**

11 de agosto de 1999

El eclipse me permitió olvidarme un rato de Beth. Tenía la convicción (desmentida brutalmente poco después) de que durante un eclipse total de sol todas las actividades y motivaciones humanas superfluas quedaban en cierto modo en suspenso. A pesar de los nublados, nos envolvió la cambiante luz violeta del horizonte y, gracias a que el cielo estaba cubierto, pude percibir el eclipse con mis otros sentidos, como no lo había hecho nunca hasta entonces. Además, Laura estaba a mi lado y eso lo cambiaba todo.

Pasado el cuarto contacto, bajamos y volvimos a cruzar el desangelado aparcamiento, ocupado aquí y allá por piezas de atracciones de feria. Volví a ponerme en guardia, pero estaba tan concentrado mirando hacia atrás que no reparé en el monedero. Laura sí lo vio y, cómo no, tuvo que agacharse a recogerlo. Le habría sido imposible no hacerlo, igual que para otra gente habría sido imposible pasar de largo junto a un gatito abandonado. Yo aproveché la ocasión para escudriñar los árboles en busca de unos ojos acechantes, pero no vi nada de particular.

Laura tardaba en volver más de lo previsto, y recuerdo que empecé a sentirme irritado. No contestó cuando la llamé, y mi irritación se convirtió en temor (¿o quizás eso lo he pensado *a posteriori*?). Me adentré tras ella en el aparcamiento de caravanas, más allá de un viejo coche de choque y un caballito de tiovivo de aspecto siniestro.

El hombre del que luego supe que era Jamie Balcombe chocó contra mí de espaldas, dándome un pisotón. A pesar de que fue un encontronazo momentáneo,

tuve tiempo de sentir su fuerza en relación con la mía. Al oír mi grito de protesta, saltó como si le hubiera alcanzado una corriente eléctrica. Laura, muy pálida, estaba parada en el oscuro pasadizo entre dos caravanas. ¿Qué le había hecho aquel tipo?

—Hay una chica. —La voz temblorosa de Laura me sacó de mi estupor—. Creo que la han... —Tragó una bocanada de aire—. Creo que la han agredido.

—¿Está herida? —pregunté. Laura me lanzó una mirada asesina—. Quiero decir que si necesita primeros auxilios.

No sé por qué pregunté. Ninguno de los dos sabía administrar primeros auxilios.

De la mujer, que estaba en cuclillas a la entrada de una caravana, solo veía una rodilla blanca y ensangrentada. ¡Pobrecilla! Era horrible que alguien pudiera agredir a una mujer en cualquier circunstancia, pero que ocurriera durante un eclipse total de sol me parecía impensable. Era como volver a la Edad Media, cuando la gente aprovechaba el periodo de sombra para entregarse a todo tipo de excesos. ¡Qué insensatez, qué desperdicio!

Creo —y puede que de nuevo se trate de una idea concebida *a posteriori*, porque a partir de este punto las cosas se sucedieron tan deprisa que no tuve tiempo de reaccionar— que Jamie me desagradó al primer vistazo. Cuando le dijo a Laura que se tranquilizase, ella me miró buscando mi protección. Era la primera vez que hacía algo así.

—Si no has hecho nada malo, no tienes de qué preocuparte —le dije, intentando aliviar la tensión, pero él pareció tomárselo como una amenaza.

—¿Te importaría decir algo de una puta vez para que podamos zanjar este asunto? —gruñó él dirigiéndose a la chica, y me miró como buscando mi solidaridad.

Yo me limité a mirarlo fijamente. Llevaba la cámara colgada del hombro pero en ese momento no se me ocurrió utilizarla. Al contrario, me descubrí intentando memorizar sus facciones para el futuro retrato robot, y me chocó su aspecto. Los álbumes de fotografías policiales que se ven en la tele siempre muestran rostros patibularios, de mandíbula cuadrada y nariz rota. Me parecía inconcebible que pudiera haber en los archivos de la policía facciones como aquellas: una mandíbula tan infantil, una frente tan tersa. Arrugó el ceño, sin embargo, al darse cuenta de que en mí no encontraría un aliado.

—¡A la mierda! —exclamó, y se alejó con paso lento pero decidido.

Tenía la cara de un niño, pero no su constitución. Sus hombros eran el doble de anchos que los míos. Reconocí el físico engañosamente delgado del

piragüista: en Oxford abundaban. Cuerpos ligeramente hipertrofiados a expensas del cerebro. Yo, que ya me sentía fuera de mi elemento, me rezagué un poco más.

—¡Kit, no dejes que se vaya! —gritó Laura gesticulando frenéticamente—. ¡Ve tras él!

Aquello casi me hizo gracia. ¿Qué quería que hiciera? ¿Hacerle una llave? ¿Pelearme con él? Mientras le seguía por el laberinto de caravanas y furgonetas, intenté no pensar en las consecuencias que podía tener el que alguien como yo se enfrentara a un chalado rebosante de testosterona. Me haría picadillo. Luego pensé en Laura, me acordé de aquella rodilla temblorosa y manchada de sangre y esas dos imágenes parecieron fundirse. Descubrí que, al imaginarme a Laura como víctima, se encendía dentro de mí una llamarada turbia y que, a fin de cuentas, podía reunir las fuerzas necesarias para dar caza a aquel tipo.

Cuando le perdí de vista en la zona de acampada sentí una especie de alivio, pero un instante después vi de refilón una figura solitaria que avanzaba con cuidado, esquivando con paso casi cómico los vientos entrecruzados de las tiendas de campaña. Descorazonado, le seguí. Como era de esperar, me fui al suelo enseguida: tropecé con una cuerda y caí de culo estrepitosamente, como un payaso. Cuando volví a levantarme, Jamie estaba ya al otro lado del descampado, casi en la hilera de árboles. Más allá del seto había una muchedumbre no muy extensa pero sí compacta, y un instante después le perdí de vista.

El fracaso me dejó en suspenso unos instantes. De fondo se oía el sonido sempiterno del bajo y el parloteo de la multitud. La noria chirriaba al girar. Allí cerca, los pájaros cantaban a coro a aquel segundo amanecer y las hojas les chistaban suavemente, mandándoles callar. A mí, entre tanto, la sangre me atronaba los oídos. No sentía ningún alivio, solo una sensación de fracaso aplastante por haber decepcionado a la chica. De haber tenido rabo, habría vuelto con él entre las piernas cuando hice el camino de regreso sorteando tiendas de campaña.

Usando el coche de choque abandonado para orientarme, encontré por fin a Laura. Estaba de espaldas a mí, con el ceño fruncido y la vista fija en su móvil. La chica seguía agazapada en la puerta de la caravana, pero ahora tenía la pálida pierna estirada, dejando ver una playera gris muy raída, el contorno del tobillo y la curva de una pantorrilla que apenas un par de días antes se había entrelazado con mi muslo.

Lo primero que pensé fue que era una coincidencia espantosa, pero los

científicos sabemos que las coincidencias no existen. Sirviéndome de las pruebas que tenía ante mí, llegué a la única conclusión plausible: Beth me había (nos había) estado siguiendo y alguien la había seguido a ella, o la había sorprendido sola y había... Era una idea demasiado horrible. Aquella llama turbia volvió a agitarse, traspasando con su calor la superficie de mi culpa. Sentí el impulso suicida de abrazarla. Pero se me pasó. Durante unos segundos de generosidad se apoderó de mí el deseo instintivo de reconfortar a Beth, en lugar de asegurar mi supervivencia. Puede que no se impusiera, pero existió durante unos instantes. Y yo me aferré a esa certeza.

Delante de mí, Laura maldijo su teléfono y avanzó unos pasos.

Yo hice lo mismo, moviendo sin querer un montón de varillas de tienda de campaña que estaban tiradas en el suelo. Beth se volvió bruscamente para ver qué era aquel ruido. Nuestros ojos se encontraron, horrorizados al comprender lo que ocurría. Tenía la cara manchada de mocos, pero sus ojos estaban secos. «Ha venido aquí por mí», pensé. Laura se habría puesto furiosa si hubiera sabido que le había sido infiel, pero si además se enteraba de que había conducido a *aquello*... Cualquier posibilidad de decírselo se extinguió como un puntito de luz en la oscuridad. Caí de rodillas y susurré:

—Beth... —Ella me miró como si no me viera—. Pobrecilla. ¿Qué te ha hecho?

—Como si te importara —contestó, y se le quebró la voz.

—Claro que me importa, es solo que... —Señalé con la cabeza a Laura, que estaba a mi espalda.

Por fin había encontrado cobertura y, con el viento a su favor, su voz aguda, arrastrada por la brisa, me dejó claro que la situación se nos había ido de las manos mientras yo estaba ausente.

—Está traumatizada, casi no puede hablar. Yo diría que necesita una ambulancia. ¿Podría venir una agente femenina? ¿Y una doctora?

El arrebató de honestidad que se había apoderado momentáneamente de mí se extinguió con la misma rapidez con que había surgido. Estaba claro que de allí en adelante debían darse con condiciones irreconciliables. Teníamos que hacer todo lo posible por ayudar a Beth. Y teníamos que hacerlo sin que llegara a saberse lo que yo había hecho.

—Lo siento muchísimo, Beth —dije en voz baja, y solo entonces me di cuenta de que no estaba manifestándole mi compasión por lo que le había ocurrido, sino disculpándome por lo que me disponía a hacer—. Cuando llegue la policía, no puedes decirles lo que pasó la otra noche.

No se convive con una mujer como Laura sin tomar conciencia de ciertas cosas: de cómo desampara el sistema a las víctimas de violación, de las astutas estrategias de las que se sirven los hombres. Beth seguía mirándome fijamente con sus ojos de un verde oscuro. Yo ni siquiera sabía si me entendía.

—Ya sabes lo que quiero decir. Se harán una idea equivocada de ti.

Me estaba arriesgando, metiéndome en un atolladero aún más profundo. Cada vez tenía más cosas que ocultar, y sabía que a Laura le repugnaría más mi hipocresía que el hecho en sí.

—Estoy intentando ayudarte —le dije a Beth, y supe por cómo se crispaban involuntariamente sus labios que me estaba entendiendo—. Ojalá pudiera hacer algo.

A unos pocos metros de allí, Laura estaba dando la descripción del agresor a los servicios de emergencias. Rodeé corriendo la caravana y me acerqué a ella cuando estaba poniendo fin a la conversación. Al ver que estaba solo, achicó los ojos, enfadada. No intenté excusarme. Apenas me atrevía a hablar.

—Voy a sentarme con ella hasta que lleguen, a ver si consigo que hable —dijo.

Los segundos que siguieron estuvieron cargados de terror, una versión reconcentrada del terror que ha cubierto con una fina capa todos los días posteriores. No podía decirle que no sin delatarme, así que la vi desaparecer entre las caravanas y arrodillarse junto a Beth. Me imaginé su cara cuando se enterara de lo ocurrido. Nunca la había visto angustiada por la pena o el espanto, pero no me costó representarme sus facciones, sus ojos abiertos de par en par y su boca desencajada en un alarido. Supe entonces que no podría soportarlo. Y concebí una solución prodigiosamente sencilla. «Si Laura se entera de lo que he hecho, me mataré», me dije. «No podría soportar su reacción, y tampoco puedo vivir sin ella. Además, ya no querrá saber nada de mí». Fue como si hiciera aparecer por arte de magia una lámina de cristal para romper en caso de emergencia. Sentí una especie de serenidad. Curiosamente, sin embargo, no ideé ningún método de suicidio. Si imaginar los medios materiales es un primer paso hacia la acción, está claro que nunca tuve el valor necesario para llevar a cabo mi propósito. Aunque contemplara la idea del suicidio, mi instinto de supervivencia tenía otros planes.

Detrás de mí, las mujeres cuchicheaban. Yo tenía que encargarme de vigilar la llegada de la policía. Me situé junto al caballo de tiovivo roto, con su pintura amarilla descascarillada y sus ojos cuarteados, y adoptando una postura de portero de discoteca (los pies separados, los brazos cruzados sobre el pecho) me

preparé para oír el grito furioso de Laura.

Por suerte, la policía tardó solo unos minutos en llegar. Venían corriendo, con sus uniformes a franjas amarillas y negras. Laura se hizo cargo de la situación inmediatamente.

—Podrían haber mandado a dos mujeres —masculló en voz baja al pasar a mi lado.

Comprendí entonces que, fuera lo que fuese lo que le había dicho Beth, no se refería a mí. Sentí primero alivio; después, una culpa nauseabunda por sentir alivio y, finalmente, un amargo arrepentimiento. Esa pauta se ha repetido constantemente desde entonces. El silencio de Beth, pese a ser esencial para ambos, es una guillotina que pende sobre mi cuello. Aunque sea ella quien sostiene la cuerda, no puede soltarla sin quemarse las manos.

**LAURA**

21 de marzo de 2015

Wilbraham Road está hoy tan viva como anoche estaba muerta. Parece haber una furgoneta de albañilería por cada coche. En el jardín delantero de Ronni gira una hormigonera: bien. Así podré gritarle a Kit sin que se enteren los vecinos.

Me ducho y me doy aceite para las estrías en la barriga, aplicándolo en círculos. Me quito del pelo las últimas manchas de zumo rosa y me lo seco con el secador. Falta media hora para que llegue Kit. En el estudio, despliego delante de mí el pequeño dossier que Beth ha reunido sobre Jamie. Quito las grapas y extendiendo las hojas sueltas sobre la mesa como si la clave para entender este asunto estuviera no en su contenido sino en su alineación. Soy consciente de la ironía que supone que intente explicarle a Kit algo que yo misma apenas entiendo. La verdad, y el peligro, parecen cambiar con cada recolocación de las hojas.

Tengo que telefonar a Antonia Balcombe. Me gano la vida haciendo llamadas incómodas y hasta formo a personas para que lo hagan, y sin embargo no recuerdo que la idea de marcar un número me haya puesto nunca tan nerviosa. ¿Qué les digo a las personas a las que formo? Que solo te pones nerviosa si no sabes lo que vas a decir. Hay que tener preparado un guion, creerte tus motivaciones, tener claro cuál es tu objetivo. ¿Qué es lo que quiero de Antonia? Hago un listado al dorso de una de las hojas impresas de Beth.

- *Corroborar lo que dijo Beth, hasta qué punto es cierto lo que me ha contado sobre Jamie.*

- *Solidarizarme con ella / felicitarla por haber tenido el valor de abandonarlo.*
- *Cuando Jamie salga, tal vez podamos prescindir de intermediarios y que me mantenga informada directamente, prescindiendo de Beth.*
- *Proponerle un encuentro cara a cara. ¿Viene ella o voy yo a verla?*

El último punto de la lista es en realidad una advertencia contenida en una pregunta.

- *¿Cómo crees que está Beth? ¿Estabilizada?*

Llamo al fijo porque no quiero pillar a Antonia en la calle, tratándose de este asunto. El teléfono suena seis veces y luego se oye el chasquido y el chirrido de un contestador antiguo, de los de casete, de esos que pregonan el mensaje por toda la habitación. Se me hace un nudo en la lengua.

—Este es un mensaje para Antonia. —Por primera vez desde hace años, doy mi verdadero nombre—. Soy Laura Langrishe, de... —Estoy a punto de decir «del juicio», pero luego me doy cuenta de que tal vez estén escuchando sus hijos—. De Cornualles, de Truro. Yo, eh, ayer estuve hablando con Beth Taylor, aunque imagino que a estas alturas ya lo sabrás. Puede que estés esperando mi llamada. Hay muchas cosas de las que me gustaría hablar contigo.

¿Debo advertirle que no dé demasiadas confianzas a Beth? Me acobardo y, en lugar de hacerlo, le dejo mis números de teléfono, el del móvil y el de casa, y cuelgo, dejando el teléfono a mi lado sobre la mesa del ordenador.

Vuelvo a mirar el mapa de los eclipses de Kit. Ahora que ha completado su viaje, ya puede sustituir un hilo rojo por uno amarillo, formando una pequeña parábola al norte de estas islas. Se me ocurre clavarlo en el mapa, solo por entretenerme en algo, pero me lo pienso mejor. Privarle de ese ritual sería como abrir el calendario de adviento de un niño. Un arrebato de ternura se abre paso entre mi enfado, aumentando mi confusión. Quiero su ayuda. Quiero gritarle. Quiero que me abrace. Quiero empujarle por la escalera.

En el piso de abajo, las paredes y el suelo están limpios en su mayor parte, pero el cubo de la basura empieza a oler, un horrible tufo a fruta pasada, mezclado con el del caldo deshidratado. Añoro fugazmente mi falta de sentido del olfato anterior al embarazo y acarreo la bolsa de basura llena por el recibidor. Salgo a la puerta y la tiro al cubo de fuera. En total, tardo menos de cuatro segundos. Estoy de espaldas a la calle cuando siento una corriente de aire a la

altura del cuello, producto del desplazamiento de un cuerpo.

—¡Laura!

Beth choca contra mí y me empuja hacia la entrada con una fuerza que jamás podré igualar.

Tropiezo con el umbral y caigo de bruces, con la panza por delante, sobre las baldosas Milton.

**KIT**

8 de mayo de 2000

La mañana del juicio, me desperté aspirando una larga y ansiosa bocanada de aire, como si alguien me hubiera estado tapando la cara con una almohada. Me desorienté un momento al hallarme en una habitación tapizada en cretona, encima de un *pub*. Laura dormía, inquieta, a mi lado: la encarnación nerviosa e inocente de todo aquello que podía perder. Estábamos en el centro de Truro, pero fuera había tanto silencio que parecía increíble que aquello fuera una ciudad. ¿Dónde estaban los camiones de la basura? ¿Las sirenas? ¿Las peleas callejeras? Me quedé tumbado en la habitación del hotel, tan agobiantemente floral que me extrañó que no me diera alergia al polen, y deseé estar de vuelta en Londres.

Me inquietaba dejar solo a mi hermano. La muerte de nuestro padre había sido una liberación rayana en el anticlímax. O lo habría sido, de no ser porque Mac había tomado el relevo como si el viejo le hubiera puesto una botella en la mano. Estaba preocupado por él, y por Ling, y por la pequeña Juno, pero sobre todo estaba preocupado por mí mismo.

Me atravesó como una punzada el anhelo absurdo, pueril, de tener una varita mágica. Cuando era pequeño y mi mundo lo formaban mi familia, mi telescopio y un montón de novelas de Philip K. Dick, fantaseaba constantemente con las «Aventuras de Kit en sus viajes por el tiempo». Eran las fantasías habituales, desde matar a Hitler a ganar la lotería. Ahora, en cambio, sabía que, si tuviera el poder de viajar en el tiempo, retrocedería hasta el agosto anterior y cortaría el paso a Beth antes de que llegara a Lizard Point. Un solo momento de enajenación mental había minado por completo mi cordura. Me hacía revisiones

mensuales en una clínica especializada en enfermedades venéreas y seguí haciéndomelas absurdamente, como una superstición, incluso cuando ya era imposible que se manifestara cualquier infección que pudiera haberle transmitido a Laura.

Esa mañana, me quedé mirando en la penumbra el cuadro del naufragio que había en la pared y me pregunté dónde estaría Beth en esos momentos y si habría dormido. Tenía que haber revivido desde dentro aquella imagen nauseabunda que yo veía una y otra vez en mi imaginación: la de Jamie penetrándola por la fuerza. Al pensarlo, solté un gemido y Laura se removió en sueños, a mi lado. Le puse la mano en el hombro hasta que volvió a quedarse quieta.

La esperanza de que Beth guardara silencio respecto a nuestra noche juntos me oprimía dolorosamente el corazón. Me alegro de no haber sabido entonces lo impulsiva que era, o quizá se me habría parado del todo. Por dura que fuera la defensa con ella, confiaba en que Beth tuviera presente que mi reacción, momentos después de que Laura la encontrara, había hecho posible que se celebrara el juicio.

Me había pasado los diez meses anteriores temiendo recibir una llamada de la fiscalía informándome de que estaban al corriente de mi lío con Beth, de que ella lo había confesado en el último momento y de que solo haría falta que la defensa de Jamie diera un soplido para que sus argumentos se vinieran abajo estrepitosamente. Seguía temiendo que el asunto saliera a la luz durante el juicio.

Las variables a considerar parecían ser infinitas. ¿Se derrumbaría Beth durante el interrogatorio y les hablaría de mí? ¿Nos habría visto alguien? ¿Habían encontrado rastros de mi ADN en su cuerpo? Pelo, piel (nos habíamos acariciado por todas partes), semen. Ambos nos habíamos duchado al día siguiente, pero los fluidos corporales podían conservarse durante días dentro del organismo. Y aunque la policía no tenía muestras de mi ADN en sus archivos, estaba seguro de que, si mencionaban a un varón sin identificar, yo me delataría de algún modo, tal vez no en la sala del tribunal, pero sí delante de Laura. De noche soñaba que los abogados de la defensa me tomaban muestras mientras dormía y que me llamaban a declarar por sorpresa, examinando literalmente mi infidelidad al microscopio.

Solo al volver a Cornualles me di cuenta de que, si encontraban en su cuerpo rastros de otro hombre, aparte de Jamie, Beth también saldría perjudicada. Sabía por Laura que, aunque supuestamente no debían desacreditar a la víctima acusándola de conducta «relajada», eso no les impedía intentarlo.

La insistencia de Laura en que nos quedáramos en el juzgado aquel primer día

fue un calvario para mí.

El único alivio fue que Laura parecía tan enfrascada en el proceso que no se dio cuenta de que yo me había cerrado herméticamente. O, si se dio cuenta, atribuyó mi extraño comportamiento a la pena por la muerte de mi padre, una pena que de hecho ocupaba un lugar tan secundario en mi lista de prioridades que a veces dudaba de que fuera a interesarme por ella alguna vez. Sigo sin estar seguro de haberla afrontado.

Me esforzaba por hablar del caso porque quedarme callado habría parecido sospechoso, pero era como jugar al tenis con granadas de mano. Procuraba hablar de generalidades, acerca del concepto mismo de consentimiento, pero ni siquiera en esos momentos parecía capaz de acertar. Desde aquella semana, vivía como si sostuviera un vaso de agua en equilibrio sobre la cabeza. Puedes caminar sin derramar una sola gota si te concentras por completo en conservar el equilibrio. Ahora tengo tan interiorizada la idea de proteger a Laura que, en un plano emocional, soy capaz de bailar o de hacer volteretas sin verter ni una gota, pero en aquel entonces tenía que calcular y medir cada uno de mis gestos, y el resultado era una tensión física en la cara y los hombros que no tardó en convertirse en una parte tan intrínseca de mi ser como mi cabeza o mis manos.

El tercer día del juicio, cuando Fiona Price se puso en pie para interrogarme, estuve a punto de confesar en el acto para evitar el acribillamiento al que sin duda me iba a someter. Pero conseguí conservar la calma, y valió la pena hacerlo cuando me di cuenta de que sus desconcertantes preguntas tenían por objeto refrendar la historia de Jamie acerca de que llevaba drogas en los bolsillos. Más adelante, durante el juicio, creí haberme delatado cuando, al preguntarle el fiscal a la doctora si había encontrado restos de eyaculación al examinar a Beth, me eché hacia delante tan bruscamente como si me hubieran catapultado de mi asiento. Para mi mente paranoica aquello equivalía a una confesión, pero Laura se limitó a levantar los ojos al cielo con cara de fastidio y volvió a concentrarse en el interrogatorio.



**KIT**

31 de mayo de 2000

No conseguí quedarme a solas con Beth hasta la segunda vez que vino a visitarnos a Clapham, y fueron solos unos minutos de conversación atropellada mientras Laura se daba una ducha. Mi sucio secretillo se había quitado las playeras grises en la puerta del piso y estaba descalza frente a la cocina, removiendo lentamente unos huevos para acompañar el salmón ahumado y los bollitos de pan que ella misma había comprado. Me daba la espalda, muy derecha. Nada en su postura sugería que sufriera la angustia que a mí me pesaba sobre los hombros, tanto que, cada vez que me lavaba los dientes, me sorprendía no ver a un zombi encorvado en el espejo. Lejos de liberarme y permitirme seguir adelante con mi vida, el esfuerzo que había hecho por no perder la calma durante los meses anteriores al juicio había consumido mis reservas de disciplina para todo un año, y la vida londinense a la que tanto había ansiado volver empezaba a desmoronarse ante mis ojos. No dormía. Los estudiantes a los que supuestamente tenía que asesorar no me veían el pelo desde hacía semanas y, debido a mis constantes ausencias, el departamento me había enviado un apercibimiento por escrito. Mi madre había pasado de cuidar a un marido moribundo a preocuparse por un hijo que iba de mal en peor. Mac le había cogido dinero del monedero, había falsificado cheques en su nombre y vendido su ordenador. Yo solo le prestaba dinero porque no podía soportar que me robara.

—Beth —dije bajando la voz, a pesar de que se oía cantar a Laura desafinadamente entre el chirrido del ventilador del baño y el repiqueteo de la

lluvia en la cortina.

Me abrumaba ser consciente de que solo los amantes adúlteros suelen comprender la urgencia de esos instantes robados.

—Estoy seguro de que no van a revocar el veredicto. Es imposible que un comité judicial acepte la apelación.

(Había leído en internet que los jueces detestan las apelaciones porque suponen un cuestionamiento de su criterio y, si les quitas eso, ¿qué les queda? Al parecer solo hay una cosa que detesten más aún: el perjurio).

Beth cascó un huevo con una mano en el filo de la sartén. Pensé por un segundo que iba a hacer como que no me oía, pero apartó la sartén del fuego y me miró de frente, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Quieres decir que puedo seguir con mi vida como si tal cosa? ¿Que os deje en paz de una puta vez?

Su furia me recordó que debía andarme con pies de plomo.

—No es así como lo habría dicho yo —contesté, aunque era justamente lo que había querido decir.

La llama del quemador ardía, azulada, justo detrás de su codo, pero ella no parecía notarlo.

—Crees que voy a contarle lo nuestro —añadió.

Hice una mueca al oír eso de «lo nuestro». Habría preferido que dijera «lo que hicimos» o incluso «tu error».

—¿Y se lo vas a contar?

Antes de contestar, se limpió las manos en la falda con la actitud cansina de una criada de otra época. Si estaba jugando conmigo, no parecía estar disfrutándolo.

—Laura es prácticamente la única amiga que tengo ahora mismo —dijo llanamente—. O la única que entiende lo de Lizard Point. No puedo superar esto si no tengo a nadie con quien hablar. Contarle lo nuestro sería la manera más rápida de quedarme sola. Y necesito tener a alguien, ¿vale?

¿Cómo podía reprocharle que quisiera tener una amiga? Por enésima vez, sin embargo, deseé que esa amiga no fuera Laura, lo que equivalía a desear por enésima vez no haberle dado motivos para seguirme.

—Lo siento —dije.

—Ya me lo imagino —respondió. Intentó sonreír animosamente, pero le salió una sonrisa melancólica—. ¿Sabes qué es lo peor? Que eres la única persona con quien puedo tener una conversación completamente sincera. La única en el mundo que conoce toda la historia. Y no soportas verme. —Por fin apagó el gas

— Ya no te deseo, si eso es lo que te preocupa. Ahora mismo no estoy buscando novio, curiosamente.

Encajé aquella información. Casi ni me lo había planteado. Yo, desde luego, ya no pensaba en ella en esos términos. El riesgo podía haber sido excitante la primera vez, pero el peligro, al concretarse, había borrado por completo ese primer arrebatado de deseo visceral. Me preocupaba que Beth quisiera *ponerme en evidencia*, no que quisiera *tenerme*.

—No es eso lo que estoy diciendo —contesté.

Lo que quería decir era: «Si no tienes el suficiente dominio de ti misma para pensártelo dos veces antes de presentarte sin anunciar en nuestra casa, antes de agasajarnos con regalos carísimos y desproporcionados, antes de abusar así de nuestra hospitalidad, si no tienes ni siquiera esa discreción elemental, ¿cómo voy a confiar en ti en lo que de verdad es importante?». Aquel era el tipo de embrollo que Laura habría podido destilar en una sola frase concisa, pero a mí lo único que se me ocurrió fue:

—Seguro que entiendes por qué estoy incómodo. Lo que... pasó se te escapará en algún momento, durante una de esas charlas tan profundas y trascendentales que tenéis. Deberíais prescindir del vino las dos.

Ella se encogió de hombros.

—No sé qué decirte a eso, pero de momento no se me ha escapado. —De pronto pareció incómoda—. ¿Sabes?, se nota que lo vuestro es sólido. Al día siguiente de lo que pasó te dije que no quería estropearle su relación de pareja a nadie. No puedo cambiar lo que pasó, pero lo que sí puedo hacer es mantener la boca cerrada. —Me miró lentamente de la cabeza a los pies, pero no había nada de insinuante en su mirada—. Vas a tener que confiar en mí, ¿vale?

Supe, porque yo también lo hago, lo que intentaba hacer. Acotar el problema. Ponerle límites. Seguir viviendo de espaldas a él. Para mí estaba resultando muy duro, y eso que yo era (o había sido) un hombre disciplinado y ultrarracional. ¿Cómo iba a dominar ese arte una chica traumatizada y hecha polvo como Beth? Unos puños invisibles estrujaron mis pulmones. Aquello no podía continuar.

—Kit —dijo pacientemente—, la gente guarda secretos peores que este constantemente.

—Yo no. La gente como yo, no —dije clavándome el pulgar en el pecho para enfatizar mis palabras, y por fin pude volver a respirar.

—Sí, la gente como tú también —replicó en tono acerado—. Gente exactamente igual que tú. Niños bien educados que meten la pata constantemente y que luego mienten para ocultarlo. ¿No te habías dado cuenta

aún?

Aquel arrebató de indignación dio rápidamente paso a las lágrimas. Volvíamos a estar en el juzgado. En el descampado del festival. No habría podido llevarla más al límite ni aunque hubiera sabido qué decir.

—Lo siento —dije.

—Yo también. —Volvió a concentrarse en la sartén.

El ventilador dejó de zumbar y Laura salió de pronto del baño. Un penacho de vapor perfumado se mezcló con las vaharadas con olor a mantequilla que despedía la sartén.

—¡Huele de maravilla! —exclamó Laura mientras entraba en el dormitorio cubierta solo con una toalla.

Había gruesas gotas de agua sobre sus hombros delgados. La ternura que yo había sentido momentáneamente por Beth pasó de golpe a Laura.

—Por favor, Beth —dije cuando volvimos a quedarnos solos—. Por favor, deja en paz a Laura.

Tenía la sensación de que iba a quedarse en mi casa para siempre. Y sabía que no podría soportarlo.

—No puedo —contestó con auténtico pesar, como si fuera algo que no dependía de ella.

Comprendí entonces, acongojado por la pena, que no me quedaba más remedio que tomar cartas en el asunto.

Agosto de 2000

Apenas un año antes, daba por sentado que mi ancha vida seguiría expandiéndose como hasta entonces. Tenía tras de mí un expediente académico brillante y, por delante, una carrera estelar y el sueño imposible: una chica preciosa a la que querer y con la que compartir mis viajes. Desde lo de Cornualles, sin embargo, la pauta se había invertido y mi vida iba estrechándose cada vez más, hasta alcanzar el punto de crisis. Dos imágenes igual de terribles ocupaban continuamente mis fantasías, llenando los momentos de reposo como un salvapantallas que se deslizara por el monitor de mi portátil. La primera era la cara de Laura al descubrir lo mío con Beth, mi pesadilla adulta, equiparable a aquella ilustración de un libro infantil que la aterrorizaba de pequeña. En la segunda imagen aparecía yo solo en aquel piso, sin las cosas de Laura, contemplando el agujero negro de mi futuro.

Ahora creo que, de hecho, estaba sufriendo en silencio una crisis nerviosa. Una lenta fuga de la cordura, de la integridad moral, incluso de la inteligencia. A menudo no entendía los trabajos de mis estudiantes que, cada vez con mayor frecuencia, dejaba sin corregir. Entraba en una habitación y olvidaba qué había ido a hacer allí. Salía a comprar un litro de leche y me quedaba paralizado delante de la nevera del Seven Eleven, y luego volvía a casa con una barra de pan. Empecé a dar paseos de ocho horas y a fingir que estaba en la universidad. De vez en cuando acompañaba a Laura hasta el trabajo y luego cogía el metro y regresaba a casa para poder llorar a gusto. Aquellas sesiones de llanto, a solas en nuestro piso, podían durar el día entero. Dolían mucho internamente, como si placas tectónicas desconocidas hasta entonces se separaran para formar nuevos continentes en mi interior. Entre tanto, vigilaba el reloj con ojos enrojecidos, listo para volver al centro de la ciudad y acompañar a Laura de vuelta a casa.

Deseaba tanto librarme de Beth que me refugié de nuevo en mis fantasías infantiles. Pero, en vez de viajar en el tiempo, hacía desaparecer a Beth, la teletransportaba o la enviaba a una dimensión paralela. A un nivel más terrenal, imaginaba que le ofrecían un trabajo que no podía rechazar. En Nueva Zelanda, por ejemplo. Y quizá encontraba una nueva amiga en el trabajo, o en su edificio. Quizá (y esta era la idea más extravagante y disparatada de todas), quizá sencillamente se hartaba de Laura. No quería que lo pasara mal. Tenía muy presente cuánto había sufrido ya. Pero, mientras tanto, su amistad se hacía cada día más profunda. A menudo, al volver a casa, me encontraba a las dos únicas mujeres con las que me había acostado enfrascadas en una comunión tan íntima, tan femenina, que yo no podía tener esperanza alguna de llegar a comprenderla. Me sentía descoyuntado, sometido al tormento del potro, dividido entre el deber de ver y apoyar a Mac y mis ansias desesperadas de quedarme en casa y vigilar a Laura y Beth.

Pensaba constantemente en cómo darle a Laura un ultimátum, y era consciente de que no podía hacerlo. Me asustaba la respuesta. No dejaba de repetirme mentalmente sus palabras: «Te comportas como si tuviera que elegir entre ella y tú». Laura nunca había dicho que yo tuviera las de ganar. La única forma de que renunciara a Beth era que la propia Beth la ahuyentara de su lado. Y eso no iba a ocurrir sin más.

Vi un destello de esperanza cuando Beth nos regaló la fotografía. Mientras la miraba, angustiado, pensé: «Después de esto, Laura va a poner tierra de por medio». Fue una indiscreción que ni yo mismo habría planeado mejor. Me dije: «Laura no va a tolerarlo, seguro». Me preparé, en cualquier caso, para la

confrontación, preocupado porque se produjera un estallido y, al darse cuenta de que estaba a punto de perder a Laura, Beth soltara la verdad de repente. Pero la confrontación no llegó a producirse. En lugar de sentirse horrorizada por aquella muestra de voyerismo, a Laura le encantó la fotografía. Yo ya estaba acostumbrado a dominarme, pero aun así me sorprendió la templanza que demostré ese día al darle la razón a Laura cuando dijo que era una foto preciosa. Recuerdo que ella llevaba el pelo recogido y que se lo agarré con tal fuerza que, de haber sido otra parte de su cuerpo, habría gritado de dolor.

Si Laura había bajado la guardia hasta el punto de que aquello le parecía aceptable, no había forma de predecir qué podía hacer Beth a continuación, qué era capaz de decir. Aquel era al mismo tiempo mi mayor miedo y mi motivación más poderosa. Llegué a un punto crítico el día en que se le escapó sin querer que había ido a Lizard Point haciendo autoestop.

—¿Tienes idea —dijo Beth— de lo que ha sido estar con vosotros todo este tiempo y tener que morderme la lengua constantemente?

Laura palideció. Puede que percibiera mi terror íntimo. Después de que Beth se fuera hecha una furia, salí al balcón y me agarré a la barandilla para no caerme al suelo.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Laura cuando oímos cerrarse el portal.

Beth cruzó la calle alejándose del parque, camino del metro.

—Al parque, está cruzando entre los árboles —dije.

Esperé a que Laura se hubiera ido, luego me guardé la cartera en el bolsillo y bajé las escaleras tan deprisa que me pareció que volaba. Tenía el tráfico en contra: los conductores londinenses no estaban dispuestos a renunciar a sus acelerones de diez segundos entre semáforo en rojo y semáforo en rojo.

Perdí unos segundos preciosos metiendo mi abono de metro en la ranura. Cuando llegué abajo, Beth estaba en el andén y la corriente sulfurosa de un tren que entraba en la estación hacía ondear su pañuelo. La alcancé cuando se abrieron las puertas y, al agarrarla del brazo, el susto de aquel contacto inesperado convirtió en hierro su carne suave. Era la primera vez que nos tocábamos desde aquella noche en Cornualles.

—Espera —jadeé—. Por favor, espera.

Probó a desasirse con un leve movimiento hacia delante y luego se dio por vencida.

Nos quedamos allí parados, entre la estela gaseosa del tren que se alejaba hacia Edgware. Durante unos instantes fuimos los únicos ocupantes del estrecho andén. El foso de las vías se abría tentadoramente a nuestros pies. Sería tan

fácil...

—¿Sabes cómo me siento por tener que mentirle a Laura? —preguntó ella, sacándome de mis pensamientos—. Claro que lo sabes.

Dejó que la condujera a un banco. Cuando me senté, estábamos los dos temblando.

—Que se entere solo empeoraría las cosas —dije—. Y ya hace mucho tiempo que guardamos el secreto. No es como si hubiera pasado ayer. Llevas mintiéndole desde que sois amigas. Le romperás el corazón si se lo dices. Y tú tienes tan pocas ganas como yo de que eso pase.

—Pero es que es muy duro vivir con esta mentira. No sabía que sería tan agotador.

—Beth... ¿Estás amenazando con decírselo?

Llegó un tren. Beth subió a él sin contestar a mi pregunta.

—La verdad es que no sé cómo lo haces tú —dijo desde las puertas.

¿Era una amenaza? No lo sabía. Solo sabía que no podíamos volver a verla. Estaba todo demasiado a flor de piel. Se había activado la cuenta atrás para mi destrucción. La vi claramente: dígitos rojos sobre una pantalla negra, retrocediendo rápidamente hacia el cero, igual que en el juicio, solo que entonces el tiempo avanzaba siempre hacia delante. Ya no se trataba de que pudiera confiar o no en que Beth guardara silencio, sino de escapar de aquella situación o perder a Laura para siempre.

Vi pasar tantos trenes sin montarme en ninguno que bajó un guardia de arriba para ver si me encontraba bien. Creo que pensó que estaba pensando en suicidarme. Y puede que tuviera razón.

Aquella noche fue la primera vez que lloré delante de Laura. Que lloré de verdad, sin poder refrenarme. Ella no pudo disimular su horror a tiempo. Si no hacía algo, si no se me ocurría pronto una solución, su compasión se convertiría en desprecio y la perdería de todos modos.

Mi momento eureka llegó al fin cuando Laura estaba dormida y aquella vela solitaria titilaba sin cesar. Enfurecido por el atolladero en que nos hallábamos por mi culpa, me dieron ganas de coger la vela y arrojarla al otro lado de la habitación. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea. Toda la vida me habían dicho que no tenía imaginación, pero la idea del cristal roto fue tan vívida y repentina, y aparentemente tan ajena a mí, como una imagen que se descargara en la pantalla de un ordenador.

Tengo que decir en mi defensa que nunca me pareció razonable, solo necesario. Si se me hubiera ocurrido otra manera de arrancar a Laura de las

garras de Beth sin lastimar a ninguna de las dos, la habría elegido. Pero no se me ocurrió una idea mejor. No se me ocurrió ninguna otra idea. La zumbante luz de neón del estrés había empezado a derretirme el cerebro. Mientras Laura dormía, bajé al portal, rompí el cristal fuera, en la acera, y luego, con mucho cuidado, introduje los trocitos por el buzón. Laura sin duda encontraría paralelismos entre aquella agresión y lo que Beth le había hecho al coche de su amiga y, si no los encontraba, había ya base suficiente para que yo mismo la condujera a esa conclusión.

Pasé el resto de la noche bebiendo un café tras otro delante del ordenador. Dispuse de toda la noche para cambiar de idea, pero la insensatez que se había apoderado de mí la noche que conocí a Beth parecía haberse convertido en una fuerza externa que dictaba todas mis acciones. Me había fijado en que Laura había adquirido la costumbre de bajar al portal descalza y, dado que lo que yo intentaba era protegerla, no podía permitir que se cortara. Esperé a que dieran las diez para bajar. En el felpudo no había ninguna carta, solo los trozos de cristal sucios que había metido por la ranura del buzón unas horas antes. Elegí el más largo y lo puse con la punta hacia arriba.

Cerré los ojos, apreté los puños y lo pisé lo más fuerte que pude, iniciando así mi penitencia.

**LAURA**

21 de marzo de 2015

Mis codos amortiguan la caída, llevándose la peor parte. Dos punzadas de dolor me suben por los brazos y se funden en una sola a la altura de los omóplatos. El impacto de mi barriga contra el suelo es relativamente suave. Lo peor, una especie de vaivén que noto dentro. Demasiado anonadada para gritar, ruedo de lado y me descubro mirando con los ojos desencajados unos náuticos de hombre de piel marrón. Dejo que mi mirada se deslice hacia arriba. Calcetines rojos. Chinos beis. Una camisa floreada con cuello y puños a rayas. Su cabeza se recorta contra la luz del recibidor, el cabello fino formando una tenue aureola. No necesito verle la cara para saber quién es.

—No es lo que parece —dice Jamie.

¿Es consciente de que eso mismo dijo en Cornualles?

Nos quedamos los tres paralizados un momento: yo en el suelo, él cerniéndose sobre mí, Beth atrapada entre los dos, con el cabello alborotado sobre la cara y el cuello. Escudriño a Jamie intentando adivinar sus intenciones. Parece el mismo, aunque algo cambiado. Tiene el cuello más grueso y cierta flacidez alrededor de los ojos, como todos. La cárcel no le ha despojado de ese aire de riqueza, pero la ropa comprada por su mujer le da un aire menos duro.

—Laura, yo... —comienza a decir Beth, pero la mirada que le lanza Jamie la hace incorporarse atropelladamente igual que, hace años, Antonia cambió de asiento en el juzgado obedeciendo a una señal suya.

Me asalta la idea espantosa de que están compinchados. De que todo lo que pasó ayer (las notas, Antonia, el *pub*) era una trampa muy retorcida. No debí

abrirle la puerta. No debería haber vuelto a casa.

—Fuera de mi casa —digo.

Jamie cierra la puerta de una patada y estira un brazo para poner la cadena.

—Vamos, siéntate —dice tendiéndome la mano.

Si solo tuviera una grabación de su voz en la que basarse, concluiría que está preocupado. Ignorando su mano, apoyo las palmas en el suelo y me incorporo trabajosamente y, con las piernas separadas, me palpo la tripa intentando notar algún movimiento en su interior. Uno de los bebés da una patada, y el otro le sigue. Aparte del dolor en las articulaciones, me encuentro... bien. Intacta, físicamente al menos.

—Arriba las dos —ordena.

Mientras me apoyo en la barandilla de la escalera para levantarme, veo un destello de color y entonces comprendo por qué Beth obedece sus órdenes. El cuchillo que Jamie empuña junto a su costado es corto de mango pero largo de hoja, un reluciente espejo metálico que refleja el cristal emplomado de la puerta y proyecta destellos caleidoscópicos por las paredes. Su mano parece tan firme como su voz cuando añade:

—Ya está, Laura. No ha pasado nada.

Beth me habla en un susurro a pesar de que él está más cerca de ella que de mí.

—Lo siento muchísimo, no sé qué está pasando, no debería haber salido aún...

—Vamos a algún sitio un poco más cómodo, ¿de acuerdo? —dice él afablemente, paseando la mirada por mi casa como un agente inmobiliario tomando medidas—. En tu estado tienes que estar cómoda. ¿Dónde está la cocina?

No puedo evitar, claro, que mis ojos se dirijan hacia el corto tramo de escalones. A punta de cuchillo, él obliga a Beth a apartarse de la puerta y a avanzar por el pasillo.

—Si hacéis el favor, por aquí —dice, y luego añade—. ¡Vaya caras! ¡No os preocupéis! Solo vamos a resolver un asuntillo que tenemos pendiente.

Habla en el mismo tono que usó al principio en Lizard Point: campechano y autoritario. Todo va bien mientras él tenga la sartén por el mango. Pero si pudiera controlarse, no estaría aquí. Sé por experiencia lo rápidamente que puede pasar Jamie Balcombe de una faceta de su yo a la otra, y esa certeza afila la hoja del cuchillo.

Avanzo de costado, muy despacio, sin apartarme de la pared y bajo del mismo

modo los cinco peldaños que dan a la cocina, con el teléfono a la espalda, tratando de adivinar en el teclado virtual dónde pueden estar los nueve. Pero ni siquiera puedo desbloquearlo a ciegas y de todos modos Jamie no me quita ojo.

—Gracias —dice cuando estamos los tres en la cocina.

Extiende la mano libre como un maestro confiscando un chicle y yo agarro instintivamente el teléfono con más fuerza. Aprieta el cuchillo contra el costado de Beth. Al oír su grito ahogado, tiro el teléfono sobre la mesa de la cocina. Jamie deja su teléfono al lado del mío y se saca del bolsillo el de Beth. Alinea los tres sobre la mesa de formica, con la pantalla hacia arriba, como una hilera de losetas relucientes. El mío parece viejo y estropeado al lado del de Beth, que es grande y elegante, y de la BlackBerry de Jamie.

¿Piensa violarnos? ¿Matarnos?

Conozco esta cocina, puedo moverme por ella con los ojos cerrados. Ahí está el taco de los cuchillos, al otro lado de la habitación, fuera de mi alcance. Me angustia que estén tan a la vista, pero también sé que hay un cuchillo de carnicero en el cajón, detrás de mí, y un martillo para carne en el bote de las cucharas de madera. Sujetando la puerta hay una anticuada pesa de diez libras que podría servirme de maza si pudiera agacharme a cogerla. Tengo a mi alrededor toda clase de armas homicidas y sin embargo Jamie lleva ventaja. Solo hace falta un cuchillo.

El minuterero del reloj de la cocina sigue marcando el paso del tiempo. Kit llegará en cualquier momento, pero eso no me alivia. Sé que haría cualquier cosa por protegerme. Y también sé, desde lo de Lizard Point, que este tipo de situaciones no son su fuerte.

No me planteo darle una patada a Jamie y sin embargo veo que mi pie se levanta, directo a su entrepierna. Apunto bien, pero él se aparta en el último momento y, en lugar de asestarle un golpe incapacitante en las pelotas, le doy en el muslo. Con el golpe deja caer el cuchillo, lo que está muy bien, pero yo quería que se cayera él y, antes de que el cuchillo llegue al suelo noto un estallido de dolor en la cabeza. El golpe que me da en la oreja izquierda es tan fuerte que el dolor parece proceder de dentro de mí. Me tambaleo y choco contra la pared. El cuchillo parece deslizarse de nuevo por el suelo y, de nuevo, la vista me juega una mala pasada. La habitación se ladea ligeramente, vuelve a enderezarse justo antes de que yo acabe de caer y luego se ladea otra vez. Cuando las imágenes que dan vueltas por mi cabeza vuelven a juntarse, veo que el cuchillo está al otro lado de la cocina, con la hoja metida debajo de la nevera, y que Jamie ha sacado otro del taco, el doble de grande que el anterior. El preciado cuchillo Sabatier de

Kit. Se lo compré el año pasado para celebrar nuestros catorce años de casados, las bodas de acero. Con un Sabatier se puede cortar hasta cartílago. Lo llevamos a afilar hace un par de semanas. Seguramente se podría hacer una operación quirúrgica con él.

—¿Qué le has hecho? —pregunta Beth.

El dolor de la oreja me atraviesa el cuello y me llega hasta los dientes. Oigo su voz distorsionada. ¿Tengo el tímpano perforado? Toco con la lengua una muela suelta, pero no noto sabor a sangre, solo un dolor rítmico y ardiente.

—Siéntate, por favor.

El cuchillo que empuña Jamie parece tan quieto como si estuviera paralizado en el aire, envuelto en cristal grueso. Cuando Beth se desliza detrás de la mesa, él se mete la otra mano en el bolsillo de atrás y saca varias hojas de papel impreso que se desdoblán al caer sobre la mesa.

—Tú también, Laura, por favor —dice—. Beth, mantén las manos debajo de la mesa.

—Yo ya no quepo —contesto con voz suplicante.

Al mover la mandíbula para hablar, se me pinza el nervio herido. Recuerdo entonces lo que le hizo a Antonia. Es su golpe característico.

Él me mira de arriba abajo.

—Seguro que puedes.

Me apunta a la barriga bajando un poco el cuchillo, y no necesito que insista. Les pido perdón en silencio a mis gemelos mientras me siento trabajosamente en el banco de la mesa. Hay una salpicadura de caldo de pollo de ayer que debí de pasar por alto cuando limpié la mesa. A los tres segundos de estar sentada en esta postura, empieza a contraérseme la espalda. ¿Cuánto tiempo piensa tenernos así? Aquí no hay nada que pueda usar para defenderme. Los teléfonos confiscados, con la pantalla en reposo, están fuera de nuestro alcance.

—Las manos debajo de la mesa, Laura —ordena.

De nuevo, solo puedo obedecer. Al poner las manos sobre el regazo, me doy cuenta de que no me pican los brazos. Noto la piel normal. Es como si hubiera atravesado la preocupación como una bala y hubiera salido por el otro lado. Tiene su lógica, aunque sea una lógica espantosa. El picor estaba asociado a la tensión de temer siempre lo peor. Ahora que lo peor ha ocurrido, es demasiado tarde para que se active el sistema de alarma. Incluso la angustia me ha dado por perdida.

Al hallarme cara a cara con Beth, veo horrorizada que tiene el cuello blanco rodeado por una marca roja. La huella de una hebilla se distingue claramente

bajo la punta de su mentón. Se da cuenta de que lo he visto.

—Me ha obligado a conducir —dice, y con eso basta.

Me la imagino con un cinturón enlazado al cuello y sujeto al reposacabezas.

—Estaba en casa de Antonia cuando he llegado.

Me espanta imaginarme la escena: el cómodo hogar familiar de los Balcombe allanado y masacrado por su antiguo señor. Mi mensaje resonando en una habitación salpicada de sangre. Beth adivina lo que estoy pensando y niega con la cabeza.

—Ya se habían marchado —dice para tranquilizarme.

La imagen cambia, haciéndose menos siniestra, y veo esa misma habitación imaginaria con una puerta trasera batiendo al viento y unos juguetes abandonados en el jardín.

—Antonia me mandó un mensaje para avisarme de que estaba allí, pero ya era demasiado tarde.

No consigo ordenar la sucesión temporal de los hechos en mi cabeza.

—Olvidaos de Antonia —dice Jamie—. Tenemos que ponernos manos a la obra. Con tres hojas para cada una debería bastar, de momento.

Nos hace una seña para permitirnos sacar las manos de debajo de la mesa y nos repartimos las hojas entre las dos. No sé qué se propone, pero decido estropear mi papel. Si se nos acaba, uno de nosotros tendrá que subir al estudio a sacar más de la impresora. No puede obligarnos a subir a las dos juntas por dos tramos de escalera. Intento hacérselo entender a Beth, pero tiene la mirada perdida, desenfocada.

Su teléfono vibra y la pantalla se ilumina.

—¡Las manos debajo de la mesa! —grita Jamie.

Obedecemos. No necesito las manos para leer. En la pantalla aparecen dos mensajes, uno detrás del otro. Leo el primero.

*¿Dónde estás?*

*Jamie ha salido dos días antes de lo previsto y ya se ha ausentado sin permiso.*

*Los de la condicional lo han liado todo.*

*NO VAYAS A MI CASA.*

El segundo mensaje ha pasado de la advertencia al pánico.

*HE LLAMADO A TU PISO.*

*SARA ME HA DICHO QUE IBAS PARA MI CASA.  
NO VAYAS!!!  
POR AMOR DE DIOS, BETH, LLÁMAME.*

Jamie tiene los ojos fijos en el teléfono.

—¿Quién es Sara? —le pregunto a Beth sin emitir sonido mientras él está distraído.

—Mi compañera de piso —contesta de la misma manera.

Fue Sara quien contestó cuando llamé al hijo.

Diez segundos después, la pantalla vuelve a iluminarse.

*Le he contado a la policía lo que había dicho Jamie de ti, se lo han tomado en serio y van a asegurarse de que estás bien. Por favor llama, estoy muy preocupada.*

Jamie coge el móvil, lo tira al suelo y lo pisotea con el talón mientras nos mira fijamente, como desafiándonos a decir algo. En medio de la desesperación surge un rayito de esperanza: calculo que la policía podrá localizar su teléfono. Ya se habrán puesto en marcha. He visto suficientes programas de televisión como para saber que también pueden localizar su coche. Aunque ahora esté aparcado fuera, encajado en una estrecha plaza de aparcamiento londinense, en el trayecto habrá pasado por un sinfín de cámaras de seguridad. Podrán acotar el área de búsqueda a la zona de North London. Además, le habrán puesto una multa de aparcamiento. En este barrio eso lo llevan a rajatabla. Puede que eso haga saltar alguna alarma. Creo que Antonia podrá decirles el resto. Es posible que ya estén de camino. Luego, sin embargo, se me encoje el corazón al darme cuenta de que Antonia les habrá dicho que localicen a Laura Langrishe y Kit McCall. Si no encuentran el coche, podrían tardar días en dar con nosotras.

Jamie vuelve a sacar a relucir su encanto.

—Bueno, vamos a seguir el mismo orden que en el juicio —dice—. Tú primero, Beth. ¿Cómo quieres hacerlo? Puedes escribir la verdad por primera vez en tu vida, o puedo dictártela.

—Ya dije la verdad —contesta enfadada.

Yo grito de frustración para mis adentros. ¿Por qué no miente? Nada de lo que escriba aquí puede tener valor probatorio ante un tribunal. Lo mismo daría que escribiera una redacción acerca de la abducción alienígena.

—No puedo hacer esto —dice.

Mira un momento mi tripa y aparta los ojos. Aunque antes estuviera deseando joderme la vida, no puede querer hacerles daño a mis niños. Zorra descerebrada, ¿por qué no hace lo que le mandan?

En el reloj, el minuterero tapa la manecilla de la hora: son las dos y diez. Fuera no hay nada que pueda avisar a Kit del peligro que acecha dentro. Se llevará un susto mayor que Jamie. Pero Jamie es menos dueño de sí mismo.

**KIT**

21 de septiembre de 2000

Con lo del cristal roto me salió el tiro por la culata. En lugar de cortar de raíz con Beth, Laura quiso hablarlo con ella; comprender por qué lo había hecho. Debería haber previsto que esa sería su reacción: intentar ayudar a su amiga. Yo había cometido un error de cálculo gigantesco, había elevado las apuestas y me había pillado los dedos: a poco que volviesen a hablar, ambas descubrirían que les estaba mintiendo. Eso, claro está, significaría el fin de todo. A la mañana siguiente de cortarme con el cristal, bloqueé el número de Beth en el móvil de Laura, pero respecto al teléfono fijo no podía hacer gran cosa, salvo procurar que Laura no se quedara nunca sola en el piso.

A esas alturas, yo estaba ya medio enloquecido. Hacía más de un mes que no conseguía dormir más de cuatro horas seguidas. Mi nuevo *hobby* consistía en quedarme despierto en la cama hasta que Laura se dormía y luego encender el portátil, abrir un documento en blanco y trazar un plan de acción. Siempre empezaba del mismo modo:

*Objetivo:*

*Escapar de Beth sin que haya enfrentamiento.*

*Método:*

*Que Beth haga algo peor.*

*Irnos del piso sin avisar. ¿Quedarnos en casa de Ling? ¿Con mi madre?*

*Si no, pedir un préstamo para pagar dos alquileres.*

### *Cómo convencer a Laura:*

...

Era imposible. La pantalla, igual que mi mente, permanecía en blanco.

Tal vez lo más perturbador de mi nueva rutina nocturna era que, a falta de un plan, a menudo me descubría escribiendo una confesión. Nunca era un gesto consciente. De repente salía de mi estupor y me daba cuenta de que había rellenado media página contando con detalle mi noche con Beth. Nunca era capaz de leerla. Mantenía pulsada la tecla de borrado y veía cómo iban desapareciendo las palabras. Luego cerraba el portátil y volvía a la cama, y un par de horas después me despertaba angustiado, con el convencimiento de haber guardado el documento y haberle puesto un título incriminatorio. Ni siquiera me calmaba al recordar que Laura nunca tocaba mi portátil. Tenía que volver a encenderlo y revisar todos los archivos buscando algo inexistente.

Cuando Beth llamó por fin, me quedé junto a Laura, que puso el teléfono en manos libres. Nos alegró saber que habían desestimado la apelación. Por fin éramos libres. Se había acabado nuestra condena. Me dieron ganas de coger el teléfono y estrellarlo contra la pared, pero solo pude escuchar horrorizado mientras la conversación de las chicas —la primera que mantenían desde el incidente del cristal— descarrilaba y se precipitaba hacia el conflicto, y, por tanto, hacia mi inevitable desenmascaramiento.

—¿Podemos salir a cenar para celebrarlo? —preguntó Beth. Conociendo la historia al completo, era lógico que estuviese confusa—. Invito yo. Para daros las gracias por todo lo que habéis hecho por mí.

Laura se quedó callada mientras el peso de mi corazón se duplicaba. Tenía que impedir que siguieran hablando. Moví el pie para recordarle a Laura lo que había pasado. Al bajarlo, pisé un cable suelto y de pronto, inopinadamente, se me ocurrió la solución. La idea brilló de pronto, verde como una señal de SALIDA en medio de un cine a oscuras.

—¿Eso es todo? —preguntó Laura—. ¿Vamos a salir a cenar y ya está, después de lo que pasó la última vez? No nos despedimos muy amigablemente que digamos.

Moví el pie unos centímetros hacia la izquierda y con el dedo gordo enganché el cable del teléfono (por lo menos, estaba seguro casi al cien por cien de que era

el cable del teléfono). Desde donde estaba veía que la conexión a la roseta de la pared estaba casi suelta.

—¿Qué quieres que te diga?

El desconcierto de Beth se estaba convirtiendo rápidamente en irritación. Pisé con fuerza, confiando en que se cortara la llamada.

—Para empezar, podrías disculparte —dijo Laura, también enfadada.

Joder. Intenté echar un vistazo a los cables sin que se notara. Traté de moverme sin que pareciera que me movía. El pulso me latía tan fuerte en la cabeza que tenía la sensación de que el cuello y las muñecas se me hinchaban cada vez que me latía el corazón.

—¿Disculparme yo contigo? —replicó Beth.

Desplacé un poco el pie a la izquierda y lo intenté otra vez.

—¡Me ha colgado! —exclamó Laura.

No tuve tiempo de disfrutar de aquel respiro. Antes de que Laura pudiera comprobar si había línea, le quité el teléfono de la mano como si me dispusiera a tranquilizarla y lo colgué suavemente.

—Quizá deberías calmarte un poco antes de volver a llamarla —dije—. Te tiemblan las manos.

Puse cara, voz y cuerpo de póquer: haciendo un esfuerzo, intenté que no se me moviera una ceja ni un dedo del pie. Sabía que Laura no dejaría pasar más de un día o dos sin volver sobre el asunto. Repasé mentalmente los errores de Beth (los regalos, las fotografías, su puta manía de presentarse en casa constantemente) y me dije que lo único que estaba haciendo era edificar sobre los cimientos que ella misma había cavado. Lo que Beth había empezado, lo terminaría yo esa misma noche.

A las tres de la madrugada es cuando Londres está más tranquilo. El mundo parecía haber enmudecido cuando me agaché en el descansillo del tercer piso con un viejo mechero de Mac en una mano y una vela de cincuenta pavos en la otra. Beth había estado sola en nuestro piso al menos una vez, el tiempo suficiente para hacer una copia de la llave y dejar la original en su alcayata. Si le sugería a Laura que eso era lo que había ocurrido, no me costaría convencerla de que era hora de cortar todo vínculo con ella.

El gas rozó la piedra del mechero y la llama prendió, dorada. Subí las escaleras sin hacer ruido, con el corazón en un puño. Si se me hubiera ocurrido una forma de librarme de Beth sin hacer daño a nadie, habría optado por ella. Sin

pensármelo dos veces. Pero no se me ocurrió una idea mejor. Mi tipo de inteligencia no era el más indicado para esas cosas, y lo hice lo mejor que supe. Eché una última mirada atrás, vi la llamita en el rellano del tercer piso y doblé la esquina, adentrándome en la oscuridad.

Confiaba en que el olor a Rosas de Terciopelo subiera por la escalera y despertara a Laura. Si no, esperaría media hora, más o menos, el tiempo justo para que pareciera que Beth se había ido hacía rato. Luego bajaría con Laura y juntos encontraríamos la vela encendida. Casi lo estaba deseando. Después de apagarla, lo hablaríamos y llegaríamos a la conclusión de que la campaña que Beth había emprendido contra nosotros se estaba volviendo peligrosa y que por tanto teníamos que irnos. Pensaba que nos quedaríamos despiertos, que recogeríamos las cosas importantes y nos marcharíamos antes de desayunar. No quería vivir con mi madre, pero no me importaba pasar un par de noches en su casa mientras convencía a Laura de que debíamos cortar limpiamente con Beth, sin posibilidad de vuelta atrás.

Estaba tan satisfecho de mí mismo que, después de que Laura se despertara, permanecí unos instantes sumido en mi sueño fingido. No había tenido en cuenta lo agotado que estaba después de varias semanas de insomnio. Supongo que mi estado de locura transitoria desactivó la parte de mi cerebro que solía interesarse por la física y la química. Pensé únicamente que en nuestra escalera no había corrientes de aire ni muebles que pudieran prenderse, y pasé por alto, en cambio, la pintura vieja y el papel despegado de las paredes. Una mecha sin cortar produce una llama muy alta, y la llama de una vela nueva tiene el doble de alcance. Puede que el calor por sí solo bastara para que la pintura, que tenía varias décadas de antigüedad, empezara a burbujear. La escalera ardió como si la hubieran rociado con gasolina.

El olor acre del humo y de la pintura quemada inundó el piso en cuestión de segundos, o eso me pareció, y para entonces era ya demasiado tarde. Demasiado tarde. Laura intentó lanzarse al rugiente corazón del incendio, abandonando nuestro refugio en el tejado. La herida de mi pie había sido deliberada. En cambio, al agarrar el picaporte al rojo vivo actué por instinto. El fuego, el humo y la destrucción estaban tan lejos de mis intenciones que apenas me parecían responsabilidad mía. Si en aquellos momentos febriles me hubieran preguntado quién había provocado el incendio (si hubiera podido pensar, o hablar), habría dicho que Beth, y me lo habría creído.

El fuego lo cambia todo. Esa noche, Laura empezó a perder su seguridad en sí misma y a depender de mí. Resulta incómodamente paradójico que yo sea la causa de gran parte de su ansiedad, pero he intentado verle el lado bueno. Tuve que convertirme en su enfermero, además de su defensor y, aunque odiaba verla sufrir, es innegable que gracias a esa nueva rutina recuperamos la intimidad que, sin que ella llegara a enterarse, habíamos perdido.

No preví todo aquello durante la hora que siguió a nuestro rescate, mientras estábamos sentados en la ambulancia, viendo salir penachos de humo negro por las ventanas de nuestro piso. No hay nada como el dolor para hacer que uno se olvide del futuro: tu vida queda reducida a ese momento abrasador. En lugar de enfriarse, mi mano parecía calentarse por momentos, como si siguiera adherida al metal incandescente. No me habría sorprendido ver los vendajes atravesados por un ácido ardiente. Intenté doblar los dedos para ver si tenía los nervios dañados, pero hasta los movimientos más insignificantes me desgarraban la piel. Apenas notaba los bultos y protuberancias de la palma de mi mano, pero me reconfortaba en parte saber que, de allí en adelante, si Laura olvidaba alguna vez lo cerca que había estado Beth de aniquilarnos, lo único que tendría que hacer sería cogerla de la mano.



**KIT**

21 de marzo de 2015

En la línea de Piccadilly, las ruedas del metro lanzan una acusación repetida al friccionar contra las vías: *idiota, idiota, idiota*, canturrean en un compás acelerado de vals que se vuelve más estridente con cada giro. Los años chocan unos con otros, las mentiras se agolpan. Sigo sin saber cómo ha encontrado Beth nuestra casa, o si eso tiene alguna importancia. No sé qué es lo que debo intentar refutar. Faltan cinco minutos para que vea a Laura y todavía no sé qué voy a decirle. Temo ver la expresión de su cara y al mismo tiempo confío en que, al cruzar la puerta, me salga al paso un torrente de ira y ella pierda su ventaja revelándome aquello que desconozco y que me hace imposible elaborar los argumentos de mi defensa. ¿Sabe únicamente (¡únicamente!) que me acosté con Beth, o han descubierto entre las dos la magnitud de mi engaño? Al margen de cómo nos haya encontrado Beth, para Laura tiene que haber sido aterrador, y aunque a estas alturas ese sentimiento se haya visto reemplazado por la rabia, se me hace muy difícil aceptarlo: todos estos años intentando protegerla no habrán servido de nada.

Los cristales metidos por el buzón y el incendio, todas las piezas del rompecabezas que tendrían que haber encajado entre las dos, una verdad horrenda empujándolas inexorablemente a la siguiente. Pero habría una conversación volcánica, desviada continuamente por las lágrimas y los malentendidos. Es posible que no hayan llegado tan lejos. Posible, aunque improbable.

Mientras subo las escaleras mecánicas de Turnpike Lane, percibo el sabor de

mi barrio, ese aroma a gasolina y ajo, pero esta atmósfera familiar no me dispensa su acogida de siempre. ¿Hay alguna posibilidad de que pueda «hacerme el sueco», como diría Juno? Laura está acostumbrada a pensar que Beth es una persona trastornada y peligrosa. ¿Por qué no habría de ser su historia sobre nuestro encuentro sexual una más de sus mentiras? De todos modos, Beth no puede demostrarlo después de tantos años. No tengo ninguna marca de nacimiento característica, nada que pueda servirle para identificarme. A no ser que haya otra cosa que puedan comparar, algo que hago y que otros hombres no hacen, o algo que otros hombres hacen y que yo no hago. Me pongo enfermo al imaginarme a las integrantes de ese pequeño club debatiendo acerca de lo único que tienen en común.

Salgo del metro usando mi abono y, al oír el pitido de los torniquetes, me doy cuenta de algo tan evidente que me paro en seco y las fauces de la barrera atrapan mi mochila. Estoy tan estresado que ni siquiera me acuerdo de que llevo el equipo fotográfico dentro cuando me abalanzo hacia delante para desengancharla. El dato crucial que he pasado por alto es este: Beth tiene la verdad de su parte. Siempre ha tenido la verdad de su parte.

Cruzo Green Lanes sin mirar y estoy a punto de interponerme en la trayectoria de un autobús de dos plantas. Los frenos chirrían, el tubo de escape eructa y yo casi me alegraría del impacto. Haciendo caso omiso de los gritos del conductor y de los pitidos discordantes de los automóviles, sigo andando, preguntándome cómo es posible que esto me pareciera alguna vez tan profundamente necesario. Pienso en el hombre que era antes, incapaz de sacar adelante su trabajo, con un hermano gemelo empeñado en autodestruirse, y en todas esas presiones que hicieron que esa solución drástica me pareciera la única posible.

En Duckett's Common hay chavales jugando al baloncesto. La pelota rebota en el asfalto con ese eco característico que evoca la imagen de una cancha del Bronx. En el parque infantil, los niños juegan con papás que se parecen mucho a mí, y de pronto me animo. Los gemelos que espera Laura son la póliza de seguros de mi matrimonio. Esos bebés son medio míos; son medio yo. Laura no querrá que crezcan sin su padre después de todo lo que ha sufrido. Por nuestros hijos superaremos esto. Pero para superarlo primero tenemos que pasar por ello.

Se me acelera el pulso con cada paso que doy. Doblo la esquina de Wilbraham Road y me paro en la acera de enfrente para poder ver, en diagonal, nuestro tejado y, al lado, el exoesqueleto invasor del andamio de los vecinos. La claraboya está abierta. O sea, que Laura está en casa.

Hago un último intento de llamarla para calibrar qué me espera. El teléfono

suenan y suenan, ahogado su sonido en algún lugar de la casa. Laura siempre lo lleva consigo y nunca la he visto negarse a contestar cuando sabe quién la llama. Estoy con la mierda al cuello, mucho más que nunca antes. Comprendo entonces con absoluta certeza que no puedo enfrentarme a ella. Todavía no. No sin tomar antes un reconstituyente.

En el Salisbury, me siento a una mesa alta, pido un vodka doble y me lo bebo de un trago. No surte efecto, así que pido una pinta confiando en que, para cuando acabe de bebérmela, hayan dejado de sudarme las manos y tenga un golpe de inspiración o, si la suerte me sonrío, un meteorito choque contra el *pub* y no tenga que volver nunca a casa.

**LAURA**

21 de marzo de 2015

—Mirad, sé que esto no es fácil para ninguna de las dos —dice Jamie en un tono razonable y persuasivo que no se corresponde con el cuchillo que empuña—. Os lo aseguro, a mí me apetece tan poco como a vosotras remover el pasado, pero la gente ya lleva mucho tiempo creyendo vuestra historia, ¿no os parece? Va siendo hora de que limpie mi buen nombre.

—Jamie, tú sabes lo que pasó —contesta Beth.

Al oírla, él afloja un poco la mano con la que sujeta el cuchillo, solo un segundo, lo justo para que la hoja se deslice un milímetro hacia abajo. Me abre una raja de cinco centímetros en la camiseta y una gotita de sangre, como un pinchazo, aparece en el punto más alto de mi tripa. No puedo evitar que se me escape un grito, pero al oír el áspero «¡Chist!» de Jamie consigo sofocarlo. Aun así, siento ese grito como una polilla dentro de la boca. «Escribe», le ordeno a Beth en silencio. Escribe lo que te diga, y cuanto más exagerado mejor. Cada mentira que te obligue a escribir es nueva munición para que le encierren de por vida.

«Si es que salimos de esta», dice una vocecilla dentro de mí.

El corte no es profundo: una muesca en superficie. La sangre y su ubicación en la cúspide de mi tripa hacen que parezca peor de lo que es. Me preocupa mucho más el golpe de la cabeza. Todavía me pitan los oídos.

La tela de la camiseta absorbe la gota de sangre, que se despliega bruscamente, como un vídeo acelerado de una amapola pasando de capullo a flor abierta. Es esta mancha de sangre lo que parece decidir a Beth. Coge el

bolígrafo, endereza el papel y mira fijamente a Jamie.

—¿Por qué no me dices lo que pasó de verdad? —dice con voz apagada.

Jamie, que no parece darse cuenta de su tono, sonrío. Cuando carraspea, noto la vibración en la punta del cuchillo.

—El diez de agosto de 1999 viajé *sola* —dice con énfasis, para extraerle todo su significado a la palabra— a un festival de música en Lizard Point, Cornualles, que se celebró con ocasión de un eclipse total de sol. En el festival había un ambiente relajado y liberal. —Hace otra pausa, no para recalcar sus palabras sino para que a Beth le dé tiempo a copiarlas al dictado—. La segunda noche, en torno a una hoguera, trabé conversación con Jamie Balcombe, que también estaba solo. Congeniamos inmediatamente —añade en el tono que empleó en el juicio, ese acento de clase privilegiada que la cárcel no ha conseguido desvirtuar.

No sé si Beth es consciente de que sacude la cabeza mientras va llenando la página con renglones de letra erizada. Apenas mira lo que escribe. Sus ojos se mueven describiendo un triángulo entre el papel que tiene enfrente, Jamie y el cuchillo suspendido sobre mi barriga.

—No tan deprisa, no estás haciendo un examen para ser secretaria —le dice él con una risa que le sale del cuello, no del vientre—. Tiene que poder leerse.

Beth sigue copiando al mismo ritmo, aunque ahora escribe con más cuidado. Oigo cómo rechina los dientes, con horrible chirrido de hueso contra hueso.

El segundero del reloj salta. Las dos y veinte. Kit llegará en cualquier momento.

Beth acaba el párrafo. Jamie continúa:

—La mañana del eclipse, volví a encontrarme con Jamie. Decidimos ir juntos a ver el eclipse en algún sitio más reservado.

Su plan, en cuanto tenga la «confesión» de Beth y la mía, debe de ser llevársela a las autoridades, en cuyo caso tendrá que entregarse. Eso, en el mejor de los casos. En el peor, Antonia estará en lo cierto y Jamie no tiene nada por lo que vivir y lo único que pretende es limpiar su nombre, como él dice, antes de morir, en cuyo caso, si para ello tiene que llevársenos por delante, no me cabe duda de que será capaz de hacerlo.

Nos volvemos los tres a mirar cuando suena mi teléfono con la sintonía que tengo asociada a Kit. Debe de haber salido del metro. Con cada pitido el teléfono vibra sobre la mesa, alejándose un poco más de mí. Lo miramos todos deslizarse hacia el borde. Me imagino a Kit preguntándose ingenuamente si quiero que compre algo antes de llegar a casa. ¿Y si esta fuera nuestra última oportunidad de hablar? ¿Y si fuera la última vez que podemos comunicarnos? El teléfono se

cuela finalmente por la rendija entre la mesa y la pared y al caer se pierde de vista. Suena un par de veces más y luego enmudece.

Kit pensará que no lo he cogido porque estoy enfadada por su metedura de pata en las redes sociales. ¡Qué mezquino me parece todo eso visto a la luz del cuchillo que pende sobre mi vientre! Ahora mismo, le perdonaría cualquier cosa.



**KIT**

21 de marzo de 2015

La cerveza y el rato de respiro que me he tomado no han hecho nada por calmar mis nervios. La angustia es un antídoto para el alcohol. Cuando tengo la jarra de cerveza a medias, un nuevo temor aflora a la superficie. Puede que Laura no esté enfadada. Puede que esté en el hospital y que pase algo con el embarazo. Puede que, debido a lo que le ha dicho Beth, les haya pasado algo malo a los bebés. Tengo que extender la mano para calmarme. Ponerse de parto espontáneamente debido a una fuerte impresión parece algo salido de una novela victoriana, pero esas cosas pueden ocurrir. Puede ocurrir cualquier cosa, ya debería saberlo. Puede que se la hayan llevado de urgencia y no haya podido llevarse el teléfono. Dios mío, puede que esté inconsciente. ¿Por qué no lo he pensado antes? De pronto llegar a casa me parece tan urgente como antes me lo parecía retrasar un poco mi llegada.

Dejo el resto de la pinta, me cuelgo la mochila al hombro y salgo a Wilbraham Road. Ahora que quiero darme prisa el aire parece ponerse en mi contra y me tira de los tobillos. Hay un Fiat blanco muy mal aparcado delante de nuestra casa, con una multa de aparcamiento prendida del limpiaparabrisas. Al llegar a la puerta, me quito la mochila y tengo la sensación de que sin su peso voy a salir volando. Una hormigonera gira ruidosamente en el jardín delantero de los vecinos, aunque no hay ningún albañil a la vista.

Cuando meto la llave en la cerradura, veo que está puesta la cadena, lo que quiere decir que, o bien Laura no quiere que entre, o bien la cadena lleva puesta toda la mañana y ella tendida en alguna parte, incapaz de moverse, o algo peor.

Me inclino hacia la ranura del buzón. Se ve movimiento en la cocina, una sombra que desplaza la luz. Pero al alivio que siento porque Laura esté en pie y moviéndose por la casa le sigue de inmediato mi antiguo temor: está furiosa.

—¿Laura? —Mi voz retumba en el pasillo silencioso. Solo veo una figura oscilando en la cocina. Me acerco al marco y hablo a través del hueco—. Cariño, por favor, abre la puerta. Vamos a hablarlo.

Se oye un sollozo ahogado procedente de la cocina y a mí se me retuercen las tripas. Prefiero la ira al llanto. Me saco del bolsillo la navaja suiza y despliego varias hojas antes de decidirme por la corta con punta de gancho que sirve como abrelatas.

—No tienes idea de cuánto lo siento —digo mientras manipulo a ciegas la cadena de la puerta—. Solo fue una vez, te lo prometo. Solo te he querido a ti, ya lo sabes. —Engancho la navaja a la cadena y, con la punta, saco la pesa del extremo—. Todos los días pienso lo mismo —digo—. Pienso que ojalá pudiera hacer retroceder el tiempo y no haberme acostado con ella. Eso solo hizo que me diera cuenta de cuánto te quiero. Por favor, no estropeemos las cosas. Fue hace muchísimo tiempo. Tenemos tantas cosas que...

La cadena cede tan de repente que casi caigo hacia delante cuando se abre la puerta. Dejo la mochila en el suelo y enderezo el globo terráqueo, que se ha volcado. Me preparo antes de bajar a la cocina, flexionado como un luchador que exhibiera sus músculos, como si la acometida que me espera fuera física. Estoy listo para que sus puñitos y sus dedos delgados me arañen la cara.

Lo que encuentro es peor aún, y tan inesperado que mi cerebro tarda unos segundos en procesar la imagen, y más aún su significado.

Laura está sentada a la mesa. Mis ojos rebotan entre su vientre y su cara. Tiene una raja en la camiseta y, debajo, una mancha de sangre fina y ovalada. Su mejilla izquierda está hinchada y amoratada. Con ella están Beth y Jamie Balcombe (le reconozco al instante, y verle allí me llena de terror). Viste chinos y una camisa elegante, y su mano carnosa empuña un cuchillo con la punta manchada de sangre.

—Kit, no —dice Beth meneando la cabeza.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Cómo demonios hemos pasado de que Beth encontrara a Laura a esto? Beth tiene una especie de raspón alrededor del cuello y la mejilla de Laura se está ennegreciendo por un lado. Siempre me había imaginado que, cuando Laura descubriera lo de Beth, su cara se ensancharía rebosante de rabia, pero no: está arrugada, como hundida sobre sí misma. Tiene los ojos secos.

Hay un papel escrito delante de Beth. Las letras, azules y angulosas, forman

renglones torcidos. Mi pasado y este presente pavoroso no encajan: se repelen como imanes enfrentados por el mismo polo.

—¿Qué demonios pasa aquí? —Me dirijo a Jamie porque, evidentemente, es quien controla la situación. Nadie contesta—. ¿Qué está pasando?

Laura nos mira a mí y a Beth y luego vuelve lentamente la cabeza. Es peor que cualquier estallido de rabia.

Jamie se hace cargo de la situación.

—¡Kit! —exclama alegremente como si esta fuera su casa y yo una visita esperada.

Se comporta exactamente igual que en Cornualles momentos después de que Laura le interrumpiera. Por un segundo le veo tal y como era entonces. Veo los vaqueros que llevaba, sus zapatos, su pelo de punta. Es un recuerdo tan vívido que amenaza con superponerse a la escena que tengo delante de mí.

Tengo el móvil en la mochila, justo al lado de la puerta. Me vuelvo para ir a buscarlo.

—Tengo que llamar a la policía.

—No, qué va —dice Jamie en un tono despectivo al tiempo que acerca el cuchillo al vientre de Laura.

Solo tiene un rasguño en la piel, nada más. La mancha no se está extendiendo. Necesitaría los reflejos de una araña y la fuerza de un oso para arrancarle el cuchillo de la mano antes de que pueda hacer algún daño. Estoy demasiado lejos y soy demasiado débil.

—Quiero decir —añade Jamie— que no hay ninguna prisa. La policía intervendrá tarde o temprano, descuida. En cuanto mis abogados hayan revisado esto. Ya casi hemos acabado.

Las chicas no me miran, ni se miran entre sí. De vez en cuando Laura levanta un poco los ojos hacia Beth y vuelve a bajarlos enseguida, como si le pesaran las pupilas. Atónito, comprendiendo solo ahora lo que es el miedo, no tengo más remedio que seguirle la corriente a Jamie.

—¿Qué estás haciendo, Jamie? —pregunto, confiando en haber imitado bien su tono jovial.

—Solo quiero que las chicas aclaren las cosas, que digan lo que deberían haber dicho en Cornualles. Que admitan que estaban compinchadas. Que este puto lío fue una película que se montaron entre las dos, cosas de mujeres, su idea retorcida de una broma pesada.

Quince años lleva aferrándose a esto. Más allá de la campaña publicitaria, de sus invectivas y de la página web, este ha sido siempre su Plan A. A pesar del

terror que siento, me queda espacio para asombrarme de esa paciencia mineral. Señala a Beth con la cabeza.

—Esta lleva meses comiéndole el coco a mi mujer, metiendo cizaña. Estaban un poco reacias, no querían asumir la responsabilidad por lo que habían hecho, les daban miedo las consecuencias. Cometer perjurio en un juicio por violación es algo muy gordo. Y no en cualquier juicio por violación, además. Querrán dar un escarmiento contigo, Laura.

Ella da un respingo al oír esa acusación absurda, pero hasta las palabras más necias hacen mella a punta de cuchillo.

El cuchillo que sostiene Jamie empieza a temblar, igual que su voz. Se le va cayendo la máscara a cámara lenta.

—Así que ya ves por qué están tan preocupadas. Pero descuidad, que a vosotras van a encerraros en el ala de los violadores como hicieron conmigo.

Laura se estremece de pies a cabeza y yo siento su escalofrío a través de mi piel.

—Pero, Jamie, es imposible que admitan esto en un juicio. Estas... —Tengo que intentar dejar de hacer el gesto de comillas con las manos cada vez que digo una palabra—. Estas *declaraciones* no valdrán ni el papel en el que están escritas. Tienes que entenderlo.

—Este es solo el primer paso —contesta—. Te sorprendería lo que es capaz de hacer un buen abogado.

Recuerdo que sus abogados no le sirvieron de gran cosa durante el juicio. Puede que no entienda del todo la situación, pero sé que no debo desafiarle.

—Mira —continúa—, no quiero hacerles daño. Yo jamás le haría daño a una mujer. Pero necesito que acaben de escribir sus declaraciones retractándose de lo que dijeron en el juicio. Estamos hablando de mi vida. ¡De mi reputación!

Parece a punto de perder el dominio de sí mismo.

—Muy bien. —No sé qué estoy haciendo, aparte de intentar ganar algún tiempo para Laura y para mis hijos—. ¿Qué te parece si bajas el cuchillo y dejas que las chicas se marchen? Seguro que podemos encontrar una solución sin que tengan que estar presentes.

—No, de eso nada, llevo quince putos años esperando para limpiar mi nombre. —Su voz sube una octava al maldecir, y de pronto parece aterrorizado y ridículo. Hace una pausa de un segundo para tomar aire y rehacerse—. Así que me perdonarás si llevo esto hasta el final. Vamos, Beth, continúa. Cuanto antes acabes tu declaración, antes podremos volver todos a la normalidad. O, mejor dicho, podré yo.

Beth vuelve a empuñar el bolígrafo y se detiene con él en el aire cuando Jamie levanta la mano para seguir dictando.

—La verdad es que estoy pensando que a lo mejor tú también tienes que rehacer la tuya, Kit —dice él—. Aunque, si te soy sincero, con las tuyas bastará para dar un significado completamente distinto a la tuya. Porque tú nunca estuviste muy convencido, ¿a que no? Lo único que hiciste fue respaldar lo que decía tu novia. No nos viste hacer nada. —En la mesa, Laura da un respingo—. Ojalá nos hubieras visto —continúa Jamie—, porque te habrías dado cuenta de lo que pasaba en un segundo.

Laura me mira por fin. Fija los ojos en mí, pero está llorando y su mirada podría significar tanto «Sálvame, por favor» como «Vamos a salir de esta», o «Te odio». Todo el poder de la habitación está concentrado en una lámina de metal afilado. Estando Jamie mucho más cerca que yo de Laura, lo mismo daría que estuviéramos separados por una valla de acero de espino.

—Beth, tenemos que ir acabando, por favor —dice Jamie.

¿Son imaginaciones mías o su voz ha perdido convicción?

—Si tienes la amabilidad de recordarme la última frase que has escrito, podemos seguir adelante —añade.

El bolígrafo oscila en su mano, pero Beth no dice nada. Ni siquiera levanta la vista del papel.

—Muy bien, entonces sigo dictando. —Jamie carraspea para aclararse la voz—. Lamento profundamente haber malinterpretado algo perfectamente natural y placentero y haberle dado un sentido perverso. Pido disculpas a Jamie y Antonia Balcombe y a sus allegados por el sufrimiento que hayan podido causar mis falsas acusaciones. Estoy dispuesta a declarar ante un tribunal y... —Dibuja pequeños trazos con la punta del cuchillo, como si estuviera grabando sus palabras en el aire—... a afrontar las consecuencias jurídicas, ya sean civiles o criminales, que se deriven de esta retractación de mi declaración original. —Vuelve la cabeza hacia mí—. La verdad es que podríamos acabar la declaración de Laura con la misma frase.

La mano de Beth ha dejado de moverse.

—Escríbelo —dice Jamie.

El cuchillo le tiembla peligrosamente en la mano. Las lágrimas de Laura brillan en la concavidad de la base de su cuello cuando Beth deja el bolígrafo sobre la mesa.

—Por favor, haz lo que dice —la urge Laura.

—Laura tiene razón. —Es la primera vez que hablo directamente con Beth

desde el día que rompí el cristal—. Ese papel no tiene ningún valor legal. No va a traerte problemas con la justicia.

Estoy a punto de decirle «Hazlo para salvarnos la vida», pero comprendo instintivamente que sería un error verbalizar algo tan obvio. Haría estallar la frágil burbuja que separa la realidad de la enajenación mental.

—No puedo —dice Beth—. No puedo mentir. —Desde que llegué aquí, algo parece haberse desatado dentro de ella—. Me violaste —afirma, y ese hecho, contenido en dos palabras, parece detenerlo todo. Se hincha hasta llenar nuestra pequeña cocina. Lo único que se oye es el ruido de la hormigonera en el jardín de los vecinos—. Me seguiste hasta un lugar apartado, me tiraste al suelo y me violaste. Volviste a hacerlo en el juicio y en internet, y no has dejado de joderme la vida desde entonces. Se lo has hecho a tu mujer y a esa chica, y sabe Dios a cuántas mujeres más.

—Beth, por favor, haz lo que dice —le implora Laura.

La pequeña parte de mi ser que no está dominada por el instinto de supervivencia se pregunta a qué se refiere con eso de la chica y la mujer. Pero Beth solo mira a Jamie. De pronto comprendo lo que está haciendo. Está consumiendo todo lo que le queda, quemándolo como un cohete en su reentrada. Allí donde va ya no lo necesita.

—Me violaste.

Sus palabras suenan erizadas como púas.

Al parecer, solo yo noto que el cuchillo de Jamie se está desplazando: espasmódicamente pero sin pausa, como la flecha de una brújula, se aleja de Laura para acercarse a Beth.

—No escribiría lo que me pides ni aunque supiera que vas a quemar este papel.

Calculo rápidamente. Si le agarro del brazo en vez de agarrarle de la mano, puedo hacerle soltar el cuchillo. Somos tres contra uno. Pero siempre he sido más rápido de pensamiento que de obra, y todavía estoy a una zancada de distancia cuando Jamie echa el brazo hacia atrás y apuñala a Beth en el costado. El cuchillo rebota como si hubiera chocado contra una costilla, pero él lanza otra cuchillada. Esta vez, los cinco primeros centímetros de la hoja desaparecen.

No sé quién es quien grita.

Jamie retira el cuchillo. La sangre mancha el acero. Beth cae al suelo como un peso muerto.

Yo reacciono deprisa, pero mi mujer me saca ventaja. Llega antes que yo: en lugar de arrancarle el cuchillo de las manos, se lo quita de un golpe. El cuchillo

gira en el aire: el mango mate hacia arriba, la hoja brillante hacia abajo, el mango abajo, la hoja arriba. Por un instante pienso, horrorizado, que Laura va a coger el filo cortante con las manos abiertas, pero solo roza el extremo del mango con la yema de los dedos.

—¡Zorra!

Jamie se abalanza hacia el taco de los cuchillos. Laura está pálida de terror cuando el cuchillo se le escapa de la mano y cae sobre la mesa, donde solo yo puedo alcanzarlo.

El cuchillo me parece al mismo tiempo familiar y desconocido cuando cruzo de un salto la cocina y clavo su punta afilada en la garganta de Jamie. Noto una resistencia momentánea, supongo que debido a su nuez, y luego la hoja se desliza de lado, sorteando la columna vertebral. El resto es como cortar helado. Un segundo después, la punta asoma por su nuca como la aleta de un tiburón. Me aparto con una prisa absurda. Ya está hecho. Suelto el cuchillo, que cae al suelo con estrépito al tiempo que Jamie se desploma sobre las baldosas con un golpe sordo. Su cuerpo queda tendido junto al de Beth. La sangre de ambos se confunde. Todo está rojo, el suelo de la cocina convertido en un mar satinado. Jamie gorgotea, luego vomita un géiser bermejo que lo cubre todo (a mí, a Laura, las paredes, los muebles) con una fina película rosa. Veo, anonadado, como sus ojos azules se convierten en canicas.

Y entonces me quedo paralizado.

Laura pasa por encima del cuerpo de Jamie y se agacha en el charco de sangre.

—¿Beth?

—Laura, yo...

—¡Llama a una puta ambulancia! —me grita.

Solo entonces consigo reaccionar: cojo el teléfono que tengo más cerca, una BlackBerry, marco el número y digo que necesitamos una ambulancia porque ha habido un doble apuñalamiento, dos víctimas. Doy mi dirección y hasta me acuerdo del alfabeto al deletrearla. Les pregunto estúpidamente si van a necesitar un permiso de aparcamiento, pero me aseguran que no.

Mientras hago todo esto, Laura está de rodillas, acunando a Beth. Con calma y previsión, ha sacado del cajón unos cuantos paños de cocina limpios y los ha doblado formando pequeñas compresas para intentar detener la hemorragia. El primero ya está empapado.

—Vienen para acá —le digo—. ¿Cómo está?

—No lo sé, no lo sé, joder —contesta, y luego le dice a Beth—: Mantén los

ojos abiertos, por lo que más quieras, mantente despierta.

Con los dedos ensangrentados, le aparta de la cara el pelo manchado de sangre. Beth respira agitadamente, en cortos y bruscos estallidos. Intenta decir algo y me mira.

—Yo no... —dice.

—No hables —contesta Laura—. No pasa nada. La ambulancia llegará enseguida. No pasa nada. Estás con nosotros.

No sé qué piensa Laura de Beth, pero de lo que no hay duda es de lo que siente por mí en estos momentos: «Te odio, te odio, te odio» me dice con la mirada.

—Ya no sangra tanto. Tenemos que evitar que se enfríe. Quítate la chaqueta.

Me quito las mangas de la chaqueta y tapo con ella a Beth con toda la delicadeza de que soy capaz. Es imposible saber cuánta sangre ha perdido ya. Tiene la ropa empapada. Mi chaqueta está manchada de barro de la ladera del monte de Tórshavn. La arropo bien y le pido perdón para mis adentros por todo lo que ha pasado. Mientras, sus labios se vuelven blancos.

Laura y yo nos sobresaltamos al oír unos golpes en la puerta. Beth, en cambio, está inmóvil. Cuando abro a la policía y al personal de la ambulancia, mi mano deja una mancha de sangre en el pomo de latón. Fuera, los servicios de emergencia han cortado Wilbraham Road. Hay un coche patrulla cruzado en la calzada y dos ambulancias a cada lado de él, con las sirenas girando en silencio. Uno de ellos servirá de coche fúnebre, nada más. Conduzco a los paramédicos, con sus trajes verdes, hasta la cocina, donde quizá todavía puedan salvar una vida.

Laura por fin se aparta de Beth pero se queda a su lado mientras los expertos se hacen cargo de ella. Se diría que lleva puestos unos guantes de noche rojos, largos hasta los codos.

—¡Ha entrado en parada! —dice uno de los médicos.

Laura se tapa la boca con la mano y empieza a farfullar en voz baja.

Otro paramédico entra en la cocina y mira alarmado la cara hinchada de Laura.

—¿Es usted Christopher Smith? —me pregunta el agente de policía.

Robusto y ancho de hombros, se parece a esos chavales que me acosaban en el colegio.

—No hace falta que me detenga —le digo—. Le acompaño voluntariamente.

Echa un vistazo a la carnicería que se extiende a nuestros pies.

—Bueno, yo creo que sí hace falta —contesta—. Christopher Smith, queda

usted detenido como sospechoso de asesinato. Tiene derecho a guardar silencio, cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra...

Le ofrezco las muñecas haciendo oídos sordos a su letanía. Solo me fijo en Laura, que está de pie junto a la escalera. Tiene la huella de una mano ensangrentada sobre la boca. Se agarra la barriga con los brazos. Su mirada me hiela el alma.

—¿Cuándo? —pregunta.

¿Cuándo qué? Tardo unos segundos en comprender a qué se refiere. Ese grito a través del buzón. Era Beth, advirtiéndome que me callara.

No le ha dicho lo que pasó en Lizard Point.

Se lo he dicho yo.

—En Cornualles —digo por fin—. La noche antes de que llegaras.

Asiente una sola vez con la cabeza y luego cierra los ojos como si no soportara verme. El chasquido de las esposas resuena en nuestra cocina teñida de rojo. Caigo de rodillas. Las manos esposadas me pesan como muertas sobre el regazo. Mi alianza está manchada de sangre. Laura se vuelve para darme la espalda. Y mientras se me deshace el corazón, en medio del horror y la pena, descubro por fin, después de tanto tiempo, un alivio liberador.

# **CUARTO CONTACTO**



**LAURA**

30 de septiembre de 2015

Estamos una junto a la otra delante del espejo lleno de salpicaduras. Nuestros reflejos evitan mirarse a los ojos. Al igual que yo, ella viste de negro y sus ropas, como las mías, han sido elegidas con cuidado y consideración. Ninguna de las dos va a ser juzgada, al menos oficialmente, pero ambas sabemos que en casos como este siempre se juzga a la mujer.

A nuestra espalda, los cubículos están vacíos, con las puertas entornadas. En un juzgado no hay más privacidad que esta. El estrado de los testigos no es el único lugar donde una tiene que vigilar cada palabra.

Carraspeo y el ruido rebota en las paredes alicatadas, que reproducen a escala menor la acústica perfecta del vestíbulo. Aquí todo retumba. En los pasillos resuena el estrépito institucional de puertas que se abren y se cierran y el chirrido de los carritos cargados con sumarios demasiado pesados para llevarlos en brazos. Los techos altos recogen las palabras y las devuelven, deformadas.

El juzgado, con sus amplias estancias y sus salas desmesuradas, trastoca las escalas. Está diseñado así a propósito, para recordarle a uno su propia insignificancia respecto al poderío de la maquinaria judicial y sofocar la energía, peligrosa y deslumbrante, de la palabra pronunciada bajo juramento.

También el tiempo y el dinero se distorsionan. La justicia deglute oro. Asegurar la libertad de un hombre cuesta decenas de miles de libras. En la tribuna del público, Sally Balcombe luce joyas cuyo precio equivaldría al de un pisito londinense. Hasta el sillón de cuero del juez apesta a dinero. Casi se huele desde aquí.

Los aseos, sin embargo, aquí como en todas partes, son excelentes niveladores. Aquí, en el aseo de señoras, la cisterna aún está rota, en el dispensador sigue sin haber jabón y los pestillos de las puertas no funcionan como es debido. El chorro de las cisternas defectuosas hace tanto ruido, que es imposible hablar en voz baja. Si quisiera decir algo, tendría que gritar.

La miro de hito en hito en el espejo. El vestido holgado oculta sus curvas. Me he recogido el pelo (la larga melena lustrosa que fue lo primero que atrajo a Kit de mí, la cabellera que, según decía, era visible en la oscuridad) en un moño de institutriz, a la altura de la nuca. Las dos tenemos un aspecto... recatado. Supongo que podría calificarse así, aunque a mí nadie me haya aplicado nunca ese adjetivo. Las chicas del festival, las que se pintaban el cuerpo y la cara de oro para bailar y aullar a la luz de la luna, están irreconocibles. Esas chicas ya no existen: ambas han muerto, cada una a su modo.

Fuera se cierra una puerta de golpe y las dos nos sobresaltamos. Me doy cuenta de que está tan nerviosa como yo. Nuestras miradas se cruzan por fin en el espejo y, en silencio, cada una formula a la otra preguntas tan importantes — tan peligrosas— que no pueden pronunciarse en voz alta.

¿Cómo hemos llegado a esto?

¿Por qué estamos aquí?

¿Cómo acabará todo?

**LAURA**

28 de septiembre de 2015

Esta noche habrá luna roja, no un eclipse solar, sino su reverso: la Tierra pasará entre la luna y el sol. A las tres de la madrugada, la luz que atraviesa la atmósfera terrestre teñirá la luna de un rojo óxido. La celda de Kit en Belmarsh no tiene ventanas. Solo podrá observar el eclipse lunar si los doce hombres y mujeres reunidos para deliberar le declaran inocente.

—Estoy mareada —le digo a Ling.

Por una vez no intenta tranquilizarme. Se le han agotado los tópicos.

—Yo también —contesta.

Meto las muñecas debajo del grifo de agua fría. Estamos en el aseo de señoras del Tribunal Penal Central, conocido comúnmente como Old Bailey y como Bailey a secas para quienes se dedican a la práctica del Derecho (y yo empiezo a sentirme como una testigo profesional).

No es de extrañar que estemos mareadas: la sala número doce está en el piso más alto, subiendo ochenta y nueve escalones. En el vasto vestíbulo del Bailey, no hay posibilidad de que los espectadores merodeen espiando a los periodistas o intentando toparse accidentalmente con los protagonistas de un juicio. Aquí, la tribuna del público (a la que me veo relegada ahora que ha terminado mi comparecencia) está separada del cuerpo principal de la sala. Da igual quién seas o hasta qué punto te afecte el caso que se está juzgando: en la tribuna del público no hay privilegios. Aquí impera una disciplina mucho más rígida que en el juzgado de Truro. Está prohibido hasta traer una botella de agua. Tengo la boca tan seca que, si intento pasarme la lengua por los dientes, se me queda pegada.

Metó la cabeza debajo del grifo y bebo con ansia.

—Uy, Laura —dice Ling—. Sabe Dios lo que lleva esa agua.

Tiene razón: sabe a monedas sucias. La engullo de un trago.

—¿Cuánto tiempo llevan ya deliberando?

Mira su reloj como si no hiciera treinta segundos que se lo he preguntado.

—Tres horas.

—Puede que no acaben hoy. Debería llamar a casa.

No es tan fácil como parece, sin embargo. En el Bailey, no puedes sacarte el móvil del bolsillo así, sin más. Ni siquiera tienen una consigna para que lo dejes. He tenido que dejar el mío en una cafetería, al otro lado de la calle. Llamar a casa supone bajar tres tramos de escaleras, pasar por el control de seguridad, cruzar la calle, entrar en la cafetería y, después de hacer la llamada, desandar todo el camino.

—Pero ¿y si vuelven cuando te hayas ido? —dice Ling—. Como cuando estás esperando el autobús y vas a comprarte un café a la tienda de al lado, y pasa en ese momento.

Casi merece la pena tentar al destino, pero tengo que estar aquí por Kit.

—Tienes razón —digo.

Además, no me apetece pasar entre todos esos periodistas. El juicio ha sido noticia de portada y *trending topic* en Twitter. Ha copado los titulares de la televisión nacional y las tertulias radiofónicas. Me han ofrecido decenas de miles de libras por contar mi versión de los hechos. Hace ya diez días que hay fotógrafos de prensa apostados frente a mi casa.

Los gemelos tienen cinco meses y están en casa. No tuve más remedio que volver al trabajo a las diez semanas de dar a luz. Es una espinita que todavía tengo clavada. Estando mi marido en prisión preventiva en Belmarsh y temiéndome que la minuta de sus abogados sería de seis cifras, tuve que aceptar el trabajo mejor pagado que encontré: directora de una fundación de exalumnos británicos de una universidad americana, sacando dinero a ricachones con formación universitaria para mejorar un campus ya de por sí envidiable. No es que sea una causa muy loable, pero el puesto está bien pagado y tiene prestigio. Mi nombramiento salió en las páginas de noticias de *The Fundraiser*. Por primera vez desde que empecé a trabajar, tuve que hacerme una fotografía oficial. Me dejé el pelo suelto. Ya no hay razón para que lo oculte, ni nadie de quien esconderlo. Estoy tan cansada que esta última semana de baja por motivos familiares, a pesar de sus días agotadores en el banquillo de los testigos y de la paliza posterior de tener que ver el juicio desde la tribuna del público, ha sido un

respiro, un descanso en el esfuerzo constante de ser madre trabajadora.

Cuando salimos al rellano Mac está ahí, oliendo a tabaco. Ha empezado a ir otra vez a las reuniones de Drogadictos Anónimos como medida preventiva. Adele está junto a su hijo, vestida de negro. Cambiamos una sonrisa tensa. Hay dos salas en cada uno de los agobiantes rellanos, vigilados por guardias de seguridad que nunca sonríen. Sus paneles de pantallas conectadas a cámaras de seguridad forman un ojo compuesto de dramas judiciales filmados en blanco y negro, con un matiz azulado.

En el Bailey todo está a otro nivel. En vez de dos abogados regionales, en este juicio ha habido cuatro Consejeros de la Reina. Nuestro letrado se llama Danny Hannah. Tiene cincuenta y tantos años y creo que acabo de pagarles la universidad a sus hijos. Su peluca de pelo de caballo es tranquilizadamente repulsiva, y ha insistido casi con jovial despreocupación en que la absolución de Kit es cosa segura. Un columnista de prensa ha expresado su asombro por que el caso haya llegado a juicio, aunque, como nos explicó Danny, el clamor, si la Fiscalía de la Corona no le hubiera procesado, habría sido mucho mayor.

Que Kit mató a Jamie Balcombe nunca ha estado en duda, pero para que una acusación de asesinato se sostenga tiene que demostrarse que existe un móvil. Y los ecos de aquel otro proceso a veces son ensordecedores.

Kit se desenvolvió bien en el estrado. Su testimonio, el mío y el de los demás testigos corroboraron que actuó en defensa propia y en defensa de su mujer embarazada. El pasado ha salido a relucir una y otra vez, como es lógico, y aunque los dos hemos explicado con pelos y señales lo que ocurrió esa noche en la cocina de casa, acordamos, susurrando sentados a una mesa de la prisión, lo que debía quedar entre nosotros. Hay verdades que no pueden tragarse enteras. Esta vez, las pruebas forenses estaban de nuestra parte. Las huellas de Jamie en el cuchillo de casa y la raja ensangrentada de mi camiseta hablan por sí solas. El hecho de que el cuchillo tirado en el suelo de la cocina procediera de la casa familiar de Jamie demuestra premeditación únicamente por su parte. El pequeño dossier de Beth, desplegado sobre mi mesa, estuvo a punto de condenarnos. La fiscalía lo enarboló como prueba de premeditación, de ahí que imputaran a Kit por asesinato y no por homicidio. Al interrogarme en el estrado, han sugerido que yo había dejado el dossier ahí a propósito, expuesto como la excusa perfecta. Yo me mantuve en mis trece como si estuviera atornillada al suelo. Y, naturalmente, teníamos a Antonia para corroborar el testimonio escrito de Beth. Pero los jurados son criaturas extrañas. Nunca se sabe.

—Todas las partes del caso Smith a la sala doce.

El sistema de megafonía chisporrotea como un viejo vinilo.

Llevo las manos sueltas junto a los costados. Adele me coge de una y Ling de la otra, y Mac se agarra a Ling. Permanecemos así, como unidos en oración, hasta que el guardia de seguridad nos indica que pasemos.

El Bailey carece de la intimidad del juzgado de Truro. Aquí la tribuna del público es toda de latón y mármol, una galería situada a unos seis metros por encima de la sala. La zona reservada a la prensa está mucho más concurrida hoy que los demás días del juicio. Nuestra vieja amiga Alison Larch, o una extraña versión de su yo de hace años, también ha venido. Se ha hecho algo en la cara y ahora su labio superior sobresale como un pico y la luz rebota en su frente tersa. Mac se agarra a la barandilla de bronce que tiene delante. Las venas abultadas de sus manos amenazan con salirse de la piel.

Los Balcombe ya están sentados. Creo que no se han movido de la galería desde que el jurado se marchó a deliberar. Esta vez no ha venido el séquito al completo, solo lord Jim y lady Sally, como se los conoce ahora. El hermano vino al principio, pero le expulsaron de la sala cuando llamó a Kit «cabrón asesino» poco después de la lectura de cargos. No sé qué habrá sido de la hermana. Sally Balcombe tiembla y ahora camina ayudándose con un bastón. No ha venido todos los días, pero Jim no ha faltado ni uno solo. Al principio se sentó en primera fila, igual que nosotros. Pero a medida que avanzaba el juicio y la reputación de su hijo iba quedando hecha trizas, y las capas superpuestas de engaños y agresiones iban saliendo a la luz, se fue retirando. Cuando la becaria de la empresa de Jamie expuso ante la sala el calvario por el que había pasado, se pasó a la fila del medio y ahora está sentado en el rincón de atrás, donde no puede verle la prensa ni, por suerte, Kit. Percibo su frustración incluso desde aquí. Debe de estar matándole no haber podido elegir al abogado de la acusación, que una cosa tan básica como encerrar al asesino de su hijo escape al alcance de su cartera. No quiero sentir lástima por Jim y Sally Balcombe, pero no puedo evitarlo. Su pena debe de ser el doble de dolorosa ahora que la imagen que se está pintando en el juicio se ha superpuesto al recuerdo que tienen de su hijo.

Mi marido está en el banquillo de los acusados, debajo de mí, vestido con el traje azul marino que le compré antes de darme cuenta de que había perdido mucho peso. Está esposado a un agente de policía. Hay otro vigilando la puerta, lo que me da ganas de reír. Ni que fuera a escaparse. Me inclino sobre el repecho de mármol para que me vea. El banquillo de la sala doce es ancho y poco profundo, con ocho sillas de oficina puestas en fila. Estoy segura de que el

jurado no ve las sillas vacías que tiene a ambos lados, aunque desde mi punto de vista, aquí arriba, en el olimpo, siempre me ha parecido que subrayaban su inocencia. «Así de terrible podría ser», parecen sugerir esas sillas vacías. Podría ser un conspirador juzgado con sus cómplices, uno más de media docena de hombres acusados del mismo crimen. Podría ser un auténtico criminal.

Esos asientos vacíos me recuerdan lo cerca que he estado de sentarme a su lado en el banquillo.

Kit se vuelve para mirarme, con los ojos lastrados por la carga de nuestro pasado y por una culpa que no tiene nada que ver con la muerte de Jamie Balcombe.

—En pie —ordena el ujier, y hasta Sally Balcombe se levanta.

El juez (un lord magistrado de la Corona, nada menos) junta los dedos de las manos y ordena que entre el jurado. Sus doce miembros entran en fila, henchidos de importancia. Yo miro fijamente a la Señora Portavoz, una morena de aspecto señorial que ha permanecido inescrutable durante la parte del juicio que he podido ver, y que ahora sigue igual.

—En el caso de la Corona contra Smith, ¿cómo declaran al acusado? —pregunta el juez.

La angustia me llena de hormigas rojas la piel y crispo los dedos para rascarme. La Señora Portavoz se aclara la garganta.

—No culpable.

Se oye un gruñido seco procedente de los Balcombe, a nuestra espalda. Mac apoya teatralmente la cabeza en la barra de bronce que tiene delante y no ve la mirada que nos lanza Kit. Su expresión no puede describirse como una sonrisa, sino más bien como la desaparición del rictus que se había adueñado de su cara desde la detención.

—¡Menos mal, joder! —dice Ling—. ¡Menos mal! —Se vuelve hacia mí—. ¿Estás bien?

¿Cómo debo contestar a eso?

Kit no sale en libertad sin más. Primero hay que resolver el papeleo abajo, en las celdas. Hay que enviar documentos por fax a la cárcel de Belmarsh y esperar la respuesta. Falta media hora por lo menos para que vuelva a verle y, cuando le vea, será en público. Lo lógico sería que hubiera una sala especial reservada para estos casos. A fin de cuentas, el Bailey está lleno de habitaciones, de inmensos vestíbulos retumbantes y minúsculos cuchitriles. Los he visto por decenas,

vacíos, mientras esperaba a que me llamaran a declarar. Pero no. Cuando todos los formularios estén debidamente cumplimentados, le harán salir a la calle, lo cual es vergonzoso en sí mismo, y más aún si se piensa que hay un montón de cámaras esperándonos en la acera. Una última humillación.

Pero aún no ha salido, así que podemos irnos a la cafetería tomando el camino más largo, por Warwick Passage, un subterráneo revestido de ladrillo que hay junto a la entrada del juzgado. Al llegar a la cafetería, me abalanzo sobre mi móvil como si fuera uno de mis hijos, en vez de un simple enlace con ellos. Me entero de que están bien, durmiendo después de su toma de mediodía. Me quito un pequeño peso de encima. Después del café, volvemos los cuatro al Bailey para esperar a Kit. La calle, frente a la entrada del tribunal, no tiene nada de particular y sin embargo se reconoce de inmediato por las noticias de la tele, o puede que por la presencia de los periodistas. Nos escondemos de ellos en Warwick Passage, a la espera de que me llame Danny Hannah. Cuando suena mi móvil, Kit ya está bajando. El aviso llega con sesenta segundos de antelación. Mi estómago ejecuta una serie de volteretas hacia atrás cuando salgo a la calle.

—¡Laura! ¡Aquí, Laura! ¡Sonríenos, Laura!

Los *flashes* me golpean como un empujón en el pecho. Me quedo paralizada. Al otro lado de la calle, dos turistas chinos en pantalón corto y calcetines hacen fotos a los fotógrafos. Luego, las luces ondulan de repente como una anguila eléctrica alejándose de mí. Todavía estoy parpadeando, aturdida, cuando sale Kit, y Mac es el primero en llegar a él. Corre a su encuentro y le abraza. Nada de chocar los puños o darse palmetazos: Mac le abraza como si fuera un niño, frotándole la espalda. No parece importarles que haya gente delante. Uno de los periodistas chasquea la lengua y me mira. Está claro lo que piensa: quien le interesa soy yo. Es mi imagen la que puede vender.

—Vamos, Laura —dice el periodista, y de nuevo vuelvo a ser el blanco de sus miradas.

Kit se aparta de su hermano y los *flashes* se convierten en un muro de luz blanca cuando, dando un paso hacia delante, me acerco a sus brazos abiertos de par en par. Vuelvo la cara (no voy a ofrecerles esta parte de mí) y abrazo de verdad a mi marido por primera vez desde la mañana en que se fue a las Feroe. Nuestros cuerpos encajan como antes, como al principio, porque Kit está tan flaco como cuando le conocí. Toca mi cara con los dedos. Me levanta la barbilla, aparta un mechón de pelo de mi mejilla y, cerrando los ojos, pega su boca a la mía. Nos besamos largamente. Un beso seco, pero no casto. Nuestra relación está demasiado asentada para que sintamos verdadero deseo, pero aun así siento

agitarse dentro de mí una especie de memoria muscular. Todavía está ahí. Siempre estará ahí.

Nos separamos lentamente. Primero, los labios. Luego, los cuerpos. Y cogidos de la mano posamos para las cámaras.

—Dadnos una buena sonrisa —dice uno de los fotógrafos, y nosotros sonreímos de par en par, con los ojos brillantes.

—¿Quieres hacer alguna declaración, Kit? —pregunta una mujer con un micrófono en la mano.

Danny Hannah se pone delante de nosotros.

—Hablo yo en nombre de mi cliente.

—¿Y ahora qué? —pregunta Adele, a la que nunca había visto con ese aire de ancianita.

—Ahora, nos las piramos cagando leches —contesta Mac.

Señala con la cabeza hacia la acera de enfrente, donde Ling ha conseguido parar un taxi.

Dejamos a Danny Hannah hablando con la prensa y nos apretujamos los cinco en el taxi. Un fotógrafo montado en una moto nos pisa los talones mientras avanzamos con lentitud exasperante por Old Bailey y torcemos a la izquierda para bajar por Ludgate Hill. El taxista le da esquinazo en Cheapside poniendo el intermitente a la izquierda y luego torciendo a la derecha, y cuando llegamos a Holborn nadie nos sigue. Echo un vistazo a la calle. Detrás de mí, una hilera de luces amarillas brilla a la altura de la cabeza. Hay muchos taxis. Toco en la mampara del conductor.

—¿Puede parar aquí, por favor?

Ling está al corriente, pero Adele, Mac y Kit se miran sorprendidos.

—Laura... —dice Adele.

Es por ella por quien más lo siento.

—Lo siento, Adele —digo, saliendo a la acera—. No podía humillarle delante de las cámaras.

Mientras ella asimila lo que significa esto, me vuelvo hacia Kit. Ya se lo advertí, pero noto por su expresión que seguía teniendo esperanzas de que cambiara de idea. Puede seguir esperando el resto de su vida.

—Todavía estarán durmiendo un rato. Dame un par de horas para que me organice. Si vienes a las seis, llegarás a tiempo para el baño.

Es una orden. Él asiente con la cabeza.

Cierro de un portazo y dejo que Ling pare otro taxi. Solo cuando estamos a salvo en el asiento de atrás me echo por fin a llorar.



**LAURA**

30 de septiembre de 2015

Kit me lo contó todo sentado frente a mí, al otro lado de una mesa de plástico arañada en la sala de visitas de la prisión. Lloraba entrecortada y patéticamente, tragando saliva, pero la letra de su confesión tenía un único estribillo. «Lo hice por ti», decía una y otra vez. «Lo hice por ti. Debería haber sido una metedura de pata sin importancia. No merecía la pena tirar por la borda lo mejor que nos había pasado por un momento de locura. Lo hice todo para salvarnos». De todas sus muchas y variadas excusas (Mac, el trabajo, su padre), esa me parece la más ofensiva. ¿Cómo puede alguien que dice quererme, que me conoce, hacer algo tan cruel en mi nombre? Es un amor aberrante, deformado, el que prefiere hacerme pasar por quince años de ansiedad incapacitante a lastimarme una sola vez. Demasiado débil para vivir sin mí, antes que perderme ha preferido convivir conmigo enferma y desquiciada. No solo me ha arrebatado nuestro futuro; también me ha arrancado el pasado de cuajo.

Teniendo las horas de visita semanales limitadas a dos sesiones de hora y media, Kit tuvo que ir lanzando sus bombas paulatinamente, como un novelista victoriano que dejara al lector con la miel en los labios. Cada capítulo me arrancaba una capa de piel. La tarde que le hice contarme con detalle lo que ocurrió (la tetería, los sacos de dormir), me acordé de cómo olía a jabón el día que llegué a Cornualles. Había estado en la ducha, quitándose su olor del cuerpo. Pensé entonces que ese día me había desollado hasta los huesos. Esa noche lloré tanto, que pasé de los pañuelos al rollo de papel de cocina y por último a las toallas. Pensé que habría que inventar una palabra nueva para aquel llanto.

Ninguna de las del diccionario plasmaba su fuerza. Tal vez en otros idiomas haya un término para esas lágrimas de congoja, de rabia y de humillación, tan poderosas que pueden aniquilarte, pero en la cultura británica no existe nada parecido.

Kit ha dicho más de una vez que ojalá se hubiera clavado él el cuchillo, y en mis peores momentos le doy la razón.

—No tienes ni idea de lo mal que lo he pasado —me dijo la última vez en un intento desesperado de que me apiadara de él, y por primera vez sus palabras despertaron mi compasión, porque en eso se equivoca.

Entiendo perfectamente cómo empezó. Evidentemente, sé lo que es tener que guardar un secreto. Durante años pensé que era mi mentira la que podía destrozarnos la vida. Reconozco que hay cierto paralelismo. Pero en realidad son cosas tan distintas como un valle que divide montañas y una raya trazada en el barro con un palito.

¿Habría perdonado a Kit por acostarse con otra? Es una pregunta que me he hecho infinidad de veces. Desde el punto de vista de una mujer que ha llegado a la edad madura, siento lástima por su inseguridad juvenil (y una especie de consternado asombro por no haberme dado cuenta a tiempo). Resulta irónico que sea el tipo de traición que podría haberle perdonado más adelante, cuando ya estábamos casados, cuando ya sabía cómo pueden afectar a una relación el tiempo y las presiones externas. Pero a los veintiún años amaba apasionadamente, sin flexibilidad alguna. Seguramente Kit tiene razón y habría sido el fin. Ojalá lo hubiera sido. Ojalá solo me hubiera roto el corazón cuando tuvo ocasión de hacerlo. Los corazones jóvenes son como los huesos jóvenes: se doblan, se curan.

Lo que siguió nunca podré perdonárselo. El descrédito sistemático de una mujer vulnerable, de una víctima de violación, atormentada por lo que me había hecho sin querer y traumatizada por lo que le habían hecho a ella. Beth no solo quería tener una amiga; también quería comportarse como tal. Kit no se merecía su lealtad, y aunque me habría gustado que ella me contara la verdad en su momento, no puedo reprocharle que guardara silencio. Cuando pienso que Kit incluso me hizo dudar de su versión de los hechos, me pongo enferma. Pero peor aún que la infidelidad y que el proceso que siguió, es que Kit esperara hasta saber que Beth iba a sobrevivir para contarme lo del cristal y el incendio. Durante las dos primeras semanas, la vida de Beth pendió de un hilo y durante ese tiempo yo fui dos veces a la cárcel a visitar a Kit. Entonces se mostraba arrepentido únicamente por haberse acostado con ella. Si Jamie Balcombe

hubiera sido tan certero con el cuchillo como lo fue él, si la hoja se le hubiera clavado un poco más en el pecho, Beth se habría llevado consigo a la tumba el alcance del engaño de Kit. Su traición me arrancó la piel a tiras, pero su cobardía me astilla los huesos. Me emponzoña hasta la médula.

**LAURA**

3 de abril de 2015

Compré uvas y después, cuando ya estaba en el ascensor, me di cuenta de que tenían semillas. Es lo que pasa por hacer la compra en Green Lanes. Ella estaba en el North Middlesex Hospital, dos plantas más arriba de maternidad. Las primeras dos semanas, cuando estaba en cuidados intensivos luchando por vivir mientras mis rasguños cicatrizaban, solo la visitaron sus familiares directos. Más tarde me enteré de que no eran normas del hospital, sino una imposición de sus padres. No querían que nadie (ni yo, ni Antonia, ni mucho menos alguien relacionado con los Balcombe) la viera. Pero ya llevaba tres días fuera de la UCI y en planta las medidas de seguridad eran más relajadas.

Aun así, tenía la impresión de estar incurriendo en una falta cuando avancé por el largo pasillo gris camino de su habitación, agarrando contra el pecho la bolsa de papel llena de uvas. Mientras me acercaba, salió de la habitación una mujercita regordeta con el cabello gris oscuro. Tardé unos segundos en borrar las flacideces y las arrugas de su cara y en darme cuenta de que era su madre, a la que había visto por última vez en el vestíbulo del juzgado de Truro. Había cruzado la divisoria de la mediana edad para adentrarse de lleno en la vejez. Su cara y su cuerpo se habían vuelto amorfos, tenía el cabello cano y únicamente el reborde morado de sus ojos confería una nota de color a su cara. Avergonzada, me escondí detrás de un biombo con ruedas. Agarré tan fuerte la bolsa de papel que se rajó y un par de uvas se desprendieron de su peciolo y rodaron erráticamente por el pasillo, cruzándose en el camino de la señora Taylor. Me puse tensa, preparándome para el rapapolvo que me merecía, pero ella iba tan

enfascada en sus pensamientos que ni siquiera reparó en las uvas. Esperé hasta perderla de vista, tiré las uvas caídas a la papelera y entré en la habitación de Beth.

Estaba sentada en la cama, con los ojos fijos en la puerta. Habría jurado que estaba esperándome.

—Hola. —Dejé las uvas en la mesilla, junto a las que ya había allí por centenares.

—Voy a montar un viñedo —dijo ella con una sonrisa vacilante, sondeándome, igual que años atrás, para ver si podía permitirse hacer una broma.

Y podía, en efecto.

—Ese camisón te sienta de maravilla —dije yo—. Realza tus ojos.

Se rio y luego hizo una mueca de dolor y se llevó la mano al abultado vendaje que tenía en el costado.

—Estás enorme —dijo asombrada.

—Dímelo a mí. Tengo la sensación de que voy a quedarme sin piel.

Me dejé caer en el sillón que había junto a la cama y lo sentí suspirar bajo mi peso. Me pareció adecuado cogerla de la mano. Su piel era tan suave como recordaba. Ahora que estaba allí, me di cuenta de que no había ensayado lo que iba a decirle. Debería haber ordenado las cosas cronológicamente dentro de mi cabeza.

—No sé por dónde empezar, literalmente —dije—. Kit me lo ha contado todo. O eso creo. Porque cada vez que creo que ha terminado, sale a relucir otra cosa. No sé qué sabes y qué no.

—No sabía que tú existías —dijo con urgencia, como si lo hubiera tenido quince años en la punta de la lengua—. Me sentí fatal cuando me enteré de que tenía novia, me dio mucha pena, y mucha rabia. Si lo hubiera sabido, jamás me habría acostado con él.

Luego, como si la asaltara de pronto una idea, añadió con menos urgencia:

—Yo no iba detrás de Kit, ¿sabes? Cuando estaba en Londres, quiero decir. Dejé de interesarme en cuanto me enteré de que existías. En realidad, eras tú quien me hacía falta. Tu confianza en mí, Laura... Dios mío, era lo que me mantenía viva.

—Lo sé —dije.

Sentí cómo se relajaba su mano. Sus huesos parecieron ablandarse. Era hora de hablar sin tapujos, de dejar de andarse por las ramas. No quería alargar las cosas innecesariamente, como había hecho Kit.

—Fue él quien provocó el incendio para hacerme creer que habías sido tú. Lo siento muchísimo.

Se hizo un silencio cargado de asombro mientras Beth escudriñaba mi cara.

—¿Kit le prendió fuego a vuestro piso? ¿Contigo dentro? ¿Kit?

Su expresión decía a las claras: «Jamás le hubiera creído capaz de algo así». Yo entendía perfectamente su estupor. A mí todavía me costaba creerlo.

—Pero ¿por qué?

—Porque sí.

Sentí que se me saltaban las lágrimas, pero logré contenerlas. No porque necesitara ocultarle mi pena a Beth, sino porque quería contárselo todo mientras aún pudiera articular palabra. Se lo debía.

—Sabía que no iba a darte la espalda a no ser que tuviera una razón de mucho peso. Así que me dio una. —Bajé la mirada—. Dice que se le ocurrió la idea después de lo de las ruedas del coche de tu amiga y lo de la foto. Ya sabes, que estuvieras un poquito...

Me acerqué el dedo a la sien y lo hice girar, y de pronto se me ocurrió que tal vez esas cosas también las hubiera orquestado él. Beth adivinó lo que estaba pensando y levantó las dos manos.

—No, me temo que eso fue cosa mía.

Dejé pasar unos segundos para que aquella idea dejara su poso. Todos hacemos estupideces cuando somos jóvenes.

Nos quedamos en silencio. Un carrito pasó traqueteando por el pasillo y un instante después nos llegó el desagradable tufillo a acrilamida de la comida de hospital. Cogí una uva (no una de las mías) y rasgué la piel con los dientes. Sentí en la boca su jugo ácido.

—¿Por qué no me contaste lo tuyo con Kit? —pregunté en tono de reproche.

Puede que, a un nivel que no podía controlar, fuera eso lo que sentía de verdad. Estoy condenada de por vida a examinar todas mis suposiciones. Las mías y las de los demás.

—Iba a hacerlo —contestó Beth poniéndose un poco colorada—. Por eso fui allí, a aquel descampado, durante el eclipse. Me da vergüenza reconocerlo, pero la verdad es que te seguí. Iba a decirte lo capullo que era tu novio.

—¿Qué te detuvo, entonces? ¿Jamie?

—No, ya me estaba marchando cuando apareció él. Fuiste tú.

Debió de notármese en la cara que no la entendía, porque ladeó la cabeza y añadió casi en un susurro:

—Os estuve observando mientras veáis el eclipse. Os vi juntos, y fue mágico.

Sus palabras me llevaron de nuevo a lo alto de aquel camión, a la luz violeta que teñía el cielo. Estábamos tan absortos el uno en el otro que parecía que no había nadie más en el mundo.

—La noche anterior me había dicho cuánto le apasionaban los eclipses, y aun así le costaba apartar los ojos de ti para mirar el cielo. A mí nadie me había mirado así. Nadie me ha mirado así. —Retorcí entre las manos una esquina de la manta—. Comprendí que me había dicho la verdad, que lo que había pasado conmigo había sido un momento de locura, y todo el mundo tiene derecho a cagarla alguna vez, ¿no? Hacíais muy buena pareja, Laura, lo vuestro era de verdad. Eso es algo que se nota en cuanto se ve. Yo no podía estropearlo. Ay... Lo siento.

De pronto rompí a llorar. Beth estaba diciendo lo único que yo ya no soportaba oír. Lo mío con Kit había sido estupendo. Había sido excepcional. Por un instante vi, en un cegador destello de sol, por qué Kit había llegado tan lejos, por qué había cometido tantas vilezas para proteger nuestra relación. Un ruido semejante a un aullido escapó de mi garganta. Beth me pasó un pañuelo de papel del armario que tenía junto a la cama y cogió otro para ella.

—Si no hubiéramos coincidido en el juicio, la cosa no habría pasado de ahí. Me habría tomado lo de Kit como una experiencia más y os habría dejado en paz y no habría pasado toda esta... toda esta mierda.

Me dejé llevar por un segundo a ese mundo hipotético, en el que Kit nunca se habría visto puesto a prueba, en el que nunca habría conocido su propia capacidad para el mal. El oro se habría ido deslustrando con el paso del tiempo, pero nunca habría llegado a convertirse en vil metal. Y mis hijos se habrían criado con su padre y con su madre, juntos.

O quizá, en esa vida paralela, después de follarse a Beth y salirse con la suya, Kit le habría cogido el gustillo y habría pasado el resto de su vida intentando recuperar el tiempo perdido. Nunca lo sabré. Además, en ese otro mundo...

—Si no hubiéramos ido a Cornualles, Jamie aún estaría vivo —pensé en voz alta.

Beth me miró de frente.

—Bueno —dijo—, entonces el viaje no fue una completa pérdida de tiempo.

Nos echamos a reír con una risa desquiciada, incontrolable, inseparable de nuestras lágrimas. Había una palabra para definirla: histeria. Los antiguos griegos creían que el útero de la mujer vagaba por su cuerpo, enloqueciéndola. Mi útero estaba anclado a mi pelvis por dos bebés, pero mientras estábamos allí, en aquel hospital, tambaleándonos de risa, riéndonos tan fuerte que vinieron

corriendo las enfermeras, sentí que una parte aún más esencial de mi ser se había liberado y vagaba, suelta, dentro de mí.

Por fin, dejamos de reírnos y nos quedamos calladas. Solo algún que otro suspiro entrecortado interrumpía el silencio. Volví a coger de la mano a Beth y así nos quedamos, con las cortinas echadas. En aquella atmósfera de honestidad total, estuve a punto de decirle que había mentido por ella en el estrado. O, mejor dicho, estuve a punto de preguntarle si sabía que había mentido por ella. Entonces entró un auxiliar con el carrito de la cena (puré de patatas, repollo y una cosa marrón) y se rompió el hechizo. ¿Qué más daba que Beth supiera que había mentido? Ella y yo habíamos transitado cada una por su infierno particular y finalmente habíamos llegado a un lugar seguro, juntas.

Hice sonar las anillas de la cortina al salir del cubículo.

—¿Vendrás a verme otra vez? —preguntó ella.

Me volví, pero no contesté enseguida. La voz de Kit me llegó a través de los años, dejándome en suspenso. «¿En serio crees que puedes forjar una amistad auténtica con alguien a quien conociste en esas circunstancias?». A Beth le temblaba el labio como si esperara mi permiso para sonreír. Mandé callar a Kit para mis adentros. «Deja que intente por lo menos sacar algo bueno de este embrollo de mentiras, humo y acero».

—Claro que sí —contesté.

Avancé por el reluciente pasillo, consciente de que algo se había aflojado y liberado en lo más hondo de mi pecho. La piedra maciza de mi mala conciencia por haber cometido perjurio se deshizo hasta desaparecer. A diferencia de Kit, yo había mentido y había salido impune. Al pensarlo, algo me oprimió la garganta. No. Aquella piedra no se había deshecho hasta desaparecer. Al salir del hospital, comprendí que la culpa nunca se disolvería por completo. Me detuve en la calle mugrienta y, mientras veía pasar los coches delante de mí, sentí cómo se dispersaba convertida en un polvo casi invisible, tan fino que podría llevarlo para siempre en las venas.

**LAURA**

30 de septiembre de 2015

Hay dos fotógrafos delante de mi casa. Fotografían el coche antes incluso de saber quién lo ocupa.

—¿Dónde está Christopher, Laura? —grita uno de ellos a través de la ventanilla.

—¿Quieres que entre contigo? —pregunta Ling.

—No, estoy bien. Tú vuelve con las niñas, que casi no te han visto esta semana. Luego te llamo.

Agacho la cabeza y avanzo hacia la puerta intentando taparme el pelo con la chaqueta. Ya les di su beso a las puertas del tribunal. Está claro que he sido una ilusa al pensar que se conformarían con eso. Compongo la sonrisa que es tan importante que les muestre a mis gemelos. Ya me han visto llorar lo bastante como para marcarlos de por vida. Esos paños de muselina que de pronto te llegan por decenas cuando tienes un bebé son perfectos para enjugarse las lágrimas. Durante una temporada, iba a todas partes con uno en cada hombro: uno para un bebé y el otro para llorar.

A mi lado, la plaquita del timbre ahora solo dice *Langrishe*.

Beth me abre la puerta y retrocede para que los fotógrafos no la vean. Lleva puesta una de mis viejas camisetas de premamá manchada de leche y unas mallas satinadas. Tenemos muchas cosas que contarnos, pero de momento solo me dice:

—Bien hecho. —Y me da un fuerte abrazo—. Lo has superado.

—Lo *hemos* superado —puntualizo yo.

Sonríe, llorosa. Seguiremos hablando después, tomando una copa. Vino a ver a los bebés cuando tenían dos semanas. Esta vez, le rogué que se quedara.

—¿Por qué ella? —me preguntó Ling cuando la contraté como niñera—. ¿Es que no te recuerda todos los malos rollos por los que has pasado?

A lo que yo solo pude contestar:

—¿Y a quién voy a contratar, si no?

Ahora solo veo todas las oportunidades que no aproveché para hacerme daño. ¿Quién se merece más mi confianza?

Y, de todos modos, ¿cómo explicárselo a un extraño?

—Fin acaba de despertarse —dice Beth—. Ya le estoy preparando el biberón.

—Estupendo.

Me quito los zapatos. En el cuarto de estar, mi hijo mayor está tumbado boca arriba, golpeando los juguetes que cuelgan de su barra de actividades como un percussionista loco. Me arrodillo para aspirar su olor a almendras y me río cuando me agarra de los pendientes. Ha cambiado desde esta mañana: sus pestañas de color azafrán son más largas, o puede que simplemente tenga más pelo. Tiene la nariz de su padre, las orejas de su abuelo y mi cara ovalada. Es un payasete y un pegón, mientras que Albie es tierno y sensible, y se fija atentamente en todo, buscando pautas y resultados antes de emprender cualquier cosa. Fin, en cambio, se lanza de cabeza a cualquier cosa que se le ofrezca. Me esfuerzo por no compararlos con Kit y Mac, y puede que aún lo consiga.

—¿Han sido buenos? —pregunto mientras desprendo el puñito de Fin de mi pelo.

—Albie ha sido un ángel y Fin un cabroncete —contesta ella con ternura.

—¿Has hablado con Antonia?

—Está escondida en casa de una vecina, viendo a los *paparazzi* desde el otro lado de la calle.

—Oh, vaya —digo, aunque a estas alturas ya no debería sorprenderme.

Quizá debería mandarle un mensaje a Kit para decirle que entre por detrás, cruzando el jardín de Ronni.

—Estará aquí dentro de hora y media. Le he dicho que podía ayudar a bañarlos.

Beth tuerce un poco el gesto.

—¿Prefieres que no me vea?

En parte quiero decirle que no, que se quede y que Kit se las arregle como pueda. Estoy segura de que para él sería preferible que Beth desapareciera de repente y de una vez por todas. Eso no va a pasar, pero tampoco conviene que

esté aquí cuando él venga. El modo en que maneje su llegada marcará la pauta para el resto de nuestras vidas. Kit ha perdido mi cariño, pero sigue siendo el padre de mis hijos.

—Solo esta primera vez —digo—. Gracias.

En cuanto Kit esté aquí, una nueva pesadilla ocupará el lugar de la anterior. Habrá más abogados, supongo. Mediación, para empezar. El tema de las visitas, la casa, la custodia (estaría loco si se enfrentara conmigo por eso, pero ahora mismo me siento tan incapaz de predecir sus actos como los de un extraño al que viera por la calle) y, cuando encuentre trabajo, posiblemente incluso la pensión de los niños. Es muy posible que tenga algo que objetar respecto al apellido de sus hijos. Y, si cuestiona mi elección de niñera, tendremos un conflicto.

Un gemido suave llega de las escaleras cuando Albie se despierta y se da cuenta de que no está su hermano.

—¿Quieres que le traiga? —pregunta Beth, pero para mí es un lujo poco frecuente poder saludar a mis hijos después de su siesta de la tarde.

Le doy a Fin y subo al cuarto de los niños. Los gemelos duermen en la habitación de la buhardilla que antes era nuestro estudio. En vez de nuestras mesas y cachivaches, ahora hay dos cunas y un cambiador comprados en eBay. Cuando crezcan y puedan tener una cama, seguramente tendré que venderlo todo. Con esto vale por ahora.

A pesar de que Albie está despierto, avanzo de puntillas y me paro un momento en la puerta. He hecho instalar una persiana opaca en la ventana y la única luz que hay en la habitación es la del globo terráqueo que gira lentamente sobre su eje, pintando mapas en las paredes blancas.

—Hola, dormilón —susurro junto a su cuello aterciopelado.

Abro la persiana y el cielo entra en tromba, una enorme extensión de azul sobre los tejados. Los miramos juntos. Sobre Alexandra Palace el cielo es azul brillante, surcado de blanco, los colores del cuarto de los niños. Albie mira vagamente las nubes deslizantes, hasta que algo capta su atención y abre los ojos de par en par, entusiasmado. Un avión que vuela bajo traza lentamente una estela de vapor en el cielo. Albie señala, es la primera vez que hace ese gesto. Sigo la mirada de mi hijo hacia arriba y hacia delante. Va a ser muy duro a partir de ahora, pero no pienso volver a mirar atrás, ni a mi espalda. Albie lo sabe: estamos hechos para mirar hacia arriba.

La nueva isla de la cocina está ocupada por leche de fórmula y esterilizadores. Beth está preparando un biberón. Fin está sentado en el suelo, más o menos en el mismo sitio donde ella se desplomó y casi se desangra. A Beth no parece

molestarle vivir y trabajar en el lugar donde estuvo a punto de morir. Quizá porque la cocina ya no parece la sala del crimen. La he cambiado de arriba abajo. Durante tres días, fue el escenario de un crimen. Mientras la policía científica tomaba fotografías, empolvaba y medía, la sangre iba calando en las baldosas. Ni siquiera el equipo de limpiadores que mandaron pudo quitarla. Hice reformar toda la cocina con baldosas que encontré de saldo, muebles de Ikea a mitad de precio y equipamiento de *catering* que Mac consiguió a buen precio. Ahora parece un quirófano. Pero perder el carácter de la cocina es un precio insignificante a cambio de librarse de las manchas de sangre.

Ahora puedo entrar en ella sin que me asalten los recuerdos, pero su tamaño sigue siendo el mismo y me es imposible no superponer su imagen de antes a la nueva. Allí estaba la antigua nevera, donde guardábamos los fármacos del tratamiento de fertilidad. Allí está la ventana donde miramos la prueba de embarazo a la luz del día para ver cuanto antes el resultado. Allí estaba la encimera donde Kit me preparaba la cena cada noche. Y allí, en la ventana, estaba la radio que ponía banda sonora a nuestras sesiones discotequeras en la cocina.

Hay una mesa con sillas en lugar del anticuado banco corrido en el que Jamie Balcombe nos tomó como rehenes a Beth y a mí. Y allí está el escalón en el que Kit se quedó mirándonos, paralizado por lo que veía y por lo que yo acababa de descubrir. Y allí, justo a la derecha del lavavajillas, es donde convertí a mi marido en un homicida.

El «forcejeo frenético» por el cuchillo que describimos ambos en el juicio no fue tal, aunque eso solo yo lo sé.

Sabía que Jamie tenía que morir para que nosotros viviéramos.

En aquel momento solo tenía una noción muy vaga de lo que había hecho Kit, pero lo poco que sabía me llenó de rabia. «Mánchate tú las manos de sangre», me dije. «No pienso dar a luz en prisión. No voy a renunciar ni a un segundo de libertad por ti».

Los años que llevo jugando al billar me han enseñado mucho acerca de la trayectoria y la precisión. Y también a marcarme un farol. Sabía exactamente lo que hacía cuando toqué el cuchillo con la punta de los dedos empujándolo hacia Kit, y vi con satisfacción cómo se cerraba su mano infiel sobre la empuñadura.

## Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mi estupenda editora, Ruth Tross (me ha encantado mi primer *trossing*), a Louise Swannell, Leni Lawrence, Cicely Aspinall, Naomi Berwin, Penny Isaac y a todo el personal de Hodder and Stoughton.

Al maravilloso equipo de United Agents: Sarah Ballard y Zoe Ross, Margaret Halton, Amy Mitchell, Joey Hornsby, Eli Keren y Georgina Gordon-Smith.

A mis doctos amigos Daniel Murray, Bathsheba Cassell, Harriet Tyce, Gemma Cole y Chris Law. Y en especial al escritor y abogado Neil White, que respondió a un tuit solicitándole «cinco minutos de su tiempo» y seis meses después todavía estaba contestando correos a diario. Los errores jurídicos o de procedimiento son solo míos, y no habrá más preguntas.

Al aquelarre: Mel McGrath, Louise Millar, Jane Casey, Laura Wilson, Kate Rhodes, Sarah Hilary, Serena Mackesy, Helen Smith, Denise Meredith, Ali Turner, Alison Joseph, Katie Medina, Helen Giltrow, Louise Voss, Colette McBeth, Paula Hawkins, Tammy Cohen y Nikoline Nordfred Eriksen.

Gracias también a Helen Treacy y a su infatigable boli rojo, a Sali Hughes por llevarles la contraria a los *hippies*, y a Julia Crouch y Claire McGowan por saber siempre si me hace falta un té o un vino.

Por último, y sobre todo, gracias a mi familia: a mamá y Jude, a papá y Susan, y a Owen y Shona. Y a Michael, Marnie y Sadie. Os quiero.

He consultado las siguientes fuentes, a cuyos autores quiero dar las gracias:

*Carnal Knowledge: Rape On Trial*, de Sue Lees

*Eve Was Framed: Women and British Justice*, de Helena Kennedy, QC

*Total Addiction: The Life of An Eclipse Chaser*, de la Dra. Kate Russo

*Totality: Eclipses of the Sun*, de Fred Espenak, Mark Littman y Ken Wilcox

*Dancing in the Cosmic Sweet Spot*, blog de Graham St John

Nº1 BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES

DANIEL  
SILVA

EL QUE ERA SU SECRETO MEJOR GUARDADO

LA OTRA  
MUJER



HarperCollins  
*Thriller*

# La otra mujer

Silva, Daniel

9788491393566

496 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un pequeño y aislado pueblo de la serranía de Málaga vive una misteriosa mujer de nacionalidad francesa que ha empezado a escribir unas memorias más que peligrosas. Es la historia de un hombre al que una vez amó en Beirut, años atrás, y de un hijo que le arrebataron en nombre de la traición. Esta mujer es la guardiana del secreto mejor guardado por el Kremlin: hace décadas la KGB infiltró a un agente doble en el mismo corazón de occidente, un topo que hoy se encuentra a las puertas del poder absoluto. Solo una persona puede arrojar luz sobre esta conspiración: Gabriel Allon, el ya legendario restaurador de arte y asesino que hoy sirve como director del eficazísimo servicio secreto israelí. Gabriel ya ha tenido que combatir, anteriormente, a las oscuras fuerzas de la nueva Rusia, con un elevado coste personal. Ahora él y los rusos se enzarzarán en una épica confrontación final con el destino del mundo que conocemos en la balanza. Gabriel se ve empujado en medio de la conspiración cuando su activo más importante dentro de la Inteligencia rusa es asesinado mientras intentaba desertar en Viena. Su búsqueda de la verdad le llevará atrás en el tiempo, hasta la traición más grande del siglo \_\_ para terminar en las riveras del Potomac fuera de Washington. Rápido como una bala, extrañamente bella y llena de dobles sentidos y giros en la trama, esta novela es un verdadero tour de force que demuestra una vez más que Daniel Silva es simplemente el mejor

escritor de novelas de espías de nuestro tiempo"Otra joya para la deslumbrante corona del maestro de la novela de espías... En esta encontramos incluso una historia de fondo más elaborada de lo normal, es tan convincente como lo es el tenso drama que se despliega lentamente para terminar en un estupendo final".Booklist"Excelente...los lectores quedarán cautivados tanto por la historia como por las tramas tan actuales con las que Silva juega con delicadeza".Publishers Weekly"La otra mujer es desde ya un clásico que afianza a Daniel Silva como uno de los mejores novelistas de espías que el género ha conocido".CrimeReads

[Cómpralo y empieza a leer](#)

EL  
UNIVERSO  
EN SUS  
MANOS



TRENT  
DALTON

HarperCollins  
Narrativa

# El universo en sus manos

Dalton, Trent

9788491393801

464 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Brisbane, 1985: Un padre desaparecido, un hermano mudo, una madre drogadicta, un padrastro traficante de heroína y un canguro delincuente. La vida de Eli Bell ya era bastante complicada. Solo intentaba seguir su instinto y entender lo que significa ser un buen hombre, pero el destino no paraba de ponerle trabas; entre otras, Tytus Broz, legendario traficante de drogas de Brisbane. Pero la vida de Eli iba a ponerse mucho más seria: estaba a punto de conocer al padre a quien no recordaba, colarse en la cárcel de Boggo Road el día de Navidad para rescatar a su madre, enfrentarse con los criminales que destrozaron su mundo y enamorarse de la chica de sus sueños. Una historia de fraternidad, de amor verdadero y de amistades improbables. El universo en sus manos será la novela más desgarradora, alegre y divertida que leas este año. "Un logro excepcional. Es el Cloudstreet de los bajos fondos criminales de los suburbios australianos." Herald Sun "El chico que se comió el universo es una de esas historias que desafía las expectativas, revienta las barreras del género y seduce de principio a fin... Una auténtico tesoro" Good Reading "Magnífica" Adelaide Advertiser "Este libro iluminará hasta los días más grises" Sydney Morning Herald "Me trae recuerdos muy claros de mi infancia en los suburbios". Daily Telegraph "Es una historia sobre el potencial del mundo como un lugar de luz, de risa, de belleza, de perdón, de redención y de amor" The

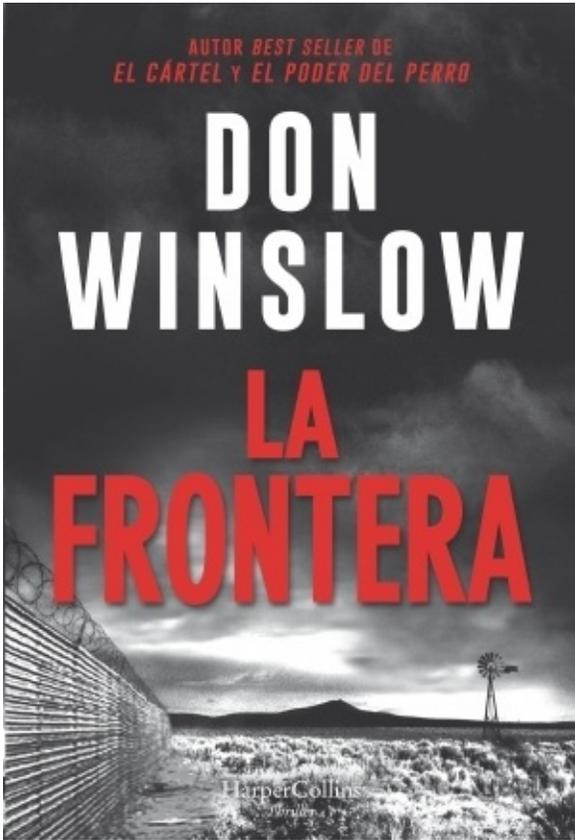
Australian"Tan buena que se te pondrá la piel de gallina"Queensland  
Times"Te romperá el corazón y te hará reír... a veces en la misma  
frase"Qantas Magazine"Lectura obligada"Herald Sun

[Cómpralo y empieza a leer](#)

AUTOR BEST SELLER DE  
EL CÁRTEL Y EL PODER DEL PERRO

**DON  
WINSLOW**

**LA  
FRONTERA**



HarperCollins  
Publishers

# La frontera

Winslow, Don

9788491393580

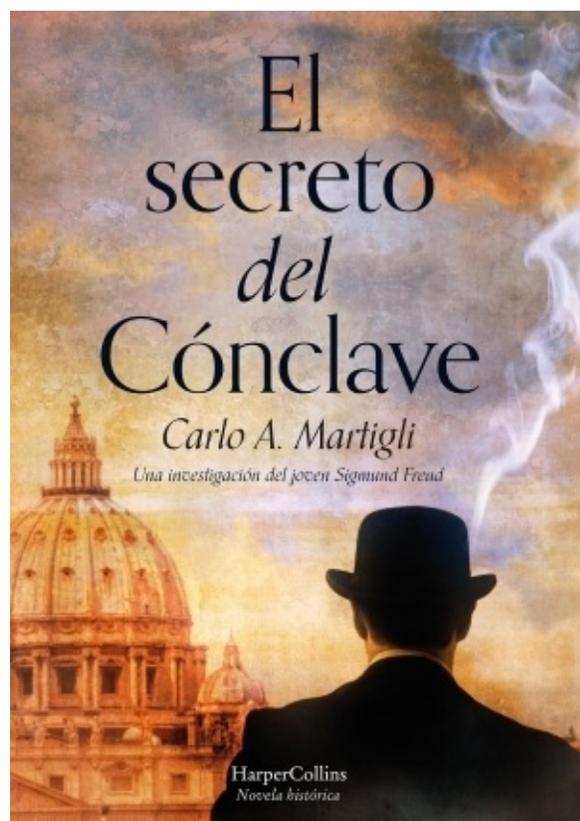
792 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La explosiva y más que esperada conclusión de la trilogía *Cártel*. ¿Qué haces cuando ya no hay fronteras? ¿cuándo las líneas que creías que existían sencillamente se han esfumado? ¿Cómo te mantienes de pie cuando ya no sabes realmente de qué lado estás? La guerra ha llegado a casa. Hace cuarenta años que Art Keller está en primera línea de fuego del conflicto más largo de la historia de EE.UU.: la guerra contra la droga. Su obsesión por derrotar al capo más poderoso, rico y letal del mundo —el líder del cártel de Sinaloa, Adán Barrera— le ha costado cicatrices físicas y mentales, tener que despedir a personas a las que amaba e incluso se ha llevado parte de su alma. Ahora Keller se encuentra al mando de la DEA viendo cómo al destruir al monstruo han surgido otros treinta que están llevando incluso más caos y destrucción a su amado México. Pero eso no es todo. El legado de Barrera es una epidemia de heroína que está asolando EE.UU. Keller se lanza de cabeza a frenar este flujo mortal, pero se encontrará rodeado de enemigos, personas que quieren matarle, políticos que quieren destruirle y, aún peor, una administración entrante que comparte lecho con los traficantes de drogas que él quiere destruir. Art Keller está en guerra no solo con los cárteles, sino con su propio gobierno. La larga lucha le ha enseñado más de lo que nunca habría imaginado, y ahora aprenderá la última lección: no hay fronteras. Una emocionante historia de venganza,

violencia, corrupción y justicia."Lo que hace falta en una novela es que uno sienta el impulso físico de ir internándose en lo desconocido, que escuche una voz poderosa y a la vez una multitud de otras voces; que quiera llegar al final para saberlo todo y quiera también que la novela no termine. Antes de tener uso de razón, yo me hice adicto a las novelas porque me daban todo eso. Me lo vuelven a dar con generosidad desbordada estas novelas de Don Winslow".Antonio Muñoz Molina, Babelia, El País

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# El secreto del cónclave

Adolfo Martigli, Carlo

9788491392248

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Roma, 1903: la calma de la dulce noche de verano se ve perturbada por un delito perpetrado en el lugar más inviolable, el Vaticano. Un guardia suizo ha sido hallado muerto junto a una criada. El viejo Papa tiene las manos atadas: una investigación oficial levantaría una polvareda y pondría en entredicho la credibilidad de la Iglesia. El padre eterno se encargará de castigar al culpable. Pero lo que León XIII desea impedir a toda costa es que, después de su muerte, la cátedra de san Pedro sea ocupada por alguien implicado en el crimen. Así, para resolver el misterio con la debida discreción, León XIII decide hacer uso de la experiencia de un joven médico vienés de quien se dice que ha elaborado teorías que revolucionarán para siempre el análisis de la mente humana: Sigmund Freud. Con su método psicoanalítico, Freud deberá sacar a la luz el secreto que se oculta en el corazón de uno de los cardenales destinados a convertirse en el próximo Papa. De la pluma de uno de los autores más importantes de novela histórica surge esta novela de ritmo rápido y apasionante, la primera investigación del doctor Sigmund Freud. "Intrigas y delitos en el Vaticano. Freud investiga por encargo del papa. El libro de Carlo A. Martigli es una ficción imbricada en un contexto histórico y simbólico riguroso. La trama se desarrolla en el terreno pantanoso del psicoanálisis. Una ficción nítida inmersa en un contexto histórico-simbólico riguroso ".Il Corriere della Sera. "Martigli es un narrador muy

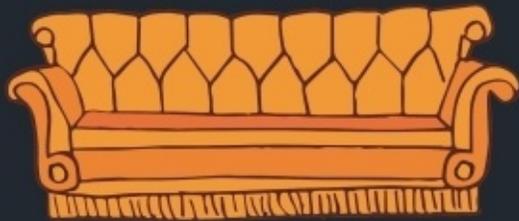
hábil cuando se trata de escribir novelas que mezclan la fantasía y los hechos reales, y El secreto del cónclave confirma su indudable talento. Además, podría ser solo el comienzo de un Freud detective de excepción".La Repubblica

[Cómpralo y empieza a leer](#)

KELSEY MILLER  
I'LL BE  
THERE  
FOR YOU



*Friends*, todo lo que siempre quisiste saber  
sobre la serie y nunca te atreviste a preguntar



HarperCollins

# I'll be there for you

Miller, Kelsey

9788491393429

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Actualmente se recuerda a Friends como un icono de la comedia de los años noventa, cuando empezaba a despuntar la nueva pasión por la ficción televisiva. Pero en 1994, cuando se estrenó la serie, nadie esperaba que tuviera un éxito tan arrollador. Desde sus fulgurantes inicios, pasando por sus altibajos y por el resurgimiento posterior que ha experimentado, Friends ha mantenido un vínculo insólito con su público, que la ve al mismo tiempo como un reflejo de su propia vida y como una ilusionante vía de escape de la realidad cotidiana. En los años transcurridos desde entonces, la serie ha evolucionado de superéxito televisivo a revival nostálgico y, por último, a clásico indiscutible. Ross, Rachel, Monica, Chandler, Joey y Phoebe forman ya parte del panteón de los grandes personajes de la televisión, y sin embargo sus historias siguen teniendo vigencia hoy en día. La periodista Kelsey Miller, especializada en cultura pop, revive los momentos más relevantes de la serie arrojando luz sobre sus elementos más polémicos y examinando las tendencias mundiales a las que dio lugar, como la cultura contemporánea del café o el corte de pelo a lo Rachel que hizo furor en los años noventa. El relato de Miller no solo nos permite entrever cómo se forjaba Friends, sino que sigue el ascenso de sus actores al estrellato y desvela la compleja relación que establecieron con sus personajes. I'll be there for you es la retrospectiva definitiva sobre Friends, no solo para

los fans de la serie, sino para cualquiera que se haya preguntado alguna vez por qué esta comedia televisiva tuvo un impacto tan duradero."¿Se puede escribir con el cariño de un fan acerca de por qué una serie es al mismo tiempo intemporal y obsoleta? ¿Acerca de por qué merece la pena volver a verla y por qué a veces lo lamentas? El libro de Kelsey Miller sugiere que sí".Linda Holmes, presentadora del programa radiofónico Pop culture happy hour"Muy bien documentado y rebosante de anécdotas jugosas, el relato de Kelsey Miller sobre el fenómeno Friends es un viaje nostálgico, emocionante y un tanto agri dulce que permite vislumbrar al lector los entresijos de una serie de ficción que plasmaba esa fase de nuestras vidas en que los amigos ocupan el lugar de la familia".Erin Carlson, autora de I'll have what she's having: how Nora Ephron's three iconic films saved the romantic comedy"Miller no se limita a analizar las inusuales circunstancias que dieron origen a una serie de televisión tan influyente, sino que responde a una pregunta que me ha intrigado durante años: ¿por qué Friends tiene aún tantos seguidores?".Anne Helen Petersen, periodista cultural en BuzzFeed

[Cómpralo y empieza a leer](#)